

R. J. SAYRO

EL

CAPITAN

VERGARA

I

XIII-401

EL CAPITAN VERGARA

JESUS MENENDEZ



DEL MISMO AUTOR

- Los italianos en la Argentina*, (Monografía, 1895).
La Australia Argentina, (Viajes por Patagonia, 1898).
Emilio Zola, (Conferencia, 1902).
El Falso Inca, (Cronicón de la Conquista, 1905).
El casamiento de Laucha, (Novela picaresca, 1906).
Pago Chico, (Costumbres criollas, 1908).
Violines y toneles, (Cuentos, 1908).
Crónicas, (1909).
En las tierras de Inti, (Viajes por el Norte argentino, 1909).
Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira, (Novela, 1910).

TEATRO

- Canción trágica*, drama en un acto (Apolo, 1900).
Sobre las ruinas, drama en cuatro actos (Comedia, 1904).
Marco Severi, drama en tres actos (Rivadavia, 1908).
El triunfo de los otros, drama en tres actos (Odeón, 1907).
Vivir quiero conmigo, comedia en cuatro actos (Liceo, 1923).
Fuego en el rastrojo, comedia en tres actos (Liceo, 1925).
Mientraiga, sainete en un acto.

OBRAS JUVENILES

- Ensayos poéticos* (1884), *Antígona* (Novela, 1885). — *Scripta* (Cuentos, Peuser, 1887). — *Novelas y fantasías* (Peuser, 1888).

EN PREPARACION

- El Mar Dulce*, (crónica romancesca del descubrimiento del Río de la Plata).

R. 34 202

ROBERTO J. PAYRÓ

EL CAPITAN VERGARA

(DOMINGO MARTINEZ DE IRALA)

CRONICA ROMANCESCA
DE LA CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA



66.16818

BUENOS AIRES

LIBRERIA Y CASA EDITORA DE JESÚS MENÉNDEZ
Bernardo de Irigoyen, 186

1925

COMISIÓN PRO-BIBLIOTECAS

DE LA

UNIVERSIDAD DE OVIEDO

B. DE IRIGOYEN 672

ES PROPIEDAD
DEL AUTOR. —

F. PEREIRA e HIJOS, impresores - Humberto 1.º 1046-50

U. de Oviedo. Biblioteca Universitaria.

A "La Nación",

*hogar y escuela de la libre
intelectualidad sudamericana.*



PROEMIO

En un país como el nuestro, en que la propensión a lo retórico viene de lo ancestral, no se discernen fácilmente los méritos de un espíritu como el de Roberto Payró. Payró no ofrece al público hispanoamericano la atracción del atavío verbal, que determina con su lujo afectado o con los prodigios pueriles de su acrobacia una admiración más difundida hacia Montalvo que hacia Sarmiento, a pesar de que éste revela, en su obra escrita como en su acción, los rasgos del hombre de genio, y es, sin duda, uno de los escritores más extraordinarios de nuestro idioma en el siglo XIX. Esa afición por lo teatral o grandilocuo impide medir en su importancia decisiva las cualidades permanentes de los que van más allá del mareo de la palabra, nos dan en lo que hacen lo interno de las cosas y que convierten la creación literaria en el reflejo perdurable de caracteres prototípicos, que es, en realidad, el fin de la literatura imaginativa. Roberto Payró se ha abstraído a ese histrionismo que da la boga o a la originalidad momentánea. Ha preferido consagrarse, desde su iniciación, a la labor seria, que se acumula con lentitud y que define en el examen de sus distintos valores el volumen poderoso de una personalidad.

¡Ha de creerse por eso que el novelista del *Casamiento de Laucha* y el cuentista de *Pago Chico* es de esos tra-

bajadores intelectuales que se encierran en la soledad y se someten a la realización de su plan sin mezclarse a los conflictos del mundo? Payró no ha disfrutado de esa tranquilidad plácida que rodea al escritor en las ciudades de vieja civilización y que le permite servir a su ideal artístico sin desviaciones perturbadoras. Ha tenido el destino de todos los que aquí cultivan el pensamiento y que no conocen la orgullosa indiferencia por los asuntos que no se vinculan con su deseo o con su voluntad. Basta decir que es uno de nuestros periodistas más admirables y más completos para comprender lo múltiple de su actividad. Y cuando comenzó a escribir, el periodismo de Buenos Aires carecía aun de la amplitud que hoy lo individualiza. Participaba todavía de su aspecto antiguo. El diario, sin los grandes adelantos técnicos que estimula la vasta popularidad, era, más que nada, una tribuna de discusión política y de orientación doctrinaria, y los colaboradores o redactores eran, a su vez, políticos o diletantes de la política, a quienes atraía en las columnas del periódico el ruido de la polémica. Era una época en que el hombre argentino compendia en su actuación una multiplicidad enciclopédica. Payró se incorporó a la faena periodística sin tomarla como un recurso eventual, o como un paso hacia el comité o la elección, sino como un oficio definitivo, al que se sentía llevado por la generosidad de sus sentimientos como por el brío de la vocación. Pues, fué siempre un buen ciudadano, a quien preocupaban las cuestiones públicas del país, porque le preocupaban profundamente las cuestiones humanas. Esa ley espiritual, ese fondo de idealismo que se advierte en sus libros, en su teatro, en sus numerosos trabajos de publicista, regía a los más altos directores de la existencia nacional. Pertenecía a la generación cuya alma se sedimentó con el eco de las luchas memorables que dieron origen a la definición de nuestra civilidad. No era una generación de escépticos y de pesimistas, que cruza los brazos ante el espectáculo del tumulto colectivo o se resguarda detrás de los muros de

su torre para no disminuirse o para no alterar el ritmo de su vida pacífica. Payró, sin aspiraciones inferiores, sin los halagos compensadores que obtiene el que combate por un propósito práctico, hizo en los diarios chicos el aprendizaje minucioso de la profesión. Es esta una situación que no conoce el periodista europeo, reducido a su especialidad como un sabio a la suya, y que, sin duda, no comprendería la diversidad increíble que constituye la tarea del diarista argentino, obligado a entender de todo, a comentar todo, a desentrañar cotidianamente, en el artículo sobre economía, sobre legislación, sobre el desenvolvimiento material de la República, el significado de los sucesos más diversos. Y mientras Payró se formaba como comentarista, como cronista y como repórter, se ensayaba ya en los géneros literarios, que debían más tarde darnos un cultor tan acabado y tan rico en dones de inconfundible modalidad. Así anduvo a través de las redacciones, en la Capital y en el interior, hasta entrar, hace más de treinta años,—un tercio de siglo,— a *La Nación*, donde adquiría desarrollo y hallaba aliento el que escogía la carrera de las letras. Escribían en *La Nación* los que en ese tiempo dominaban el interés de la gente ilustrada. Los novelistas célebres, los pensadores de ánimo renovador, los críticos que formaban una promesa de verdad reveladora, en Europa y en América, encontraban en las páginas de *La Nación* su cátedra libre. Payró, que se había educado en la cultura ecléctica, absorbida en distintas lenguas, pudo, en un medio favorable a su idiosincrasia, completar su vigoroso desenvolvimiento. Lo ha recordado en muchas ocasiones, con esa emoción y esa ternura que sabe expresar con tan hermosa sobriedad, y lo recuerda también ahora en su dedicatoria del *Capitán Vergara*, que es un homenaje al hogar en que tiene acogida todo representante de las ideas y de las formas de belleza, sea cual fuere su tendencia particular.

Con ello está dicho que Payró conoció las agitaciones exteriores, ajenas en otras partes a la vida del escritor,

y que entre nosotros sólo se goza por excepción. No obstante eso, su obra no se resiente de inestabilidad. Eligió un camino y lo siguió con perseverancia, sin alterar sus condiciones esenciales y sin desnaturalizar su propio temperamento. La estructura de su mentalidad no acusa las vacilaciones contradictorias que tipifican al espíritu de débil compleción, moldeado continuamente por la variedad sucesiva de las modas, de las escuelas, de las teorías que se enuncian y que expresan, dentro del incesante movimiento de evolución, períodos de crisis, en que se precipitan para ahogarse los que no tienen fuerza en sí mismo. En el momento de su formación no existía en Buenos Aires lo que llamamos el ambiente literario. La literatura se entremezclaba con la política militante y con los entreactos de la sociedad. Existían algunos acentuados perfiles de escritores o de poetas, pero no ofrecían esa densidad y esa coherencia que casi se percibe en la uniformidad de una clase, como sucede en los días actuales. El gusto general reproducía las fallas de las influencias dominantes, agravadas por el culteranismo fácil, que se ahondó con el predominio de la oratoria en el verso y en la prosa de 1880 y que inclinaba hacia los modelos menos recomendables. Eran las influencias nacidas de ese pseudo-clasicismo que se venía arrastrando desde el siglo XVIII y que aquí maduraba en frutos secos de imitación. Un falso casticismo, floración de retórica yerta, se unía a la vacuidad íntima de la producción. Los poetas y los prosistas calcaban en los rancios moldes su cháchara vanidosamente académica, fieles a las estériles reglas de Luzán, transmitidas por las cartillas preceptivas, y lo que se alejaba de este tono, por el albedrío espontáneo, por el sabor fuerte, por el vigor de la naturalidad, parecía un fenómeno extraño al arte, una especie de sublevación que confinaba en el sacrilegio. Los que se dedicaban oficialmente a la literatura y ejercían la crítica en la tertulia o en el periódico, se estremecían ante la aparición de un galicismo. Los teólogos del tropo no se daban cuenta de que en España germinaba

también la remoción necesaria y no querían creer que no podíamos persistir en un régimen anquilosado, que era la consecuencia del decaimiento de las letras españolas de la centuria anterior y que en América se profundizó con la incomunicación casi sistemática determinada por las guerras de la libertad. Esa decadencia debía originar fatalmente la orientación hacia la cultura francesa, que ofrecía en su fecundidad elementos constantes de renovación. Por otra parte, el pensamiento francés, que se percibe en las ideas de los libertadores, dirigía a los grupos del país ya organizado hacia la concreción de métodos más adecuados a la expresión de la sensibilidad de los pueblos latinos del Continente.

Roberto Payró no muestra en sus ensayos la huella del gramaticalismo ni del retoricismo de ese tiempo. Se puede descubrir, en cambio, en sus relatos de *Scripta* como en sus crónicas juveniles, esa sencillez de construcción y de adorno que denuncian en el principiante la soltura y la agilidad del creador. Lo francés, el galicismo, en lo que éste supone la posibilidad de quimificar las sustancias, de asimilarlas para rendir un producto genuino, no le espantaba ni le infundía ese terror religioso, que suscitó en Buenos Aires, en los círculos adictos a las maneras tradicionales, la primera manifestación de Rubén Darío. En efecto, Darío designó una etapa de honda transformación. El soplo de novedad que traía la fascinación de su arte, el secreto misterioso de su poesía, atrajeron la juventud, que lo rodeó como a un maestro y se dispuso a combatir contra los cánones pretéritos y a proclamar los ritos del potente modificador. Leopoldo Lugones y Ricardo Jaimes Freyre se entregaron a la batalla literaria. La juventud, que encontró en el pequeño cenáculo la consistencia de un núcleo homogéneo, se hizo «verlaineana» y «lecontiana», y adoptó, no ya el dogma gastado del purismo estrecho, que nunca fué purismo en el sentido real, puesto que era verbalismo abundoso, sino los lineamientos que caracterizaron a los simbolistas y a los modernistas de Francia. Adictos a la

pauta clásica, como Leopoldo Díaz, se convirtieron al flamante evangelio artístico, y los que perseveraban en la senda trillada, con su bolsa de gerundios al hombro y su carga de vocativos, contemplaban ese espectáculo con la desolada sorpresa de los que hoy asisten, en su ensimismamiento estático, a las sacudidas que sufre el edificio social. Ocurrió poco después lo que ocurre invariablemente en cualquier aspecto de transformación de las energías humanas: la escuela fresca y libertadora dió lugar al remedo, al clisé modernista, tan monótono y tan accesible como el clisé conservador. Únicamente los que poseían un caudal recio, el instinto diferenciador del artista autónomo, atravesaron esa larga lucha sin deshacerse bajo la sugestión de los demás. Roberto Payró fué un testigo asiduo de esa prolongada campaña. Convivió con Rubén Darío en una fraternidad continua. Amigo del insigne poeta, desde su llegada a Buenos Aires, comprendió la trascendencia de su estro lírico, su delicadeza emocional, el tesoro de finura de su estilo, y vió su creciente proyección en el idioma y en la literatura del Río de la Plata. Sin embargo, el ascendiente gravitador de Rubén Darío no desvió a Roberto Payró de la línea que se había trazado. No trató de dar a su forma las inflexiones que los demás adoptaban artificialmente, ni en la apariencia superficial ni en la contextura de sus ideas. Es que los demás, o sea los que están destinados a integrar el coro de las escuelas que aparecen y a quienes el límite visible de su inteligencia condena a la mediocridad inexpresiva, se reducen habitualmente al uso externo de la palabra. Son de esas personas para las cuales abriga más significación la frase que su contenido y no tienen una visión de la vida ni una concepción sólida de su misión como dueños de un instrumento activo como lo es la literatura. Payró ha estado en la intimidad de Darío, lo ha admirado sin atarse a prejuicios, con ese espíritu de bondad y de sinceridad que revelan en un escritor el criterio inalterable que se inspira exclusivamente en la comprensión serena de la belleza. Y Rubén

Darío tenía por Payró un afecto equivalente. Dijo de Payró, en el banquete que se le dió en Buenos Aires, que era el más vecino de su pensamiento y el más cercano de su corazón.

*

* *

¿Cuál habría sido la obra de Payró en un medio menos hostil a la literatura que el nuestro, y entiendo por hostil el medio que no permite al escritor vivir de su producción y concentrarse con profundidad? Su obra no sería diferente en su carácter, pero sería tal vez más copiosa. Sin embargo, su bibliografía es vastísima. Si dentro del género periodístico suma volúmenes tan importantes como *La Australia Argentina*, *Crónicas* o *Las tierras del Inti*, en que describe con riqueza de color el paisaje de los lugares distantes, estudia los problemas locales o anota reflexiones agudas sobre hechos y costumbres, su labor artística se aglomera en tomos numerosos y representa el esfuerzo de creación cuyo valor no está en condiciones de apreciar el literato que hace una vida reposada y metódica en los centros en que la actividad literaria significa el desahogo y la posibilidad del constante perfeccionamiento. Mas, esos libros y esos dramas de Payró se han construído en el descanso del periódico. Esto es, se han forjado en el tiempo sobrante entre una jornada y otra, en el jadeo terrible de la faena sin fin. Conocemos la vida de los literatos europeos. Nada interrumpe su ritmo seguro y regular. Basta ver cómo viven. Viven como los privilegiados de la fortuna, en un ambiente refinado de arte y de suntuosidad, poseen residencias espléndidas, refugios amables para olvidar el tumulto de las ciudades ruidosas. Así pulen, en el grave silencio de su gabinete, las páginas y los capítulos que forman el libro anual, la pieza de teatro, el tomo de meditaciones. De este modo, el más mediocre de los productores halla como atenuar su medianía. Y si comparamos la agitada y entrecortada tarea del escritor

argentino con esa voluptuosa virtuosidad del artista europeo, tenemos que reconocer la admirable solidez mental, el incomparable entusiasmo, la fe firme del que aquí encuentra ánimo todavía para sentarse en su mesa de trabajo después de haber rendido, bajo el apremio implacable, lo mejor de su capacidad, en la hoja fugitiva. Y dentro de la confusión infinita de esa fagina, en que el periodista cultiva en el desorden los temas universales, Roberto Payró ha podido conservar la continuidad del método. Se ha impuesto una disciplina y paralelamente con la labor del periodista, ha desenvuelto su labor literaria. Su producción teatral se vincula con el nacimiento del teatro argentino. *Canción trágica*, *Sobre las ruinas*, *Marco Severi*, pertenecen al período de incubación de nuestro teatro. En esa época no estaba acostumbrado el público a presenciar en la escena la descripción de hábitos o de tipos del país y sólo veía, en alguna sala de suburbio o en algún apartado barracón, petipiezas, zarzuelas o melodramas de primitiva factura. Con Florencio Sánchez y con Payró nació el robusto florecimiento del drama y de la comedia. Payró ha intentado desde el comienzo el teatro de ideas, fundado en problemas típicos, como *Sobre las ruinas*, o en problemas de más dilatada concepción humana, como en *Marco Severi*, en que se manifiesta ese hondo sentimiento de cordialidad, esa tibieza bondadosa que circula en toda la obra de Payró, con la vivacidad expansiva, con la fuerza dominante de una virtud de atracción. Entretanto, así como no abandonaba el periodismo, tampoco se apartaba del cuento y de la novela. Los cuentos de *Pago chico*, que se publicaban en los diarios y en las revistas, habían revelado una veta maravillosa de la cual extraía el escritor la esencia de la vida provinciana. La conocía Payró. Como periodista, había recorrido el país y como periodista vivió, tierra adentro, en una de esas ciudades en que la existencia se reparte entre la intriga minúscula en torno de las autoridades lugareñas y las conversaciones del club. Los

personajes y los sucesos de *Pago chico* nos pintan a esa ciudad multiplicada e imprecisa cuya geografía se abarca desde la ventanilla del tren. Allí tejió Roberto Payró los relatos simples, cómicos y dolorosos a la vez, que ofrecen la unidad de una novela. Nos ha mostrado las cavilaciones, las miserias morales, las vanidades grotescas, el subsuelo movedizo de esa ahogada comunidad, que es, al fin y al cabo, la imagen borrosa y triste de las comunidades todas. *Pago chico* es el precedente del *Casamiento de Laucha*. Mas, *El casamiento de Laucha*, que Agustín Alvarez consideraba como el mejor documento de la vida criolla y en su opinión debía colocarse al lado de *Martín Fierro*, es una narración sobre una base central, sin desviaciones episódicas, y que produce en nosotros la impresión de una obra maestra. Emilio Becher, al hacer en *La Nación* el juicio sobre esta novela, dijo que era el fruto perfecto de un talento maduro. Efectivamente, es una obra maestra. El protagonista no se borra de nuestra memoria. Emerge de la descripción, neta, breve, visible, como de los relieves de una talla, con la movilidad de los seres vivos. ¿Se habrá propuesto Payró restablecer, como se ha dicho, la novela picaresca, extinguida en España después de los dos o tres grandes monumentos que batieron y agotaron el género y cuyo vestigio disperso subsiste en los sainetes de D. Ramón de la Cruz, el jugoso y remoto sucesor de Lope de Rueda? No creo que Payró haya tenido el propósito deliberado de ajustarse a un procedimiento, de sujetarse a un plano técnicamente diseñado. No se conciben las obras de esa índole de acuerdo con un programa anticipado. El escritor verdadero, al ponerse a escribir, no sabe qué está escribiendo. Si sabe, si se administra con minuciosidad, si mide, tasa y regula los elementos que componen su obra, no es escritor, sino esa otra cosa, flor de cultura y de arte estudiado, que es el literato y que nunca nos dará la sensación total de la vida. El escritor posee el poder jehóvico de soplar el barro e infundirle el pulso caliente de

lo vital. Payró, a quien los literatos reprocharán su desguarnecimiento ornamental, domina esa facultad milagrosa. El barro se anima en sus manos, "adquiere la dúctil elasticidad, la armoniosa coherencia de lo que vive y nos reproduce en nuestra vulgaridad, en nuestros defectos, en nuestras cualidades. En las aldeas campesinas se impregnó del olor de la tierra, llenó su pupila, exacta y ensoñada a la vez, con la corteza del panorama uniforme y gris, como los caminos castellanos por donde peregrinaron las filas de pícaros, y vió a la gente confiada, la buena gente, la gente dócil e inerte, y a los que hallan en la ingenuidad ajena su pródida mercancía. Vió a Laucha, ingenioso, inquieto, voluble, hablador, al cura que vende falsos certificados de matrimonio, y con eso hizo su novela, limpia, lisa, fuerte, rotunda, que nos retrotrae a la época en que el mendigo estupendo andaba por el mundo con el lazarillo prodigioso. Leed *El casamiento de Laucha*. Volvedlo a leer. Veréis cómo es absolutamente imposible cambiarle una situación, substituir un término, reemplazar una expresión. En su simplicidad completa tiene la perfección cabal de una joya. ¿Reside su mérito en el ajuste circunspecto de sus componentes literarios? Desde luego, está hecho con ese arte de ensambladura sin la cual la obra imaginativa pierde su eficiencia y se anonada en lo caótico de cuyo abismo sólo la salva el genio. Hay algo más alto y más duradero en *El casamiento de Laucha* que la mera pericia del artista. Es la síntesis del pueblo chico y sofocante, y es una evocación de tipos, una poderosa evocación de vida, que por sobre la realidad documentaria, por sobre la exactitud detallada de los hechos, se transforma en un símbolo, mucho más verídico que la verdad conocida y mucho más expresivo en su conjunto de creación orgánica, que los múltiples individuos aislados que tienen en ese héroe de la malicia enconradiza y tornadiza su medida y su ley. Se percibe en ese libro, que quiero entre todos los libros de Payró, un rasgo más de semejanza con la no-

vela picaresca. Es su ironía pesimista. Payró es de esos corazones generosos que no huyen de la veracidad desagradable o cruel. Presencia el espectáculo de las cosas irritantes, sin que el moralista y el filósofo turben la aptitud receptiva del novelista. Y su pícaro sale de sus escritos con el desnudo verismo de la naturalidad, de la frescura, de la gracia que lo engendraron. No es el suyo un pesimismo de escuela, un comentario deductivo, una áspera justificación de doctrina. Es una antítesis doliente de las ideas artificiales, que resulta de la observación, de la penetración de la simpatía humana y que centraliza en las figuras ostensibles, índices de psicología colectiva. Se diría que Payró, en la modelación de esos tipos, ha esquematizado la realidad para mostrarnos lo deleznable, lo feo de ella, con el objeto de que nos esforcemos en crear una apariencia más grata, un aspecto más dulce de la vida. Es un escritor de valores sociales. No nos cansemos de decirlo puesto que únicamente los que se sumergen en el limo de la sociedad, bucean su alma compleja, su crueldad brutal; su espesa injusticia, sacarán de sus obscuras entrañas los símiles que educarán y mejorarán, con la persecución de su deforme fisonomía moral, a los que vegetan en la amoralidad por la inercia. La sociedad no se divide en buenos y malos, como si se atuviera al catálogo de los confesores. La ausencia de bondad en las costumbres es una ausencia de sensibilidad, es decir, un fenómeno de incultura y de ininteligencia. De ahí que cuanto más primitiva sea una sociedad, más fértil es en esas nimias anomalías que cobran en las obras de Tolstoy, de Zola, de Maupassant, de Rosny, la impresionante anfractuosidad de lo monstruoso. ¿Y cómo se han apartado las sociedades evolucionadas de esas deficiencias íntimas que entretejen la inmoralidad de un pueblo? Las colectividades europeas han logrado, sin despojarse de la mezquindad, sin substraerse a los factores que se señalan en la amarga lucha por la subsistencia y por la persistencia en las posiciones conquistadas; un modo de

convivir más afable y más recto. Lo han logrado con la educación en las nociones morales. No se ha de imputar ese lento progreso, esa debilitación de la rusticidad impulsiva, al ascendiente de las prédicas filosóficas. La propaganda de las ideas penetra en los grupos selectos, que pueden en una hora dada dirigir la opinión en un asunto concreto, en un acontecimiento estallado por la fatalidad de mil circunstancias imperceptibles. Ese grupo, influido por el enciclopedismo, puede hacer la Revolución Francesa o la revolución argentina de Mayo; no se desdobra en las densas capas de la sociedad, porque la multitud no lee a los filósofos, no conforma su conducta con la regla de los moralistas. En cambio, la novela tiene la facilidad circulatoria del oro acuñado en moneda. En ella se proporciona, tanto al que siente como al que piensa, la verdad asequible y algo que es más estable que la verdad transitoria e ilusoria, y que es la realidad, corporizada en personas, plasmada en espíritus, transparente en almas inmortales. El libre pensamiento, el combate por el libre examen, habría muerto en Francia en los anales de la Enciclopedia, en los debates sin rumor de los sabios, si no se hubiese transformado en sangre, en dolor, en risa, en aventura viviente, en las novelas de Rabelais, en las novelas eternamente actuales de Voltaire, el único escritor francés quizá en quien la lógica del argumentista y la frialdad hiriente del crítico no excluye la imaginación procelosa. Son las novelas de Voltaire, son las grandiosas fábulas de Rabelais, son las historias dialogadas de Diderot, son las caricaturas mordientes y veraces de Molière, las que han difundido las ideas encerradas en la biblioteca o sofocadas en las controversias eruditas de los salones. El arte es el vehículo llano de las ideas, aun cuando no se propone proclamarlas y a veces ni siquiera supone hallarse en su vecindad. Mas, con el instrumento que remueve la emoción, con la imagen de la vida que labra la vida, se la modifica, se la mejora, hasta comunicar a los miembros de una

comunidad un nuevo instinto, esa segunda naturaleza a cuyo hermooseamiento debemos aspirar: esa misión la realiza el escritor social y Payró la ha asumido entre nosotros con tranquila fe, con seriedad, sin explosiones combativas, sin nerviosidades de exaltación inútil. Sí; ama al pícaro, se complace en seguirlo en sus gestos, en copiar sus actitudes, en descifrar, en su conciencia tortuosa y brumosa, la clave de aleaciones equívocas y el movimiento del hombre de presa que aborta en la picardía. ¿No es acaso un pícaro, un pícaro español trasladado al mundo argentino, el protagonista de *Las divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira*? Gómez Herrera es un producto del medio transitivo entre la vieja sociedad argentina y la sociedad momentánea y aluvional que desencadena ineludiblemente las rugosidades del hombre sin ayer y sin presente en el embate para arribar a un punto. Esa mezcla de ansiedad sin escrúpulo, de sensualidad sin delicadeza, de ambición sin objetivo, desceñida de cualquier ulterioridad desinteresada, que trae el hombre formado a enviones, amasado en la inmensa fusión étnica, se recoce con los defectos del nativo, del originario, y se reproduce en el egocentrismo del truhán, dotado de calidades imitativas de la inteligencia y que encarna la grosura espiritual y la inmoralidad del individuo de garra. Anda por su senda con el oblicuo tranco del pícaro y con la temeridad del hombre trágico. ¿A quién representa, como argentino, ese Gómez Herrera, a quien hemos visto brillar, con el bulto hurtado bajo el brazo, en la política, en la sociabilidad, en los tormentosos vaivenes en que se concretan los dineros cuantiosos? No es esa, claro está, la sociedad argentina, como Martín Fierro no es el gaucho, como el grande hombre no es su manifestación prototípica. Pero es un tipo de la sociedad, una espuma suya que arrastra y prisma en si la variedad social que lo determina. Por tales razones, justamente, vale la obra, no ya como anécdota novelesca, sino como esbozo honesto, apretado, intensamente enérgico,

de lo que es nuestra raza en formación, la raza de hoy, que es la levadura pujante de un país que está depurando una familia más armónica, menos impaciente, que se elabora con esas materias escoriales y los sedimentos nobles que le dan el color y el acento. Esa interpretación psicológica de ciertos aspectos de la vida social se señala en muchos trabajos de Payró y particularmente en los cuentos. Sin hablar ya de las leyendas de *Pago chico*, en otros relatos Payró se nos muestra como un observador que anota en detalles cortantes los lados huraños que ostentan los caracteres torcidos. A veces, como en *El experimento del doctor Menéndez*, su reflexión es sombría; a veces, como en la rápida historia del zapatero que en la ancianidad repasa su existencia sórdida, traza el cuadro doloroso con una maestría tal y con una disposición tan honda de los resortes dramáticos, que sería indispensable buscar su equivalente en los ejemplos más extraordinarios de los cuentistas europeos. Pero la capacidad creadora de Payró no confina únicamente en el sistemático desmenuzamiento del psicólogo para comprimir en resúmenes vivaces esas refracciones exclusivas de la vida. Si el pesimismo es el resultado del observador, su espíritu no asume deliberadamente la posición del pesimista. Al contrario. Su espíritu es esencialmente lírico como lo denuncian algunas páginas de esos mismos libros en que domina la agria comprobación de lo real. Solemos encontrar en sus novelas y cuentos al tipo antipódico del pícaro, que nos proporciona como una sensación de reposo.

Mas, Payró ha querido transportarnos a una época apartada de la nuestra y extraer de lo que tiene de heroico, de desmesurado, de grande, la substancia humana, y que permite al evocador y al poeta forjar dentro de la verdad histórica, panoramas más amplios.

Me refiero a esta nueva etapa de su literatura que abre la novela del *Capitán Vergara*. Desde hace mucho tiempo le seducía el rico acervo de la conquista es-

pañola de América. En 1904 publicó *El falso Inca*. Es, como Payró lo denomina, un cronicón de la conquista, en que reconstruye con el procedimiento del novelista los avatares de un aventurero discurridor, el pícaro una vez más, que se desplaza en el escenario del continente todavía intacto. Esa veta debía cautivarlo y decidirlo un día a buscar en su opulento caudal temas de profusa escenificación. Cuando lo visité en Bruselas, poco antes de la guerra, en su delicioso hotelito de la Avenida Brugmann, donde pasé algunos días de tranquila alegría, Payró ya planeaba el desarrollo del *Capitán Vergara*. En su espaciosa biblioteca, sobre la mesa atestada, se alineaban los volúmenes de los cronistas, se amontonaban los documentos y las monografías. Al hablarme de ese largo período de la acción española en América, se entusiasmaba, se enardecía, y me diseñaba, con su palabra precisa, con su ademán nervioso, cómo sería la obra. Y yo veía ya al conquistador y al aventurero desenvolverse, actuar, vivir en la penuria heroica, en los sucesos maravillosos, con la fuerza atrayente del ser de carne y hueso que al conjuro de la poesía renace del pasado y se nos presenta en el magnífico y exuberante poder de la individualidad reconocible. Payró se ha hundido en ese pasado; ha comprendido los factores voluminosos o imperceptibles de esa edad complicada, en que el trasiego de un continente a otro continente se agregaba al drama individual de los que se sentían vencidos en la sociedad arcaica y a quienes el destino eligió para ser los vencedores en regiones quiméricas, los fundadores de una sociedad inimaginable entonces, los trasmutadores de una civilización que no tardaría en concentrar las esperanzas humanas. Esa sed de aventuras, ese espíritu de fatalidad y de tragedia, de fe y de ambición diabólica, de crueldad y de ensueño, que fué el nervio motor de la conquista y que en la historia aparece remotamente indicado en episodios truncos, en reseñas débiles, en sospechas pálidas, representa para el novelista un tesoro

de inextinguible potencia lírica y épica. Payró se ha sumergido en ese enorme mar, ha penetrado con sutileza de intérprete, con elevada intuición de poeta y de artista todo lo que encierra de fantástico, de pintoresco, de deforme, de terrible. *El Capitán Vergara* es, efectivamente, un prototipo de esa epopeya y sintetiza en su vida, en sus desventuras y correrías, lo substancial del alma española de los siglos densos. Relatado en un idioma que tiene con frecuencia el rudo sabor del romance o el despliegue impresionante de la teatralidad infanzona de la raza, resucita con vigor eficaz las décadas triunfales de la España conquistadora. La crónica se ha vuelto bajo su pluma un poema, una novelación épica, que contiene el ruido, el color, el hálito robusto de esa expedición, de ese desfile gigantesco por las tierras ásperas y fragantes del Nuevo Mundo. Se dirá que es una imitación, un « pastiche » literario hecho por un escritor experto en el misterio del verbo y en el arte de aparejar las cosas ficticias de la imaginación. Todo es imitación, todo es « pastiche » en la literatura reconstructiva de las imágenes antiguas. *Don Quijote* es un « pastiche ». Lo es siempre la literatura culta o erudita, y lo único que debe exigírsele es la vitalidad, la aptitud de sugestión que da a la obra de arte el indefinible prestigio que sólo obtienen los escritores de genio trasmisor. El proceso del alma española se espeja en los capítulos del *Capitán Vergara* en lampos iluminadores. En su desenvolvimiento revivimos el espectáculo de la construcción, de la vertebración lenta y bárbara de las colonias, y vemos, a la vez, cómo va naciendo el alveolo de la ulterior formación del mundo hispanoamericano, esto es, del amasijo que tiene para la humanidad la trascendencia más perdurable de su historia. *El Capitán Vergara* es el comienzo de una serie. Payró se propone resucitar los pasajes primordiales de la conquista en sus aristas más salientes. Ya está trabajando en una obra similar, para cuya realización ha de alentarle, sin duda, el éxito de esta no-

vela, que la crítica saludará como un esfuerzo admirable. Lo es porque siendo una crónica y siendo una novela de aventuras, es, sobre todo, un poema en que se cifra lo que explica la conquista. ¿Por qué no dejaron su huella, en el ilimitado continente, los pueblos que inmediatamente después del descubrimiento derramaron sus naves y sus hombres sobre la ruta de las memorables carabelas? España cubrió las extensiones inconmensurables con su idioma, con sus costumbres, con su religión, porque comunicó a su empresa el poder de fantasía que forma el signo racial de su espíritu. Y esa fantasía, que está en el héroe, en el santo y en el bandido, la ha aprisionado Payró en su novela. Esa es su belleza y de eso emana su constante interés, que se vierte en una emoción viril, anhelosa y subyugadora.

El nuevo aspecto de la labor literaria de Payró completa su vasta personalidad de escritor, a quien podemos aplicar lo que dijo Anatole France para explicar la simpatía que rodea a los novelistas y a los cuales ha llamado Jorge Brandes los poetas de la historia invisible. En el homenaje que hicieron en Londres a Anatole France, en 1914, presidido por Thomas Barcklay, el autor de *Thais*, al contestarle, dijo que los pueblos cordiales aman la novela porque la novela es el fruto de las almas cordiales. No conozco un hombre más hondamente cordial que Roberto Payró. La bondad, de su espíritu se transparenta en lo que escribe con tan pristina dulcedumbre que el lector se le acerca con la confianza de un viejo amigo. Y esa bondad, esa cordialidad, nos lo muestra, en su vida como en su obra, bajo su verdadera faz. Hay en su alma, que ama la justicia, que tiene una inagotable capacidad de la ilusión generosa, un dominio quijotil que lo renueva incesantemente y que, como a sus personajes mejores, lo lleva, invariablemente, a un altruismo que afronta los obstáculos y el sacrificio con una sonriente temeridad. ¿No recordáis su acción durante la guerra y que nos sofocó aquí durante años en una angustia punzante? En ese

negro lustro, Payró fué un combatiente de la causa de la civilización y de la libertad, en medio del campamento germánico establecido en Bélgica con un cerco de cañones y con un foso de sangre. La gente no comprendía esa audaz persistencia de juez que sometía al invasor a su implacable requisitoria, que tuvo por consecuencia el confinamiento y que pudo haberle llevado, como lo temíamos y no nos atrevíamos a suponerlo, a la catástrofe. Nos lo explicábamos nosotros porque lo conocíamos. Yo me lo explicaba porque su corazón me es familiar. Sí; convivo con su espíritu desde el comienzo de mi adolescencia. Me le acerqué cuando yo era niño y continúo en su presencia, como entonces, en la misma admiración, en el mismo fervor de afecto. Sabe el público lo que es Payró como gran escritor, como escritor que en la literatura argentina representa un valor definitivo; sabe lo que es como publicista y como periodista. Nosotros, los que pertenecemos a su intimidad, que somos los testigos de su vida, sabemos algo más; sabemos lo que vale el hombre, lo que ha hecho como espíritu centralizador y formador de espíritus; sabemos el mérito de su obra que no está en las páginas escritas, que se ha dispersado en una creación no menos fecunda y que expresa la secreta influencia del maestro.

ALBERTO GERCHUNOFF.

LIBRO PRIMERO

EL MANDO AL MAS RESUELTO

**GENTE DE ARRIBA Y GENTE DE ABAJO**

Hubiérase dicho que el puerto de Nuestra Señora de la Asunción, tan animado aquel día del mes de junio de 1539, era el de una ciudad disimulada tras de las colinas ribereñas. Aparte las habituales canoas de tronco y las toscas embarcaciones de algunos vecinos, en la serena superficie del río Paraguay meeíanse diez o doce bergantines acabados de llegar, de aguas abajo los unos, con Francisco Ruiz Galán, nuevos y bien aparejados, de aguas arriba los otros, viejos ya y averiados, con el capitán Vergara.

Por las empinadas cuestas de la orilla subían y bajaban hombres de armas y marineros vestidos a la española, e indios de tez bronceada y cerdosa cabellera, completamente desnudos. Los marinos y los soldados, gente enérgica, de ademán resuelto y mirada ardiente, barbudos, atezados, largos y enmarañados los negros cabellos, iban, en general, sucios, mal vestidos, con las ropas raídas y desgarradas por el uso, y en sus rostros veíanse claramente las huellas de privaciones y padecimientos de que aun convalecían. Varios llevaban unas a

modo de camisas de lona de vela, y parecían penitentes: eran los que, con el galeón del capitán Gonzalo de Mendoza, habían naufragado poco antes, a media noche, en la costa del Río de la Plata y escaparon desnudos a la muerte. Otros tenían puestas sus recias armaduras sobre miserables justillos andrajosos, quizá también a raíz de las carnes, y parecían, como los demás, muy satisfechos de poder estirar las piernas después de una larga navegación, estibados en los bergantines. Pero muchos otros vestían ropas de paño, anchas calzas hasta abajo de la rodilla, las vellosas pantorrillas desnudas o cubiertas con unas a modo de polainas de estameña ligadas con senogiles, — pues sólo los grandes señores usaban medias de punto, — zapatos deformados y groseramente remendados, y birretes o monteras en vez del férreo capacete, pasajera-mente abandonado. Sólo uno que otro gallardeaba, vestido de nuevo de pies a cabeza, con chupa y calzón a la italiana, emplumado chambergo y grandes botas flamantes: habían comprado tan lujoso atavío al mercader León Pancaldo, de Savona, que yendo al Perú con una nao cargada de ropa, telas, vino y provisiones de todo género, tuvo que recalar en el puerto de Buenos Aires, donde su pacotilla cayó como el maná en el desierto. Veíase también más de un hábito pardo de fraile francisco y ropillas negras de escribanos, bachilleres y alguaciles.

Los desde antes avecindados en la Asunción mezclábanse con los recién venidos, conversando animadamente, a voz en cuello, palmoteándose los hombros y las espaldas entre grandes risas de rego-

cijo, o pidiendo y dándose noticias con expresión grave y atenta: « ¿Qué ocurre por allá abajo? ¿Qué pasa por aquí arriba? ¿Qué es de ése, qué de aquél, qué desotro? ¿Cómo os ha ido de viaje; habéis rescatado mucho bastimento; habéis tenido bastante comida; no os han atacado los naturales; no os han flechado las naos desde lo alto de las barrancas?... » Los del capitán Vergara y los de Ruíz Galán contaban atropellada y confusamente sus aventuras, interrumpidos a cada paso por nuevas preguntas que les cortaban el hilo; y las voces, las exclamaciones, los ternos, las carcajadas, poblaban el aire con un rumor de fiesta. Algunos iban a departir más cómodamente en los improvisados y mal provistos bodegones, vaciando una copa de las bebidas fermentadas hechas allí, mientras los jugadores apasionados, que no podían faltar entre aquella soldadesca, armaban partidas de dados o de naipes.

Nublado estaba el cielo, soplabla viento del Sur, y el frío se hacía sentir excepcionalmente en aquella tierra que ignora casi el invierno; pero las crudas ráfagas no parecían molestar a los europeos, endurecidos ya por las intemperies, y los indios se mostraban menos sensibles todavía, aunque algunos se hubiesen echado una manta de algodón sobre los hombros.

Eran estos naturales de menos que mediana estatura, pero recios de busto, casi cuadrados, de vello y barba escasos, largos cabellos crinudos, pies y manos de niño, ojos pequeños, negros, vivos y sesgados, y expresión franca y abierta en su feo rostro, que hacía aún más feo el barbote o tembetá, palillo

de cuatro a cinco pulgadas que llevaban en el horadado labio inferior. Algunos iban armados de arcos de cerca de dos varas y flechas de vara y media, fabricados con madera dura y flexible como el acero; algunos llevaban la macana, especie de maza corta y pesadísima, labrada en palo tan ponderoso que no puede flotar, y, uno que otro, atadas a la cintura, las dos o las tres bolas de piedra que, unidas entre sí por correas de distinto largo, hacen voltear sobre sus cabezas como una honda y lanzan con singular destreza al animal, ave o cuadrúpedo, que desean coger.

Muchos de ellos, hombres y mujeres, sin más vestido que la pampanilla o la manta de algodón, coronaban las colinas de la costa contemplando los bergantines y el ir y venir de la gente con religiosa atención e inmóviles como estatuas. Otros, igualmente curiosos pero más atrevidos, serpenteaban entre los grupos de los indolentes españoles o los rodeaban sin ceremonia queriendo verlo todo, tocarlo todo: las piezas de la armadura, la espada, la rodela, el arcabuz, la lanza o la ballesta, con indiscreción y audacia infantiles, hasta que un bufido o un empujón del enfadado carahí, les obligaba a ir más lejos en busca de pasto para su insaciable curiosidad o para su ratero instinto.

Pero muchos, y sobre todo las mujeres, trabajaban para el amo español: setecientas carías servían ya a los conquistadores que las utilizaban en las rozas, en el servicio doméstico, en las faenas más rudas; mil canoeros les acompañaban en sus expediciones bélicas, y podían levantar grandes tropas

auxiliares para sus incursiones terrestres. Aquel día, las mujeres, pequeñas, pintado el feo rostro con tres rayas azules que les bajaban desde la frente hasta la punta de la nariz, descargaban los bergantines y subían luego trabajosamente la barranca por el sinuoso sendero que conducía a un tosco edificio cuadrado, la Casa Fuerte construída por el capitán Juan de Salazar de Espinosa, cerca de la iglesita de madera y adobe erigida por Francisco Ruiz Galán.

La fortaleza era baja, de pocas luces como conviene a una fábrica de ese género; parecía sólida, y rodeada de fuerte estacada y ancho foso resultaba reducto inexpugnable para los indígenas poco versados en el arte marcial y mucho menos en el uso de las máquinas de guerra, pues apenas si sabían lanzar flechas incendiarias, inofensivas contra los techos de barro y los gruesísimos muros de adobe. Los españoles habían comenzado a levantarla al tomar posesión de aquella tierra, dos años antes, y la perfeccionaron en seguida, pues no tenían completa confianza en la sumisión de los indios caríos, y temían, también, posibles expediciones de otras tribus: precisamente en aquellos momentos los bravos agaces, habitantes nómadas de las riberas del Pilcomayo y el Bermejo, los amenazaban con una nueva guerra...

La iglesita inmediata era de pobrísimo aspecto, pero pintoresca en su misma rusticidad. Destacábase, como la Casa Fuerte, sobre un fondo de redondeadas colinas, de bosques altos y sombríos, de matorrales y campos en que se desarrollaba toda la

gama de los verdes, atenuados aquel día por la luz cenicienta, pero vibrantes en los largos períodos en que imperaba el sol sin abrasar el suelo. Su gran cruz de madera dominaba el techo de dos aguas cubierto de anchas hojas de palmera, el portal que daba a la plaza, las toscas paredes de troncos y adobes sin enlucir; y junto a tan imperfecto esbozo se alzaba a modo de torre la espadaña, una especie de andamio con dos plataformas interiores, una endeble escala y, colgada de una viga, la pequeña campana de bronce que llamaba a los fieles.

Diseminadas aparentemente sin orden, pero preparando ya la traza en forma de damero que caracterizaría las ciudades españolas de América, veíanse varias casuchas de adobe o de madera, mal construídas, tan desniveladas a causa del terreno accidentado que amenazaban caer de bruces, obscuras y bajas, con una puertecilla y un ventanillo, techadas también con hojas de palmera, sombreadas por algunos árboles olvidados por el hacha devastadora, y algunas de ellas rodeadas por un rudimento de huerta. El presbiterio y las moradas de los capitanes Juan de Salazar de Espinosa, Gonzalo y Francisco de Mendoza, tenían ya, sin embargo, algunas pretensiones. Algo apartadas amontonábanse las chozas redondas de los indios, sin otras luces que el agujero de la entrada y el respiradero abierto para dar salida al humo en el techo cónico de paja u hojarasca. La tierra pisada que formaba patio alrededor de estas chozas hallábase, lo mismo que el contorno de las casuchas españolas, libre de toda especie de residuos animales y tenía un aspecto

de extremada limpieza; pero tan sorprendente aseo no era debido a sus moradores sino a dos suertes de pajarracos, que ora revoloteando, ora encaramados en los techos o en los árboles, dejábanse caer en cuanto veían en el suelo algo que tragar, piltrafa corrompida, pedazo de cuero, o repugnante manjar escarabajil... Los unos, semejantes a buitres, eran negros, corpulentos, olían a putrefacción y almizele, y se llamaban urubús; los otros, pardos, con fajas blancas, la cabeza adornada con un penacho, las largas patas implumes, eran también barrenderos y, más familiares y atrevidos que los urubús, se introducían en las chozas y no respetaban la vida de las aves domésticas. Su áspero graznido que sonaba «cará-cará» les había dado nombre, como ellos, a su vez, lo dieron a unos indios temibles, vecinos de los no menos temibles timbú, en las inmediaciones de la misteriosa, inmensa e impenetrable laguna de los Caracará, la Iberá de la moderna geografía. Y urubús y aracarás, alada legión de barrenderos, tenían por auxiliares de infantería a los ejércitos innumerables de las hormigas y a las mesnadas de las ratas y demás roedores.

Tras del grupo de chozas extendíanse los pequeños y mal trabajados campos de labranza de los indios caríos, en las rozas practicadas antes voluntariamente y continuadas luego por mandato del amo español, hasta unirse con los bosquecillos que iban espesando y empinándose, para formar, no lejos, la intrincada selva entretejida de bejucos que cerraba el horizonte. Y por todas partes brotaban manantiales de agua pura que bebía la arena roja

y árida, que se empantanaba en suelo menos permeable, aun junto a las casas y en las mismas calles, o que corría formando arroyuelos y yendo a volcarse en el río desde las altas barrancas.

Como asunto principal de este cuadro de género, en medio del ir y venir de indios y soldados, frailes y marineros, alguaciles de severa ropilla y mujeres desnudas y pintadas, de pechos colgantes como alforjas, paseábase lentamente o se detenía departiendo, entre la iglesia y el fuerte, un grupo de personas al parecer principales, pues vestían con relativo lujo y de sus hombros pendían sendas capas de grana.

Uno de ellos, cuya alta estatura y torso atlético le distinguían de los demás, llevaba las calzas, la ropilla y el jubón tan raídos que acusaban o espartana pobreza o recientes, prolongados y durísimos trabajos. Su rostro enérgico, de rasgos acentuados, frente espaciosa, espesas cejas que daban sombra a unos ojos ardientes como áscuas, nariz ganchuda, boca grande de labios delgados y rojos, barbilla ancha y prominente, y más que todo la blancura de su tez, que sólo se observaba en la garganta, a la sazón descubierta, pues rostro y manos estaban curtidos, ennegrecidos por los vientos y el sol, le señalaban como un hermoso ejemplar de la fuerte raza vascongada. Había pasado la cincuenta pero estaba aún en pleno vigor, rebosando juventud por todos los poros, pese a las hebras de plata que asomaban entre sus negros cabellos; y su vozarrón de barítono se oía sobre todas las otras voces, aunque se esforzara visiblemente por hablar

quedo. « Capitán Vergara » le llamaba su gente, dándole el nombre de su villa natal, pero él firmaba Domingo Martínez de Irala y era uno de los que, con el Adelantado don Pedro de Mendoza, habían partido de Sanlúcar de Barrameda, en 1535, para conquistar y poblar las tierras descubiertas veinte años antes por Juan Díaz de Solís.

El más animado del grupo, hombrecillo que contrastaba violentamente con el capitán Vergara, tan parecido a un ratón como este último a un águila, menudo de cuerpo, móvil de fisonomía, inquieto de ojos, agitado de ademán, vestía ricamente, ostentando dijes y joyas de reciente adquisición, como quien se esfuerza en demostrar principalidad, y era un alférez ambicioso llamado Alonso de Cabrera, a quien el parentesco de un consejero de Indias había valido el cargo de veedor de fundiciones y la misión de presentar una real cédula cuyo alcance debía de ser, según decía, importantísimo para la nueva Provincia. Llegado a Buenos Aires con su sobrino Antón de Cabrera el año anterior, precisamente cuando el naufragio del galeón de Gonzalo de Mendoza, había suscitado graves conflictos desde que desembarcó, disputando y arrancando en parte el gobierno al capitán Francisco Ruiz Galán, dejado como lugarteniente provisional hasta el regreso del capitán Ayolas, por don Pedro de Mendoza, quien, moribundo, se volvía a la Península.

También estaba allí el depuesto capitán Ruiz Galán. La expresión de su rostro sin energía denotaba incertidumbre y descontento. Hablaba secamente y poco, y se mordía los labios encarnados y gruesos

bajo el negro y poblado bigote, que, cayendo a ambos lados hasta confundirse con la barba, negra también, disimulaba la anchura de la boca, mientras que sus ojos ansiosos examinaban a los interlocutores sin fijarse en ninguno. Era de mediana estatura, ancho de espaldas y debía de haber sido grueso al salir de España, antes de padecer trabajos y privaciones, a juzgar por las flácidas arrugas de su rostro, cuello y manos, sugeridoras de que todo había estado bien relleno poco tiempo atrás. Las fatigas de la interminable travesía en primer lugar, y luego las crueles hambres sufridas en Buenos Aires, los combates con los indios, las árduas y peligrosas expediciones en procura de víveres, sus continuas luchas con los oficiales reales y con los capitanes que se negaban, soberbios, a trabajar en la fortificación de la maltratada villa, y, por contera, la llegada del veedor que le minó el prestigio y la autoridad, reduciéndole a simple comparsa gubernativo, habían fundido su grasa, descaecido sus fuerzas, cortado sus iniciativas y ahuyentado para siempre su antiguo buen humor.

De los otros personajes uno, maduro ya, robusto y endurecido en la profesión de las armas, tosco de figura, franco en el hablar, marcial en el gesto, era el veterano capitán Juan de Salazar de Espinosa, que comandó el galeón Anunciada y por orden de don Pedro de Mendoza se vió mezclado en Río de Janeiro en la ejecución del maestro de campo don Juan de Osorio. El Adelantado le nombró veedor, en reemplazo de Gutierre Lasso de la Vega, fallecido en Buenos Aires; luego se le envió en busca del

capitán Ayolas, y a su regreso del puerto de la Candelaria había fundado la Casa Fuerte en el de la Asunción, al que acababa de llegar de nuevo en compañía de Cabrera y Ruiz Galán. La recia complexión de Salazar de Espinosa le revelaba enérgico y tenaz en el mando, y su manera de escuchar, ciego e inflexible en la obediencia, soldado de raza como lo demostraban sus antecedentes.

Otro parecía más bien hombre de pluma que de espada, con sus negras ropas, sus carnes enjutas, su expresión preocupada y su mirada más resuelta que la de Ruiz Galán, pero igualmente inquisitiva: era García o Garcí Venegas, — pues de ambos modos se le decía, — el teniente de tesorero dejado en su representación por don Francisco Alvarado cuando se marchó con don Pedro de Mendoza.

El sexto personaje, hombronazo de tez bronceada por el sol, el aire salado y los espumarajos del mar, las largas correrías por tierra, el continuo bregar en todos los tiempos y todos los climas, era un hidalgo de buena cepa, militar y marino que había prestado inapreciables servicios a sus compañeros, conocía la lengua del país y estaba siempre pronto para cualquier andanza, por ardua y peligrosa que fuera. Hombre rudo y franco, el capitán Gonzalo de Mendoza era también avisadísimo jefe y hábil político: tratando a los indígenas con firmeza y bondad conseguía lo que otros no alcanzaban con el rigor y la violencia, y en el reciente naufragio de su galeón, cuando regresaba del Brasil con vituallas para la famélica Buenos Aires, mostróse gran conductor de gentes, consiguiendo salvar a casi toda

la tripulación, arrancar a las olas con qué cubriesen su desnudez y aplacasen su hambre, y dirigirles luego, tierra adentro, por entre tribus guerreras y hostiles, sin perder un solo hombre.

También estaba allí el teniente de contador Felipe de Cáceres, reemplazante de su hermano don Juan, a quien don Pedro de Mendoza hubo de llevarse consigo, a causa de su carácter, más que el de los otros díscolo y alborotador. Pequeño de cuerpo, avisado y movedizo, Felipe de Cáceres podía parecer persona inteligente y de vistas claras, pero en realidad no tenía iniciativa propia y sus ideas eran reflejo fiel de lo que pensaba cualquiera otro que le inspirase confianza o afición. Pero no sabía elegir sus modelos y por el momento seguía en todo y por todo a Ruiz Galán, no mucho mejor dotado que él.

El último personaje del grupo era Andrés Fernández, teniente residente en oficio de tesorero, cordobés, cuya aplastada nariz le había valido el apodo de el Romo, que nadie separaba jamás de su nombre. Como Andrés Fernández el Romo figuraba en los documentos de la época, como Andrés Fernández el Romo ha pasado a la historia, y ello se explica, porque a fuerza de ser chato su cara parecía una fruta, y porque su intelecto corría parejas con su rostro.

Esta plana mayor de la novísima Provincia del Río de la Plata no estaba por el momento preocupada ni de ensanchar y consolidar la conquista de la Sacra Cesárea Católica Majestad, ni de establecer el imperio de la santa cruz en aquellas salvajes comarcas, ni de proveer a las más urgentes necesida-

des de los cristianos, ni de arbitrar sistemas de civilización y protección de los indios, ni de cosa alguna que pudiera interesar a otros que a los Muy Magníficos, es decir a ellos mismos, pues tal era su tratamiento.

Aunque departieran con aparente calma y sobre cosas indiferentes, iba a jugarse entre ellos una considerable partida, porque tres, nada menos, pretendían el mando de la Provincia indiana y se decían con derecho a él: Francisco Ruiz Galán, porque el Adelantado le dejó al partir substituyendo al capitán Ayolas hasta el esperado regreso de éste; el capitán Vergara, o si se prefiere Domingo Martínez de Irala, porque el mismo Juan de Ayolas le consagró, al internarse en su expedición de conquista, teniente y sucesor suyo; y Alonso de Cabrera, porque había traído de España aquella misteriosa real provisión, firmada por la serenísima reina doña Juana, y que, según él, le hacía árbitro de los destinos de la Provincia.

En realidad no eran estos los únicos rivales, pues cada capitán se consideraba, en su fuero interno, con méritos suficientes para ocupar el primer rango. Si habían venido a las Indias en nombre de Dios y del rey, como en una nueva cruzada, no era para obedecer sino para mandar, y si los menos influyentes disimulaban por el momento sus pretensiones, no dejaban de esperar en las mudanzas de la fortuna...

Cansados de pasearse, y dispuestos a discutir lo que más les interesaba, nuestros hombres entraron, por fin, en la Casa Fuerte.



II

LO QUE SE DIJO EN LA CASA FUERTE

Una vez en la desnuda sala del cuerpo de guardia, sólo adornada por armas y ropas de soldados que pendían de las paredes, sentáronse en bancos y escabeles junto a la chimenea de campana en que ardía un gran fuego de leña de espinillo. El capitán Vergara y Gonzalo de Mendoza se quedaron de pie, asándose las botas en el rescoldo.

Ruiz Galán inició la discusión afirmando su derecho, para él evidente, puesto que don Pedro de Mendoza le había ungido gobernador, y puesto que los oficiales reales, capitanes, hijosdalgo y soldados le habían prestado el año anterior juramento de obediencia en el puerto de Corpus Christi. Mientras hablaba mirábale Vergara al soslayo con burlona y desdeñosa sonrisa, recordando que en su viaje anterior Ruiz había osado prenderle como responsable de la todavía ignorada suerte del capitán Ayolas, para libertarle en seguida bajo la presión de los capitanes: semejante competidor no era de fuerza para luchar con él.

Cuando Ruiz Galán hubo acabado de exponer

sus argumentos, García Venegas objetó que don Pedro de Mendoza sólo había concedido al pretendiente un precario interinato, contando con el pronto regreso de Ayolas, como lo probaba la orden que le diera de reunírsele en España apenas se hallara de vuelta su teniente y privado; y en cuanto al famoso juramento de Corpus Christi, éste había sido condicional, y dejaba de existir si el rey, el Consejo de Indias, el Adelantado o el mismo capitán Ayolas lo disponían así o nombraban otro teniente gobernador.

— Don Pedro de Mendoza, — concluyó diciendo García Venegas — dejó al partir por sucesor suyo a don Juan de Ayolas, y no a otro alguno, dándole también, y esto es de importancia capital, poder suficiente para delegar el mando, en caso de ausencia o de muerte, en la persona que juzgara más apta.

— Esa persona, soy yo, pese a mi poca o mucha aptitud — dijo el capitán Vergara con rudo acento y revesada sintaxis que no hace al caso copiar, — yo, a quien el capitán Ayolas dejó por su teniente, no sólo en el puerto de la Candelaria, sino también en la Provincia entera.

— No debéis olvidar que obra en mis manos una real provisión, y que esa provisión me autoriza... — comenzó a decir Alonso de Cabrera.

— ¿A qué? — interrumpió el capitán Vergara con gesto de vinagre. — ¿Se leerá o no se leerá, por fin, esa misteriosa provisión? ¿Sabremos o no sabremos a qué atenernos? Vuestra merced ha hecho ostentación de ella en el puerto de Buenos Aires,

pero sin dar a conocer su contenido, amenazando con la cédula como si fuese el coco. Hora es ya de que se lea. Los que, por uno u otro concepto, gozamos de autoridad, estamos aquí reunidos; los capitanes e hijosdalgos principales se hallan, también, en la Asunción, ¿qué aguarda, pues vuestra merced?...

— Si las instrucciones de S. M. mandan reservar ese pliego hasta un momento dado — agregó García Venegas recalcando las palabras, — vuestra merced misma confesará que, en el ínterin, mal podremos reconocerle otro carácter que el ya muy importante de veedor de fundiciones, que no es, sin embargo, el de gobernador. Hemos visto y acatado la cédula que os confiere ese cargo, pero no conocemos la que, según parece, os da ingerencia en el gobierno. Hablo naturalmente por mí, pues quizá haya alguno que esté mejor informado.

Al decir esto miraba irónicamente a Ruiz Galán, como si aludiese a él.

— Algo se me alcanza — murmuró Ruiz, confuso — de lo que contiene la real provisión, por habérmelo dicho el señor de Cabrera, pero no por haberla leído.

Habíala examinado a fondo, sin embargo, antes de compartir el gobierno con Cabrera, para evitar que pasase a otras manos.

Pero se vieron entre la espada y la pared, pues todos ellos, menos Ruiz Galán y Felipe de Cáceres, reclamaron la lectura del famoso pliego que durante ocho meses había servido de espantajo y de varita de virtudes al revoltoso veedor de fundiciones. El

papel, con sus grandes sellos imperiales y reales, salió por fin a luz del interior de la ropilla de Alonso de Cabrera, quien comenzó a leerlo con insegura voz.

La provisión era clara y terminante, y las frases que el veedor balbucía disipaban como si fuesen humo las pretensiones de Ruiz Galán y las suyas propias, robusteciendo en cambio las del capitán Vergara. Fechada en Valladolid a 12 de septiembre de 1537, mandaba a Cabrera que, si en llegando al Río de la Plata «fuese muerta la persona que dejó «por su teniente general don Pedro de Mendoza, «nuestro gobernador de las dichas provincias, ya «difunto, y éste, al tiempo de su fallecimiento, o «antes, no hubiese nombrado gobernador, o los conquistadores y pobladores no lo hubiesen elegido», procediese a practicar esa elección, haciendo que con tal objeto se reunieran los conquistadores y pobladores, tanto los antiguos cuanto los que con él pasaban a las Indias.

— Lea vuestra merced nuevamente ese acápite — ordenó más que pidió el capitán Vergara.

— «Os mandamos — masculló el veedor — que en tal caso y no en otro alguno...

— En tal caso y no en otro alguno — repitió Vergara con energía, como para que aquellas palabras se grabasen en la memoria de todos.

— «hagáis juntar — continuó Cabrera, turbado — «los dichos pobladores y los que de nuevo «fuesen con vos, para que, habiendo primeramente «jurado de elegir persona cual convenga a nuestro «servicio y bien de la dicha tierra, elijan por go-

« bernador en nuestro nombre y capitán general de
« aquella Provincia, la persona que según Dios y
« sus conciencias pareciese más suficiente para
« dicho cargo ».

— La provisión no es, pues, aplicable por el momento — dijo Gonzalo de Mendoza.

— En manera alguna — asintió el vozarrón de Salazar de Espinosa.

— Lo mismo digo — gangueó Andrés Fernández el Romo.

— ¡No le hace! — exclamó García Venegas. — Siga vuestra merced leyéndola, señor de Cabrera, que algún día habremos de aplicarla, y bueno es conocerla desde ahora. Instrucciones de tal importancia deben tomarse de coro.

— « Y el que eligieren todos en conformidad, o
« la mayor parte de ellos — leyó el veedor — use
« y tenga el dicho cargo, al cual por la presente
« damos poder cumplido para que lo ejecute cuan-
« to nuestra merced y voluntad fuere ».

— Esto significa, sin duda — explicó Venegas — que S. M., que Dios guarde, se reserva el muy legítimo derecho de revocar al electo si tal es su regia y soberana voluntad, y de nombrar a otro en su reemplazo si así se considera mejor servido... Continúe vuestra merced.

— « Y si aquél falleciese, se torne a proveer en
« otro, por la orden susodicha ».

— Es decir, convocando a todos a nuevas elecciones. No puede estar más claro. ¿Hay más?

— Poca cosa: el mandamiento de que se proceda en paz y...

Cabrera empezaba a doblar el pliego con la visible intención de guardárselo.

— ¡Léase todo, cuerpo de tal! — exclamó Vergara. — Bien puede haber algo importante en lo que resta.

— Sí, sí, que se lea — apoyaron los demás.

Cabrera prosiguió entonces, dándose más prisa:

— « Lo que os mandamos que así se haga con
« toda paz y sin bullicio ni escándalo alguno, aper-
« cibiéndoos que, de lo contrario, nos tendremos por
« no servidos y lo haremos castigar con todo rigor.
« Y mandamos que en cualquiera de los dichos ca-
« sos que hallásedes en la dicha tierra persona nom-
« brada por gobernador de ella, le obedezcáis y
« cumpláis sus mandamientos y le deis todo favor
« y ayuda. »

El misterio quedaba descubierto, el prestigio de Cabrera roto, su confabulación con Ruíz Galán para detentar el Poder revelada y desbaratada. Todos le miraron, con lástima los unos, con fisga los demás.

— Soy, pues, gobernador legítimo y único, como nombrado por el capitán don Juan de Ayolas, y mientras S. M. no se sirva nombrar quien me reemplace — dijo solemnemente el capitán Vergara. — Vuestra merced misma, señor de Cabrera, me debe obediencia, favor y ayuda, según manda el rey y reza esa provisión.

— Es la verdad — dijo García Venegas.

Pero Ruíz Galán, aunque, perdida ya la confianza, pareciera deshincharse y arrugarse más, cruzó sus miradas con las de Cabrera y Cáceres, y alentado por ellos, quiso tentar un último recurso.

— Paréceme, señores — dijo, — que no debemos resolver asunto de tanta monta, solos y como en secreto. La real cédula establece que el cargo de gobernador se provea por todos los conquistadores y pobladores, o por la mayor parte de ellos. ¿No convendría, entonces, convocarles, o por lo menos reunir a los capitanes e hijosdalgo, someterles los fundamentos de nuestras pretensiones y dejar que ellos resuelvan según Dios y sus conciencias?

Cáceres aprobó calurosamente la proposición. Cabrera, muy corrido, se limitó a menear afirmativamente la cabeza.

— No hay nada que discutir, ¡vive Dios! — replicó Vergara. — Mi derecho es evidente, legítimo, indisputable... Sin embargo, como quiero contar con la voluntad de todos, pues es el único medio de gobernar con acierto, y como, por otra parte, confío en la lealtad y el buen juicio de los capitanes y caballeros españoles, accedo sin vacilar a lo que don Francisco desea. Sométase, pues, el caso a los conquistadores, consulta ociosa en lo que se refiere a la evidencia de mis títulos, pero útil, porque servirá para aunar voluntades.

Como nadie, si no es el mismo Vergara, hubiera tenido interés en oponerse, quedó convenido que la reunión se celebrara dos días después, en la Casa Fuerte que todos abandonaron en seguida salvo Cabrera y García Venegas. Al salir, y mano a mano, Gonzalo de Mendoza interpeló al capitán Vergara con su característica franqueza:

— ¡Capitán! — le dijo, — no había que andar con requilorios con esos dos intrigantes, ni darles la me-

nor satisfacción. Se han confabulado y han mentido, y había que cantarles la cartilla, ¡voto a sanes!

— ¡Calma, calma! — replicó sonriendo el capitán. — Yo sé con los bueyes que aro y me sorprende que hombre tan avisado y discreto como vuestra merced no adivine mis propósitos. Como a no dudarlo tendré el apoyo de una gran mayoría, ellos también vendrán a mí, y tendremos la fiesta en paz. De los arrepentidos se sirve Dios.

Ruíz Galán se dirigió al puerto, acompañado por Cáceres, para dar las últimas órdenes sobre la descarga de los bergantines. El aplazamiento era, para él, una feliz solución, porque en dos días — pensaba — pueden hacerse muchas cosas...

García Venegas, gran conocedor de hombres, observaba, entretanto, con curiosidad no exenta de ironía a Alonso de Cabrera, quién, pensativo, buscaba el medio de que su actitud resultase menos desairada y su influencia menos comprometida.

— ¿Qué pensáis de todo esto? Decídmelo en confianza — preguntó, por fin, el Veedor, alzando la cabeza.

— Creo formales los títulos del capitán Irala.

— ¿Y votaréis por él?

— Sin duda, como votarán Gonzalo de Mendoza, Salazar de Espinosa, el Romo, casi todos los capitanes e hijosdalgo, en fin, pues los unos le quieren y los otros le temen. ¡Es mucho hombre, ese Irala!

— Yo le votaré también, — murmuró Cabrera, — y después, Dios dirá.

García Venegas sonrió.

— Si es así — dijo — la cuestión queda feliz-

mente resuelta hasta que S. M. y el Consejo de Indias se sirvan mandar otra cosa.

— Con todo, hubiera preferido a Ruíz Galán.

— Como que le llevábais de las narices, pese a sus fugaces sobresaltos de energía, y al poco de gramática parda que le ayudó a obtener el juramento de Corpus Christi. Don Pedro de Mendoza, que le conocía muy bien, le dejó en lugar de Ayo-las, hasta el regreso de éste, seguro de que sería incapaz de alzarse con el santo y la limosna, no por falta de ambición, sino por sobra de flaqueza.

— Pero, ¿de dónde sale ese capitán Vergara, o Irala, de quien nunca había oído hablar en España y que encuentro aquí hecho un potentado? Decidme cuanto de él sepáis, os lo ruego, porque hasta aquí no tengo sino vagas noticias...

García Venegas accedió. El capitán en cuestión era un hidalgo pobre, nacido en Vergara, provincia de Guipúzcoa e hijo de un tal Martín natural del caserío de Irala. Domingo, que así se le puso en la pila bautismal, adoptó el patronómico Martínez y la toponimia de Irala, pero la mayoría de los conquistadores llamábale capitán Vergara, aludiendo a su villa natal. De lo que había hecho antes de pasar a Indias, García Venegas sabía muy poco o nada, pero era de suponer que hubiera servido en Italia o en Francia, pues demostraba ser buen soldado y oficial de experiencia, resuelto, enérgico, tenaz como buen vasco, ambicioso como todo aventurero, siempre pronto para las empresas más difíciles y peligrosas, y hombre nacido para captarse voluntades. Campechano y familiar con los infe-

riores, que le consideraban el único jefe capaz de conducirles a la conquista del Dorado, era leal y magnánimo con sus iguales, y respetaba y servía sus intereses, siempre que no menoscabaran los suyos propios. Embarcado en la Armada de don Pedro de Mendoza, poco se reparó en él porque se mostraba taciturno y reservado, y porque su edad madura — contaba entonces cuarenta y dos años — no condecía ya con la bulliciosa juventud que iba a bordo. Pero una vez en el puerto de Buenos Aires, Ayolas le distinguió y le llevó consigo dándole el grado de capitán; y gozar del favor de Ayolas era estar en predicamento con el mismo don Pedro, quien no veía sino por los ojos de su mayordomo y privado. Cuando la entrada que probablemente le había costado la vida, pues de otro modo ya se tendrían noticias suyas, el capitán Ayolas, general de la expedición, dejó a Irala al mando de sus naos en el puerto de la Candelaria, con misión de aguardarle hasta su regreso y con título y poderes de teniente suyo, firmados por él a 12 de febrero de 1537, es decir, poco más de dos años antes. En abril del mismo año partía don Pedro de Mendoza, fallecido en junio en alta mar, y como Ayolas no volvía, el capitán Vergara considerábase ya el jefe de la conquista, provisionalmente al menos, cuando Ruíz Galán, por su lado, asumía el mando en Buenos Aires, partía para la Asunción y se hacía jurar obediencia en Corpus Christi. Ambos se encontraron poco después en la Asunción, adonde Irala había bajado en busca de víveres, y Ruíz Galán, creyéndose el más fuerte, se atrevió a hacer prender a su

rival, bajo la acusación de abandono del puesto que Ayolas le confiara, y en realidad para quitarle de su camino. Pero la popularidad del capitán Vergara había alcanzado ya ciertas proporciones, y los capitanes e hijosdalgo, como defensa propia para lo porvenir, hicieron que Ruíz Galán volviera sobre sus pasos y le dejara regresar tranquilamente a la Candelaria. Vergara, tan prudente como resuelto, se marchó río arriba.

— Es cuanto sé — terminó diciendo García Venegas — de este hombre de carácter de hierro, duro consigo mismo, lo que le permite serlo con los demás, temible cuando se propone una cosa, celoso de su autoridad hasta el punto de afirmarla con sangre si lo juzga necesario, capaz, sin embargo, de dominar sus pasiones, y a quien no conozco sino una flaqueza.

— ¡Una flaqueza! ¿Cuál? — preguntó Cabrera, cuyos ojos relampaguearon.

— Es mujeriego. Nadie pensaría, sabiendo sus años, a qué extremo llegan sus apetitos. Según me ha dicho el escribano Pero Hernández, que es de la piel de Judas y a quien nada se le escapa, tiene más mujeres que un sultán, sobre todo en un puerto de aguas arriba que llaman so capa Puerto de la Concupiscencia por la misma razón que a este pueblo comienza a llamarse Paraíso de Mahoma...

— ¿Por los devaneos del capitán Vergara?

— Por él solo no. No crea vuestra merced, señor don Alonso, que él sea el único dado a la lascivia, pues muchos cojean del mismo pie. Culpa será del

clima que hace correr fuego por las venas, de la facilidad de las mujeres, de la natural inclinación de los de nuestra tierra y de la indiferencia de los naturales, para quienes, sean padres, sean hermanos, sean maridos, las palabras honor, celos, honestidad, recato y otras de ese jaez no tienen la menor significación. Las primeras reyertas y los primeros desafíos que por mujeres se han visto en este país, fueron entre españoles y cristianos, y los indios no vuelven del asombro al saber que se derrama sangre por cosa tan baladí...

— ¡Si tal licencia llega a ser conocida!... — exclamó Cabrera soñando ya en nuevas intrigas.

— ¡Bah! En España podría ser peligroso, aun cuando se tenga la manga muy ancha para esos deslices; pero aquí... Aquí, amigo don Alonso, la mujer no tiene influencia alguna, y, mucho más que en la península, es una cosa, es una bestezuela doméstica, buena para el trabajo, buena para el placer... Las españolas, hasta las que viven más sujetas y retiradas, tienen sus caprichos, se mezclan, quieras que no, en los asuntos graves, nos dan celos, pueden provocar conflictos, saben intrigar, pretender, dominar, si a mano viene, sin salir de su casa ni asomarse siquiera a la reja, por medios sutiles y peregrinos que no acertaría a utilizar el hombre más astuto. Pero allá se han quedado, y las pocas que vinieron con nosotros, como doña María de Angulo, doña Inés de Guevara, la Maldonada, así como las que han de venir, no cambiarán en muchos años, quizá en muchos siglos, las costumbres.

— ¡Esa doña María de Angulo es, según tengo entendido, la mujer de don Francisco de Mendoza?

— La mujer, o cosa así, no lo tengo bien averiguado, ni me interesa. En cuanto a la doña Isabel, es una toledana bravía, moza de buen parecer, tan capaz de empuñar el arcabuz como un hombre de pelo en pecho. Créola hija del factor don Carlos de Guevara, uno de los compañeros del capitán Ayolas, de quien tampoco se tienen noticias... Pues, como iba diciendo, las mujeres de aquí, hablo de las indias, pueden suscitar cuestiones entre jaques siempre prontos a sacar la navaja de cachas para abrirse ojales en el cuerpo, pero nada más, pues nunca pesarán en los destinos de los hombres de pro, por mucho que les tiente la carne. Los conquistadores tenemos otras zorras que desollar. No hemos venido tan lejos, a tierras desconocidas y llenas en emboscadas y asechanzas, donde la muerte pende sobre nuestras cabezas noche y día, donde no podemos echarnos a descansar sin haber encomendado antes nuestra alma a Dios, para entretenernos en ociosos devaneos mayor espacio del que merecen.

— Pero el capitán Vergara...

— No se deja embelesar tampoco, aunque lo parezca. Nadie suspira aquí por los desdenes de su dama, ni se arrastra de hinojos ante ella, ni esgrime por ella el acero. Al amor ha substituído la ambición. Ambición de oro, ambición de grandeza, ambición de poder. Cada uno de nosotros, vos mismo, don Alonso, y todos sin excepción, soñamos con la riqueza, el fausto, la autoridad, y esperamos ser

el primero, el más alto, el único, para poder decir con verdad: de Dios abajo ninguno.

— Me sorprende que consideréis a todos presa de ese ciego apetito.

— ¡Y cómo arrostrar, si no, tan terribles pruebas, las hambres, las fatigas, las dolencias, las pestes, atravesando inmensos desiertos, trepando aspérrimas montañas, surcando océanos procelosos, internándonos en mortíferos pantanos, desafiando al indio traidor, a la sanguinaria fiera, a la ponzoñosa serpiente, y, lo que es más formidable aún, al misterio y el prodigio? ¡Ah, señor de Cabrera!, ante nosotros brilla como un sol la visión del Dorado, y esa visión borra y desvanece todo lo demás. Quítesenos y nos cruzaremos de brazos o nos volveremos a España. Dígasenos que no tendremos la mejor parte en su conquista, y somos hombres muertos, lo mismo Vergara que Ruiz, que yo, que cualquier otro. ¿Cómo queréis entonces, que la mujer tenga alguna importancia cuando en el alma alienta semejante ambición?...

— Es verdad, — murmuró Cabrera pensativo.

Salieron de la Casa Fuerte. La descarga de los bergantines había terminado, el sol bajaba en el horizonte, los indios curiosos se retiraban de la costa a sus cabañas, y los españoles recién venidos iban a hospedarse en las casuchas de los ya avecindados quienes, en cuanto a comodidad, sólo podían brindarles un poco de paja y un rincón en qué tenderse. Ofrecíanles sus huéspedes, en cambio, comida abundante y sana en la que no faltaban, para los novatos, manjares extraños pero sabrosos,

como el solomillo asado de anta o tapir, el pernil de carpincho, que desafiaba al de puerco si lo adoba la salsa del apetito, el venado al asador, el mataco preparado en su propia coraza, el maíz pisado en el mortero y cocido con grasa, la dulce mandioca tan buena como el pan, y en cuanto a pescado la palometa frita en manteca de anta o de carpincho, el enorme pacú, el surubí de carne amarillenta, la cabeza — el resto tiene harta espina — del gigantesco dorado, hervida con sal, y en cuanto a postres el maní tostado, la miel que, por ser sacada de los troncos en que anidan las abejas se llama miel de palo; todo esto servido en toscas fuentes y escudillas de barro, obra casi informe de algún alcaller indígena, o en platos hondos y tazones hechos de una calabaza partida por la mitad. Ni tampoco faltaba con qué apagar la sed sin apelar al agua, pues los aficionados podían ingurgitar, hasta ver dobles los objetos, embriagadora chicha, vino que los indios fabrican masticando la mandioca y haciéndola luego fermentar...

Cerró bruscamente la noche y en las cabañas alumbradas por apestosos candiles de torcida de algodón empapada en grasa de carpincho, y por el fuego de los hogares que las llenaban de humo, los conquistadores comían, jugaban con pringosos naipes o dados desgastados por el uso, o platicaban dando grandes voces y prorrumpiendo en estrepitosas carcajadas, sin que faltaran, tampoco, los cantares y los rasgueos de guitarra, evocadores de las alegres noches españolas. Afuera reinaba la más completa serenidad, pues el viento había caído

después de saltar bruscamente al norte, entibiando el aire. Sólo se veían pasar, con pisadas sin eco, las sombras de los rezagados que buscaban inútilmente posada en los chozas llenas ya de huéspedes, o en los atestados bodegones donde aun se jugaba y se bebía con gran algazara. Viendo frustradas sus tentativas pero resueltos mientras estuvieran en la Asunción a no respirar la atmósfera enrarecida y pestilente de los bergantines en que viajaron hacinados, resignábanse a dormir al raso, bendiciendo el favorable cambio de la temperatura. Pocos volvieron a bordo; las naves quedaron casi exclusivamente entregadas a sus guardianes, y a media noche, apagadas las últimas luces, sólo permanecían en pie los centinelas adormilados de la Casa Fuerte en medio de la sombra y del silencio, interrumpido de vez en cuando por el graznar de algún ave agorera o el grito del ñacurutú, el buho que ladra...

III

CONVERSACION DE SOLDADOS

Desde muy de madrugada renació al día siguiente la animación bulliciosa de los españoles y renovóse el ir y venir curioso de los caríos; sólo las esclavas de los pobladores, que ya las tenían numerosas pero no al extremo alcanzado poco después, se ocupaban activamente de las faenas domésticas sin dejar por eso de atisbar cuanto ocurría en las chozas cercanas y en lo que impropiamente se llamaba calle.

Solazábanse los recién venidos a sus anchas bajo un radiante sol de invierno que les calentaba la sangre en las venas y que, infundiéndoles nuevo vigor, les hacía olvidar los trabajos, molestias y penurias del largo viaje. Los otros, los antiguos, que eran en aquel instante los menos, hacíanles los honores de la población; continuaban, con sed de anécdotas y chismes, el minucioso interrogatorio de la víspera, y comentaban, sobre todo, la próxima reunión semi electoral de los notables, cuya noticia había trascendido inmediatamente.

De aquellos comentarios podía deducirse fácilmente que la masa era en su mayoría iralista y que

el capitán Vergara tenía gran partido hasta entre quienes le conocían apenas, pero no ignoraban su arrojo, su espíritu de empresa y su tenacidad. Veían todos en él al hombre capaz de llevarles a la realización del sueño en que García Venegas hablara al Veedor, a la conquista del Dorado, de la encantada Ciudad de los Césares, del reino deslumbrante del Gran Moxo, — pues éstos y otros nombres se le daban, o aquellas tierras portentosas eran muchas — cuyas inauditas riquezas en oro, plata y piedras preciosas podían, sin agotarse, desbordar sobre el mundo entero. Allí, quizá muy cerca de la Asunción, hacia el noroeste, si no era hacia el oeste, el norte o puede que el sur, se hallaba ese misterioso Paitití, país del rey Blanco, que debía darles con la opulencia la felicidad y que caería en sus manos con sólo tenderlas; pero ni Ruíz Galán ni Cabrera eran capaces de conducirles hasta allí. En tiempo de Caboto, el capitán Francisco César y sus atrevidos compañeros habían recorrido ya aquellas tierras y visto a aquel monarca más rico y más fastuoso que el mismo Salomón, le habían hablado, habían recibido su espléndida hospitalidad y sus regios presentes. Otros, antes que éstos, llegaron también hasta allí, y volvieron cargados de un botín tal que, despertando la codicia de los indios, acabó por costarles la vida. Ayolas y los suyos pisarían sin duda en aquellos momentos tan maravilloso país, si no mordían el polvo, víctimas de odiosa celada, y otros se prepararían a ir, quizás estuvieran ya en marcha para soplarles la dama, saliendo del otro lado, desde el famoso Perú, cuyas riquezas no bas-

taban a tan insaciable ambición... ¿Por qué perder un tiempo precioso? ¿Por qué no adelantarse a los demás en la fructuosa conquista? Sí. ¡Viva el capitán Vergara que nos llevará a los Césares!

Irala, cuya única aspiración, la idea fija con que salió de España para pasar a las Indias, era la de ascender a los más altos puestos, dar lustre a su obscuro nombre y satisfacer la sed de mando y de autoridad que desde muy temprano le devorara, había pulsado las tendencias de sus compañeros conquistadores, fomentaba su pasión, deslumbrábalos con el espejismo de mágicos países, y como trataba campechanamente a todos, a fuer de camarada y amigo, sin tolerar por eso demasías en la familiaridad, su causa estaba ganada de antemano, y él lo sabía muy bien. ¿Creía, como los demás, en la existencia del Dorado, bajo cualquiera de sus nombres? La de los Imperios de Incas, Aztecas y Chibchas hubiera bastado para probársela conjeturalmente, y en todo caso siempre demostró que no dudaba, quizá para no renunciar a tan útil instrumento de grandeza.

La reunión de notables y los candidatos que se disputaban el mando eran, pues, el tema preferido de las conversaciones, que, casi todas, se inspiraban en el mismo sentimiento, favorable al capitán Vergara, hostil a Ruíz Galán, indiferente o desdeñoso para el Veedor Cabrera, que no gozaba de simpatías y era intruso... es decir recién llegado, porque los « conquistadores viejos » pretendían ya formar una aristocracia o patriciado, y se desviaban de los nuevos, cuando no les hostilizaban abierta-

mente. Oír uno de estos coloquios era oír los demás, pues en todos resultaba Ruíz Galán la víctima propiciatoria y en todos abundaban las anécdotas mal intencionadas, calumniosas quizá.

Uno de los grupos más interesantes de la soldadesca estaba formado por cinco hombres de muy distinta catadura, sentados en corro y rodeados con frecuencia de oyentes, pues muchos de los que pasaban se detenían a escuchar su conversación. Era el uno joven, enjuto de carnes, atezado de rostro, pelinegro, vivo de ademán y de palabra, en la que se notaba pronunciado dejo andaluz, y debía de ser arcabucero a juzgar por el arma que tenía a su lado. Junto a éste, que se llamaba Diego Delgado, sentábase un balletero algo entrado en años, y flaco y largo como una espingarda, que hablaba con unción y modestia, estaba siempre tan pronto a santiguarse como si tuviese la señal de la cruz en la punta de los dedos, era castellano viejo y respondía al nombre de Jácome Cobo. Antón Martínez, el tercero, castellano también, contrastaba por sus maneras rudas, votos y ternos con la piadosa mansedumbre de su paisano, mientras que su bronca voz armonizaba bien con su ancho pecho, sus fornidos miembros y su redonda, cabelluda y barbuda cabeza. Cordobés como Cabrera, Fernández el Romo y García Venegas, era el siguiente, llamado Rodrigo de los Ríos, alias el Moro, en cuyas venas debían de correr, efectivamente, algunas gotas de sangre morisca, pues a llevar alquicel hubiera podido tomarse por un guerrero muslime de las huestes de Boabdil o del Zagal, que en cincuenta años no hu-

biese envejecido. Pero el quinto interlocutor era, a no dudarlo, el más extraordinario de todos, y pertenecía a muy diferente raza: hombre de unos treinta años, muy alto y bien repartido, casi gigantesco, llevaba largos los cabellos y la barba rubios, tirando a rojos, sus grandes manazas estaban cubiertas de vello bermejo, y parte de su cuello y brazos, que llevaba comúnmente abrigados por el espaldar y la loriga, dejaba ver la extremada blancura de su cuerpo. Hablaba con lentitud, pero en una jerga tan bárbara, revesada y difícil, que los otros no atinaban casi a comprenderle, revelando con ello y con el ya andrajoso traje de lansquenete, que venía de las nebulosas tierras alemanas. Era, en efecto, de la ciudad de Straubing, hijo de antigua familia bávara, cuyas armas ostentan una cabeza de toro negra con cuerpo blanco y corona alrededor de las astas, y que, después de recibir alguna educación, pasó a Amberes, donde, fatigado del comercio, se alistó junto con otros aventureros sajones y flamencos enganchados para la Armada de don Pedro de Mendoza. Ulrico Schmidel, pues tal era su nombre, había estado en el combate de Matanza, que costó la vida a don Diego, hermano del Adelantado, y a tantos otros caballeros y capitanes; en Corpus Christi, con Ayolas, y más tarde con Ruiz Galán; en la costa del Brasil con Gonzalo de Mendoza, en la fundación de la Asunción, en la guerra de los timbú, y en otros hechos notables.

No era éste el único extranjero, ni aun el único alemán que hubiera pasado al Río de la Plata con los conquistadores, pues en la misma Armada de

don Pedro de Mendoza se embarcaron como arcabuceros y lansquenetes ciento cincuenta soldados de la Alta Alemania, las Flandes y Sajonia, algunos ingleses, franceses e italianos, sin contar los portugueses, que pueden asimilarse con los españoles.

—Yo — decía Delgado, que acababa de subir de Buenos Aires — no puedo ver ni en pintura al tal Ruiz, que es más agrio que un limón, más áspero que una almohaza, más orgulloso que la Giralda de Sevilla y, salvo el respeto, más riguroso que un inquisidor. Hubiera querido serlo con todos, solo que los capitanes y los caballeros le pusieron las peras a cuarto cuando pretendió que trabajaran con los demás en el abastecimiento y la fortificación de Buenos Aires; ¡pero bien lo pagamos nosotros, soldados y paisanos, voto al chápiro verde!

—Cierto es cuanto dice Delgado — apoyó Rodrigo de los Ríos. — Aunque andaluz, como yo, de esta vez no exagera. ¡Esa vejiga deshinchada tiene una mala intención!... ¡Figuraos que por una lechuga cortó las orejas a Cristóbal Prieto y por un rábano afrentó a Antonio Tomás, haciéndolo pregonar como ladrón!...

—Eso lo cuenta el escribano Hernández, y debe de ser cierto, pero yo no lo he visto — observó el andaluz.

—Pues lo que dice Rodrigo son tortas y pan pintado, ¡rediós!, si se compara con otras cosas que todo el mundo sabe. ¡Te acuerdas, Diego, de la pobre Maldonada? — preguntó el llamado Antón Martínez. — ¡Eso, sí, que, ¡por los cuernos de Belcebú! no tiene perdón de Dios!

—No, no la olvido — dijo Rodrigo, mientras Jácome Cobo se persignaba afectadamente por aquellos ternos, aunque ya debiera tener curados de espanto los oídos.

—¡Cuenta, cuenta, Martínez! — exclamaron varios que escuchaban, sin pertenecer al grupo.

—Pues, señor — comenzó el castellano, — cuando más apretaba el hambre en Buenos Aires y no teníamos para comer ni aun guijarros, — pues no los hay en aquella costa de Barrabás, — porque ni el capitán Gonzalo de Mendoza, que es un ángel barbudo, y que había ido a la del Brasil en busca de bastimento y socorro, ni otros que don Pedro mandara por todos lados con el mismo fin, volvían trayendo con qué no morirnos de necesidad, la pobre Maldonada...

—Mujer o barragana de aquel Maldonado que murió en viaje y echamos al mar — interrumpió Delgado.

—Que Dios lo haya perdonado y le tenga en su gloria — murmuró Jácome.

—Pues la Maldonada — continuó el narrador, mirando con disgusto a los interruptores — harta de laceria se echó al campo, diciéndose que más valía comer entre infieles que ayunar entre cristianos, convertido en cuaresma el año entero. Y voto a sanes que hizo bien, pues hambre y frío echan al hombre al enemigo, y digo yo que con más razón a la mujer...

—Aunque sea tan marimacho como la Maldonada — observó el andaluz.

—Siguiendo por la costa arriba llegó a eso de

anochecer a un monte grande que hay a pocas leguas, sin haber encontrado ánima viviente. Hambrienta y rendida de fatiga, no podía seguir andando y, a poderlo, se hubiera perdido en el monte. Buscó dónde echarse un rato y a poco vino a dar con una cueva... Acababa de entrar cuando ¡cuerpo de Dios! un horrendo rugido la dejó paralizada. ¡No era para menos, caraina! porque en el fondo de la cueva una desaforada leona rugía y en la obscuridad la moza le veía los ojos como ascuas... Así se quedaron largo rato, la leona rugiendo, la Maldonada hecha una estatua de sal. Al fin, viendo que la fiera no la hacía daño, aunque la tuviese al alcance de las zarpas, la mujer, que no tiene nada de cobarde, comenzó a recobrar su sangre fría.

—¡Adelante, adelante! — clamaron algunos al ver que el narrador hacía una pausa lanzando un escupitazo para preparar el efecto.

—¡Allá va, vive Dios, no os impacientéis!... Pues es el caso que la Maldonada, que entiende algo de ganado menor y mayor, comprendió que la fiera estaba en los dolores del parto, y coge y ¿qué hace? Perdida por perdida, resuelve ser comadrona de la bestia y sacarla del apuro. Y lo hizo, como lo pensó, con tal maña que, metiendo mano, la leona pudo parir uno tras otro dos cachorrillos, libró, quedó sosegada y ¡rediós! con un refunfuño satisfecho lamió la mano de la partera...

—¡Vaya, vaya! — dijo Delgado con una sonrisa de incredulidad.

—Como la Maldonada no podía ya con sus huesos — continuó Martínez imperturbable — se dur-

mió en la misma cueva y ¡reconcho! cuando despertó vió que la leona le había puesto delante los mejores trozos de un venadillo acabadito de espanzurrar, lo que la dió ánimo para quedarse en el cubil.

—¡Esa sí que no cuela! — exclamó el andaluz.

—¡Por la sangre de Cristo! Los vecinos de Buenos Aires que están ahí no me dejarán mentir, y tú mismo, Delgadillo, si no lo has visto porque estabas con don Gonzalo, tienes que haberlo oído al volver del Brasil, y conoces a la Maldonada.

—Oirlo es una cosa y creerlo es otra.

—Pues es la pura verdad, ¡ira de Dios!

—¿Lo has visto tú?

—¡Como si lo viera!

—¿Fertad o no fertad que tiene eso que fer con ton Francisco Riz? — preguntó el hombrachón rubio cãchazudamente.

—Ahora lo verás, Chimidez — replicó el castellano. — Poco me falta que contar, ¡reconcho!, y hay que tener paciencia. Pues, señores, la Maldonada se estuvo allí varios días comiendo lo que la leona le llevaba y yendo a beber al río, hasta que en una de esas salidas los indios la sorprendieron, se la llevaron y uno de ellos la tomó por mujer. Ella se hubiera conformado y muy contenta, pero como las otras mujeres del indio la trataban peor que a un perro y le dejaban los trabajos más pesados, acabó por cansarse y se puso a echar de menos las hambrunas y penurias del puerto, como si fueran el Paraíso. Una noche se escapó y pudo llegar a Buenos Aires a la madrugada...

—¿Bero, y Riz Calán?

—Ahora llega, Chimidez, ahora llega, ¡sangre de Dios! Ruiz Galán, al saber que había vuelto, se puso furioso, y la mandó maniatar, porque, según decía, era muy pérfida traición y muy pernicioso ejemplo eso de desertar de los cristianos para salvar el cuerpo miserable, e ir a ampararse de los infieles, para perder irremisiblemente el alma.

—¡Es el Evangelio! — exclamó Jácome Cobo, haciendo un ademán como quien bendice.

—Condenóla, pues — continuó Martínez — a ser devorada por las fieras, que a la sazón hacían estragos en los alrededores y que, a no ser las murallas, nos hubieran hecho picadillo en la misma ciudad. Cuatro hombres la llevaron a una legua de allí, atáronla a un árbol y así la dejaron al obscurecer. Volvieron a la mañana siguiente a ver lo que había pasado, seguros de encontrarse con los huesos mondos y lirondos de la Maldonada, porque las fieras rugieron desafortadamente toda aquella noche, pero ¡vive Dios! se quedaron estupefactos y boquiabiertos al ver — ¡no lo adivinaríais ni en ciento, ni en mil! — al ver a la Maldonada atadita a su árbol, tal y como la habían dejado, y a sus pies, agazapada y pronta a saltarles al cuello, una formidable leona con sus dos cachorrillos... ¡Reconcho! ya querían poner pies en polvorosa cuando la mujer les llamó con voz suplicante y dijo no sé qué a la fiera, quien se apartó gruñendo con sus leoncillos y fué a echarse un poco apartada de allí.

—¿No se trataría de alguna perra parida, que

la Maldonada y los otros diputaron por leona? — preguntó con sorna Delgado.

—Leona y muy leona, ¡vive Cristo! Los hombres lo tuvieron a milagro y pasado el susto desataron a la Maldonada y se la llevaron a la ciudad donde contó que la bestia agradecida la había defendido toda la noche de las otras fieras. Esto es puntualmente la verdad, y si lo dudáis ¡reconcho! podéis preguntarlo a la mismísima Maldonada, que ahí está sana y salva en Buenos Aires, y que es el mejor testigo.

—La bondad de Dios es infinita, — dijo Jácome Cobo — y los milagros abundan en esta tierra, sin duda para hacer más fácil el triunfo de nuestra santísima religión.

—Deja los sermones para fray Juan Salazar, que nos los hace mejores, Jácome! — exclamó el Moro.

—Pero quien mandó echar a las fieras a la Maldonada no fué Ruiz Galán, — objetó uno del corro.

—Pues ¿quién, entonces?

—El capitán Alvarado, — contestó el contradictor. — Así lo he oído decir más de mil veces.

—¡Vaya, vaya! Bien se ve que sois de los de Ruiz.

—¡No, por María Santísima!, que yo soy uno de los que estuvieron a pique, por su culpa, de dejar la pelleja en Corpus Christi.

—¿Estuviste en la jornada?

—Sho tanfien, — dijo Schmidel. — Turas cornadas, tarteiffel!

—Cuenta, Jácome, que todavía no sabemos exactamente lo ocurrido.

—Pues es muy sencillo — empezó Jácome Cobo. — El diablo tentó a don Francisco, estando allí, y por meras sospechas de si habían o no habían ayudado a otros indios enemigos y traidores, hizo una salida de la fortaleza, sorprendió a los timbús, mató a muchos, incendióles las casas, se llevó las mujeres y los niños y regresó a Buenos Aires, dejándonos a la merced de aquellos bárbaros, que no tardaron en sitiarnos y hubieran acabado con nosotros como acabaron con nuestro capitán don Antonio de Mendoza y con otros muchos valientes, sin la llegada providencial de los bergantines de Simón Jacques y don Diego de Abreu, y sin la intervención milagrosa de San Blas, que vino en nuestro socorro y que decidió la batalla.

—¡Escuchad, escuchad!

—En lo más recio del combate, cuando ya cedíamos, aunque dispuestos a morir matando, y la fortaleza iba a ser tomada por asalto, aparecióse sobre un torreón un hombre vestido de blanco, blandiendo en la diestra la espada desenvainada y rodeado de tan deslumbrante resplandor que los indios caían ciegos y atónitos, como fulminados, con lo cual dejamos tendidos en el campo a más de cuatrocientos. La milagrosa aparición se desvaneció luego, y decidimos que el glorioso San Blas, nuestro salvador, sería el patrono del pueblo y la fortaleza. Por otra parte no tardamos en abandonar una y otra, porque éramos hartos pocos para defendernos de los indios.

—¿Aun con la ayuda de San Blas? — preguntó irónicamente el andaluz.

—No siempre están los santos dispuestos a bajar del cielo, — murmuró Jácome Cobo.

—Sho estafa también en Corporis Cristi — observó Schmidel — bero no he fisto a Santo Plas y todo pasó de muy mucha otra manera.

—Que nos cuente el alemanés cómo pasaron las cosas.

—Vaya, compadre Chimidez, empieza ya, que te escuchamos.

El bávaro emprendió, en su jerga confusa, un intrincado relato del que no salía mejor parado Ruiz Galán, provocador de la catástrofe. Aconsejado por el juez Juan Pavón, el padre Juan Gabriel de Lezcano y el escribano Pero Hernández, mandó dar muerte a un *zeiche* y a varios indios principales, de quienes se sospechaba, sin fundamento quizá.

—Cacique dirás, Chimides, que no jeque — interrumpió Delgado. — Esta no es tierra de moros, aunque los de aquí sean tan infieles paganos como aquellos.

Schmidel, encogiéndose de hombros, continuó su historia. Tomados los indios por sorpresa — dijo — fueron pasados a cuchillo, sus casas saqueadas e incendiadas, las mujeres y los niños reducidos a esclavitud. Después de esta atrocidad preñada de consecuencias, Ruiz Galán se dispuso a partir, nombró jefe de la plaza al capitán Antonio de Mendoza y le dejó veinte hombres de refuerzo, recomendándole no fiase en los indios por muchas demostraciones de amistad que le hicieran, pues temía su venganza... Iba a embarcarse cuando se

le presentó el cacique Legemi, a decirle que la tierra estaba alzada, que los indios proyectaban exterminar a los españoles y que era prudente llevarselos a todos.

— Esos caribes no piensan sino en que les dejemos libre la tierra para vivir a su antojo! — comentó Martínez. — ¡Salvajes más insurrectos!...

— Ruiz Galán — continuó Schmidel — contestó con altivez que la guarnición bastaba y sobraba para escarmentar a los indios, pero que el cacique Legemi haría bien buscando con su familia y amigos, amparo en la fortaleza. Agregó que volvería en breve, y partió para Buenos Aires llevándose al padre Lezcano, a Pavón, a Hernández y al resto de su gente, mientras que el capitán Mendoza quedaba con sólo cien hombres en el fuerte cuya seguridad había, tan malamente, comprometido.

— ¡Gran general! — dijo con sarcasmo el andaluz Delgado.

Ocho días después el capitán Mendoza recibía la visita del indio Suelaba, que, en nombre de su hermano el cacique Legemi, le pidió seis hombres de armas para escoltarlo con su familia y amigos hasta el fuerte, pues temía ser atacado por los timbú, mayormente porque llevaría muchas provisiones de todas clases. El capitán Mendoza le mandó cincuenta bajo las órdenes del alférez Alonso Suárez de Figueroa. Cuando el destacamento llegó a la aldea de los timbú que estaba más próxima, los indios recibieron a los soldados con grandes extremos de amistad, abrazándolos, dándoles de comer todo lo mejor que tenían. Mas apenas se descuida-

ron los españoles, distraídos con la comida y el agasajo, los que les rodeaban y otros muchos que, bien armados, estaban ocultos en las chozas, cayeron sobre ellos y los degollaron, de alférez abajo, sin que escapara con vida sino un mancebo llamado Calderón, quien pudo correr al fuerte con la terrible nueva. Aquella misma noche diez mil indios, armados de lanzas de larga moharra, asaltaron con ensordecedores baladros el pueblo y la fortaleza, incendiaron las casas y hubieran tomado la palizada si los cristianos, advertidos por Calderón, no hubiesen tenido tiempo de organizar la defensa. Rechazaron, pues, el primer ataque hiriendo y matando muchos indios, pero éstos les pusieron cerco para reducirles por hambre. Sin embargo, noches después intentaron otra sorpresa. El capitán Mendoza los oyó y, mentante en mano, precipitóse a uno de los portones de la palizada, de donde procedía el ruido. Sin mirar si otros le seguían, quiso salir, pero apenas había entreabierto el portón, cuando varios salvajes que estaban agazapados detrás saltaron sobre él, abrieronle el vientre de un altibajo y le acribillaron a lanzadas con rabioso ensañamiento. El arrojado Mendoza cayó sin decir ¡Dios me valga! Pero los indios no lograron entrar, pues los cristianos que acudían al ruido de la refriega cerraron oportunamente el portón y se llevaron el destrozado cuerpo del capitán Antonio de Mendoza.

— ¡Era un valiente! — dijo Martínez. — Que Dios, Nuestro Señor, lo tenga en su santa gloria.

— Amén — contestó Schmidel, que prosiguió contando en su revesada jerga:

El cerco amenazaba eternizarse, gran número de cristianos habían muerto y todos los demás estaban heridos, más o menos gravemente, sin que les valiese la palizada; pero las provisiones de los indios, después de catorce largos días, estaban agotadas y muchos, hambrientos y fatigados, se volvían a sus aldeas. La llegada de Simón Jacques y Diego de Abreu en sus dos bergantines con gente de Buenos Aires, acabó de despejar la situación, haciendo que se levantase el cerco. Los timbú se fueron, sin castigo, por un lado, y la guarnición debilitada con tan abundante sangría, resolvió desamparar el fuerte, aunque Ruiz Galán, desde lejos, ordenaba que se le aguardase. Y todos se embarcaron en los bergantines de Jacques y Abreu, en mayo de 1538.

— Los parcaitienes — concluyó Schmidel — llegaron con nosotros a Bonos Ayers, y el capitán tohm Francisco Riz Calán estufo mucho enojado, pero nadie podía tecirle que él tenía la culpa, porque él, era el capitán general. Esto es cuanto yo he fisto. No fí a Santo Plas, pero sí fí a santo Jacques y a santo Tiego de Abriego, que fien fendecimos entonces. Así Tios tenga misericordia y fendiga a los muertos y a todos nosotros tanfien.

— Piadosa es la intención — dijo un clérigo joven, que acababa de aproximarse al corro. — Pero lo que antes decías, valiente Chimidez, muestra a las claras que vienes de tierras cismáticas y endemoniadas.

— ¡Yo estoy una fuen cristiano viejo! — exclamó Schmidel, abriendo mucho los azorados ojos.

— Pero no crees en los milagros de los santos — insistió sonriendo el joven sacerdote, que se llamaba Aguilar, y que era muy querido por su actividad movediza y su espíritu travieso.

— Sí creo, pero tanfien creo en los que hacen los hompras, cuando son safios y falientes, no incapazas como Riz Calán.

El cleriguito Aguilar se encogió de hombros y se alejó, acompañado con risa discreta las carcajadas del corro.

Los soldados y el vulgo no veían, pues, en Ruiz Galán un jefe digno de este nombre; sus compañeros pensaban lo mismo, de manera que bien podía preverse el resultado de la inminente reunión en que oficiales reales, capitanes e hijosdalgos habían de proclamar a quien los mandara.

Acudieron todos, el día señalado, al cuerpo de guardia de la Casa Fuerte, por ser, fuera de la iglesia, la habitación mayor que había en la mal llamada ciudad. Presidiendo el acto, el veedor Alonso de Cabrera tomó la palabra para poner al concurso al corriente de la situación, y lo hizo con claridad y exactitud en el fondo y en los principales detalles. Leyó en seguida la real cédula famosa, invitó a todos a opinar francamente y en conciencia, y contra cuanto algunos esperaban o temían, terminó diciendo que, a su juicio, los títulos de Domingo Martínez de Irala eran indiscutibles, y que él votaría por que se le reconociese como gobernador y capitán general hasta que Su Sacra Cesárea Católica Majestad lo

confirmase en el puesto o nombrara otro en su reemplazo.

El tesorero García Venegas abundó en el mismo sentido y, mientras hablaba, Cáceres y Ruiz Galán mantenían en voz baja animadísimo debate, acabando, según pareció, por ponerse de acuerdo. Irala escuchaba y observaba, mordiéndose de impaciencia, los largos mostachos, pero sin decir palabra. Entre tanto su frente, en un principio ceñuda, se desarrugaba al comprender, por el espíritu de la asamblea, que la victoria era suya, sobre todo desde que los influyentes capitanes Gonzalo de Mendoza y Juan de Salazar de Espinosa se declararon decididamente por él, arrastrando a los demás, que pedían el voto sin otra discusión.

Cáceres y el mismo Ruiz Galán votaron por Irala. No es prudente enajenarse la voluntad del que va a tener el mando supremo...

Los soldados y vecinos de la Asunción y los de Buenos Aires celebraron con grandes vítores y arrebatado entusiasmo el advenimiento de Domingo Martínez de Irala, del animoso Capitán Vergara, en quien veían al conquistador futuro del Dorado...

LIBRO SEGUNDO

TIERRA ADENTRO

DOS CUMPLIDOS CONQUISTADORES

— Adiós no os digo, sino hasta la vista, que pronto será! — gritó el capitán Vergara a los que, en los bergantines de Ruiz Galán y bajo las órdenes de éste zarpaban pocos días después del puerto de la Asunción, saludados por todos los pobladores que habían bajado a la ribera y por los indios curiosos que reforzaban el grupo formándole movedizo y apretado fondo.

Cabrera, que estaba junto a Irala, preguntóle: — ¿Qué les decís? ¿Esperáis que vuelvan o es vuestra intención bajar en breve al puerto de Buenos Aires?...

— No iré por ahora, pues otros son mis proyectos, — contestóle el gobernador, poco dispuesto a hacer confidencias prematuras.

Pero Alonso de Cabrera coligió que estaba madurando un plan y, a ser tan perspicaz como creía, hubiera podido comprender que Irala consideraba error gravísimo la división de las fuerzas todavía escasas de la conquista, y que proyectaba reunir las bajo su mando inmediato.

— Con el puñado de gente que tengo en la Asunción — pensaba Irala — no me es posible acometer empresa alguna de aliento bajo auspicios favorables, o, si las emprendiera, no tendría tantas probabilidades de éxito como contando con hueste más numerosa.

El mismo Ruiz Galán, aunque de vistas menos claras, lo había comprendido así cuando favoreció en cierto modo el desamparo de Corpus Christi, precipitado por la catástrofe del año anterior, y si no aprovechó el refuerzo de la guarnición de Buenos Aires culpa fué de su falta de energía y también de la llegada del revoltoso Cabrera que trastornó su gobierno. Irala, a su vez, se proponía despoblar la ciudad de abajo en provecho de la de arriba.

La existencia de Buenos Aires no se justificaba, a su juicio. El clima era desfavorable, la tierra ingrata, los naturales indómitos y hostiles. El hambre y las matanzas se alternaban sin cesar. Aquel puerto, tan alejado de las tierras habitadas por los señores del metal, sólo podía servir de escala a las naos españolas antes de seguir hacia comarcas más favorecidas, pues dada la habitual escasez, nunca estarían seguras ni aun de poder refrescar su matalotaje. En cambio, la Asunción y toda la comarca circunvecina gozaba de un clima benigno, sin invierno casi, el suelo era de una fertilidad portentosa, las selvas y los campos desbordaban de toda especie de salvajina, en los ríos y arroyos había cardúmenes de peces, los indios comenzaban a someterse y muchos servían ya a los conquistadores

como amigos, como vasallos y hasta como siervos. Todos los caminos hacia los países opulentos que era preciso conquistar, la Sierra de la Plata, la tierra del Rey Blanco, la Ciudad de los Césares, el gran Paitití, tantos otros, se abrían allí cerca, como si dijéramos al alcance de la mano; y con gente valerosa y en número era fácil lanzarse a ellos y asegurar su dominio, por la razón o la fuerza, guardando cubiertas las espaldas y franca la retirada para la improbable contingencia de un fracaso, y eso con la seguridad de encontrar siempre, a la vuelta, bastimento abundante y un refugio cómodo y tranquilo. Imponíase, pues, la despoblación de Buenos Aires, que nunca sería más que inseguro puerto de recalada, ni aun en el transcurso de los siglos...

Muy ajeno a estos planes iba aguas abajo, a bordo de su bergantín que navegaba en conyoy con sus seis compañeros, el despechado Ruiz Galán, que trataba de encontrar consuelo a su derrota, edificando castillos en el aire. Fuerte con el apoyo que Irala no le negaría en vista de su espontánea sumisión, pensaba hacer un gobierno ejemplar, dedicándose con ahinco al fomento de la naciente población, aumentando considerablemente la superficie cultivada de las tierras de panllevar y el número y la importancia de las casas y de las iglesias, distribuyendo justicia con equidad, y haciendo, en fin, de Buenos Aires una rival de la Asunción, por mucho que esta última fuera la sede principal del Gobierno. Cierto que su estrella había palidecido, que se veía rebajado de la más alta

dignidad a la de cabeza de una que, con humos de ciudad, era aún simple aldea; pero se reconfortaba pensando que su poder, más limitado, sería en cambio más eficaz y más completo, libre como estaba de las intrigas y las intromisiones del odioso Cabrera y alejado del ojo dominador de Irala. Sin embargo, el curso de sus ideas cambiaba de pronto, y entonces parecía más flaco que nunca, las arrugas pendían más flácidas de su cuello y carrillos, como velas que cuelgan lamentables de las vergas en tiempo de calma chicha. Recordaba que, de los notables venidos con él a la Asunción, pocos, fuera de Cáceres, le acompañaban en su viaje de regreso; este síntoma era para él de extremada gravedad, y la expresión de su rostro reflejaba el estado de su alma desmoralizada y propensa al marasmo.

Irala, en cambio, no permaneció un momento inactivo y desde el primero se ocupó de organizar militarmente el Gobierno, dejando para más tarde su regularización política; y como el pueblo es siempre amigo de las brillantes ceremonias, determinó hacer decir una misa solemne de acción de gracias en la iglesia de la Asunción. Fué para esto, en persona, a ver al padre Francisco de Andrada, clérigo portugués, muy su amigo, — aunque Ruiz Galán le hubiese nombrado cura el año anterior — y que servía el templo secundado por fray Juan de Salazar, fray Luis y el racionero Juan Gabriel de Lezcano, el mismo que aconsejara a Ruiz Galán la funesta matanza de Corpus Christi, e iralista a la sazón. El padre Andrada se prestó gustoso a preparar con el mayor boato po-

sible la solemnidad que quedó fijada para el domingo siguiente.

Los oficiales reales, los capitanes, los caballeros, el vulgo mismo se habían puesto para la fiesta sus mejores galas, que no eran muchas ni muy lucidas; las damas habían sacado del fondo del arca sus más ricos vestidos y sus más vistosas joyas, y la iglesia rebosaba de gente y de rumores, pues hasta junto al cancel, se veían, cubiertos ya honestamente con ropas de desecho, algunos naturales que habían recibido poco antes el agua del bautismo. Allí estaban reunidos todos los conquistadores y pobladores presentes en la ciudad rival, ya triunfante de aquella otra, desgraciada y moribunda que fundara don Pedro de Mendoza a orillas del majestuoso río de Solís, y que no tardaría en desaparecer, vencida y absorbida. Ni aun faltaban los que malquerían o envidiaban al capitán Vergara, ora abierta, ora solapadamente, pues no era aquella hora propicia para poner piedras en el camino del audaz conquistador.

Ofició solemnemente el padre Andrada, ayudado por los otros sacerdotes, y antes de alzar tomó la palabra para dar gracias a Dios por los beneficios que derramaba sobre los sostenedores y propagadores de su santa fe, clérigos y soldados, y por haber iluminado el espíritu de los conquistadores haciéndoles confirmar en el gobierno a un capitán tan esforzado y a un hombre tan experimentado y generoso como Domingo Martínez de Irala, nuevo Gedeón que derribaría las murallas de los idólatras paganos.

— Serás — concluyó diciendo — el campeón de

la fe cristiana en esta tierra de infieles, y en tal concepto te bendigo en el santo nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y pido para tí las luces y la gracia de Dios nuestro Señor.

— Así sea! — dijo el capitán Vergara que de rodillas había recibido esta bendición, hecha a modo de consagración de su autoridad por la iglesia.

Pero menester era pensar, también, en las necesidades materiales, y concluída la ceremonia y tras ella el regocijo popular que provocó, Irala dedicóse a lo más urgente. La tierra estaba levantada, los agaces, que vagaban en la otra ribera del río, y cuyas canoas infestaban sus aguas, más amenazadores y mortíferos que los mismos yacarés, hacían una guerra sorda pero continua y terrible a los españoles. Eran grandes guerreros fluviales, altos, esbeltos, ágiles y fuertes, como que pertenecían a la indomable raza guaycurú; eran nómadas, vivían del producto de la caza y la pesca, y sus hermosas mujeres, que se pintarrajeaban el rostro y el cuerpo y llevaban taparrabo, — tentativas primeras de vestido — acompañábanles en sus excursiones pacíficas y aun, llegado el caso, en las guerreras. La audacia de estos indios, dirigidos por el cacique Abacote, rayaba a la sazón en lo intolerable. Hacía poco habían asesinado a los cristianos Cristóbal Pinto, Juan Mexía y Hernán Pérez, que andaban en procura de bastimento, y no había medio de lograr que proveyeran de víveres a los españoles de la Asunción, ni de grado ni por fuerza.

Irala contaba, afortunadamente, con un hombre precioso, capaz de vencer las mayores dificultades,

gracias a su prudencia, su valor, su conocimiento de la tierra, los inagotables recursos de su ingenio y su bien probada previsión. Era éste el capitán don Gonzalo de Mendoza, que, como ya se sabe, por dos veces abasteciera a la famélica Buenos Aires, que había traído consigo del Brasil por iniciativa propia, lenguaraces y hombres hábiles para el trato con los indios, y a quien Irala conocía y estimaba, pues le había prestado eminentes servicios allá en el puerto de la Candelaria, dándole al lengua Juan Pérez, y convoyando sus averiados bergantines hasta donde pudieran ser reparados. Llamóle, pues, y le pidió que fuera a pacificar a los agaces y a traer vituallas para la Asunción, donde iban a escasear hasta la siguiente cosecha.

— Sois bien quisto de los indios, — le dijo — conocéis sus mañas, y nadie sino vos puede dar feliz remate a esta empresa.

— Pondré en ella cuanto esté de mi parte, y Dios hará el resto, si es servido.

Gonzalo de Mendoza partió con tres bergantines y no tardó en volver con ellos cargados de pescado y de carne. Luego, sin darse punto de reposo, tornó a salir diciendo que era preciso ultimar las negociaciones iniciadas por él con los agaces para asegurar definitivamente la paz, como estaba casi seguro de conseguirlo. En efecto, a poco volvió otra vez con sus bergantines aun más ricos en provisiones que la primera, y pudo anunciar a Irala que no sólo dejaba pacificada la tierra, sino también a los indios dispuestos a seguir suministrando ví-

veres a los cristianos, y a aliarse con ellos en cuanto marcharan tierra adentro en son de conquista.

— ¿Cómo habéis hecho, qué resortes habéis tocado para realizar en tan poco tiempo semejante proeza? — le preguntó Irala.

— Es muy sencillo y cualquiera que no fuese demasiado torpe hubiera alcanzado lo mismo, — contestóle don Gonzalo de Mendoza.

— Mucho lo dudo; pero... explicaos don Gonzalo.

— Los agaces son ante todo y sobre todo, guerreros. Hacen la guerra más que por necesidad por placer, por ambición de dominar y sojuzgar a los otros. ¿Había, pues, más que encantusarlos con la perspectiva de grandes combates y mayores conquistas? Era la cosa más sencilla del mundo.

— No tan sencilla, no. ¿Cómo hicísteis?

— Pues les demostré que los cristianos tienen más interés en ser sus amigos que sus enemigos, como que no ambicionan nada de cuanto ellos poseen, ni sus canoas que no pueden compararse con nuestros bergantines, ni sus armas, que son tan inferiores a las nuestras, ni su tierra que no han de poblar, pues está a la otra banda del río y que, además, ellos mismos no estiman en mucho, vagabundos como son...

— ¡Bien imaginado, vive Dios! — exclamó el capitán Vergara.

— En cuanto a ellos, tampoco tenían nada que envidiarnos, ni nada material que les moviese a hacernos guerra, puesto que sólo deseábamos dejarlos y tenerlos tranquilos. En cambio, nosotros po-

díamos serles muy útiles, ayudándolos a vencer a sus vecinos y a ser señores de la tierra en cuanto abarca la vista y mucho más. Como no buscábamos sino metales que ellos no estiman, aliándonos y combatiendo juntos, los cristianos obtendríamos nuestro objeto, es decir, el oro y la plata, pero ellos serían dueños de los campos y los bosques, de los ríos y los arroyos, de los más ricos viveros de caza y de pesca y, al propio tiempo, señores de todos los demás indios. Ya véis que el sistema no puede ser más corriente y que a cualquiera se le hubiese ocurrido aplicarlo...

— Es vuestra merced hábil político, — dijo Irala estrechándole la mano. — Y lo tendré muy en cuenta cuando el caso llegue.

— Es dar demasiada importancia a lo que carece de ella — replicó don Gonzalo. — El método se había aplicado ya eficazmente con los caríos que viven en estos contornos.

— Por vuestra merced mismo...

— Y por don Juan de Salazar de Espinosa.

— Que os dejó, para bajar a Buenos Aires, aunque aquel fuera un año de grande escasez... No fué él sino Gonzalo de Mendoza quien pudo abastecer a sus treinta hombres, ganándose la voluntad de los caríos.

— No hablemos de eso, muy magnífico señor, diré, ya que me tratáis con tanta ceremonia, olvidando que somos amigos.

— Y que lo seremos siempre, si no disponéis otra cosa.

II

EN ACCION

Confirmado en el mando por sus compañeros, el capitán Vergara comenzaba, pues, su Gobierno bajo buenos auspicios, pero no por ello dejaba de tener quien tratase de minarle el terreno, más por ingénito espíritu de intriga y oposición que con determinados propósitos y positivas ambiciones, gente eternamente descontenta mientras está abajo y tan soberbia y tiránica como las otras en cuanto logra subir.

Entre estos roedores de zancajos descollaba en la Asunción aquel escribano Pero Hernández, que había servido a don Pedro de Mendoza en Buenos Aires, a Ruiz Galán en Corpus Christi cuando el juramento de obediencia, que había contribuído con sus consejos a la matanza de los timbú y que entonces ejercía su ministerio y manejaba a destajo su lengua viperina en Nuestra Señora de la Asunción. Hombrecillo de mala índole y perversa entraña, roído por la envidia, devorado por la ambición, nada valiente y misógino por añadidura, complacíase, so capa, en combatir a Irala, quitándole

al diablo para prestarle a él, cuando no hallaba en los verdaderos defectos y vicios del personaje, aunque fueran tantos, alimento suficiente para su maledicencia.

— Si el capitán Ayolas ha fenecido — decía cautelosamente en los corrillos — culpa es de quien yo me sé, que no ha hecho nada por acudir en su socorro, y que ni aun le ha aguardado en el sitio y durante el tiempo que debía, prefiriendo las delicias del puerto de Tapara y las carantoñas de la daifa india... Esto nadie lo ignora, pero lo que pocos saben es que la favorita, hija de un principal, fué dada por su propio padre al capitán Ayolas, quien la dejó, cuando la entrada, al cuidado de su protegido y falso amigo. Y el tal, que nombrar no quiero, se la birló, a la espera de poder birlarle cosas de mayor consecuencia.

Muchos se encogían de hombros ante las malintencionadas murmuraciones del « escribano garduña », como solían llamarle, pero algunos daban fe a sus palabras y se complacían escuchándole, pues sus pérfidas insinuaciones tenían algo de novelesco que les interesaba.

— La torpeza del quídam — añadía — ha estado a punto de hacer perecer de hambre a su gente. Figuráos que el principal de los matará le había dado ocho canoas, con diez indios cada una, para que con su caza y con su pesca, abastecieran a los cristianos. Pues ese dejado de la mano de Dios ¿no consintió en que los payaguá mataran a aquellos desdichados? ¡Como os lo digo! Los matará no quisieron dar más gente para servir a los españoles,

y lo peor es que los payaguá no les procuraban tampoco de comer!... ¡Ya véis en qué manos anda el pandero!...

Verdades, embustes y calumnias, de todo tenía el buen Pero Hernández para crear desfavorable atmósfera al gobernador y capitán general, sin comprometerse mucho ni dar la cara de frente, pues sabía que el vasco era de malas pulgas. Y no contaba él como único difamador, aunque sí como el más malévolo, pues otros, a la manera de Francisco de Villalta, hacían la misma solapada oposición.

Algo, y aun mucho de ello conocía o barruntaba Irala, pero le tenía sin cuidado, preocupándole más que las hablillas cierto visible desasosiego de la gente, en quien crecía el turbulento amor de las aventuras y el anhelo de reanudarlas, que era preciso satisfacer. La guerra era entonces — ¡como ahora! — el mejor derivativo de las revoluciones. Irala preparó, pues, una expedición con el doble objeto de saber de Ayolas y auxiliarlo si fuera posible, y de abrirse un camino hacia la tierra de los señores del metal.

No deseaba, en el fondo, encontrar al jefe a quien substituía, pues era leal pero ante todo era hombre, y aun acariciaba, quizá sin confesárselo a sí mismo, la secreta esperanza de no volverle a ver, de no tener que resignar el mando entre sus manos... Pero no era capaz de abandonar deliberadamente a quien tanto le había favorecido, antes bien haría por salvarlo y servirle los mayores sacrificios, hasta el de su propia elevación. Si abandonó varias veces, antes de entonces, el puerto de

la Candelaria, que era el punto de cita con su general, fué sólo urgido por la necesidad imperiosa, buscando víveres para que la gente comiera, o tablazón para adobar sus maltratadas naos, que ya no podían mantenerse a flote...

Hizo, pues, alistar nueve bergantines, y reunió muchos objetos de hierro, abalorios y fruslerías para los rescates con los indios, que le darían gustosos a cambio de ellos pescado, carne y cuanto de lo suyo pudiera ser útil a los cristianos. Después de hacer embarcar el matalotaje, zarpó a fines de noviembre, cuando ya el sol comenzaba a apretar, llevándose casi todos los habitantes de Nuestra Señora de la Asunción, que, entre capitanes, hijosdalgo y simples soldados, sumaban cerca de trescientos hombres.

No sin dificultad remontaron los bergantines el hermoso río de aguas amarillentas, que corre anchuroso y lento entre riberas ligeramente onduladas, — sobre todo la izquierda, — y cubiertas de bosque, de prados naturales, de grupos elegantes de palmeras. En las playitas de arena tomaban el sol, inmóviles y amodorrados, monstruosos yacares negros, con repugnantes manchas amarillas, los que, a veces, turbados en su somnolencia por una embareación que se acercara demasiado, entreabrían los brillantes ojillos, bostezaban mostrando la enorme y roja boca y las mandíbulas más armadas que una sierra, y luego volvían a dormirse tranquilamente, sin haber cambiado de sitio, seguros de la invulnerabilidad de su coraza impenetrable para los más poderosos proyectiles de la época. Fuera de

esto, fuera de alguna fiera, puma o jaguar, que al caer la tarde bajaba a beber asustando al carpintero metido entre los juncos, fuera de alguna bandada de pájaros que cruzaba el cielo, fuera de los murciélagos que al anochecer revoloteaban cazando mosquitos sobre la mansa corriente, nada turbaba el paisaje, variado a cada una de las muchas revueltas del río, pero siempre melancólico y dulce, como en una tierra de paz y de encanto. Aquellas apacibles riberas estaban, sin embargo, pobladas por los innumerables y belicosos mbayá conquistadores y propietarios de esclavos que cultivaban, cazaban y pescaban para ellos.

— Dios, — decían, — formó las naciones todas tan numerosas como son, y les distribuyó la tierra; luego creó un mbayá y su mujer y como no le quedara qué darles, les hizo decir por un caracará que podían hacer la guerra a todos sus vecinos, matarlos o esclavizarlos, y adoptar sus mujeres y sus hijos.

Los españoles no tardarían en substituirles en esta función de dominio, pero entretanto tenían por siervos a los mansos chané, por amigos a los sociables, flemáticos y hospitalarios guanas, y por parientes, con quienes se confundían por ser de la misma raza guaycurú, a los astutos y arteros guarapos y payaguá, siempre prontos al asesinato y la traición.

Llegados, por fin, los españoles al solitario puerto de Nuestra Señora de la Candelaria, en la orilla derecha del río, el capitán general hizo fondear y bajó a tierra con su gente. La ribera, en cuanto

abarcaba la vista, era un desierto, en el que no se veían más huellas de la presencia del hombre que las ya borrosas dejadas por los cristianos en su última estación. Exploráronse los alrededores en busca de algún indio que pudiera darles noticias y ponerles en comunicación con sus amigos para pedirles provisiones a cambio de rescate. Como no se encontrara uno solo en dos leguas a la redonda, Irala hizo pegar fuego a los espesos matorrales para que el humo anunciara a lo lejos su presencia. Cerró la noche pesada y lóbrega sin que se hubiese visto alma viviente, aunque los reflejos de la hoguera, que enrojecían las nubes bajas y daban fantástica vida a los árboles del bosque, no podían pasar inadvertidos para el indio vigilante. Así, temiendo posibles asechanzas, el capitán hizo reforzar las guardias en los bergantines y poner numerosos escuchas alrededor del real. La gente durmió al raso, con las armas a su alcance, pronta a la primera alerta, e Irala pasó la noche en gran cuidado.

A la madrugada mandó embarcar y los bergantines se dieron a la vela para el puerto de San Fernando, que está algunas leguas más abajo del de la Condelaria, sobre la orilla izquierda, en un lugar pintoresco, al pie de un cerro en forma de pilón que sigue, como entonces, llamándose Pan de Azúcar. No estuvieron allí más tranquilos: unas rancherías desiertas, recién abandonadas a juzgar por las cenizas de los hogares, denunciaban la proximidad de indios hostiles a los cristianos. Irala, que examinaba con cautela las desiertas chozas, harto pequeñas y descuidadamente construídas

para ser habitaciones estables, comprendió que habían sido paradero de indios guerreros, que éstos debían de estar ocultos con alguna perversa intención en las inmediaciones y que, en consecuencia, sería prudente elegir campamento más seguro, al abrigo de cualquier sorpresa.

Aunque hubiese mandado que nadie se alejara del grueso de la gente mientras él no diese licencia, el clérigo Aguilar, que tenía sangre de azogue y cuyo apetito juvenil no podía saciar la escasa ración diaria de bizcocho y cecina, invitó a dos de los soldados más despreocupados a una partida de pesca.

— Mataremos dos pájaros de una pedrada — les dijo, — acallando el hambre y variando el rancho.

— Pero si el general... — objetó uno de los invitados.

— ¡Oh, no iremos lejos, y el pecado, si hay pecado, será muy venial.

Y los tres, sin advertir a nadie, se apartaron con cautela.

Momentos después el capitán Vergara, vista la peligrosa situación y considerándolo necesario, ordenó que la gente se embarcara de nuevo para pasar a una isla frontera, plantada en mitad del río, a la que los indios no podrían llegar sin ser descubiertos por los atalayas. A fin de ejecutar la maniobra con la mayor rapidez, parte de la gente comenzó a pasar mientras la restante recogía las tiendas de campaña y los utensilios que se habían desembarcado para las necesidades del real. No

viendo al clérigo Aguilar, Irala, que estaba en todos los detalles, preguntó si había pasado con los primeros, y al saber que no y que no se hallaba tampoco en el campamento levantado, entró en gran inquietud y le hizo buscar por todas partes. Un hombre le dijo que el clérigo con dos soldados había bajado por la ribera hacia el sur, llevando avíos de pesca y que desde que transpusieron unos juncuales de la orilla no les había vuelto a ver. Otros hombres e Irala en persona salieron a registrar el bosque, el juncal y los espesos matorrales de las inmediaciones, sin encontrar al clérigo ni a sus acompañantes. Ya iba a renunciar Irala a sus pesquisas, cuando a cierta distancia descubrió un indio y una india que pescaban tranquilamente. Eran payaguá.

— ¿Habéis visto — preguntóles el capitán general, que podía, aunque difícilmente, hacerse comprender en la lengua de los naturales — habéis visto a un cristiano vestido de negro a quien acompañaban dos soldados con avíos de pesca?

— No — contestó lacónicamente el indio.

— Sin embargo, no hace mucho andaban por aquí.

— Nada hemos visto.

— En tal caso tendréis que veniros conmigo.

— ¿Dónde quieres llevarnos?

— Eso lo sabréis más tarde.

Dió una orden breve y los soldados que iban con él cogieron al indio y a la india, les ataron codo con codo y les llevaron a los bergantines, sin que

opusiesen la menor resistencia ni dijese palabra, estoicos y pasivos.

De Aguilar y los soldados no se tuvo noticia. El desdichado clérigo y sus acompañantes habían sido, sin duda, víctimas de una emboscada de los sanguinarios payaguá, que los asesinaron sin dejar huellas y arrojaron sus cadáveres al río o los internaron en la selva e hicieron con ellos un festín.

Apenas habían los españoles armado campamento en la isla, cuando los atalayas anunciaron la aproximación de cuatro canoas. Eran guajarapos que iban en son de paz, pero seguramente con la intención de averiguar el número de los cristianos y qué proyectos los habían conducido hasta allí. Irala les preguntó, si habían visto al clérigo, pero los astutos indios contestaron como los otros, agregando que sólo momentos antes habían sabido la llegada de los españoles.

— Y de otros cristianos, armados, que hace muchas lunas siguieron tierra adentro, ¿qué noticia podéis darme?

— Nada hemos sabido — contestaron los indios.

— ¡Imposible! El hecho es tan sonado que ninguna tribu, ningún indio aislado que viva por estas inmediaciones puede ignorarlo! — exclamó el capitán Vergara. — ¡No queréis hablar, pero yo sabré haceros desatar la lengua...

Los indios se humillaron ante la amenaza, pero siguieron mudos.

— ¿No sabéis nada del capitán Ayolas y su gente?

— No sabemos nada.

Inútil fué continuar el interrogatorio. A muchas preguntas los salvajes oponían fingida incomprensión, cuando no las contestaban con evasivas, con ambigüedades o con simples ademanes de falsa candidez... Irala acabó por dejar que se marcharan, convencido de que a nada conduciría detenerlos y maltratarlos. Cuanto a los que había tomado en la ribera, interrogólos de nuevo, supo que su principal estaba a orillas de una laguna que luego se llamó de Juan de Ayolas, y guardando a la mujer en rehenes mandó al indio en su canoa a buscar al jefe payaguá de parte del capitán cristiano.

III

EL ESCRIBANO GARDUÑA

Los españoles habían hecho grandes fuegos para guisar una comida que el más ascético anacoreta no hubiera querido para un día de vigilia. Sólo alguno que otro afortunado, hombre de acción o de recursos, había cobrado alguna pieza de caza o sacado del río algún sabroso pez en la punta del anzuelo. Mientras los demás se contentaban con la mezquina ración, en el rescoldo de la hoguera a cuyo alrededor estaban sentados, Diego Delgado, Rodrigo Ríos, Antón Martínez y Jácome Cobo, camaradas inseparables, asaban lentamente unos cuantos aperiá, semejantes a conejillos — por no decir ratones — y una corpulenta raya, cuyo pellejo se hinchaba y resquebrajaba derramando jugo a la acción de la llama y aguzando el apetito, canino ya, de los conquistadores. El escribano Pero Hernández, que andaba a la husma por el real y que se relamía como gato hambriento, acercóse a la rueda y, con airecillo indiferente trabó conversación haciendo conjeturas sobre la suerte del clé-

rigo Aguilar y entonando su elogio con palabra calurosa.

— Sin embargo — concluyó — hizo muy mal en desobedecer cuando en ello le iba la pelleja. Pero... ya se ve... el estómago manda, y más con las hambres que reinan por estas malditas tierras... Y si no dígalo yo mismo, que casi no puedo tenerme en pie de flaqueza.

— No se lamente el señor escribano — dijo Delgado, comprendiendo la indirecta — que aquí hay para todos y no tiene sino que ir arrimándose para cuando estas alimañas estén en su punto.

Hernández no se hizo de rogar y continuó la charla, enhebrando su tema favorito, es decir, hincando el diente en el capitán Vergara y royéndole bonitamente los zancajos.

— ¡Habéis visto — murmuró — cómo se interesa el tío en saber noticias del capitán Ayolas? Lo que es en preguntar no se queda corto, pero tarde piache. Mejor hubiera sido ir a buscarlo cuando era tiempo que no perderlo ahora interrogando a los mismos que, probablemente, tienen el mayor interés en callar. Pero ya se ve... le convenía... Y pregunto yo, señor, ¿qué se ha hecho de Ayolas? ¿Qué del padre Aguilar? ¿Qué de los dos soldados? En verdad os digo que podríamos desaparecer todos, uno a uno, sin que resultara otra cosa que el sólito preguntadero.

— ¡Pobre padre Aguilar! A estas horas es, sin duda, un santo mártir más — exclamó Jácome.

— A eso estamos, toño — dijo filosóficamente Martínez, el de la historia de la Maldonada. — No

digo a eso de ser mártir, sino a lo de dejar la pelleja. En menos de cuatro años tantos han caído que ya nada puede hacernos mella.

— A pesar de eso — objetó Hernández — muy de lamentar será para todos que hayan perecido los hombres de Ayolas y con ellos el general, que era un modelo de capitanes, por culpa de un tío que no le llega a la suela de los zapatos, pese a la malhadada historia aquella del maestro Osorio... En fin, ¿sabéis cómo han pasado realmente las cosas? Yo sí lo sé, porque no me duermo en las pajas, y os lo voy a decir puntualmente.

Interesados, todos los del corro se dispusieron a escucharle.

— Como sabréis, en el año pasado de 1536, el capitán Ayolas, por orden de don Pedro de Mendoza, que lo había nombrado por su lugarteniente, hizo una primera expedición en busca de bastimento para Buenos Aires, donde estábamos muriendo de necesidad, con dos bergantines y una barca. Iban con él doscientos hombres, el capitán Alvarado y otros oficiales. Quiso su buena suerte que en las inmediaciones de las ruinas de Sancti Spiritus diese de manos a boca con un tal Jerónimo Romero, soldado de Caboto que había escapado a la matanza y la destrucción del fuerte y que le sirvió de mucho, pues conocía la tierra, era bien quisto de los naturales y olfateaba dónde encontrar cosas de comida en abundancia.

— Todo eso lo sabemos de sobras, señor escribano — interrumpió Delgado.

— Pero hace falta recordarlo para la buena inte-

ligencia de mi historia — replicó Pero Hernández, que no quería perdonar una coma del emprendido relato. — Jerónimo Romero, pues, hizo al capitán Ayolas muy larga y copiosa relación, así de vistas como de oídas de indios, de la riqueza de la tierra, la que ha parecido ser verdad por lo que en Nuestra Señora de la Asunción hemos sabido. El capitán Ayolas, secundado por el Romero, hizo amistad con los timbús y caracará, que vivían en la comarca, obtuvo de ellos, mediante rescate, lo que había ido a buscar, fundó el real de Corpus Christi, cerca de las ruinas del antiguo Sancti Spiritus, dejó en él al capitán Alvarado con cien hombres y volvió a Buenos Aires, llegando al puerto precisamente cuando don Pedro de Mendoza se disponía a marcharse con todos nosotros a la costa del Brasil y quizás a España, pues las hambres estaban diezmándonos.

— Si eso es todo lo que sabe vuestra merced, puede ahorrarse el trabajo, pues ni los niños de teta...

— Deja hablar, Delgadillo, — exclamó Martínez — o mala landre te coma!

— Y tú deja de llamarme Delgadillo, que mi nombre es Delgado; un Francisco Delgadillo anda por el real y no quiero confusiones.

— Siga vuestra merced, don Pero, que somos todo oídos — dijo cortésmente Rodrigo Ríos, regalándole el tratamiento.

— Pues bien, don Pedro, animado con lo que contaba Jerónimo Romero, quiso hacer entrada en tierra tan rica y descubrir y conquistar la famosa

sierra de la Plata. Partimos meses después, subiendo hasta Corpus Christi, donde nos encontramos con que la mitad de la gente del capitán Alvarado había muerto de hambre, porque los indios no querían abastecerla. Remediamos a la mitad que quedaba como Dios fué servido, y don Pedro fundó junto al fuerte el pueblo de Nuestra Señora de la Buena Esperanza.

— Que acaba de ser destruído, como el fuerte, por culpa de Ruiz Galán — observó el incorregible Delgado.

— Los conejillos y la raya están a punto — anunció Rodrigo, triunfante. — ¡Noramala quien no se chupe los dedos!

— Hablen los dientes y callen las lenguas — exclamó alborozado el escribano. — Demos razón de estos manjares, que apetito agudo no deja crudo ni menüdo, y mi historia puede venir a la postre.

Despabilaron las viandas con tal rapidez, que el más diestro maese coral no hubiera podido escamotearlas con mayor limpieza.

— De Corpus Christi — prosiguió Hernández reanudando el hilo de su cuento — partió Ayolas en busca de camino para las tierras del metal...

— ¡Dónde nos llevará el capitán Vergara, Dios mediante! — exclamó Rodrigo de los Ríos.

— Ese es su deseo... y el nuestro — agregó Delgado. — Y el hombre es muy capaz...

— ¡De llevarnos a las calderas de Pero Bote-ro! — replicó Hernández mal humorado. — Dejádme hablar, que os interesa más que a mí.

— ¡Adelante! — dijo Antón Martínez, benévolo.

— Pues como iba diciendo — reanudó el escribano, — el capitán Ayolas se partió llevando consigo ciento sesenta hombres y tres naos, la carabela rebajada « Concepción », que mandaba él mismo, y dos bergantines, mandado el uno por el factor Guevara y el otro por el capitán Vergara. Con Ayolas iban, además del factor, el capitán don Carlos Douvrin, hermano de leche de Su Sacra Cesárea Católica Majestad nuestro emperador y rey, don Juan Ponce de León, don Luis Pérez de Cepeda de Ahumada, hidalgos de antigua cepa, y otros. Don Pedro había dado orden al capitán Ayolas de regresar dentro de los cuatro meses a Corpus Christi, pero el hombre propone y Dios dispone...

— ¡Hágase su santa voluntad, así en la tierra como en el cielo, amén! — dijo el fervoroso Jácome.

— En resumen, — continuó el escribano como si resolviera abreviar — navegaron muchas leguas sufriendo grandes trabajos, porque la tierra estaba casi desierta y los indios canoeros huían espantados de la grandeza de las naves que no podían, por más que quisieran, dar alcance a sus ligeras canoas. Los malos tiempos eran también frecuentes y a veces tales que parecía que en los aires hablaban los demonios, y cuando llegaban a este río Paraguay, una tempestad deshecha zozobró una de las naves y estuvo muy a punto de dar al traste con las otras, que al fin lograron escapar, refugiándose en una pequeña ensenada.

— Algunos se ahogarían, — observó Delgado.

— Los más fueron recogidos en la carabela y el bergantín, que pudieron seguir Paraguay arriba,

pero a fuerza de remo y a toa, por no poder servirse de las velas. Remaban y sirgaban noche y día para arribar a algún puerto donde proveerse, pero hete aquí que en la angostura acomételes una nube de canoas agaces, y se traba un sangriento combate en que los indios caen como moscas y van a ser pasto de los yacarés y las palometas. Derrotados, los que quedan huyen a la costa y, viéndose perseguidos, abandonan sus embarcaciones y se internan en la selva...

— ¡Lástima grande no acabar con esos paganos!
— exclamó Jácome Cobo.

— La suerte para los cristianos — continuó Hernández, — es que, registrando las canoas, encuentran algunas provisiones de carne y pescado, que les sacan de apuros, pues el hambre aguija de veras, y vuelven más contentos a ponerse en viaje... Pero ese contento no duró mucho. Los turbiones, los huracanes y las tormentas menudearon de tal modo que no adelantaban camino y la gente apenuscada no sabía cómo acomodarse en las naos, tanto que el capitán Ayolas tuvo que dejar a los de la zozobrada en una que decían Isla de los Lagartos prometiéndoles ir a recogerles en cuanto le fuera posible. Así logró llegar a tierra de caríos, donde encontró algo que comer, y volvió inmediatamente en busca de los de la isla. Juntos ya todos hicieron matalotaje y continuaron río arriba, los unos en las embarcaciones, remando y atoando a cuarteles, los otros por la ribera, topando a cada paso con ciénagas y pantanos; estos trabajos eran tanto más duros cuanto que la gente estaba racio-

nada para no dar fin demasiado pronto con el escaso bastimento. Los cinemacáes proveyeron de algún pescado y les dieron canoas en que se embarcaran los peatones, y con este socorro se empezó a respirar.

— No todo son rosas en nuestra profesión, — suspiró Delgado, — y los buenos momentos se cuentan como garbanzos de a libra.

— Bien decís, hermano, — dijo Hernández volviendo inmediatamente a enhebrar su narración. — Con todo, llegaron sanos y salvos.

— Menos los ahogados en el río, — corrigió el andaluz.

— Llegaron — repitió algo amostazado el escribano — a otra tierra de caríos donde pudieron rescatar maíz, batatas y carne, pues ya sabéis que estos naturales labran la tierra y crían algunos animalejos, y así provistos subieron hasta la Candelaria, que visitamos ayer.

— ¡Mala tierra! — murmuró Martínez.

— ¡Y tan mala! Sin embargo, como los caríos le habían repetido que hacia el noroeste había gente que tenía abundancia de metales y muchas otras riquezas, el capitán Ayolas resolvió hacer entrada, dejó a Irala guardando las naos con treinta hombres y la consigna de esperarle seis meses sin moverse de allí, salvo que los indios se negaran a abastecerlo, y siguió tierra adentro con los capitanes y caballeros que ya he dicho, los ciento treinta soldados restantes y algunos naturales que le proporcionó el principal de los payaguá, con quien ha-

bía hecho paces, el mismo que le dió la hija convertida luego en la coína del otro que sabemos.

La alusión provocó grandes risas, pero todos, y Hernández más que cualquiera, miraron a uno y otro lado con el recelo de que oídos indiscretos recogieran aquellas palabras.

— El más santo peca siete veces — dijo el andaluz, que era aficionado al sexo y poco gazmoño.

— ¡Yo, contra ese mandamiento, ni una! — exclamó Pero. — ¡Dios me libre y me guarde!

— Y a mí — apoyó Jácome Cobo.

— ¡Que se digan semejantes herejías, aquí donde no se hace mal a nadie, y padres y maridos lo toman tan descansadamente... — observó Delgado.

— Volviendo a mi historia — refunfuñó Hernández, — el hecho es que desde entonces no se ha vuelto a saber de don Juan de Ayolas, quien, aparte el asunto Osorio, que no tengo para qué juzgar, era tan cumplido caballero y tan esforzado capitán que con razón le eligió don Pedro por privado y le hizo su mano derecha. ¡Mal aventurado capitán! Aquel a quien, harto confiado, dejó guardando la puerta de salida, hizo lo que quiso, se rió de la consigna y anduvo todo el tiempo de ceca en meca, buscando el regodeo, quizá cuando su presencia era más necesaria, y cegado por su vicio!

— ¡Alto ahí! — saltó Antón Martínez. — Vuestra merced no debe exagerar los defectos de ese de quien habla, ¡vive Diego! que los tendrá grandes y muy muchos, pero que, no se puede negar, es buen soldado, cumplidor, valiente y pundonoroso.

— Lo que no le impidió bajarse varias veces a tierra de caríos — replicó el escribano, displicente.

— Forzado a ello de la necesidad — afirmó enérgicamente Martínez. — Cuando el capitán Salazar y el capitán Gonzalo de Mendoza llegaron a la Candelaria, mandados por don Pedro, encontraron que los payaguá habíanse tornado de amigos enemigos, no querían servir a los españoles y no les proveían de un bocado. Por eso tuvo Vergara que bajar varias veces a tierra de caríos, que no por solazarse; y no hay que levantarle falsos testimonios.

— Ruíz Galán le puso preso, sin embargo, en Nuestra Señora de la Asunción...

— Pero le fué preciso libertarlo en seguida porque era evidente que también entonces bajaba en busca de bastimento. Así lo dijeron los capitanes, exigiendo su libertad.

— Tiempo al tiempo — refunfuñó Hernández. — El tiempo todo lo aclara.

Alzóse mohino del suelo y se fué en busca de auditorio menos amigo de Vergara y de objeciones y contradicciones.

— Mala pécora — murmuró Martínez. — La guardaña mientras no mordisca no está contenta.

Casi toda la gente se había ya tendido, después de frugalísimo refrigerio, aunque el sol estuviese todavía arriba del horizonte, descansando en la vigilancia de los atalaya, satisfecha de que el cielo se mostrara sereno y templada la atmósfera.

— Vamos a ver cómo se duerme en esta otra Isla

de los Lagartos — dijo Delgado echándose en la hierba, envuelto en su capote.

Los camaradas le imitaron y ya no volvió a oírse una palabra hasta el amanecer, en que les despertó gran ruido de voces.

UN AHIJADO DEL CAPITAN AYOLAS

Era que acababan de abordar a la isla dos canoas de payaguá, cargadas de carne de venado y carpincho, pescado y cuerno de cabra o pan de San Juan, que el mayoral de los indios enviaba al capitán español en prenda de paz y buena amistad.

Regocijéronse los cristianos con el presente que tan á punto llegaba, debido sin duda al mensaje que Vergara había enviado el día anterior al principal con el indio prisionero. Ocupados en descargar las canoas, agasajar a los indios y distribuir las vituallas, según las instrucciones del capitán, no vieron en el primer momento que de la orilla frontera del río se desprendían hasta cuarenta canoas llenas de indios guerreros en número de más de trescientos, e iban a tomar tierra en la isla, un poco más abajo del sitio en que ellos estaban.

Advertido de su presencia y temiendo que intentaran atacarlos por sorpresa, Vergara mandó a su gente que se alistase y estuviese pronta a cualquier evento. Pero, según pareció, los indios venían de paz, pues sólo desembarcaron unos ciento,

sin armas, y comenzaron a acercarse lentamente, haciendo comprender con sus ademanes que temían las ballestas y los arcabuces asestados contra ellos. Cuando estuvieron al alcance de la voz, gritaron que no era justo recibirlos como enemigos cuando iban completamente desarmados y con las más amistosas intenciones, a lo que contestó Vergara haciendo arrimar las armas, pero manteniéndolas al alcance de la mano.

Avanzaron entonces resueltamente los payaguá y trabaron conversación con los españoles principales, sirviéndose de intérpretes, pues casi todos los cristianos ignoraban o conocían mal la lengua, y el mismo Vergara sabía apenas algunas voces, aunque frecuentara aquellos parajes desde cerca de tres años atrás. Indios y españoles formaban un solo grupo en el que estaban en notable mayoría los primeros, porque muchos soldados, no hallando interés en la escena, habían acabado por apartarse.

Hablábase de contratos y rescates cuando de repente, a una señal, los indios se arrojaron, con grande alarido, sobre los descuidados cristianos. Vergara, rodeado por todas partes, dió pruebas de su intrepidez y sangre fría, y en pocos segundos su espada le desembarazó de numerosos agresores, hiriendo y matando a varios de ellos. De una mirada abarcó el teatro de la sorpresa, vió a su tocayo el alférez Vergara que, derribado, iba ya a perecer, corrió en su auxilio y a tajos y reveses lo libertó, para acudir inmediatamente a Juan de Vera, cercado por otros indios, socorrerlo eficazmente y ayudar luego a don Juan de Carbajal y a Pedro

Sánchez Maduro que se defendían con evidente desventaja.

Los demás españoles, habían dado también cuenta de sus enemigos; los soldados acudían, arma en mano, y ya todos se consideraban triunfantes, cuando comenzó a caer sobre ellos espesa nube de flechas, dardos y venablos, y vieron que, mientras los de las canoas trataban de envolverlos y asaetearlos, otros, venidos de la ribera en veinte o más embarcaciones, atacaban los bergantines para tomarlos al abordaje trepando como monos por las amarras y los cables de las anclas.

Pero, mientras los de tierra se defendían con valor, y no sólo mantenían a raya a los vociferantes indios, sino que ganaban terreno sobre ellos sembrando la muerte en sus filas con el tiro certero de ballestas y arcabuces, Francisco de Almaraz y Martín de Céspedes que, con un puñado de hombres, custodiaban los bergantines, rechazaban a los más atrevidos asaltantes y luego, haciéndose afuera, hacia la mitad del río, para que los proyectiles no dieran a sus mismos camaradas, dispararon culebrinas y arcabuces, descalabrando indios, echando a pique las largas canoas hechas de troncos ahuecados, dispersando al enemigo e infundiéndole un pavor que acabó en fuga.

Lo propio sucedió en tierra, donde los indios, acobardados con las muchas bajas, comenzaron por retirarse en desorden para correr al fin hacia sus canoas como almas que lleva el diablo, perseguidos con saña por los irritados españoles. Los payaguá, irresistibles por lo común en el ataque, no

sabían consumir una victoria y después del primer ímpetu, siempre formidable, se quedaban perplejos, sin consolidar rápidamente sus posiciones y afianzar éstas hasta el triunfo decisivo.

Muchos indios yacían muertos entre la hierba tinta en sangre, algunos agonizaban con hipos y convulsiones y muchos más revolcábanse mal heridos; pero los españoles contaban también varios muertos y unos cuarenta heridos, entre ellos el mismo Vergara con tres flechazos y el valeroso Juan de Carbajal que, con la garganta atravesada por un dardo, falleció tres días después. Pese a la agilidad de los indios y a su precipitada fuga, muchos, envueltos mediante hábil maniobra, no alcanzaron las embarcaciones y cayeron prisioneros. Interrogados, confesaron que para vengarse de carnicerías anteriores, de que fueran víctimas, habían muerto en una emboscada al clérigo Aguilar y sus dos acompañantes. Fueron colgados de los árboles para escarmiento... o como nueva simiente de odio.

Comentáronse con animación los sucesos del día, pero los hombres estaban harto fatigados para no rendirse al sueño apenas dieron cuenta de las provisiones llevadas por los indios para captarse su confianza y tomarles descuidados. A la madrugada siguiente se dió la señal de la partida y zarparon, aguas arriba otra vez, registrando la ribera por si se hallaban huellas de gente cristiana. Nada vieron en todo el curso de la jornada. Por la noche se fondeó lejos de la orilla para evitar sorpre-

sas y se duplicaron las guardias, sin que, afortunadamente, se produjese la menor alerta.

Al otro día marcharon tierra adentro, desde algo más abajo del puerto de la Candelaria, por donde había entrado el capitán Ayolas, pero no anduvieron mucho en aquel suelo difícil, salpicado de bosques espesos, de anchos arroyos, de pantanos cenagosos que exhalaban miasmas engendradores de la fiebre. La época de las lluvias, que abarca los meses de noviembre a febrero, había comenzado ya, los ríos y arroyos salían de madre, los pantanos se ensanchaban hasta unirse uno con otro, y todo estaba inundado en aquella tierra llana, tan horizontal que, a la altura en que se hallaban, el río Paraguay no tiene ochenta y cinco centímetros de declive por legua en un espacio de más de ciento treinta, lo que hace que las aguas pluviales queden estancadas y cubran el país, sobre todo cuando lejanos deshielos han provocado la crecida de los ríos.

Los españoles siguieron avanzando, aunque el agua les llegara a la rodilla, animados por el ejemplo de Vergara, estoico y tenaz como un vasco puede serlo; pero la fatiga y el hambre iban en aumento. La fatiga y el hambre, porque ya no encontraban un altozano ni un palmo de tierra enjuta donde hacer candela o echarse a dormir, las provisiones se agotaban, caza y pesca no había...

— Este Vergara, o Irala, o demonio que Dios confunda — murmuraba Pero Hernández — no sólo habrá sido causa de la muerte y perdición de

Juan de Ayolas y de todos los cristianos que consigo llevó, sino también de nuestra perdición y muerte, lo que es más de lamentar para nosotros.

— Con unas pocas botas más, tendríamos tanta agua como en el mismo diluvio — decía Delgado comentando la inundación. — ¡Lástima no ser líquido jerezano, para morir alegre por lo menos!

— Nuestro Señor me tendrá en cuenta estos trabajos para acortar mi purgatorio — gemía Jácome.

Lamentaciones y protestas se hacían generales y al fin fué necesario regresar a los bergantines y se emprendió la retirada con profunda tristeza. No habían tenido noticias de Ayolas y su gente, no habían avanzado un paso hacia la tierra de los sueños de oro, y adelante se les presentaba el inmenso lago que debían vadear sin un mendrugo que llevarse a la boca, con el agua a la cintura, tiritando de fiebre y necesidad, azotados por torrentes de lluvia, transidos de frío hasta bajo los rayos más ardientes del sol, para encontrarse al cabo tan pobres como antes, en las estrechas cabañas de la Asunción, y llevar en ellas la misma monótona existencia de holgazanería y de modorra. Pero aquella vida de siesta les parecía adorable mientras iban arrastrándose hacia el río por campos llenos de agua que no tenían término, y donde muchos caían para no levantarse más, postrados por la fiebre, porque sus camaradas, rendidos de fatiga, aun queriéndolo, no hubieran podido salvarlos llevándolos a cuestas. La terrible aventura duró un tiempo que les pareció infinito. Sólo veintisiete

días después de abandonar los bergantines volvieron a encontrarlos, envejecidos de cansancio y de zozobra, como si hubieran pasado años enteros en el viaje.

Tras un breve descanso, sin embargo, aquellos hombres extraordinarios, en quienes se tocaban los extremos de la actividad y la pereza, de la tenacidad y la apatía, capaces de conquistar el mundo a cuchilladas y de morir de hambre por no mover una mano, estaban prontos a empezar otra vez y lo hubiesen hecho, a mandarlo el capitán Vergara. Pero la estación era harto desfavorable, y se resolvió regresar a la Asunción, renunciando por entonces a todo descubrimiento.

Los indios no abandonaban, entretanto, la pista de los españoles y se les adivinaba en las cercanías, rondando siempre prontos, si no a caer sobre el grueso de la tropa, por lo menos a matar traidamente al incauto que se alejara de los demás, como hacía poco lo habían hecho con el infortunado clérigo. Un día tuvieron otra prueba de que el pérfido enemigo estaba en acecho cerca del real. Un destacamento que exploraba las inmediaciones para prevenir sorpresas descubrió en un bosquecillo, bien ocultos entre los matorrales, a seis payaguá, indudablemente espías enviados a observar lo que pasaba en el campamento. Vergara no pudo sacar nada de ellos, y mandó que fueran encerrados en la sentina de su bergantín, para que no llevaran noticias a sus compañeros, y con la intención de devolverles la libertad durante el viaje, cuando ya no pudieran hacerle daño.

No habían andado mucho en la mañana de la partida porque, habiendo caído el viento, las velas que ni zapateaban siquiera, pendían como trapos a lo largo de los mástiles y los bergantines sólo se movían al son de la perezosa corriente, cuando de la ribera cercana vieron que un indio se arrojaba al río y nadaba a fuerza de brazo hacia los bergantines, sacudiendo la cabeza y gritando en español:

— ¡A mí, cristianos, a mí!

Manióbró la nave en que iba Vergara para ponerse fácilmente al alcance del indio, que nadaba como un pez, y no transcurrieron muchos minutos antes de que, encaramándose por un cabo que le tiraron, estuviese a bordo y en presencia del capitán general.

— ¿Comprendes el castellano? — preguntó éste.

— Sí.

— ¿Sabes hablarlo?

— Sí.

— ¿Cómo te llamas?

— Juan.

— ¿Juan de qué?

— Juan Ayolas.

— ¡Cómo! ¿Quién te ha dado ese nombre?

— Mi padrino.

— ¿De dónde eres y quién es tu padrino?

— Soy chané, de tierra adentro. Mi padre me dió a Juan Ayolas cuando pasó por nuestro pueblo, porque era un hombre amigo, un cacique bueno. El me puso Gonzalo; pero los demás me llamaban Juan, Juan Ayolas.

Vivamente interesado, el capitán Vergara continuó interrogando al indio, que era un mancebo no mal parecido, como de diez y seis años, esbelto y robusto, aunque pequeño, perteneciente a esa tribu mansa y dócil que los mbyayá esclavizaban sin gran trabajo. La tripulación entera del bergantín rodeaba curiosamente a aquellos dos interlocutores tan distintos, el agigantado Vergara y el menudo indiecillo, desnudo y delicado como una estatuita griega a la que se le hubiese cambiado la cabeza por otra tosca y achatada. Los hombres eran todo oídos, sospechando que por fin iban a conocer la suerte del capitán Ayolas.

— ¿Le has visto, pues?

— Fuí con él, como su criado — contestó el indio en un castellano revesado que no es para transcrita textualmente — muy lejos, muy lejos, hasta que llegamos a un pueblo muy grande, en una tierra que tiene montañas muy altas, donde el capitán y los que con él iban recibieron mucho metal amarillo, y mucho metal blanco, y comida, y muchos tejidos y mucha ropa, y hombres y mujeres para que lo cargaran todo y lo llevaran hasta donde fueran los españoles. Estos se pusieron muy contentos...

— ¿Y qué más?

— Pasamos muchos días descansando en aquel pueblo, en que nos trataban muy bien, pero al fin mi padrino y amo dijo que era tiempo de volver, y nos volvimos. No nos pasó nada hasta que llegamos a este mismo río, y aquí tampoco nos pasó na-

da al principio, porque los indios nos recibieron como amigos.

— ¿Los payaguá?

— Sí, los payaguá. Nos trataron muy bien, nos dieron comida y todo lo que necesitábamos, pero el capitán no estaba contento y hablaba siempre de los bergantines que debían esperarlo y que se habían ido y no volvían. Así pasó más de un mes, y el capitán estaba cada día más enojado, y la gente también estaba enojada.

— ¿De modo que el capitán Ayolas ha llegado hasta el puerto de la Candelaria?

— Oí que los españoles llamaban así al sitio en que estábamos. Es allá, más arriba — contestó el indio señalando el Norte.

— Bien. ¿Y qué pasó después?

— ¡Es muy triste! — murmuró el mancebo, bajando los ojos. — Una noche, mientras todos dormíamos, los payaguá nos atacaron y mataron a todos, a flechazos y a golpes de macana en la cabeza. No escapó ninguno, aunque muchos se defendían y gritaban, y el capitán más que los otros. Yo, como soy pequeño, pude llegar arrastrándome, sin que me vieran, hasta el bosque, y cuando estuve entre los árboles corrí, y seguí corriendo mientras pude mover las piernas.

— ¿Cuándo ocurrió todo eso?

— Hace mucho, mucho tiempo.

— ¿No puedes decir cuánto?

— Mucho.

— Y has quedado siempre oculto en el bosque?

— No.

— ¡Encontraste quien te socorriera?

— Los payaguá me tomaron.

— ¡Prisionero?

— Esclavo. Dijeron: « Este es chané, bueno para esclavo », y me hicieron trabajar en la tierra.

— ¡Cómo llegaste hasta aquí?

— Escapé. Los bergantines venían muy poco a poco, allá lejos. Pensé: esos son cristianos. Los amos payaguá no me veían. Corrí. Nadé. Nada más.

El capitán Vergara había comenzado a pasearse a grandes pasos por el puente del bergantín, apretándose las manos tras de la espalda, hasta clavarse las uñas, muestra de la más tremenda cólera. La gente, consternada por la noticia y temerosa de que la tempestad, desviándose, fuese a descargar sobre ella, abría ancho círculo alrededor del capitán. Sólo el indiecito, por encogimiento y timidez o por aplomo, quedó en medio del espacio libre.

— ¡Pura comedia! — susurró Hernández al oído de Jácome Cobo. — Y por lo que dice el indiecillo, bien se deja ver que él se tuvo la culpa, y que si no hubiese tomado soleta!...

— Pero ¡cómo no han quedado rastros en la Candelaria? — insinuó el escéptico Delgado...

El capitán Vergara salió, por fin de su tempestuosa meditación.

— Désele de comer y alguna ropa, — ordenó con voz tonante. — ¡Y que se me traiga al punto a esos malditos!



V

LA SOLDADESCA SE DIVIERTE

El capitán Vergara aludía a los seis payaguá tomados el día anterior, quienes no tardaron en comparecer ante él conducidos por varios hombres de armas. El capitán los interrogó inútilmente respecto de Ayolas. Ni con promesas ni con amenazas pudo arrancarles una palabra, aunque de seguro conocían todo cuanto se había hecho con el infortunado capitán y con su gente. Un careo con el joven chané, que seguía afirmando cuanto había dicho, no dió mejor resultado; pero dos hombres de los treinta que quedaron en la Candelaria con el mismo Vergara y que a la sazón estaban a bordo, afirmaron bajo juramento que habían visto a varios de aquellos indios entre los que llevaba Ayolas cargando sus equipajes. Era muy probable que lo hubieran acompañado hasta el regreso y tomado parte en la traición que le costó la vida. Los indios hicieron grandes protestas de inocencia diciendo que no se habían separado de aquellos sitios, que no habían visto a Ayolas, y que se les tomaba por otros, error al fin y al cabo verosímil,

pues para ojos poco experimentados, casi todos los indios son iguales. La cólera del capitán Vergara, lejos de aplacarse, tomaba incremento, pronta a estallar en hechos mejor que en palabras.

— ¡Que se fondée en la primer ensenada! — ordenó.

Los indios fueron desembarcados y muchos hombres, llenos de curioso interés, siguieron a tierra al capitán.

— ¡El verdugo! — dijo éste.

— ¡Sardo! ¡Sardo! — gritaron algunos, mientras los más diligentes corrían en su busca hacia el bergantín donde estaba.

Era el verdugo un hijo de Cerdeña, bajo de estatura, tan macizo que parecía cuadrado, fuerte como un toro, moreno y tan feo como una carátula averrugada de viruelas, cuya torva mirada desmentía su eterna sonrisa bonachona. Su nombre era Leonardo Cossu, pero todos le conocían únicamente por el Sardo. Cuando estuvo en presencia del irritado capitán:

— Dáles tormento hasta que confiesen, — dijo éste.

— ¿Qué tormento, Magnífico Señor?

— El que tú quieras, pero sin tardanza.

— ¿El borceguí?

— Bien está.

De un salto se puso Cossu a bordo, para tomar los instrumentos de tortura, o mejor dicho, para improvisarlos porque rara vez ejercía esta rama de su profesión en una tierra donde, por el momento, el sistema penal se reducía a las palizas, al encar-

celamiento con o sin grillos y esposas y más a menudo a la pena capital dictada y ejecutada en un abrir y cerrar de ojos, con cualquier cuerda y de cualquier árbol. Tomó en el pañol algunas tablas angostas de madera dura, gruesas cuñas, largos y resistentes cabos embreados, una gran maza de madera y en un instante estuvo de nuevo en tierra.

— ¡A todos a un tiempo, Magnífico Señor?

— Empieza con dos, luego seguirán los demás, si es preciso.

A las voces del Sardo, varios soldados tomaron a dos payaguá que parecían principales, los derribaron, y el verdugo, con sorprendente agilidad y destreza, los agarrotó de modo que, tendidos en el suelo, no podían hacer el menor movimiento. La gente que formaba círculo alrededor iba estrechándolo tanto que amenazaba entorpecer, si no paralizar, los movimientos del sayón y sus improvisados ayudantes. Y los comentarios, que comenzaron quedamente a turbar el religioso silencio de los primeros minutos, provocado por la intensa curiosidad, fueron subiendo de punto hasta convertirse en risas y algazara provocativa, por ver de turbar la impassibilidad estoica de los aherrojados salvajes.

— ¡Plaza! ¡Atrás! — gritó de pronto el capitán Vergara que pálido y con los brazos cruzados asistía silencioso a la escena.

Los espectadores retrocedieron dos o tres pasos, el corro se ensanchó y el Sardo pudo ejercer cómodamente sus funciones. Cogió las tablillas y, arrodillado junto a las piernas de un indio, en la hierba reanimada por las recientes lluvias, en me-

dio de un paisaje extraordinariamente plácido y hermoso, pues la luz del sol, atenuada por ligeras nubes, daba a los árboles, a los matorrales, a las colinas lejanas, al ondulado horizonte, una vaguedad de ensueño, comenzó su obra inhumana y atroz con la tranquilidad de la indiferencia y mostrando los blancos dientes, con la más benévola de las sonrisas. Tomó cuatro tablillas, las colocó a los lados de cada pierna del indio, desde la planta del pie hasta mucho más arriba de los tobillos, cuidando de que estuviesen bien parejas y de tal modo que quedaran juntas las dos de la parte interior, y luego las ató reciamente, con multiplicadas vueltas del cabo del que tiraba con tanto esfuerzo a cada una, que las venas de su frente amenazaban saltar sin que de sus labios desapareciese la sonrisa. Un nudo de marinero acabó de consolidar el aparato, y terminada la primera parte de su faena, el Sardo pasó al otro indio y ejecutó en él idéntica operación.

— Ahora cantaréis, silgueros! — gritó Delgado, que no era tierno, provocando grandes risotadas.

Pero Hernández, en su carácter de escribano, se preparaba a registrar la confesión de los indios, con su gran pluma de ave tras de la oreja y el tintero de cuerno colgado de la cintura. Los capitanes y los oficiales reales rodeaban a Vergara, hablando entre ellos, pero sin levantar la voz. En el numeroso y vociferante grupo volvió de pronto a reinar un silencio semejante al que se cierne sobre la plaza de toros cuando, después de los pases de muleta, el espada avanza para la suerte de matar.

El Sardo introdujo a golpes de maza una cuña entre las dos tablillas internas que encerraban los pies de uno de los indios. Las tablas se separaron apretando y dilacerando la carne y los huesos del torturado, que no se quejó. Pasó al segundo, hizo lo mismo con él y volvió al primero para introducir otra cuña más gruesa... El capitán Vergara les hacía, entretanto, interrogar por el intérprete, pero los pacientes apretaban las mandíbulas, arrugaban el rostro, no pudiendo reprimir un gesto de dolor, pero no se quejaban ni contestaban. Otra cuña, y otra más... El Sardo sonreía complacido de tener clientes tan extraordinarios, la soldadesca admiraba, pero al propio tiempo se enfurecía al ver semejante empecinamiento. Los golpes de maza sonaban rápidos y secos, hundiendo las cuñas, las tablas crujían, los cabos se tendían próximos a romperse, los huesos de los payaguá debían confundirse ya en una masa informe con los músculos, los tendones y los nervios, y la sangre brotaba de las carnes dilaceradas salpicando la hierba. Por fin comenzaron a oírse gritos agudos y desgarradores, como un clamor desesperado o como un gemido de muerte... Y uno de los indios habló.

— ¿Qué dice? — preguntó Irala al lengua o intérprete.

— Canta, Magnífico Señor... Canta y dice cantando que los payaguá son fuertes y que matarán a todos los cristianos, así como han matado a Ayo-las y a su gente.

— ¡Ha confesado! ¡Ha confesado! — gritó la

turba, arremolinándose como para precipitarse sobre los indios y despedazarlos.

Pero una enérgica voz de mando del capitán Vergara detuvo a todos e hizo reinar nuevamente el silencio.

Daba principio la segunda parte del drama. El Sardo desató con presteza los borceguíes a los torturados, y ayudado por sus hombres fué a atarlos reciamente a dos troncos de árbol, cuidando de que las cuerdas que los ligaban estuviesen bastante altas. En seguida volvió con sus ayudantes hacia los otros cuatro indios que habían asistido, impasibles, al suplicio de sus compañeros, los arrastró hasta la linde del bosquecillo y los ató también a sendos árboles, formando un semicírculo imperfecto. La confesión de uno — si aquello podía llamarse confesión — había bastado para perder a los seis...

Amontonóse paja seca, leña y ramas al pie de cada tronco, en gran cantidad, y cuando los montones le parecieron suficientes, el Sardo les pegó fuego sin dejar de sonreír. Un momento después las seis hogueras ardían y los payaguá se retorcián dando alaridos — cantando a su modo, quizá — entre las llamas y el humo, y haciendo desesperados esfuerzos para romper sus ligaduras, hasta que la asfixia los paralizó y el fuego terminó su obra. Los cabos acabaron por quemarse y los cadáveres carbonizados cayeron sobre las brasas y las cenizas...

LIBRO TERCERO

• LAS CIUDADES RIVALES



I

POLITICA Y RELIGION

Apenas llegado a la Asunción, después de esta azarosa entrada, el capitán Vergara supo que los indios de la desembocadura del Jeju y los del puerto de la Concepción, por cuyas localidades pasara de largo, tanto a la ida como al regreso, se mostraban muy agitados y, por las señas, prontos a sublevarse. Hubiera deseado darles una lección, para que no volviesen a aprovechar sus ausencias, pero la gente era harto poca, y muchos de sus hombres volvían enfermos o heridos. Atacar a los revoltosos sería exponerse a un fracaso, y como prudente capitán resolvió esperar los acontecimientos, confiando por lo pronto más en la defensiva que en la ofensiva y seguro de poder sostenerse dentro de las someras fortificaciones de la Asunción, mejor que en cualquiera otra parte. Y como los víveres escaseaban otra vez, mandó a los convalecientes y los heridos leves que fueran a buscarlos río abajo en los bergantines, guardando los válidos para la guarnición.

Pero el examen de la situación difícil volvió a

traerlo a la idea de reforzar sus tropas con los que estaban en Buenos Aires. Esto le permitiría por una parte sofocar toda tentativa de sublevación y lanzarse a nuevas empresas, y daría, por otra, gran incremento a la naciente ciudad, procurándole, además de hombres de armas, artesanos y obreros hábiles que la dotaran en breve espacio de todo lo preciso. No había que vacilar y la realización del plan no ofrecería grandes dificultades. La ciudad de don Pedro de Mendoza desaparecería para siempre, sin que nadie lo advirtiera ni volviese a recordarla...

Mientras maduraba esta idea, que no había de abandonarlo ya, preocupaba al capitán Vergara el estado de ánimo de su gente, desalentada por el mal resultado de la última expedición, molesta con la actitud alarmante de los indios y pronta quizás a manifestar un descontento motivado esta vez, como estaba siempre pronta a protestar y quejarse hasta en las épocas de mayor bienandanza, por tendencia innata y natural ardor de su sangre aventurera. Había que distraerla y regocijarla. Pan y toros suelen bastar a los españoles, como pan y circo bastaban al populacho romano. Pero toros no había y el pan era escaso. Afortunadamente la iglesia tiene sus poderosos atractivos y sus irresistibles sugestiones. ¿Qué más eficaz que una gran solemnidad religiosa? ¿Y qué mejor motivo de hacerla que la muerte — ahora averiguada y segura — del insigne Juan de Ayolas? Sin segunda intención bien hubiera él honrado la memoria del malogrado jefe a quien debía su encumbramiento,

¿cómo no hacerle, pues, pomposos y antes nunca vistos funerales, cuando ellos servirían para elevar y fortalecer los ánimos?

El padre Andrada y fray Juan de Salazar, aprobaron calurosamente el proyecto, y al punto se dedicaron a realizarlo. No era preciso mucho esfuerzo, pues a la primera señal la población en masa llenaría la iglesia hasta desbordar por puertas y ventanas. Así ocurrió, en efecto, y fray Juan de Salazar desbordó, él también, de elocuencia, hablando más de dos horas en mitad de la misa cantada, después del Evangelio.

Recordó que tres grandes jefes, conquistadores del Río de la Plata, dormían el sueño eterno en inaccesibles tumbas que los españoles no podrían regar con sus lágrimas ni vivificar con sus oraciones: el adelantado don Pedro de Mendoza, sepultado en el mar, el capitán general don Juan Díaz de Solís, despedazado por los indios, y el capitán don Juan de Ayolas, desaparecido entre las hordas de tierra adentro.

—¿Por qué no decir, lisa y llanamente, que se los han comido? — refunfuñó Pero Hernández al oído de su vecino, que le impuso silencio.

Fray Juan continuó haciendo el panegírico de Ayolas, ensalzando las virtudes militares y civiles del gran capitán muerto en servicio del rey y de la Santa Iglesia, a cuyo gremio quería reducir tanto salvaje pagano, mientras su espada ensanchaba los nuevos dominios de la Sacra Cesárea Católica Majestad. Y ofreció a capitanes y soldados la vida y muerte de Ayolas como ejemplo admirable.

— No lo diría Osorio — regañó Pero.

Con hábil movimiento oratorio, fray Juan tocó el amor propio de sus oyentes, diciendo en seguida que, allende los mares, y aun aquí, en tierra de Indias, hombres imbuídos en el espíritu maligno pretendían empañar el lustre de la obra que, a costa de su sangre y de su propia vida, llevaban a cabo los españoles, presentando a éstos como únicamente impulsados por la sed del oro, por la ruin avaricia, por la pecaminosa ambición. Pero tan calumnioso ultraje caerá en el vacío, se desvanecerá en el viento, pasará sin dejar rastro, como la nube, y las generaciones futuras, por los siglos de los siglos, proclamarán que los conquistadores, como cristianos y como españoles, luchaban, sufrían, perecían o triunfaban por la gloria de Dios y por la grandeza del rey.

El auditorio, conmovido, se sentía arrebatado, se crecía, oyendo estos conceptos toscamente dichos, con hartas repeticiones y trabucamientos, pero muy apropiados para halagar su orgullo nacional y personal. Y muchos soñaron en merecer una oración fúnebre semejante, aunque sin renunciar a cosas más prácticas e inmediatas...

Fray Juan de Salazar dedicó luego su elocuencia a los desventurados compañeros de Ayolas, al magnífico señor Factor de Su Majestad don Carlos de Guevara, caballero castellano, tan valeroso como ferviente; al noble capitán don Francisco Douvrin, amamantado a los mismos pechos que nuestro invicto emperador, y a quien habían hecho español sus muchas perfecciones; al insigne hidalgo don

Luis Pérez de Cepeda y Ahumada, rama tronchada de una familia ilustre, hermano de sor Teresa de Jesús, humilde y santa sierva del Señor, cuya gloria cantaba imitando a los ruiñeños; de don Juan Ponce de León, cristiano viejo, de estirpe gloriosa, cuyos denodados abuelos tienen su nombre inscripto en letras de oro en el libro de la historia... No olvidó uno solo de los oficiales muertos con Ayo-las, y en seguida englobó, en una misma glorificación general, a todos los hombres de armas de la expedición, exaltando su ejemplo, para terminar luego con una calurosa invitación a todos los fieles allí presentes, a frecuentar el sacrificio de la misa y el santo tribunal de la penitencia, y a sustentarse con el divino pan, aprovechando la feliz circunstancia de tener una iglesia y representantes, aunque indignos, del Señor, a fin de que sus cristianos ejercicios les sirvieran cuando se hallaren en campaña, lejos de todo socorro espiritual, y en la hora de la muerte se les abrieran de par en par las puertas del cielo. Amén.

Fray Juan de Salazar, gordo y bonachón, sudaba a mares bajo su hábito de franciscano, mucho antes de terminar su sermón, pero se sentía inspirado, creía prestar un gran servicio a su amigo el capitán Vergara, y buscaba también un aumento de prestigio, no por él, sino por la santa religión y por su orden. Habló, pues, dos santas horas, y el resto de la ceremonia consumió la mañana sin que nadie la encontrase demasiado larga, pues venía a romper agradablemente la modorra en que todos vegetaban por inclinación natural y por influ-

jo del clima. El culto exterior, lleno de pompa y de grandeza incomparables en aquel país primitivo, a pesar de los escasos recursos litúrgicos y suntuarios, y gracias a que todo lo realizaba la indigencia del resto, mantenía vivo, ayudado por la imaginación, el fervor de los conquistadores que hallaban en su fe supersticiosa el amuleto preservador de todos los peligros y el medio infalible de obtener la realización hasta de sus más inconfesables deseos y pasiones, como hallaban en la confesión la manera de satisfacerlos sin que dejaran rastro una vez lavados por la penitencia. Y la iglesia era así, para ellos, diversión, talismán y panacea.

Inmediatamente después de la fiesta, y cuando los ánimos estaban todavía entusiasmados con su esplendor, el capitán Vergara convocó a los oficiales reales, los capitanes y los caballeros principales de la Asunción, quienes se reunieron como de costumbre en el cuerpo de guardia de la Casa Fuerte, convertida para el objeto en sala de sesiones. Contaba Vergara, desde luego, con el voto de todos aquellos hombres, tan interesados como él en dar la mayor importancia y el mayor poder posible a la ciudad paraguaya. Antes había cuidado de pulsar la opinión de los principales y estaba tranquilo: aquella especie de Cabildo abierto, con todas sus apariencias democráticas, no haría más que plegarse a su voluntad, reforzarla sin oposición alguna, puesto que Ruiz Galán y García Venegas estaban hartos lejos.

Habló Vergara de la expedición que acababa de

terminar, diciendo que no era un fracaso, pues por fin se habían obtenido noticias del capitán Ayolas, que era lo que se buscaba. Esa expedición traía también consigo grandes enseñanzas. Los elementos se habían mostrado contrarios, pero esto era fácil de evitar en lo futuro, tomando en cuenta, antes de emprender otra entrada, la estación de las lluvias, el estado del río, la posibilidad de encontrar provisiones. Más difícil era la lucha contra las innumerables tribus enemigas que con un golpe de mano podían tratar de destruir a los españoles, como acababa de verse con el traidor ataque de los payaguá, hecho a favor del corto número de los cristianos. A ser éstos más numerosos, los indios no se hubieran atrevido a molestarlos. No había, pues, sino que reforzar las filas. Pero ¿cómo? Para hacer una entrada era preciso dejar guarnición suficiente en la ciudad y otra de cierta importancia en los bergantines, pero el número de los españoles no alcanzaba para tanto: divididos, serían demasiado débiles en la Asunción, escasos en los buques e insignificantes para una marcha tierra adentro. Había, pues, que buscar los refuerzos en otra parte. ¿Y qué otra, si no esa Buenos Aires inútil, donde la gente se moría de necesidad, y que por los siglos de los siglos no sería más que una devoradora de hombres, dada su pésima situación en una comarca sin productos naturales, con un clima infernal y rodeada por todas partes de indios sanguinarios e indómitos, los charrúas, los mbeguá, los maones, los toparas, los chaná, los guaraníes, sin contar los querandíes, mortales ene-

migos de los cristianos, astutos, traidores y formidables guerreros. Buenos Aires está condenada por Dios y la naturaleza a desaparecer para siempre, y sólo pudo fundarse en la fiebre del primer momento, en la embriaguez que entusiasmo y trastorna al conquistador apenas pone la planta en un nuevo territorio, que la imaginación ve como el más bello, el más rico, el mejor de cuantos se soñaron. La dura realidad viene luego a desvanecer ilusiones y así sucede hoy con Buenos Aires, que es preciso despoblar en bien del único verdadero centro de la conquista, la Asunción, dejando en aquélla solamente un presidio de pocos soldados para defender la casa de Mendoza, aunque esto no sea muy útil, pero también, — lo que es más prudente y provechoso, — para dar noticia a las naos que con socorros nos lleguen de España y que de otra manera nos buscarían en vano.

El veedor Cabrera, siempre pronto a hacer ostentación de su influencia y a demostrar sus altas dotes de político y de gobernante, quiso, llegado a este punto, corregir y amplificar los planes del capitán Vergara, poniéndoles su sello personal, y no hizo sino cooperar a su realización, oponiéndose a que en Buenos Aires quedaran más que los bosques talados para dar sitio a las casas y las rozas practicadas en razón de los cultivos, que bien pronto cubrirían las hierbas y las plantas silvestres, borrando hasta el último rastro de la sentenciada ciudad.

— ¡Yo he vivido en ese malhadado puerto! — exclamó. — Conozco su historia desde que don

Pedro de Mendoza tuvo la desventurada idea de asentar en él sus reales, con el propósito de fundar una gran población. Esa historia se compone solamente de desastres: luchas sangrientas con los indios que costaron la vida a capitanes tan valerosos como don Diego de Mendoza, Galaz de Medrano, Pedro Ramiro de Guzmán, Perafán de Ribera, Pedro de Luxan; sorpresas y sitios de los salvajes que redujeron las casas a pavesas; hambres tales que los cristianos se convirtieron en caníbales y se alimentaron con carne humana; pestes que casi acabaron con los hombres, hasta el punto de que las mujeres tenían que hacer de soldados y atender a todos los menesteres, tan flacos e impotentes quedaban los demás... Y esa desastrosa historia se repetirá mientras Buenos Aires exista, y cuantos se empeñen en poblarla perecerán, pues hoy se hallan, y se hallarán siempre, a merced de las naos que les vienen de España con socorros. Si éstas llegan a faltar por cualquier accidente, el desastre es seguro. Pero ese desastre es también seguro para una guarnición cualquiera, y por tal razón me opongo formalmente y con todas mis fuerzas a que se deje allí un presidio, porque ello no es más que condenar nuestros hombres a la muerte.

— Sin embargo, es preciso que haya en ese puerto gente que dé noticia de dónde estamos a los que vengan de España o de otras partes.

— ¡Y hay más — replicó Cabrera muy acalorado, — hay más si no dejar un madero con grandes letras, enclavado en el suelo, y diciendo que al pié

hay noticias, y abajo, enterrada, una caja de hojalata con una carta que diga cuanto es menester?

— O una cruz — indicó fray Juan de Salazar.

— Una cruz no. Porque los salvajes paganos son capaces de derribarla y profanarla y no hay que exponer a sus ultrajes el santo signo de nuestra redención.

— La cruz pondría a raya a los paganos — dijo el fraile.

— Pues yo me empeño en que se deje el presidio — insistió el capitán Vergara, no por testarudez, como podría suponerse, sino pensando que el radicalismo de Cabrera servía maravillosamente sus fines de no menoscabar sino lo menos posible su popularidad entre los de Buenos Aires.

El veedor no cedió, como que el detalle paraliza siempre a los hombres de espíritu mezquino, pero la resolución fué adoptada en globo, dejando suspenso la cuestión del presidio. Quedó, pues, establecido que, atenta la imposibilidad de sustentarse en que el puerto de Buenos Aires se hallaba, se le desampararía luego, recogién dose todos los cristianos en un solo cuerpo, en la ciudad de la Asunción, para realizar allí cuanto fuera conveniente al bien común de la Provincia y al real servicio.

El capitán Vergara, bien preparado para poner inmediatamente en práctica su proyecto, se dirigió al capitán Juan de Ortega, de antemano elegido por él, diciéndole:

— A vos, capitán, os designo para que bajéis sin tardanza a Buenos Aires y procedáis a la des-población, de acuerdo con lo resuelto. Os daré dos

bergantines y podréis elegir la gente que habéis de llevar, que serán sesenta hombres, pues no son necesarios más para tan pacífica empresa.

Ortega aseguró que llenaría fiel y cumplidamente su misión. Era un hombre toseco, avieso, de pocos escrúpulos, pero de mucha energía, no siempre eficaz, porque también a él le preocupaban demasiado los detalles y no sabía desviar hábilmente las resistencias. Alférez venido con don Pedro de Mendoza, había capitaneado en la reciente entrada, una compañía de las que sufrieron más, pero también de las más útiles, gracias a la mano de hierro de su jefe, poco o nada apiadado de los muchos que caían en las desastrosas marchas. Muy ambicioso, había prestado en Corpus Christi juramento de obediencia a Ruiz Galán, pero luego, viendo que la estrella de éste palidecía, se entregó en cuerpo y alma al capitán Vergara, quien tenía en él un eficaz y dócil instrumento.

La noticia del abandono de Buenos Aires cundió rápidamente en la Asunción, llenando de júbilo a los conquistadores. Con ese aumento de fuerzas no sólo se restablecería definitivamente la paz, no sólo se acrecentarían las riquezas de la ciudad paraguaya, sino que, por fin, se podría dar término y remate al descubrimiento y la conquista del anhelado país del oro...

Todos los soldados querían marchar con Ortega. Ibanse a ofrecer como voluntarios, convencidos de que su personal presencia aceleraría la despoblación y con ella el feliz momento de emprender la entrada. El capitán Ortega no tuvo, pues, dificult

tad para el enrolamiento, y como los bergantines estuvieron bien pronto aparejados, dió la orden de embarcar y zarpó de la Asunción a mediados de junio, tres o cuatro meses después del regreso de la entrada. Iban con Ortega, los inseparables Delgado, Ríos, Martínez y Cobo, y otros más, hasta completar el número de sesenta, señalado por el capitán general.

AL SON DE LA CORRIENTE

La navegación fué fácil y sin contratiempo. Los bergantines tenían vientos favorables, y aunque no los tuviesen, la corriente les hubiera llevado aguas abajo con menor rapidez, pero con igual seguridad. La tripulación tenía muy poco que hacer y los soldados pasaban la vida regaladamente, charlando y contando historias, mientras iban por el canal, a la vista de las riberas llanas; pero al acercarse a las costas barrancosas o acantiladas, poníanse sin dejar de holgazanear, en guardia contra las flechas de los indios disimulados en la altura para asaetearlos a mansalva. Los marineros, ayudados por los hombres de armas, apresurábanse entonces a improvisar barandillas o murallas, y toldos, colgando y tendiendo pellejos y sus mismas ropas con el fin de que amortiguaran los venablos y viras que pudiesen lanzarles sus astutos enemigos. Pero, pasado el sitio peligroso, renacían la tranquilidad y el regocijo y se reanudaban las historias dejadas en suspenso, casi todas ellas referentes a hechos heroicos de los tiempos antiguos,

a diabólicas aventuras o a grandezas y misterios de aquellas Indias maravillosas. Tema predilecto era el Dorado bajo cualquiera de sus numerosas advocaciones.

— La gente de Buenos Aires se trae ahora a la Asunción para hacer la gran entrada, — decía Delgado cierto día.

— Pero ¿hacia dónde se hará, hermano? ¿Seguiremos el mismo camino de la última vez o nos dirigiremos hacia otro lado? — preguntó el moro de los Ríos.

— Sé tanto como vosotros, que nada sabéis, pero barrunto que iremos hacia la parte de Poniente, en procura de un país riquísimo, del reino del Gran Moxo, que según mis noticias — y son muy veraces y completas, — es una tierra que no tiene igual en el Universo entero.

— Mucho he oído hablar de ese reino, pero parece que el Gran Moxo es también el mayor pagano que exista, adorador de ídolos y siervo de Satanás, que Dios cohonda, — dijo Jácome Cobo, persignándose como de costumbre.

— ¡Cuéntanos lo que sepas de ese descomunal pagano y de su reino, voto va! — gruñó Antón Martínez, como quien lanza un reto.

— El gran Moxo — comenzó el andaluz cuyo escepticismo parecía desvanecido por lo hermoso y fantástico del ensueño — es un indio guerrero que vive allí, hacia el Oeste, no sé si cerca o lejos, pero creo que ni lo uno ni lo otro. Ese tal, que en efecto es un desalmado infiel según lo veréis más tarde, tiene muchas tropas aguerridas, innumerables mu-

jeros de sin par belleza, y, lo que es todavía mejor, tanta abundancia de metales que su vajilla es de oro y plata, y hasta sus cántaros y sus orinales son de oro purísimo.

— ¡Toño! — exclamó Martínez maravillado.

— Con unas pocas de esas ruines vasijas me contentara yo, — murmuró a su vez Ríos, escupiendo y apagando el salivazo con un restregón del borceguí.

— Pero no es fácil meter mano en sus tesoros — continuó Delgado, — por mor de sus soldados y de las fortificaciones que los guardan... Hay una gran laguna en cuyas orillas, cubiertas de bosques y de tierras de pan llevar, viven los indios sus vasallos en pueblos bien contruídos y mejor organizados, rodeados de fuertes palizadas y defendidos por diestros arqueros. En medio de la laguna, que es muy ancha y honda, hay una hermosa isla, llena de jardines, entre los que se alzan casas magníficas que más parecen alcázares que casas, y domínandolas a todas un palacio suntuoso, edificado todo él con piedra blanca como la nieve, y que, dominando la entrada tiene, poco distantes entre sí, dos altísimas torres de la misma fábrica, entre las cuales se ve una magnífica escalinata de mármol.

— ¡Virgen santa! ni el alcázar de Sevilla — exclamó Jácome Cobo, encandilado.

— Deja al alcázar y a Sevilla que son cosas nuestras, conocidas y admiradas por todos — replicó amoscado el andaluz. — Esto es de verdad y muy diferente y de otro orden de riqueza!... Pues ese

palacio es el del rey y al propio tiempo la casa del diablo.

— ¡La casa del diablo!

— Ahora lo veréis. En lo alto de la escalinata se alza un pedestal, a cuyos lados están sujetos, con gruesas y pesadas cadenas de oro, dos espantables leones que defienden la entrada y que harían pedazos a quien pretendiera pasarla, porque sus lazos, aunque de metal purísimo, son tan largos que les permiten llegar de la una a la otra torre. Sobre el pedestal está plantada una alta columna de jaspe, que no mide menos de veinticinco pies, en cuya cúspide brilla con extraordinario resplandor una media luna de plata, que se refleja como una luz en las aguas del lago. Pasada la puerta que guardan los leones, y detrás de las torres que he dicho, hay una plazoleta cuadrada, abrigada en invierno y fresquísima en verano, porque está toda plantada de árboles regados por una fuente que surge en medio y que alimenta los canales. El pilón de esta fuente, que mide más de tres varas en cuadro, es todo de plata, y los cuatro gruesos caños que dejan escapar el agua, de oro finísimo. El pilón está labrado tan maravillosamente, que más parece arte de mágicos que obra de hombres.

— Pero ¿quién ha visto esos pasmos, pese a los fieros leones? — preguntó Martínez con vaga incredulidad.

— Alguien los habrá visto cuando todos lo cuentan, y es cosa notoria que nadie pone en duda, hermano! Pregúntalo, si no, a los conquistadores más

antiguos, y a los que vinieron con el Caboto, y verás.

— ¡Pero los leones no hubieran dejado pasar!

— No habrá faltado quien pase con permiso, — replicó el andaluz con sonrisa irónica y gran relampagueo de ojos, — y alguien habrá que gobierne a los leones, como que la entrada del palacio no está condenada para los que viven en él, empezando por el Gran Moxo.

— ¡Sigue, Delgado, y déjate de requilorios!

— Para mí, el que manda a los leones y es obedecido por ellos como si fueran simples podencos, debe de ser un portero anciano de luengas y blanquísimas barbas y cabellos también canos, tan largos y espesos, que sólo con ellos se podrían hacer las jarcias de este bergantín. El viejo, siempre vigilante, guarda la puerta del palacio, de cobre puro, pequeña pero maciza, empotrada en enhiesta roca y guarnecida por formidables edificios. Cuando alguno se acerca a la escalinata, el venerable portero dobla las rodillas, y alzando los ojos a la deslumbradora media luna grita con espantable voz: « Adorad al Sol, que es uno, y fuera del Sol no hay otro dios ».

— ¡El nos libre de semejante blasfemia! — exclamó devotamente Cobo.

— ¡Amén! — dijeron los demás.

— ¡Qué atroces paganos! — insistió Jácome. — Habrá que derribar y destruir sin tardanza esa invención del demonio.

— Aun hay otra peor — dijo Delgado con exaltación poética. — Y ésta es un altar de finísima

plata con muchas figuras primorosamente hechas de bulto, en cuyas cuatro esquinas hay sendas lámparas de oro, que se mantienen encendidas día y noche, porque cuatro ministros del Gran Moxo tienen como único cuidado el de alimentarlas continuamente, como lo hacen, porque en ello les va la vida. Este altar, tan rico cual no se ha visto otro, sustenta un enorme sol de oro, que se diría tan luminoso y resplandeciente como el que ahora nos alumbra. Es el ídolo adorado por el señor del reino y sus principales vasallos, pero su vista está prohibida al vulgo, que debe contentarse con adorar la media luna.

— Hay que acabar con esos simulacros infernales — clamó Jácome Cobo con religioso arrebató.

— Tanto más cuanto que son de oro y de plata. — observó juiciosamente Rodrigo de los Ríos. — Muertos los leones destrozaremos el sol y la luna, nos dividiremos los trozos y entraremos a saco el palacio con todos sus cántaros y bacines.

— No será tan fácil, — dijo Delgado. — Muchos son los vasallos que el Gran Moxo aposta en la ribera de la laguna, muchos, belicosos y armados hasta los dientes; pero, como si esto no bastara, tiene una guarnición de nobles y de hombres de armas escogidos, destinados a la guarda del palacio, y que han dado las mayores muestras de pujanza y de inteligencia haciendo probar a sus enemigos la fiereza de sus flechas y lo tajante de sus espadas.

— ¡No empee! — afirmó Martínez.

— Con la ayuda de Dios y de Nuestra Señora

la Santísima Virgen, madre de nuestro Divino Salvador, no hay empresa que no llevemos a cabo — agregó Cobo, — y ésta nos está guardada, aunque sólo sea para confundir al enemigo malo y hacerle volver a sus calderas, como el zapatero a sus zapatos.

Con éstas y otras pláticas, éstos y otros proyectos, continuaron lentamente su navegación, dejaron tras ellos las ruinas, ya invisibles, de Corpus Christi, la confluencia del Paraná con el Uruguay, la isla de Martín García y entraron en el inmenso estuario, en el mar dulce de Solís, cuyas aguas color de lodo rizaba apenas a la sazón una ligera brisa del Norte, cargada de humedad y que hacía parecer de primavera aquel día de pleno invierno. Hicieron rumbo a la boca del Riachuelo, y como la noche se venía encima, fondearon cerca, para entrar a la madrugada siguiente, pues al menor descuido podían varar en los bajos que no siempre señalaban las espadañas y los juncales.

No había salido el sol y la luz del alba permitía apenas divisar los objetos cercanos, cuando los dos bergantines de Ortega se pusieron nuevamente en marcha, siguiendo el canal, entre bañados y terrenos anegadizos cubiertos a trechos de plantas acuáticas. Todo estaba en una calma tal que nadie hubiera adivinado la proximidad de una población, sobre todo al ver los innumerables patos, gallaretas, zaramagullones, gaviotas y otras aves acuáticas que saludaban la llegada del día con caprichosas evoluciones, revoloteando sobre las aguas del riacho, sumergiéndose en ellas para atrapar algún

pez soñoliento, nadando en todas direcciones o lanzándose en línea recta como una flecha, en un vuelo corto y bajo. Algún flamenco o garza tendía las horquillas de sus patas en la ribera; entre las hierbas del campo alguna perdiz lanzaba su ligero silbo, y bajo la hojarasca había también palpitaciones y movimientos de silenciosa vida animal.

Creció a poco la luz, inundándolo todo, cantaron los pájaros, el cielo se engalanó al Oriente, donde se confunde con el gran río, ostentando más variados y deslumbrantes colores que las vidrieras de las catedrales góticas, las nubes y los vapores del Occidente, del Norte y del Sur reflejaron toda aquella gloria con atenuado, armonioso esplendor, y los viajeros pudieron ver una vez más el rústico paisaje de esa primera ciudad de don Pedro de Mendoza que iban a desamparar: collados en cuya falda se tendía el monte bajo, con algunos grupos de árboles crecidos, y bosquecillos espesos de talas, curupís, sauces colorados, ceibos y espinillos que en primavera y en verano se cubrían de flores rojas y amarillas; luego tierra llana y extendida con hierba tan alta que el carpincho y el venado, el puma y el jaguar desaparecían en ella; inmensos bañados y esteros, eternamente húmedos, atolladero de hombres y caballos, en cuyas aguas apozadas y en cuyas lodosas verrugas se desarrollaban las anchas hojas de las achiras, las varas delgadas y semidesnudas de los juncos, las cuchillas de la espadaña; arroyuelos cenagosos, turbios, cubiertos por la verdura del camalote, y allá, en las lejanías del campo levemente ondulado, apoderándose de los

primeros rayos del sol, como un hongo gigante y verdinegro, la copa de algún solitario ombú... Mas cerca de la ciudad vieron el rollo y el cadalso de que se colgaba a los criminales y a los indios rebeldes, para público escarmiento, poco apartados de las famosas murallas de terrón, tantas veces derribadas como reconstruídas, apenas de una lanza de alto, coronadas y defendidas por unos pocos versos; y junto a ellas, en el campo herboso convertido en dehesa, los caballos que se soltaban de madrugada para que pastasen a su sabor a la vista de los no siempre vigilantes guardas, y que se recogían por la tarde para defenderlos de indios y de fieras... Y, a media legua de la embocadura del Riachuelo, ambos bergantines echaron el anclote, cerca de un galeón y de algunas barcas...

Estaban en Buenos Aires.

III

BUENOS AIRES VENCIDA

Señalados desde horas antes los bergantines, el vecindario alborozado se agolpaba en la ribera, pues la llegada de naves era sonado acontecimiento, cuya importancia variaba según vinieran de España, de «allá arriba» o de países extranjeros, caso este último sorprendente por lo excepcional. Entre el pueblo alborotado y bullicioso que vociferaba dando la bienvenida y pidiendo nuevas, aun antes de que los de a bordo pudiesen oír, no faltaba, naturalmente, Ruiz Galán, muy grave, preocupado, sin duda, por lo que podrían traerle los de la Asunción y sospechando ya que no sería nada bueno. Junto a él estaban el contador Felipe de Cáceres, pequeño y movedizo, el capitán Antonio López de Aguiar, comandante del galeón Santa Catalina, a la sazón en el puerto, el clérigo don Julián Carrasco, cura de la parroquia, y su teniente, el bachiller Martín de Armencia, los padres franciscos, llegados con don Pedro de Mendoza, fray Isidro y fray Cristóbal, el clérigo de misa Manuel Escalera, el alguacil de vara Francisco de Peralta, el escribano Valdez

de Palenzuela, el mercader Pero Díaz del Valle, el alférez Melchor Ramírez, que había venido bajo las órdenes del infortunado Solís; Juan Romero, compañero de Ayolas en su primera entrada; Hernando de Prado, fiel partidario de Ruiz Galán, a quien jurara en Corpus Christi, Juan de Burgos, y más lejos o más cerca, en continuo y entusiasta ir y venir, todos los demás vecinos de Buenos Aires, sin que faltaran, naturalmente, las mujeres.

El capitán Juan de Ortega desembarcó el primero, fué recibido al poner el pie en tierra por el gobernador y los notables que le estrecharon calurosamente la mano, y juntos se encaminaron a la ciudad, seguidos por los demás viajeros y por el pueblo, que los agasajaba moliéndolos a preguntas. Suerte fué que en el primer momento no trascendiera la misión de que estaban encargados, pues la acogida no hubiera sido tan cordial.

Dejando atrás la muralla de tierra, — que apenas tenía una vara de espesor y que el primer cañonazo hubiera reducido a polvo, — confundidos los de Ruiz Galán con los de Ortega en santo amor y compañía, entraron por la puerta que daba a la ribera, en el recinto de la ciudad.

Hallábase ésta plantada bastante lejos de las colinas o barrancas que se extendían desde el noroeste hasta la orilla del río, por la que subían luego hacia el Norte, como señalando el sitio de donde más tarde irradiaría y se multiplicaría una nueva y portentosa colmena humana. El terreno era tan bajo y anegadizo que el riacho lo invadía en sus crecidas, inundando y arrebatando casas, hasta igle-

sias, como había ocurrido más de una vez. Sembradas aquí y allá, pero siguiendo las líneas rectas del damero que constituía teóricamente la traza de la ciudad, se veían las pobres habitaciones, chozas bajas, rectangulares, sin ventanas, de paredes hechas con ramas toscamente entrelazadas y mal enlucidas con arcilla para tapar los huecos; techos de dos aguas sostenidos por toscas vigas de caldén y caballetes de sauce colorado, cubiertos de paja, a veces con cueros, a imitación de los toldos de charrúas y querandíes. Algunas había hechas de tablas mal desbastadas, que con las intemperies se resquebrajaban dejando grandes rendijas. Parecían tiendas en real, sin concierto de calles. En las más lujosas las paredes eran de adobe cocido al sol, y algunas tenían por ventana un mal ventanillo de grosero marco de madera, sin reja ni vidrios. Estas se agrupaban de preferencia rodeando un edificio mucho mayor, ya con ciertos humos de casa española, rectangular también, con un piso alto, paredes de adobe, techo de mojinete cubierto con el mismo material, varias ventanas estrechas, edificio que, gracias a su muy relativa elevación, dominaba como un gigante a las demás mezquinas construcciones. Era la habitación de don Pedro de Mendoza. En otros tantos solares veíanse las huellas de cuatro cabañas, algo mayores que las otras, capillas construídas con el peculio que dejara el adelantado y destruídas muy luego por el incendio o la inundación; de algunas quedaban los calcinados cimientos, de otras sólo la tierra apisonada, señal del sitio que habían ocupado. Cerca de la casa de don Pe-

dro alzábase la iglesia, a la sazón habilitada, pobre casucho construído con la tablazón de la nave de Cabrera, que varó malamente al entrar en el Riachuelo y que fué preciso demoler, por la imposibilidad de ponerla a flote.

En el interior del recinto fortificado reinaba mortal tristeza, pese a la animación y el ruido provocados por el acontecimiento de aquel día. Tristeza de las cosas, de la impresión de vacío que producían las sórdidas cabañas diseminadas en aquel vasto terreno sin árboles, casi sin cultivo, apenas cubierto de hierba en que el ir y venir de los habitantes y de las bestias había trazado irregulares y borrosos senderos. En aquellas primitivas construcciones, en la casa de Mendoza, en la iglesia misma, no se notaba el menor conato de armonía y de belleza, la más insignificante intención arquitectónica: eran simples refugios apresuradamente improvisados para ponerse a cubierto, casi como en un campamento de nómades. Y, sin embargo, examinándolo bien, todo había mejorado, el aspecto exterior de las casas era mucho menos grosero que en un principio, las paredes más sólidas, los techos más espesos y hospitalarios, las puertas y ventanas encajaban mejor en sus quicios, los habitantes, en fin, daban estabilidad mayor a sus moradas, preocupándose del porvenir. Esto se veía más claramente en el interior de las chozas, dotado ya de algunos muebles, toscos camastros, mesas, taburetes, sillas, cacharrería traída de España, y hasta de algunos ensayos de decoración, como imágenes piadosas de violentos colores fijadas en las pa-

redes, esterillas de junco marino, de las que hacían los timbú, sobre el pavimento de tierra apisonada, mantas de lana abigarrada en los lechos, plantas de flores, sobre todo claveles, tan españoles, allí donde había manos femeninas para cuidarlos. Más se hubiera hecho sin duda a ser mayor el número de los artesanos que no podían satisfacer los deseos de sus vecinos, como lo afirmaban diariamente a la clientela los maestros carpinteros Alfonso Bastián, portugués, Diego de Collantes, Simón Luis y Antonio Pineda, españoles, que no dejaban de mano el serrucho y la garlopa, el mazo y el formón, sino en las fiestas de guardar — que eran muchas; — los maestros herreros Antonio Fernández, Iñigo Rodríguez el portugués, Sebastián López y Miguel Manzanero, que repicaban en el yunque de la mañana a la noche, forjando herramientas y utensilios para los vecinos y baratijas de hierro para los rescates con los indios. En suma y a pesar de su corto número y de las dificultades con que tropezaban, — quizá gracias a ellas, — los pobladores de Buenos Aires se mostraban ya mucho más activos que los de la Asunción, aunque unos y otros fuesen de la misma casta y de iguales costumbres. No era ajena a este resultado la presencia en la ciudad de otros artesanos como el alemán Rolando Blasius, conocido por Blasio, maestro guarnicionero, Juan Rodríguez y sus ayudantes, albañiles, Juan Juárez, tejedor, Hernán Báez, maestro de hacer navíos, Diego Correa, maestro armero y varios más, que en aquella ocasión habían abandonado sus ocupaciones para recibir digna-

mente a los recién venidos. Maese Alonso de Miguel, barbero y flebótomo, con ínfulas de médico-cirujano, estaba en la Asunción, y su ausencia era lamentada por algunos. Pero la mayoría no pensaba en físicos, satisfecha con curanderas y remedios caseros.

Los recién llegados se diseminaron por la ciudad, en compañía de los vecinos que les brindaban alojamiento y el posible regalo, menos algunos hombres de armas que siguieron a Ortega, Ruiz Galán y su comitiva de notables, hasta la casa de Mendoza, que hacía de «palacio de gobierno», frente a una anchurosa plaza, completamente despejada y sin un árbol, que tanto servía para las reuniones públicas como de mercado y matadero. No pasaron mucho tiempo conversando en el interior, sin que el capitán Ortega, hombre expeditivo, llamase aparte a Ruiz Galán para darle a conocer los poderes y la misión que llevaba. Nada es comparable a la sorpresa del pobre gobernador, que creía haber reconquistado, por lo menos, la consideración del rudo capitán Vergara, sometiéndose a su autoridad. Pero logró disimularla, aunque se mordiese más nerviosamente que de costumbre los labios rojos y gruesos, bajo los caídos bigotes, y sus ojos inquietos reflejaran su zozobra, ante este hecho brutal: Vergara le desposeía, le humillaba, le reducía a la condición del más insignificante de los conquistadores...

— Lamento de veras haber caído en desgracia con el muy magnífico señor de Irala, — murmuró

con forzada ironía; — y muchos habrá que le señalen como poco agradecido...

— No sé qué tendría el capitán Vergara que agradecer a vuestra merced — replicó rudamente Ortega, — si es que vuestra merced no se refiere a los desmanes y desacatos que ha cometido desde que se marchó don Pedro de Mendoza.

— ¡Desmanes! ¡Desacatos! — exclamó Ruiz Galán dando un paso atrás en son de protesta. — Yo, que sigo dispuesto a obedecer, aunque se me haga tan flagrante injusticia!...

— No quedaría a vuestra merced otro camino, aunque así no fuese, pues yo, por mi parte, vengo resuelto a que se me obedezca y no me falta en qué apoyar mi autoridad, — observó el tosco Ortega que, en cuanto a cortesanía no iba más allá de la voz de mando. — Y no se haga vuestra merced de nuevas en cuanto a eso de los desmanes y desacatos, pues desmán fué encarcelar a Vergara en la Asunción y desacato el hacerse jurar obediencia en Corpus Christi. Ahí están las declaraciones de Hernandarias de Mansilla, Tovalina, Douvrin, Cano, Valenzuela, Ribera, en la información que se hizo al respecto, y las de Benavidez, Vera, Cubides, Gonzalo de Mendoza, yo mismo, testimonios que, me parece, han puesto en claro la verdad.

— Pero el hecho de haber reconocido y acatado a don Domingo de Irala como teniente gobernador demostraba por mi parte...

— Que vuestra merced no podía oponerse a la voluntad de todos los demás... Pero no le pese

abandonar un Gobierno que no había de durar, y que en realidad ya no existe.

— ¡Qué quiere decir con eso vuestra merced?

— Pues sencillamente que voy a llevarme la población; que voy a desamparar a Buenos Aires.

— ¡A desamparar a Buenos Aires! — exclamó Ruiz Galán con tal acento de angustia que todos los circunstantes acudieron alarmados.

Ortega se cruzó de brazos y les miró en silencio.

— Señores — dijo por fin Ruiz Galán con voz ahogada. — Tengo que comunicaros nuevas por cierto muy graves... El capitán Ortega viene, por orden del capitán general don Domingo Martínez de Irala, a hacerse cargo del Gobierno, que resignaré en sus manos!...

— Aquí están los pliegos; — interrumpió Ortega presentándoselos.

— Que resigno en sus manos — continuó Ruiz Galán — con amargo sentimiento de que no venga a reemplazarme para dar mayor brillo y grandeza a esta ciudad y provincia, sino por el contrario, para abandonarla y despoblarla, llevándose la gente a la Asunción.

Algunas sordas exclamaciones revelaron el estu-
por que la noticia producía en los vecinos de Buenos Aires.

— Yo no tendré valor para verlo — prosiguió el desdichado gobernante — la muerte vendrá antes a cerrarme los ojos, y si no es lo bastante piadosa para acorrerme, iré a ocultar mi dolor en donde nada ni nadie me recuerde estos lugares.

— No es para tanto, don Francisco — observó

Ortega, sonriendo sarcásticamente. — Vuestra merced se vendrá con nosotros a la Asunción, donde estará como un rey, pues el capitán Vergara olvidará generosamente lo pasado en bien de lo que está por venir.

El cura Carrasco y los frailes alzaban las manos al cielo, lamentando una medida que los privaba de sus puestos en la iglesia bonaerense, pero prontos a someterse, mientras los demás se mostraban descontentos y agitados, buscando el medio de oponerse eficazmente al que consideraban injustificado despojo. El contador Felipe de Cáceres, que había seguido con interés las expresiones del rostro de Ruiz Galán, adoptó una actitud entre indignada y compungida, pero no desplegó los labios, y se contentó con manifestar su agitación y descontento paseándose de un lado al otro, con paso rápido y menudo. El escribano Valdez, el alférez Ramírez, el alguacil Peralta, todos los presentes, en fin, se miraban consternados o cuchicheaban con animación, preocupados profundamente por la gravedad de las circunstancias y por las consecuencias desastrosas que les traerían. Los funcionarios y los particulares eran los más afectados. Naturalmente los militares y los sacerdotes estarían bien adonde quiera que fuesen, pero los seglares tendrían que esforzarse por reconquistar la posición que perdían...

Poco a poco fueron quedándose solos en la casa de don Pedro de Mendoza el dueño de la situación, Juan de Ortega, el despojado Ruiz Galán y su amigo Felipe de Cáceres. Los vecinos habían ido

desgranándose disimuladamente, pues ardían en deseos de propalar la mala nueva y de pulsar la opinión pública. Como era de creer y ellos lo esperaban, ésta se manifestó unánime contra el abandono de la ciudad, pese a las miserias que en ella se habían sufrido, pues todos creían la calma y el bienestar restablecidos, escarmentados los indios y ahuyentado para siempre el fantasma del hambre. Además estaban satisfechos del gobierno de Ruiz Galán, quien había contribuído con eficacia a este común mejoramiento, y deseaban de veras verle continuar en el mando, que ejercía con acierto y blandura. No faltó, naturalmente, quien echase leña al fuego, y aceite a la leña, maldiciendo de la ambición diabólica del capitán Vergara, que quería destruirlo todo en beneficio del Paraguay, y no por servir al rey, — agregaban — sino para erigirse un trono en la Asunción y alzarse con el santo y la limosna...

Alborotóse la población, y en todas partes formábanse corrillos en los que se discutían a voz en cuello los acontecimientos. Ríos, Delgado, Martínez y Cobo, inseparables, se mezclaban en estos grupos, metiendo su cucharada, si a mano venía, o aunque no viniese a mano. Y sus inclinaciones y su interés les impulsaban a sostener calurosamente a Juan Ortega, y más aun a Vergara, prototipo para ellos de los grandes capitanes de aventura.

— No hagáis ascos y veníos buenamente con nosotros — decía Diego Delgado, haciendo vivos ademanes y golpeando su arcabuz. — Aquí os estáis

mano sobre mano, papando moscas, mientras que allá os esperan las grandes empresas, la conquista de la tierra de los metales, nada menos. Aquí se pasan hambres y allí se muere de hartazgo. Nada falta, ni vino, ni mujeres, ni alguna feliz escaramuza con los paganos, que nos entona, divierte y regocija... ¡Ea!, no seáis bobos, y andando... que de todas maneras tendréis que ir, porque a eso hemos venido... Y no es Diego Delgado ni son estos chavales de los que se vuelven con las manos vacías y el rabo entre las piernas.

— Dios no lo quiera, pero tengo para mí — agregaba Jácome Cobo — que nuestro capitán Vergara hace por vosotros más de lo que merecéis, previniendo lo que tarde o temprano os ocurrirá por fuerza... Más vale que os vengáis de grado, acatando sus órdenes, que no ir luego, urgidos por las hambres que el Señor suele desatar sobre esta tierra de Buenos Aires, que parece maldita, así Dios me perdone.

Pero estos y otros discursos no convencían ni reducían a los de Buenos Aires, por más que los españoles, como las ranas que pedían rey, se cansen siempre muy pronto de quien los gobierna con lenidad... aunque sea para sublevarse — paradójicamente en apariencia — contra el que trata de tiranizarlos. En este caso, al férreo capitán Vergara preferían el ductil Ruíz Galán, sin renunciar por esto a tratarlo de « leño » en la oportunidad.

Desconcertado a raíz de su trascendental entrevista con Juan de Ortega, Ruíz Galán fué recobrándose poco a poco, al ver la actitud del pue-

blo; y sintiéndose cada vez más fuerte con su apoyo, que ni aun había solicitado, resolvió hacer cuanto estuviera en su mano para impedir la despoblación. Esto era bien poco, a decir verdad. Ortega traía gente aguerrida y desde el primer momento había tomado el mando de la guarnición, dócil a la voz y al prestigio de su poderdante el capitán Vergara. Provocar un motín, arrastrar a los vecinos a una rebelión a mano armada, era insensato, pues el presidio bastaría y sobraría para someterles después de un inútil derramamiento de sangre. No había otro recurso que apelar al Supremo y Real Consejo de Indias, con esperanza de que reprobara el abandono y en consecuencia depusiera al nuevo y ya execrado gobernador poniendo otro en su lugar. Precisamente estaba aún en el puerto, casi listo para zarpar, el galeón Santa Catalina, que los de arriba habían visto a su llegada, comandado por el capitán Antonio López de Aguiar; esta oportunidad parecía providencialmente preparada para que las quejas y protestas de los despojados llegaran en breve a los muy altos y muy poderosos señores del Consejo. En cuanto al embajador, todo indicaba, para serlo, a Felipe de Cáceres quien, como tesorero de S. M., podía ir y venir sin la venia del capitán Ortega. Aunque con cierta indecisión en un principio, Cáceres, vencido por los ruegos de Ruíz Galán, se prestó a hacer el viaje y a servir de portavoz al ex gobernador y a los descontentos vecinos, recibió las más minuciosas instrucciones, prometió poner en juego todo su influjo y elocuencia, y pocos días

después se marchó en el Santa Catalina, con los votos de la población entera.

El desasosiego y el desagrado de los bonaerenses no podían pasar inadvertidos para Ortega, que se irritaba ante la sorda y tenaz oposición. Político inexperto y sin habilidad, sólo creía en la eficacia de la fuerza, y menos ingenioso que Delgado y sus amigos, no trató de ganar partidarios a la causa, sino que, por el contrario, exasperó la opinión persiguiendo y maltratando a cuantos, abierta o disimuladamente, se oponían al proyecto del capitán Vergara y por ende a su ejecutor. Sus espías o echadizos, como entonces les llamaban, dábanle cuenta con mucha exageración y malevolencia de las hablillas de Buenos Aires, haciéndolo montar en cólera. Uno de estos emponzoñados agentes, su protegido Juan de Burgos, tan violento como él, no se limitaba a observar e informarlo, sino que obraba para secundar sus planes con tanto desacierto cuanto violencia. El más sonado de los desmanes de Burgos fué el que cometió, *coram populo*, contra el clérigo de misa don Manuel Escalera.

Criticaba éste en un grupo, frente a la casa de Mendoza, la resolución del capitán Vergara, tratándola de inconsulta y perjudicial, porque Buenos Aires era la llave maestra de los ríos, y decía que el capitán Ortega estaba conduciéndose como un cómitre y tratando a los de Buenos Aires como a galeotes atados al remo, cuando Juan de Burgos, que lo oía, desenvainó furiosamente la espada.

— ¡Yo os voy a enseñar a ser rebelde, so majadero, chupacirios! — gritó Burgos, yéndosele en-

cima y midiéndole los lomos a cintarazos, como quien varea lana.

Los del corro se escurrieron, pero el « sacrilegio » provocó honda indignación en el cristiano vecindario, acostumbrado a respetar los santos hábitos aun cuando no fueran respetables quienes los llevaban. El clérigo fué a quejarse y protestar ante Ortega pidiendo el castigo de su agresor.

— Se ha entrometido vuestra merced en cosas que no atañen a su ministerio, olvidándose de su carácter, que es de paz, de orden y de disciplina — contestóle Ortega. — En tal caso, los demás pueden olvidarlo también, y es lo que debe de haberle sucedido a Burgos, que no ha visto en vuestra merced al sacerdote, sino al rebelde. Reverencia a los sacerdotes, pero odia a los rebeldes, y está en su derecho. Vaya vuestra merced tranquilo, sin embargo, pues yo haré que no vuelva a molestarle.

Los otros religiosos no estimaban mucho al clérigo Escalera, como no estimaban a los demás clérigos y bachilleres, sacerdotes seculares y a las veces harto mundanos, así es que, después de reprobar la acción por lo que tenía de funesto para cuantos visten hábito, dejaron que Escalera se curase en silencio de los espaldarazos. En cuanto a Burgos, lejos de ser castigado, Ortega le nombró pocos días después alguacil del pueblo, para hacer gala de autoridad y demostrar que estaba dispuesto a todo. Y lo estaba, en efecto, como que, a poco andar, un Rodrigo Gómez, opositor también, recibió de su gubernativa diestra una docena de cintarazos por haber expresado indiscretos parece-

res... aunque en este caso las malas lenguas del pueblo se dieron suelta contando una escandalosa historia de india favorita, de celos y de clandestinos favores que habían provocado la venganza del irascible Ortega.

Como su política, su honradez administrativa daba harto que decir. Los bienes dejados por el mercader León Pancaldo eran, sobre todo, el tema de estas hablillas.

El atrevido navegante genovés, compañero de Magallanes cuando el descubrimiento del Estrecho, vuelto a Europa en la «Trinidad», después de inauditas tribulaciones, que no le hicieron renunciar a los viajes y aventuras, había, en otra mercantil expedición llegado a Buenos Aires, dos años atrás, forzado por las circunstancias y con providencial oportunidad, cuando la miseria y el hambre hacían nuevos estragos en la población. Salido de Savona con dos naves, la Santa María y la Concepción, había recalado en Cádiz para completar su cargamento, y obtenido registro y despacho de la Casa de Contratación centralizadora y guardián del monopolio comercial de España en sus Indias Occidentales. Partió de allí con destino al Callao, pero la mala suerte, no satisfecha con los reveses que le había hecho sufrir, quiso que la nao Concepción naufragara frente a Patagonia, cerca del río Gallegos, por culpa del patrón Pedro Vivaldi. Retrocedió entonces Pancaldo con la Santa María hasta el Río de la Plata, después de recoger a Vivaldi y demás tripulantes de la Concepción, pero el implacable destino le llevó a encallar y perderse

en la boca del Riachuelo. Salváronse, sin embargo, y con ellos casi todo el rico cargamento de la nao, telas y ropas—que vimos en la Asunción, cubriendo las carnes de los de «aguas abajo» — vino y bastimento, armas, herramientas y utensilios, hasta dos esclavos que el capitán traía para su servicio, pero que Venegas y Cáceres comisaron, pues los asentistas flamencos eran los únicos que podían, entonces, introducir negros en América. León Pancaldo comerció provechosamente con sus mercaderías, salvando una parte, no pequeña, de su comprometido capital, entabló pleito contra Pedro Vivaldi, responsable de la pérdida de la Concepción, pero no alcanzó a ver lucir mejores días, pues fué sorprendido por la muerte poco antes de la llegada de Ortega.

Este se incautó de las mercaderías restantes, cuyo valor se hacía montar en las conversaciones a más de diez mil escudos, y las depositó en casa de nuestro ya conocido mercader tarifeño Pero Díaz del Valle, áceptando como fiadores de éste — con intención *non sancta* — a dos personas de su devoción, pero insolventes, el atambor Martín Canos y un malagueño sin oficio ni beneficio llamado Diego de la Isla. El tono de los comentarios subió de punto, en el seno de la intimidad se hablaba de expoliación y de rapiña, y Ortega, Díaz del Valle, Canos y de la Isla eran tratados peor que digan dueñas, aunque ningún hecho evidente viniera por el momento a comprobar que malbarataban la hacienda del difunto genovés... Pero... eran bienes de difunto, y en tierra de Indias.

La tensión de los espíritus llegó a tal extremo con las violencias de Ortega y su vandálica administración, que algunos vecinos resolvieron abandonar el campo, huyendo en una barca para refugiarse en la costa del Brasil. Contribuían así, es cierto, a la despoblación de Buenos Aires que deseaban evitar, pero a su modo de ver no se prestaban al engrandecimiento de la Asunción y afirmaban su protesta con los hechos. No atreviéndose a emprender tan azarosa navegación en malas embarcaciones, otros se contentaron con atravesar el río e instalarse en la isla de San Gabriel, cobijándose en las chozas que servían a los aserradores, y contando, para un caso de necesidad... o de comodidad, con la provisión allí almacenada de fréjoles y maíz, perteneciente en parte a S. M., como quinto del rey. En la isla solitaria esperarían los acontecimientos.





REFUERZOS DE AGUAS ARRIBA

Ruiz Galán no había roto con Juan de Ortega, abrigando ilusorias esperanzas. Cierta día creyó haber dado con el medio de atraerle a su causa, y le presentó, como gran argumento convincente, copia del dictamen dado el 15 de febrero del año anterior por los principales pilotos de la Armada presentes en el Río de la Plata, dictamen que ponía las condiciones y ventajas del puerto de Buenos Aires muy por arriba de las que ofrecían los puertos de San Gabriel y de Martín García.

— Y esto ¿a qué viene? — preguntó malhumorado Ortega.

— Bien ve vuestra merced que sería cargo de conciencia abandonar punto de tanta importancia como este puerto...

— Aquí no se habla de Nuestra Señora de la Asunción, sino de San Gabriel y de Martín García, lo que es muy distinto. Yo también pienso como los pilotos, pero con el agregado de que este puerto tampoco vale nada. Menos mortales son garrotazos que estocadas, pero no por ello son

buenos los palos. Además, no he venido aquí para discutir ni para estudiar, sino para obedecer.

— Creía que una justa observación...

— Creía vuestra merced muy mal.

Aquella misma noche tomó Ruiz Galán sus disposiciones y a la madrugada siguiente, cuando todos dormían, desesperado escapó para San Gabriel.

La población seguía oponiendo a Ortega una resistencia pasiva, pero tan eficaz que el proyecto del abandono llevaba miras de no realizarse nunca. Se había sembrado mucho más que de ordinario, y no era posible ni para el mismo enviado del capitán Vergara renunciar a una cosecha que prometía ser muy abundante... Y, entretanto este vecino quería llevar consigo sus muebles, sus caballos, cuanto poseía, aunque se necesitara para ello todo un bergantín; el otro se negaba a dejar su casa de tabla, si no se le prometía darle otra más grande en la Asunción; el de más allá estaba enfermo y sacarle en esa situación — decía — era condenarlo a muerte pues maldita la asistencia que podría darle maese Alonso de Miguel; algunos esperaban el parto de la mujer, otros exigían armas y ropas; los mismos frailes — aunque dispuestos a obedecer — dificultaban con sus pretensiones la acción de Ortega.

Este hubiera querido sojuzgar a los descontentos colgando algunos de la horca cuyos siniestros maderos se veían por encima de la muralla, o haciendo que sus soldados les obligaran a someterse, ora a cintarazos, ora sirviéndose de sus ballestas

y arcabuces, pero retrocedió ante la responsabilidad y contentóse con mandar aguas arriba un emisario que informase a Irala de la situación. Cuando partió el bergantín que conducía como correo oficial al contundente Juan de Burgos, nuevo alguacil, los bonaerenses respiraron. No conociendo bien el carácter de Irala abrigaban la esperanza de que abandonaría su proyecto al saber la empeñada resistencia de toda la población.

Los hermosos días del verano que hacen la vida más fácil y alegre, cuando con el sol brilla la tradicional confianza española en que todo ha de arreglarse por sí mismo, trayendo junto con su calor y su luz la perspectiva de una excelente cosecha, hicieron que en Buenos Aires renaciera la tranquilidad. Los de cabeza más caliente se habían marchado en son de protesta y rebelión pero ahorrando a Ortega muchas ocasiones de mostrarse violento, y los soldados fraternizaban con los paisanos, mezclándose a sus trabajos y diversiones, sobre todo a las interminables charlas de la tarde y la noche, los naipes, los dados, el guitarreo y la danza.

Todo parecía, pues, vuelto a la normalidad cuando un día de los primeros de abril de 1541 llegó la noticia, traída por indios amigos, de haberse avistado río arriba algunos bergantines procedentes del Paraguay que se dirigían a Buenos Aires. Inmediatamente corrió, como un reguero de pólvora, la voz de que Irala en persona venía a llevar a cabo la despoblación. Los notables se reunieron sin pérdida de momento y determinaron obrar de

acuerdo con la gravedad de las circunstancias, haciendo el último esfuerzo para desvanecer el nublado que se les echaba encima, pero pacíficamente, sin provocar la cólera del gobernador y capitán general, si él era quien llegaba.

Entraron los bergantines en la Boca del Riachuelo, salieron los vecinos de la ciudad por la puerta del Este y por la poterna que daba a la ribera, para recibir a los navegantes, y sus provisiones no resultaron fallidas, pues los recién llegados eran, en efecto, el capitán Vergara y el veedor Cabrera, el tesorero García Venegas, el capitán don Carlos Douvrin, el respetable y desdichado caballero don Francisco de Mendoza, — cuya trágica historia solía ser tema apasionado de las conversaciones — y otros muchos hidalgos y capitanes seguidos por buen golpe de hombres de armas y marineros. Toda la Asunción se había volcado en Buenos Aires, pero ¡ay! no para robustecerla, sino para apresurar su agonía.

La recepción, sin dejar de ser deferente, fué muy fría. Sólo el capitán Ortega y los suyos hicieron manifestaciones de alborozo al abrazar a Irala quien, sintiendo la hostilidad de todos, paseó una mirada torva por la silenciosa concurrencia.

Detrás del capitán Vergara se mantenía Juan de Burgos, tan orondo y satisfecho de sí mismo como si la llegada del gobernador se debiese a su sola influencia, cuando lo único que había hecho era encontrarse casualmente con él en mitad del camino y repetirle los informes del capitán Ortega. Pero no faltó quien creyera en la eficacia

de su intervención, y esto aumentó el odio y el temor que se le tenían.

— No veo a Ruiz Galán ni a Felipe de Cáceres, — dijo Irala, — dirigiéndose al capitán Ortega, que marchaba a su lado.

— Ruiz Galán desapareció una noche sigilosamente, — explicó Ortega, — pero sé que se ha refugiado en San Gabriel para demostrar su desaprobarción del abandono. En cuanto a Cáceres, es otro cantar: a estas horas navega con rumbo a las costas del Brasil para pasar luego a España. Partió con López de Aguiar en el galeón Santa Catalina, y tengo entendido que va con una misión de Ruiz Galán para los señores del Consejo de Indias.

— ¡Me importa un bledo! — exclamó Irala. — Ni el uno ni el otro harán sino dar coces contra el aguijón.

Habían, con esto, llegado a la plaza pública y cuando se disponían a entrar en la casa de Mendoza el escribano Melchor Ramírez se destacó del grupo de los vecinos principales y, deteniendo a Irala, le dijo con mal seguro acento:

— En nombre de los habitantes de esta ciudad tengo que presentar un humilde requerimiento al muy magnífico señor gobernador y capitán general de la Provincia del Río de la Plata.

— Hablad — dijo Irala — cruzándose de brazos con ademán displicente.

El escribano desenrolló sus papelotes y leyó una súplica pidiendo al gobernador, para el mayor bien de S. M. y de sus fieles vasallos, que no se despoblara ni desamparara el puerto de Buenos Ai-

res, por el daño y pérdida que de ello para todos resultaría. Después de muchas vicisitudes y de inmensos sacrificios — decía la súplica — la ciudad estaba por fin fundada, convenientemente fortalecida contra los ataques de cualesquiera enemigos, bien provista de bastimentos y ganados, con iglesia decente para el ejercicio del culto, viviendas cómodas para la población, tierras cultivadas y cuanto era preciso para asegurar el porvenir. No había, pues, razón de abandonar aquella conquista que tanto había costado, aquella obra terminada ya, aquel pueblo que no tardaría en crecer y enriquecerse, y todos los buenos vecinos allí presentes deseaban con vehemencia no tener que renunciar al fruto de sus fatigas y sinsabores, precisamente cuando le veían ya maduro y al alcance de la mano.

Irala iba amostazándose, pero cuando el escribano Ramírez llegó a decir que sus representados consideraban la medida impolítica, contraria al bien general, inconveniente para la Provincia y perjudicial para los intereses reales y de la santa religión; no pudo reprimirse y prorrumpió en furiosos denuestos contra el escribano y los que le habían delegado, tratándolos de rebeldes y mal nacidos. La concurrencia murmuró y comenzaba a retirarse más descontenta que nunca, cuando Irala se contuvo, comprendió que su actitud no estaba acorde con su bien meditado plan, y, endulzando el tono, dijo al escribano que doblaba la cabeza ante el chubasco, temeroso de verlo pasar a mayores:

—Basta ya. Habéis hablado muy fuera de lugar, señor escribano, y elegido para ello el peor de los momentos. No obstante, podéis decir a vuestros representados que les prometo examinar a fondo el asunto, tener muy en cuenta sus deseos y obrar luego según el bien general lo exija.

El pueblo, mohino pero apaciguado, se retiró poco a poco.

LA PUNTILLA

Varios días pasaron sin novedad. El 10 de abril todo el vecindario fué convocado a la plaza pública por los redobles del atambor Martín Canos. La población entera no alcanzaba a llenar aquel inmenso espacio vacío y sólo formaba compacto grupo frente a la casa de Mendoza, mezclándose los capitanes y los hombres de armas con los artesanos, las mujeres, los tripulantes de la nao de Pancaldo, como Vivaldi, Centurión, Pozzobinelo, algunos indios esclavos traídos de allá arriba y unos pocos negros, entre los que figuraban los dos comisados por Cáceres y Venegas.

Destacados del grupo, con aire digno y grave, estaban junto al atambor el veedor de Su Majestad don Alonso de Cabrera, el escribano Juan Valdez de Palenzuela, el alférez Fernando de Prado y los vecinos Juan Romero y Pero Díaz del Valle. A poco salió de la casa de Mendoza don Domingo Martínez de Irala, acompañado por el capitán Juan de Ortega y otros personajes. Acercóse el capitán Vergara a Cabrera y su séquito, saludó a todos con

dignidad y se quedó impasible. El pueblo guardaba religioso silencio, sin saber lo que ocurriría, pero seguro, por intuición, de que iba a decidirse de su suerte. El escribano se compuso el pecho y escupió, preparándose a hablar, lo que provocó un murmullo de curiosidad y un movimiento de avance en el grupo entero.

Valdez de Palenzuela salmodió entonces, con voz gangosa y en nombre del veedor Cabrera, un larguísimo y revesado requerimiento dirigido al gobernador Irala y que, puesto en claro, venía a decir lo siguiente:

— De tantos centenares de cristianos como vinimos a esta Provincia sólo quedamos vivos ciento cincuenta. En cambio, nuestros enemigos crecen en número y en audacia y amenazan acabar con el resto. El único medio de tenerlos a raya es el de unirnos todos en un solo grupo. Pero el teniente gobernador no acepta, según parece, esta opinión.

— ¡Bravo, muy bien! — murmuraron los bonaerenses, prontos ya a vitorear a Irala.

— Sin embargo, los caríos, con quienes vivimos en el Paraguay, son astutos, belicosos, mal intencionados, y su mayor enemigo es el cristiano, como lo demuestran las sublevaciones de Atabane y su hijo Guaray, de Acany y sus partidarios... Ayer mismo, mientras el gobernador Irala se hallaba tierra adentro, los indios del Jejuy y los que habitan alrededor del puerto de la Concepción, conspiraban contra la vida de los que en la Asunción habían quedado... Puede que, gracias a

nuestro denuedo, no lograsen vencernos por las armas, pero en cambio perderíamos su servicio y ayuda, se apartarían de nosotros para esperar el momento de atacarnos con éxito, y aunque sólo perdiéramos su concurso, acabarían por destruirnos, porque no tenemos otros indios amigos que trabajen para nosotros.

— ¡Es verdad! ¡Nada más cierto! — gritaron a una voz los de la Asunción.

— Pero habría un medio de asegurar la amistad de los caríos, y éste no sería otro que el de hacer la guerra a sus enemigos, que también lo son nuestros. Desgraciadamente, siendo tan pocos en la Asunción, no podemos hacerlo sin incurrir en caso de menos valer, y, si nos quedamos en paz, lo achacarán a cobardía e intentarán acabar con nosotros. El teniente gobernador sabe que los caríos nos han requerido muchas veces para que vayamos a hacer guerra a los indios, señores del metal.

Un calofrío corrió por las espaldas de los conquistadores ante esta hábil evocación del maravilloso Dorado.

— Sabe también que desean ir con nosotros y les ha dado esperanzas, diciéndoles que nuestra venida no tiene más objeto que el de hacer esa jornada... Ahora bien, si viesen que tardamos demasiado nos atacarán de seguro, teniéndolo por flaqueza... Hay que hacerlo, pues.

— ¡Sí! ¡Sí! ¡Al reino del gran Moxo! ¡a los Césares! ¡al Paitití! — clamaron diversas voces simpáticas al capitán Vergara.

— Pero como para eso hace falta gente, el go-

bernador no debe ni puede permitir que nos dividamos y debilitemos en Buenos Aires, en la Asunción, en los bergantines y en la expedición misma. No podríamos defendernos, ni aun en caso de sublevación, de los mismos que lleváramos como amigos.

— ¡Es verdad! ¡Oíd, oíd!

— ¡Para qué serviría dejar gente en Buenos Aires? Apenas para dar noticia de la Asunción y de los que en ella estamos a las naves que vieran de España. Y para eso no hace falta gente. Basta y sobra con dejar señales y cartas con instrucciones, en éste y en otros puertos de aguas arriba.

Los bonaerenses protestaron, los paraguayos aplaudieron y hubo un instante de agitación rayana en tumulto; y tal hubiera sido a hallarse los primeros en número comparable al de los segundos. Pero eran harto escasos y debieron contentarse con aquella manifestación contra Cabrera, y contra el mismo Irala que aparecían, sin embargo, como antagonistas. El veedor sabía al gobernador de acuerdo con él en cuanto al fondo del asunto, pero no en el detalle, a su juicio capital, de dejar o no dejar una guarnición en el puerto, y así guardaba toda su elocuencia para conseguir que no se cometiera un error tan grave. Y el escribano leyó:

— En caso de que el señor gobernador quiera conformarse con mi parecer, debe preocuparse de la suerte de los que aquí dejare. Estos no podrán ser nunca menos de ochenta hombres de ar-

mas para defender la ciudad, sembrar, cosechar, cazar, hacer leña y realizar las mil otras faenas necesarias. Con todo, no gozarán de vida fácil ni segura, pues si los indios no pueden matarles a causa de la muralla, destruirán en cambio sus sementeras y acabarán por hacerles perecer de hambre.

Luego, dando las últimas pinceladas a este cuadro de futuros horrores, el requerimiento agregaba:

— Esa gente debe tener vestidos para dos o tres años, a fin de que no muera de frío si no llega nao de España, porque la mayoría está desnuda. Esto, que sería tolerable en el Paraguay, resulta desastroso en Buenos Aires. No quiero cargar ni en parte con tamaña responsabilidad!... Pido, pues, que se tome alarde de la ropa, mantenimientos y municiones que se les deja, como se hace de las armas, con todas las formalidades y ante un escribano que me lo dé por testimonio, para que, haciéndolo yo llegar a las cesáreas manos, sepa S. M. cómo se entiende en las cosas de su servicio.

La encubierta amenaza, hizo que todos se miraran sobrecogidos, pero el capitán Vergara se encogió levemente de hombros.

— Y en caso de que no se haga la despoblación de Buenos Aires, — concluyó Cabrera por boca del escribano — protesto contra la persona y ánima del señor teniente gobernador lo que protestar me conviene, y que sean a su culpa y cargo las pérdidas y muertes e daño que por no hacerlo así se recrecieren!

— ¡Tonto! — murmuró Irala para su capote. — Yo realizo mis proyectos y tú te llevarás los odios.

— Así requiero a vuestra merced, muy magnífico señor — dijo el mismo Cabrera con acento solemne.

— Y así lo he oído y responderé en tiempo oportuno, — contestó Irala, saludando para retirarse.

Los días siguientes fueron muy agitados. La población estaba desasosegada, pero con la esperanza de que Irala se declarase abiertamente en contra del autoritario Cabrera quien no podía vivir en paz con nadie, se había impuesto a Ruiz Galán y ahora quería hacer lo mismo con el otro. En la casa de Mendoza celebrábanse reuniones y conferencias. Los notables iban y venían aisladamente o en grupos, de Irala a Cabrera y de Cabrera a Irala. Los frailes, los clérigos, los antiguos vecinos fueron llamados diversas veces por el gobernador, lo mismo que los capitanes.

— ¿Qué hay? ¿Qué resuelve el gobernador? — preguntábase a los convocados, con candente interés.

— Nada se sabe todavía. Parece bien dispuesto...

Algunos bonaerenses viejos y machuchos, meneaban la cabeza y se limitaban a contestar:

— ¡Hum! No me huele nada bien.

— ¿Piensas, entonces, que se hará el desamparo?

— No es posible jurarlo, pero justo es temerlo.

Irala y Cabrera se veían poco, pero — en opinión general — debían de proceder de acuerdo en todo, salvo en la despoblación, si era cierta la noticia que comenzó a correr de que habían dispues-

to de los bienes de Pancaldo, como de tesoro de duendes, regalando buena parte de ellos a D. Carlos Douvrin, el hermano de leche del emperador, distribuyendo otra parte entre sus amigos, sus partidarios y aquellos a quienes deseaban atraer, y guardando para sí mismo el resto, que no era poco, sin dar a la iglesia, que tanto lo necesitaba, ni una joya, ni un lienzo, ni una vela.

— Pero Pancaldo había vendido ya casi todo cuanto trajo — objetaban algunos, cándidos o sinceros.

— Esa es la voz que hacen correr para lavarse las manos, — replicaban los otros.

Sin embargo, en el principal asunto muchos parecían ceder, conmovidos en su opinión por el enérgico requerimiento de Cabrera, y calculando que no podrían quedarse sin peligro ni aunque Irala no se llevase sino una parte de la población. Otros se dejaban ablandar por la perspectiva de una vida más fácil y regalada en la bien provista Asunción, donde abundaban los víveres, las mujeres fáciles y los indios mansos que trabajaran la tierra, amén de otras regalías. A esto replicaban los más juiciosos:

— Pero cuanto dice el veedor Cabrera de Buenos Aires con respecto a la Asunción, puede decirse exactamente de la Asunción con respecto a Buenos Aires. ¿Por qué no reunir acá toda la gente, con lo que tendríamos por lo menos las mismas ventajas?

Los amigos de aventuras que aun no habían satisfecho su pasión y en particular, los hombres de

armas, no soñaban sino en el país del oro, y Buenos Aires, la Asunción, todo, fuera de aquello, les era indiferente.

Por fin el 16 de abril los redobles del tambor volvieron a convocar al pueblo, que se agolpó en la plaza para ver repetirse la ceremonia del 10, con los mismos asistentes, los mismos testigos, el mismo escribano Juan Valdez de Palenzuela, quien, con la misma voz gangosa, leyó, no ya un requerimiento de Cabrera sino la contestación de Irala. Esta, despojada del fárrago notarial, decía en substancia que el gobernador había platicado y consultado con muchas personas, así con clérigos, frailes, capitanes y alféreces como con los vecinos principales y más ancianos, y todos le habían aconsejado que hiciera lo requerido por el veedor, salvo en lo referente al presidio. En seguida venía la resolución tomada en conformidad.

— Mando que se diga y publique que todas las personas que en este puerto están al presente, se aderecen y apresten para partir e ir en mi compañía para el puerto de Nuestra Señora de la Asunción, que es en el río del Paraguay, donde está la restante de la gente, y esto para diez días del mes de mayo, al cual tiempo espero estar presto, con ayuda de Nuestro Señor.

El desencanto y la irritación fueron grandes, a pesar de las ya numerosas defecciones. Hubo protestas. Formáronse grupos amenazadores. Ortega y sus hombres de armas se pusieron en movimiento, pero cuidando, por orden de Irala, de no exasperar aun más al vecindario. Los artesanos se con-

sideraban arruinados, los labradores hablaban de despojo, juraban que no abandonarían sus rozas, hechas con tanto esfuerzo, los caballos eran la gran preocupación de cuantos los tenían ¿qué iba a ser de los lindos potros andaluces? ¿cómo dejarlos? ¿cómo llevarlos río arriba?... La tarde pasó agitada...

Los soldados, entretanto, se regocijaban, veíanse ya dueños y señores de las tierras del metal y sus encantadas ciudades, y hacían los más extraordinarios castillos en el aire. Delgado, Ríos y Martínez soñaban con vastas posesiones donde serían condes o marqueses, con palacios, tierras cultivadas, ganados, esclavos y esclavas que les sirvieran al pensamiento y mucho oro para hacer venir de España todo cuanto quisieran, seres o cosas. Jácome Cobo no pensaba así: en cuanto realizaran la conquista y él tuviese la bolsa bien herrada, con más que buen porqué de plata y oro y piedras preciosas, se volvería a España y edificaría una granja más grande y más soberbia que un alcázar, enriquecería la iglesia con magníficas ropas, alhajas y rentas para la Santa Virgen, y no sería duque ni conde, ni marqués, sino el Indiano, lo que, con menos boato y ruido, vale más.

— Pues yo me quedo aquí, que es buena tierra, donde uno puede hacer cuanto quiere, mientras que en España estamos siempre pendientes del alcalde, y del corregidor, y de la Santa Hermandad y de la Inquisición que no descansa y que ve hasta lo que no es...

— ¡Guarda, hermano Delgado! — exclamaba

Martínez. — Cierto que ella está lejos, pero aun así no es bueno olvidar el refrán: En cosas de la inquisición...

— Chitón! — completaba Ríos mientras Jácome, reverente, se santiguaba.

DE FUERA VENDRA...

Los preparativos de la despoblación no adelantaban entretanto, entorpecidos por la mala voluntad de los recalcitrantes; pero Irala, seguro de triunfar al fin de las resistencias, no quería aumentarlas adoptando medidas de rigor. Contentábase, por el momento, con hacer aprestar los bergantines fondeados en el puerto, calafateándolos, reparando sus averías y recorriendo su aparejo y velamen. El 10 de mayo, día señalado solemnemente para el desamparo, pasó sin que se hiciera mención de partir. Nada estaba listo y algunos comenzaban a pensar que se abandonaría el proyecto y las cosas seguirían como hasta allí, cuando, a mediados de junio, varios indios que venían de la costa del Brasil dijeron que a Santa Catalina habían llegado tres naves españolas con muchos hombres de armas, y que se disponían a seguir viaje al Río de la Plata. Por muy vagas que fuesen las noticias de los naturales, resultaba evidente que debía tratarse de una gran expedición de socorro, no de un simple envío de bastimento,

y los bonaerenses regocijáronse con la esperanza de que la llegada de las naves les permitiría quedarse allí para siempre. Como es natural, Irala fué de los primeros en saber la nueva traída por los indios, les llamó, les interrogó y quedó, al fin, muy perplejo, lo mismo que Cabrera. ¿Qué le traían aquellos barcos? ¿Qué aquellos soldados numerosos, que tenían indudablemente un jefe? Imposible que trajeran nada favorable para él si venían al Río de la Plata como decían los indios, y no habían recalado simplemente en la isla de Santa Catalina para refrescar víveres, hacer aguada y seguir luego con rumbo al Mar del Sur. Esto último no era probable, pues los indios afirmaban que, según lo habían oído todos, no pasarían del Río de la Plata. Irala veía ya escapársele de las manos el poder que hasta ese momento considerara tan seguro y que tanto le había costado alcanzar, porque era evidente que quien mandaba tan lucida expedición debía ser todo un personaje, representante del Supremo Consejo de Indias, quizá del monarca mismo, y no vendría a ponerse bajo sus órdenes como subordinado, tanto más cuanto que en España se conocía sin duda la muerte de don Pedro de Mendoza, la prolongada y alarmante ausencia del capitán don Juan de Ayolas, pero nada más, ni las pretensiones de Ruiz Galán, ni el duunvirato de éste con Cabrera, ni el advenimiento de Irala al gobierno de la Provincia...

— ¿Qué pensáis que pueda ser? — preguntó a Cabrera, para saber si las conjeturas del veedor de fundiciones coincidían con las suyas.

— Pienso que Su Majestad o Sus Altezas los señores del Consejo de Indias envían un gobernador a estas Provincias, quizás un Adelantado, sucesor de don Pedro de Mendoza.

— Lo mismo pienso yo.

— ¿Y qué contáis hacer?

Irala permaneció un momento pensativo, reflexionando, pesando la situación.

— ¿Qué puedo hacer si no es someterme y acatar al que venga, si viniere? — contestó luego. — Mis poderes son harto condicionales para que pretenda apoyarme en ellos y disputar el mando al que traiga el menor papelejo de la Corte o de Sevilla. ¿En virtud de qué soy gobernador? En virtud del mandato de don Juan y del beneplácito de los viejos conquistadores. Pero esto no vale nada. Los señores de Sevilla, que no se han movido ni se moverán nunca de sus poltronas, pueden más en estas tierras que cuantos las hemos conquistado y sometido, regándolas con nuestros sudores y nuestra sangre. No será justo, pero es así, y así seguirá siendo mientras...

— Quizá nos alarmemos sin razón — interrumpió Cabrera. — Puede que sólo se trate de un refuerzo, en cuyo caso deberíamos felicitarnos.

— No, don Alonso, no. Los indios hablan, seguramente, de centenares y centenares de hombres, y ya sabéis la mezquindad de los socorros que se nos envían... cuando se nos envían. Esto no viene simplemente del Consejo, que se hubiera limitado a mandarnos un puñado de fréjoles y una escuadra de hombres con su caporal. No. Se trata de alguien

que ha organizado la expedición a sus expensas, y que no lo ha hecho a humo de pajas sino por sus cabales, como jefe y señor.

—Aguardemos, pues, que lo que sea sonará.

—Aguardemos, pero no aquí. No se dirá que no he realizado uno solo de mis proyectos. Partiremos inmediatamente a la Asunción. Allí estamos, más que aquí, en nuestra propia casa, tenemos amigos fieles, hidalgos y capitanes, conquistadores viejos que piensan como nosotros. Y si el nuevo gobernador o Adelantado o lo que sea — a ser ciertas nuestras conjeturas — no reconoce nuestra prioridad y nuestro mayor derecho sobre los que con él vengan...

—¿Qué? — preguntó Cabrera con interés, viendo que el capitán Vergara dejaba en suspenso la conclusión.

—Lo que sea sonorá, como vos decís, — contesto evasivamente Irala. Y con sonrisa irónica y acento blando, agrego en seguida: — Pero la justicia no es de este mundo, y hay que consolar-se aguardándola en el cielo.

Callaron ambos, hasta que Irala, poniendo la ancha diestra en el hombro de Cabrera, le dijo:

—¡Manos a la obra, pues! Nuestra resolución está tomada y es menester ejecutarla. Tengo ya escrita la carta de instrucciones, que dejaremos en el puerto para los que vengan, pero los que vienen no deben encontrarnos aquí. Hagamos correr la voz de que llega un nuevo Adelantado con numerosa gente, que van a cambiarlo todo y que se apoderarán de cuanto les convenga si no hallan a los

antiguos conquistadores fuertes y unidos. Con esto acabará la resistencia de algunas cabezas calientes, podremos ponernos en viaje la semana próxima y pegaremos fuego a esta malhadada Buenos Aires que nos divide y debilita.

— ¿Vais a hacer lo que Cortés?

— Naves o ciudad, tanto monta. Aunque el buen Cortés no haya, aquí inter nos, quemado nada.

La amenaza que parecía cernirse sobre sus cabezas hizo que las últimas resistencias cesaran, como Irala lo preveía. Durante la conquista, los nuevos desalojaban a los viejos, era cosa harto sabida, y ya en muchas partes de América había corrido y corría aún la sangre española, derramada por manos españolas. Habría, pues, que unirse para contrarrestar los avances ambiciosos de los que iban a llegar; la Asunción ofrecía campo más favorable para la lucha, que probablemente sería evitada si aparecía larga y difícil a los flamantes aventureros. La inercia se convirtió en seguida en actividad, los obstáculos desaparecieron, muebles, ropas, utensilios, semillas y ganados se embarcaron en los bergantines, listos en un abrir y cerrar de ojos. En la costa, precisamente sobre la boca del Riachuelo, plantóse un alto tronco de árbol coronado por una barril, como una baliza, y al pie, en una caja de hoja lata, enterróse una larga carta de Irala con todos los detalles y consejos necesarios para que una nao cualquiera pudiese llegar con seguridad al puerto de Nuestra Señora de la Asunción; un letrero grabado a cuchillo en el poste señalaba la existencia de la caja y la carta...

Y un día de fines de junio se dió la orden de embarcar, que fué inmediatamente obedecida. Hombres, mujeres y niños, libres o esclavos, cristianos, negros o indios, se hacinaron en los bergantines. Sólo quedaban en tierra, y dentro del recinto, algunos soldados, bajo las órdenes de Juan de Burgos. Los potros andaluces, los más viejos, — que no era posible embarcar — pastaban tranquilamente en la deheza, sin llorar la partida de sus amos, que los lloraban a ellos... Los bergantines levaron anclas, soltaron amarras y poco a poco, uno por uno, fueron deslizándose Riachuelo abajo, hacia el inmenso estuario del Plata. Irala y Cabrera estaban a bordo del último, que no había zarpado todavía, mirando lo que pasaba en tierra. A bordo de los otros bergantines todas las miradas estaban también fijas en la cenicienta muralla de terrón, tras de la cual sobresalían el techo y parte del piso alto de la casa de Mendoza. De pronto, de aquel techo comenzó a elevarse una columnita de humo, seguida por otras y otras, más bajas, en diversas partes del recinto amurallado. Un instante después, Burgos y sus soldados salían por la poterna que daba a la ribera y corrían hacia el bergantín de Irala. Se embarcaron en seguida. El barco zarpó y se puso en seguimiento de los demás. Las columnas de humo crecieron, se ensancharon, coloreándose con rojas llamas que la luz del sol empalidecía. El viento noroeste llevaba hacia los bergantines olor de paja quemada, cenizas, chispas que se extinguían al cruzar el aire. El fuego hacía fácil presa en aque-

llas ligeras construcciones de tabla, de paja, de ramas entrelazadas, que ardían como yesca, y cuyos muros de barro se desplomaban uno tras de otro. Muchas de las hogueras se consumieron, y sólo siguió ardiendo la casa de don Pedro de Mendoza, cuyo techo de adobe acabó también por desplomarse.

De Buenos Aires no quedaban más que las deleznable murallas de terrón, algunos montones de escombros y un puñado de cenizas que el viento barría ya...

LIBRO CUARTO

EL HOMBRE PIENSA Y DIOS DISPENSA

TIERRAS ENCANTADAS

Al pasar junto a la isla de Martín García, que desarrollaba a estribor sus riberas ligeramente accidentadas, cubiertas de bosque y matorral, y que parecía un monstruo verdinegro bañándose en el río, uno de los bergantines entró en el pequeño ancón que servía de fondeadero para dejar allí, con la bendición bíblica y utilitaria de “creced y multiplicaos”, un verraco y una puerca destinados a hacer casta en plena libertad. Lo mismo se había hecho anteriormente en la de San Gabriel y había de hacerse luego en otras islas. El bergantín, a cuyo bordo iban Martínez, Ríos y compinches, incorporándose en seguida al convoy navegó entre un intrincado grupo de islas e islotes desbordantes de vegetación, que el río inunda muchas veces, pero que salen más frescos y lozanos del forzoso baño, y los emigrantes no tardaron mucho en alcanzar la desembocadura del río Uruguay que llega acelerado pero no turbulento a unirse con el Paraná para formar juntos el inmenso Plata.

— A pocas leguas de aquí — dijo Alonso Bue-

no, conquistador viejo, como que fué compañero de Caboto, — entra en el Uruguay que vamos a dejar a nuestra derecha, otro río llamado por los indios Hum y por nosotros Negro, río el más extraordinario, como que en sus aguas viven pejes con cara y cuerpo de hombre o de mujer, hasta la cintura.

— ¿Los habéis visto? — preguntó el andaluz Delgado?

— Yo no, pero sí muchos otros, que son hombres de verdad.

— Serán serenas... ¿Hablan los tales pejes?

— Vaya si hablan... Pero es el caso que no hay lengua, cristiano ni indio que les entienda — explicó Bueno.

— ¡Cosas del Condenado, seguramente! — murmuró Jácome.

Más lejos costearon nuevas islas, algunas muy grandes, cubiertas de espeso bosque, entre cuyos troncos se entrelazaban multitud de enredaderas, refugio seguro de aves, de venados, de serpientes y de fieras, cuando no de indios en acecho. En las orillas inclinaban sus ramas hasta las aguas del río, como para beber en ellas, los sumandís o ceibos, el árbol del paraíso guarayo, a la sazón despojados de todo adorno, pero que al venir la primavera se vestirían, triunfantes, antes de ponerse el traje verde de verano, con sus grandes flores aterciopeladas, color de fuego, llenas de esplendor, chorreando miel y rodeadas por una nube de colibríes y de insectos zumbadores.

Aguas arriba tuvieron a ambos lados la tierra

firme, baja y anegadiza a su izquierda, con ribazos más o menos escarpados a su derecha. Luego, a la altura de lo que fué la torre de Caboto y más tarde el puerto de Buena Esperanza y el pueblo fortificado de Corpus Christi, entraron en el traidor estero de los timbú. Como iban en buen número y bien armados, no temían que los indios se atreviesen a atacarlos y, sin embargo, al pasar junto a unas barrancas fueron saludados por una nube de flechas que les lanzaban ocultos enemigos. Afortunadamente se había tomado la precaución de poner sobre el puente las usuales barandillas improvisadas con ropas y con pellejos de animales, donde iban a embotarse y morir las viras y saetas de los indios. Los bergantines, así defendidos, daban la impresión de estar grotescamente empavesados, o en un día de zafarrancho de limpieza, cuando se cuelgan al sol los trapitos de la colada.

El viaje se hacía en buenas condiciones, salvo la molestia del hacinamiento, harto sensible, vive Dios. Podían utilizarse las velas, y el trabajo de sirga o remo era menos necesario que otras veces. Con todo, en ciertos parajes había que atoar, y la tripulación y los mismos soldados lo hacían a cuarteles, alternando unas horas de trabajo con largos períodos de reposo. No les faltaban víveres, pues en el estero pudieron rescatar bastimento de pescado y carne con los quilozas, y más lejos con los anundas, naciones con quienes estaban por el momento en paz. Viento favorable, tiempo soberbio y templado a pesar de la estación, comida sufi-

ciente, holganza forzosa a bordo de los bergantines, la despreocupación natural, con sus ribetes de fatalismo, todo hacía de aquel viaje una suerte de partida de recreo, en que estos jugaban a las cartas o a los dados, lo que tenían y lo que podrían tener, aquéllos dormían interminables siestas tendidos a la bartola sobre el puente, estotros rasgueaban la guitarra y entonaban plañideros cantares de la tierra, y los de más allá, la minoría, platicaba contándose historias fabulosas de antaño, maravillas igualmente quiméricas de ogaño, muchas veces mezcladas con hechos reales como punto de partida.

Pasados los timbú, cuando el bergantín del capitán Vergara, que iba a la cabeza del convoy, entró en el “río grande”, en el Paraná propiamente dicho, acercándose a la margen izquierda, “de la parte de España”, los de la Asunción daban a los bonaerenses, ya más resignados y tranquilos, informes sobre las nuevas tierras que iban a pisar.

— El río Paraguay, al que vamos acercándonos — decíales Alonso Bueno — es mucho mayor que el Guadalquivir, de que tan orgullosa está Sevilla.

— ¡Y con razón que le sobra! Nadie puede dejar en paz a mi pobre Sevilla, y cuando se habla de ella es para mala comparación — exclamó Delgado. — ¡Ni el río escapa ahora! ¡Miren que negarle al Guadalquivir que sea el más hermoso del mundo...

— Para los andaluces — replicó Bueno riendo. — Vamos, compadre, no lo tomes a mal, y pongamos que no he dicho nada de tu río. En cuanto

al de que hablo tiene hermosas riberas, y tras ellas bosques tupidos, prados siempre verdes, valles regalados, en que abunda la caza de todas clases, como abunda en los esteros y los bañados, tormento de cuantos viajan por tierra. También se cuentan por docenas los lagos y lagunas poblados de aves acuáticas. Una de estas lagunas, que se derrama en un río, llamado Bermejo por el color de sus aguas, es de veras, muy notable. En sus orillas viven los indios mahumas, que la llaman Ipity, y en su fondo cría ostiones que tienen dentro hermosas perlas. Los indios, grandes nadadores, las codician, aunque no sepan horadarlas, y zambullen buceando para pescarlas, con una redecilla en la mano. Vuelven a poco, cargados con veinte y más ostiones, que, cuando menos, hacen una buena arroba bien pesada... Y las perlas son de bulto, y abundantes, que casi cada ostión tiene la suya.

Este decir provocó la emulación entre los demás conquistadores viejos que comenzaron a rivalizar sobre quién diría maravillas mayores, relatando historias portentosas, describiendo lagunas legendarias, monstruos, animales mágicos, plantas de extraordinarias peculiaridades y virtudes.

Compite con la de Ipity la misteriosa laguna de Itapuá, en medio de cuyas aguas se alza una peña viva casi tan empinada como una columna y de ochenta a cien varas de alto. En su remate, y mientras en las hondas aguas vaga una sirena que gime sacudiendo sus cabellos tan rubios y refulgentes como los rayos del sol, encoba un ave des-

conocida, echada sobre los huevos, en un nido de hierbas y ramillas perfumadas... Nadie ha penetrado aún este misterio, cuyo descubrimiento está reservado a los más valientes, como en los libros de caballería. Y no es menos estupenda la Laguna Tapaicaa o Ipacaray, en uno de cuyos extremos viven los indios del Acay o del asombro. Por la noche óyense brotar de su seno gemidos, sollozos, ayes y lamentaciones, como los de un pueblo entero que sufre, mezclando sus quejas hombres, mujeres y niños. Por sus aguas se deslizan canoas fantásticas; monstruos espantables, demonios horrendos surgen de las profundidades para perseguir al viajero extraviado o curioso que se acerca a la orilla. Cuando reina mal tiempo, la laguna se encrespa y enfurece lanzando espumarajos, pero en los días serenos, bajo el sol brillante, suelen vislumbrarse, allá en el fondo, casas y palacios todavía en pie, habitación de aquellas sombras y de aquellos vestiglos. Es lo que resta de un pueblo condenado a ser la eterna víctima de Añang, — el diablo guarany — por haber pecado, como el de Sodoma, contra la naturaleza.

— Si a todos los indios que de tal modo se extravián se los llevare el diablo — exclamó Martínez al oírlo — de seguro que no quedaría uno solo en estas tierras.

El país está poblado de espantos y de asombros; cada sitio, cada animal, cada árbol tiene su leyenda o su virtud oculta. En la noche, el viajero se siente, de pronto, sorprendido por desgarradores sollozos en medio de la soledad; es

el urutaú, avecilla parda que llora la ausencia del sol con gritos tan penetrantes que se oyen a más de media legua. Al que se atreve a imitar sus lamentos, algo se le quema fatalmente, por lo menos la sopa, dentro de los tres días. Pero lo que llora no es propiamente la ausencia del sol, como el urutaú no es propiamente un pájaro, sino una doncella encantada. La dulce Ñeambiú, hija de un poderoso cacique vencedor de los timbú y establecido luego cerca del Iguazú, se enamoró de Cuimbaé, gallardo mozo prisionero de su padre. Este y su mujer no quisieron que Ñeambiú se casara con un enemigo de su nación, y la niña, aunque muy triste, pareció resignarse y acató el paterno mandato, no sin decir que se la condenaba a la desgracia. Un día desapareció. Buscáronla en la choza de Cuimbaé, pero éste sólo la había visto en sueños, arrastrada hacia la selva por una fiera mujer en quien personificaba a la Desgracia. Los afligidos padres, convencidos de que la había robado Caipora, la deidad maléfica de los bosques, salieron con gran séquito en busca de Ñeambiú y después de muchas andanzas dieron por fin con ella. Pero no les habló, ni les reconoció siquiera. El exceso del dolor la había dejado insensible y muda como una piedra, como un tronco. Las caricias, las quejas, el llanto de sus padres no la conmovieron, y sin decir palabra, sin hacer un ademán, volvió a internarse en la espesura... Las doncellas guaraníes, amigas de Ñeambiú, intentaron a su vez, inútilmente, hacerla volver al pueblo. Consultado por el cacique, el médico, adivino y brujo Aguará-

Payé, después de embriagarse con chicha y fumigaciones de una hierba infernal llamada petí — tabaco — vaticinó que la doncella no volvería a su anterior estado y que seguiría por siempre insensible y muda. El padre, la madre, la tribu entera, empeñados, pese al brujo, en salvar a Ñeambiú, decidieron tratar de conmoverla hiriendo las fibras profundas de su corazón. Los más hábiles payé, los jefes más elocuentes fueron en misión hasta donde vivía solitaria y, una por una, dieronle noticias que la hubieran desgarrado en otro tiempo. Dijéronle que su hermano mayor había sido devorado por el yagueté, pero Ñeambiú no se inmutó; que la peste había arrebatado a sus demás hermanos, pero ella les oyó distraída; que su padre acababa de ser asesinado por los tupí, pero su rostro no reflejó la menor impresión; que su madre estaba agonizando, pero no salió de su indiferencia... Como último recurso, un payé gritó entonces: « ¡Cuimbaé ha muerto! » Un terrible alarido terminado en carcajada le contestó, sobrecogiendo a los presentes, que, vueltos en sí, no hallaron a Ñeambiú, desaparecida sin dejar rastros. Buscáronla por todo el bosque, sin hallarla. Por la noche volvieron a oír su grito desgarrador y su carcajada loca, y así guiados descubrieron, al fin, un pajarillo pardo semejante a una lechuza que lloraba, metido en la oquedad de un viejo tronco. La niña, convertida en urutaú, comenzaba su lamentación eterna... Como todo desgraciado, el urutaú tiene la vida aferrada al cuerpo y puede dar a los otros lo que más ambicio-

naría. Si se le quiebran los huesos, al día siguiente amanece sano; sus plumas son talismán incomparable; quien las posee, hombre o mujer, es infaliblemente correspondido por la persona amada; la doncella honesta tiene inexpugnable baluarte para su virtud, pues aunque enamorada, Ñeambió conservó su virginidad; y en cuanto a honores y grandezas, basta escribir con una de sus plumas lo que se ambiciona para obtenerlo en seguida, por difícil que sea.

— ¿Y el que no sabe escribir?

— Pone una cruz al pie de lo escrito por otro, como suelen hacerlo nuestros jefes, y en paz.

Pero el caburé tiene tanto poder como el urutaú, aunque su historia no sea tan lastimosa. Es un pájaro de modesto plumaje castaño con manchas blancas en el pecho, gran cabeza, fuertes patas y ojillos de tigre, que con grito imperativo atrae a todas las aves de los alrededores, fascínalas con la mirada como la serpiente a su presa, elige entre ellas sus víctimas, las mata a picotazos y les devora los sesos y las entrañas; es capaz de vencer al águila misma, metiéndosele debajo del ala y destrozándole el vientre... El que posee un caburé o sólo tres plumas de sus remos está seguro de alcanzar los favores de la persona amada o simplemente deseada, de atraer a sí todas las riquezas y todos los honores como atrae el caburé a toda la gente alada, y de dominar, si es ambicioso, al mundo entero. Sin embargo, no es fácil dar caza al pajarillo que, muy astuto, tiene mil tretas para escapar a sus perseguidores, y es de

creer que sólo se deja, como brujo o como mujer, tomar por los que elige él mismo.

Al ver el negruzco y áspero lomo de los yacarés que, en banda, duermen al sol en las playitas de arena donde un ancón o un remanso mantiene las aguas tranquilas, se habla naturalmente de los monstruos y las fieras que pululan en la región. Ese caimán terrible en el río y que de un bocado acaba con el nadador más fuerte y valiente, es tímido en tierra, huye del hombre y después de muerto presta a éste inestimables servicios: el que lleve a raíz de la carne uno de los corvos colmillos que arman sus mandíbulas de sierra, no será jamás mordido por las víboras, nadie podrá hacerle mal de ojo, nadie le emponzoñará con cosas de comer o de beber, ni aun cuando haya mezclado con ellas los tósigos más violentos. Su sebo quita como por ensalmo los dolores del reuma; un guijarro o bezoar que cría en el vientre, cura, hecho polvo y bebido, el mal de la piedra; junto a los riñones tiene una bolsita llena del almizcle más puro...

Cerca del yacaré, metido en el bosque o a orillas de los ríos, los lagos y los esteros, vive el curiyú, la colosal serpiente que, arrastrándose por el suelo, enroscándose en los árboles o nadando en las aguas como un pez, está siempre en acecho de una presa, buscando a quien devorar. Negra, con pintas leonadas y rojas y el vientre amarillento, suele ser de quince a veinte varas de largo y más gruesa que un hombre robusto. Tendida a veces entre los troncos secos de la selva, se con-

funde con ellos, enroscada en un árbol se diría un bejuco y, en ambos casos, está segura de sus víctimas descuidadas; nadando con sinuosas contracciones coge a los que se bañan, enlázales las piernas con la cola y les arrastra al fondo para darse un banquete. Devora un guazú-pitá, un guazú-pucú, u otro ciervo más grande todavía, como quien come un confite. Suele verse a la curiyú con dos enormes y enramados cuernos que parecen adorno natural de su cabeza: son los de un animal que acaba de tragarse entero y que le salen por la boca. Entonces va a internarse en un lodazal y allí se queda hasta que, pudriéndosele el vientre se le abre, deja caer los despojos de huesos y de piel no digeridos, la cornamenta que le daba tan espantable aspecto cae de por sí, y el curiyú, sano y bueno, vuelve en busca de comida al llano, al bosque o al río...

— ¡Vaya, vaya, vaya! — exclamó Delgado, como si le costara tragar la píldora.

— Don Juan de Salazar de Espinosa, que todos conocéis y no me dejará mentir, — contó Alonso Bueno — tuvo que habérselas con una de estas terribles serpientes cuando, cerca de la sierra de su nombre, vencimos al cacique Lambaré. Solo y descuidado encontróse de manos a boca con ella, cuando menos lo pensaba, y viendo que no podría escapar por pies, como lo aconsejaba la prudencia, desnudó la espada y acometió a la serpiente con tal brío que de una cuchillada le cortó una mano.

— ¿Tenía la serpiente manos? — dijo Delgado, guasón.

— La de mi historia sí: era una especie de dragón — replicó Bueno, imperturbable. — Seguro el monstruo de su triunfo, lejos de cejar, acometió más fiero, y dando un colazo a don Juan le derribó por tierra, pronto a devorarlo, abiertas ya las fauces. Pero Salazar, tendido y todo en el suelo como estaba, pudo darle tan descomunal revés que le cortó al ras la cabeza, dejándola muerta en el acto. El tahalí que lleva y veréis en la Asunción, está hecho con la piel de esa serpiente. También tuvo don Juan que habérselas con un tigre, a poco andar y en el mismo paraje. Mató fácilmente al yaguareté, y por esta hazaña, S. M., que Dios guarde, le ha concedido el hábito de caballero y como armas la sierra de Lambaré y un tigre rampante, cuando más merecía llevar en su blasón la sierra, la cabeza del cacique y la cabeza y la mano de la curiyú. Pero la justicia no es de este mundo.

El yaguareté tiene tal virtud que, si no acaba con su víctima humana, basta un arañazo suyo para transformarla en tigre, lo que es peor que la muerte misma, por lo cual los indios le dedican grandes fiestas propiciatorias...

Rivalizan con la curiyú la yarará y con el yaguareté el aguará-guazú, como compite el felón con el hombre de pro y el falso cortesano con el noble guerrero. La yarará enroscada y quieta, se vale de sus artes para, con la rasgada boca abierta, la lengua en continua vibración y

los ojos fijos en su presa, paralizarla y petrificarla aunque se trate del hombre más fornido. Su picadura mata dentro de las veinticuatro horas, y el hombre que por milagro no muere, queda infelizmente ciego y loco para toda su vida.

El aguará, como buen zorro, es cobarde y traidor, huye ante el hombre prevenido pero le ataca descuidado o cuando no acierta a escapar, y si puede le mata y le destroza. Más útil muerto que vivo, su pellejo sirve para curar ciertos tumorcillos salva sea la parte cuando el paciente lo usa como asiento.

Pero el que entre todos estos animales maléficos o benéficos, enemigos o protectores se lleva la palma, es sin duda alguna el maravilloso teyú-yaguá. Bajo el aspecto de una simple lagartija encierra en su cuerpecillo un poder más grande que el del urutaú, del caburé, de cualesquiera otros seres o amuletos. De una agilidad sorprendente, salta, corre, se desliza y escapa con tanta mayor rapidez cuanto que es preciso cogerle vivo y sano para que tenga virtud. Llámalo los cristianos carbunclo porque lleva en la cabeza un espejuelo tan resplandeciente como un ascua. El que llegue a poseerle será el hombre más poderoso de la tierra, descubrirá los ocultos tesoros, las profundas minas de oro fino, triunfará en toda lid amorosa, política o guerrera, realizará cuanto conciba su imaginación... Pero hay que cogerle vivo y sano. La menor herida, el más insignificante rasguño, — por lo cual no puede utilizarse contra él ni el arcabuz ni la ballesta — empañan el

espejuelo, la virtud del carbunclo se desvanece y en manos del cazador sólo queda una vulgar lagartija...

— Más extraordinario es aún lo que nos aguarda en la Ciudad de los Césares y en el Gran Paraití...

Y mecidos por estos sueños que mantenían siempre vivos su sed de riquezas, su empuje varonil, su ambición insaciable, sentíanse grandes y poderosos en medio de tanta miseria real, y seguían navegando lentamente hacia la Asunción, seguros de encontrar allí, o más lejos ¡poco importa! el vellocino de oro o la varita de virtud que les daría la felicidad en la omnipotencia. Si sólo era necesario el ardimiento, lo tenían de sobra, hasta para quitar al fiero gigante pescador que la guardaba, la inmensa hacina de plata de la Peña Pobre, desde cuya cumbre lanzaba sus redes al Paraná. ¿Qué puede un Goliat ante tantos David?...

Con esto habían dejado a la izquierda una nueva isla, y tomando rumbo al Norte, entrado por fin en el ya para ellos famoso río Paraguay, cuyo caudal acrecen tantos otros ríos y riachos. Rescataron pescado y carne con los indios conamaguá y luego pasaron de largo frente a la comarca habitada por los payaguá restantes de la tribu del cacique Magach, la de los metireses, de los guenies y otras gentes poco amigas de los españoles. Y llegaron, por fin, al puerto de Nuestra Señora de la Asunción.

Y LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON...

En los últimos meses habíanse pergeñado algunas nuevas habitaciones rústicas, ensanchando varias de las ya existentes, y la aldea con título de ciudad tomaba cierto aspecto de pueblo grande, o, mejor dicho, de gran ranchería, porque gracias a la templanza del clima, una pared de ramas y hojarasca y un techo de bálago bastaba y sobraba para abrigar a esos hombres, rudos y curtidos, contra las poco rigurosas intemperies. Como ellos decían, «tres estacas y una ortera, el ajuar de la frontera». Menester fué que, en tiempo de Cabeza de Vaca, un terrible incendio destruyese las cuatro quintas partes de las chozas, para que los conquistadores se resolvieran a reconstruirlas de adobe y ladrillo.

Esto no quita que los oficiales reales, los sacerdotes y algunos hidalgos de fuste tuviesen habitaciones relativamente holgadas y cómodas, ni que en el pueblo hubiera animación y movimiento, sobre todo desde la venida de las setecientas mujeres que los caríos acababan de dar a los cristia-

nos para que les sirviesen en sus casas y en las rozas, y a la presencia de numerosos indios que trabajaban, cazaban y pescaban para sus amos.

Garci Venegas, que le había reemplazado, devolvió el mando al capitán Vergara, y el gobierno de la «república», — que así la llamaban ya, pero en sentido directo y sin intención subversiva — se reorganizó al punto de acuerdo en la forma con el régimen comunal, por voluntad del gobernador, quien nombró alguacil mayor a Juan de Ortega, que tan rudamente acababa de representarlo en Buenos Aires, alcalde mayor a Pero Díaz del Valle, el tarifeño depositario de los bienes de Pancaldo, que tanto diera que hablar, y regidores a Domingo Martínez de Irala — vale decir, a sí mismo, — al veedor Alonso de Cabrera, su instrumento a la sazón, y al tesorero Garci Venegas, que comulgaba con él.

— Esto es más sorprendente que el misterio de la Santísima Trinidad — murmuraba el escribano Pero Hernández, alias Garduña, — pues hay cinco gobernantes y un solo gobernador verdadero, como quien dice la persona una y quina.

Así, pues, todos los españoles del Río de la Plata estaban por fin reunidos, y, desamparada Buenos Aires, iba sin duda a iniciarse para la Asunción una era de grandeza y prosperidad. Los recién llegados, en efecto, pusieron manos a la obra, construyéndose cabañas con ayuda de los indios, derribando árboles en los bosques vecinos o pegando simplemente fuego a éstos para tener tierra que cultivar. Más que creadores parecían

destructores, pero les era preciso atender a las necesidades presentes, y no tenían tiempo, ni medios, ni capacidad para pensar en el futuro. Donde antes alzaba la selva sus ojivas de verdura y sus columnatas elegantes y atrevidas, veíase una choza miserable en medio del campo raso; pero la vida del momento quedaba con eso asegurada: los conquistadores tenían un real desde donde lanzarse — como la fiera de su cubil — a nuevas y más portentosas aventuras...

No estaban, sin embargo, muy contentos con la más desagradable de las evocaciones de España: las cargas y tributos, el quinto del rey que los oficiales reales exigían y que los vecinos debían pagar en especie, ya que la moneda faltaba en aquel país llamado del oro. Aquello les hacía sentir que no eran dueños y señores de la tierra, que algo limitaba su libertad de acción, que alguien, invisible, pesaba sobre ellos. Mas como el apremio no era exagerado, maldecían los tributos, chillaban, buscaban la manera de eludir su pago y pasaban a otro orden de ideas.

Lo principal, lo que más les interesaba, era el proyecto de apoderarse de la región de los metales, allá al Oeste, y todo lo olvidaron en cuanto el capitán Vergara izó bandera de enganche invitando a cuantos quisieran ir con él. La expedición partiría en marzo o abril; corría el mes de diciembre de 1541, los bergantines viejos estaban ya calafateándose en el puerto para tenerlos listos en tiempo oportuno y otros nuevos se

construían, bajo la dirección de Hernán Báez, maestro de hacer navíos.

El capitán Vergara, preocupado por la presencia en Santa Catalina de españoles que — según las noticias de los indios — se disponían a pasar en crecido número al Río de la Plata, y barruntando que con ellos vendría a despojarle un nuevo adelantado o gobernador, preparaba aquella entrada, no sólo para dar satisfacción a su codiciosa gente, sino también a fin de, si sus temores se realizaban, hallarse cuando llegara el sucesor, lo bastante lejos de él para que no pudiera quitarle desde el primer día todo su poder y todo su prestigio. Empezando la entrada en buenas condiciones, con los voluntarios de la Asunción y de Buenos Aires, — y lo serían todos los hombres de armas llevar, — nada le impediría ganar nuevas y ricas tierras para S. M., conquistar el país del oro no alcanzado todavía, y alzarse por sus hazañas y servicios tan arriba del rival posible, que el rey tendría que premiarle y el Consejo Supremo de Indias inclinarse ante los hechos consumados, confirmando su autoridad y tratando de que el otro, el intruso, se contentase con los restos del banquete.

Pero el capitán Vergara no tuvo tiempo de realizar sus planes.

En febrero, cuando el entusiasmo era mayor, cuando no quedaba sin alistarse un solo hombre sano y robusto, cuando los indios estaban prontos a acompañarlos en tropel, cuando terminaban ya los últimos preparativos de la partida, que podía

adelantarse de un mes entero, — una tarde se le anunció que por la orilla del río se acercaba lentamente a la Asunción un grupo de españoles a caballo. Salió al punto Irala a ver qué gente era aquella, tras él corrieron todos los del pueblo, alborotados por la novedad, y en las inmediaciones encontraron a los jinetes.

Eran un caballero español y cuatro soldados a caballo. El caballero preguntó por Irala, que se adelantaba a recibirle con los oficiales reales y los capitanes incorporados a los curiosos. El capitán Vergara se acercó, echó pie a tierra el caballero, molido y cubierto de polvo y de sudor por larga y fatigosa jornada, y le dijo:

— Soy el capitán Francisco Ortiz de Vergara y vengo a traer a vuestra merced unos pliegos del excelentísimo señor Adelantado don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, gobernador general de estas Provincias.

— Venga vuestra merced conmigo, señor don Francisco, — respondió Irala — y cuando haya descansado y refrescado hablaremos en ello.

Una vez en la Casa Fuerte el capitán Vergara se enteró de la carta que se limitaba a anunciarle el nombramiento de Alvar Núñez como Adelantado de las Provincias del Río de la Plata y la próxima llegada de éste, quien, viniendo por tierra desde las costas del Brasil, se había detenido a algunas jornadas de la Asunción para dar descanso a su gente.

— ¿Le ha dejado vuestra merced muy lejos? —

preguntó Cabrera que como otros principales asistía a la entrevista.

— El real se halla a dos buenos días de marcha, y ya todos estaríamos aquí si el señor Adelantado no hubiera preferido anunciar su venida y permitir que se repusieran un tanto sus hombres, harto maltrechos por el viaje y las privaciones.

— ¡Son numerosos?

— Traemos unos doscientos cincuenta hombres, arcabuceros y ballesteros, muy diestros en las armas, veintiséis de a caballo, y muchos indios auxiliares.

— Buen golpe de gente.

— Pero no toda viene junta, pues parte de ella ha pasado a Buenos Aires.

— ¡Buen socorro, sin embargo, y falta nos hacía, sobre todo si nos trae suficiente bastimento!

Ortiz de Vergara carraspeó ¡hum, hum! sin contestar.

Irala, entretanto, había leído con suma atención la carta de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y su rostro generalmente impasible reflejó más de una vez los ingratos sentimientos que agitaban su alma. Pero no tardó en dominarse y cuando dirigió la palabra a Ortiz de Vergara lo hizo con cierta adusta afabilidad, diciéndole que celebraba la venida de un Adelantado poseedor, sin duda, de plenos poderes de S. M. el rey, lo que le permitiría hacer grandes beneficios a la Provincia; si esos poderes eran legales, como lo creía, él, los oficiales reales, los capitanes y el pueblo entero acatarían gustosos a don Alvar Núñez y se pon-

drían a su servicio. Pasando luego a otras razones pidió al mensajero noticias de la expedición.

— El viaje desde Cádiz a la costa del Brasil ha sido bonancible y fácil, — contestóle Ortiz de Vergara — quitadas las molestias naturales en tan larga navegación; no así nuestra marcha por tierra, en la que hemos sufrido muchos trabajos y necesidades, aunque con la rara fortuna de no perder un solo hombre, pese a los días de hambre, que no escasearon.

— Contadnos el viaje por lo menudo, si no os enfada, — pidió Irala. — Estamos deseosos de tener cabal noticia de una expedición tan difícil y peligrosa.

— Pues hace próximamente un año, el 29 de marzo del pasado, llegamos a la isla de Santa Catalina en las dos naos y la carabela con que habíamos salido de Cádiz el 2 de noviembre de 1540. En la isla encontramos al galeón Santa Catalina, mandado por el capitán Antonio López de Aguiar, que acababa de llegar del puerto de Buenos Aires y hacía sus provisiones para seguir viaje a España. Por Aguiar y su gente supimos la proyectada despoblación de aquel puerto, de lo que don Alvar tuvo gran disgusto.

— Ya comprenderá el señor don Alvar cuando esté aquí, que era imposible hacer otra cosa — dijo agriamente el capitán Vergara. — Continúe vuesa merced su historia, don Francisco.

— Los cristianos de Santa Catalina y los mismos naturales nos recibieron muy bien, y encontramos abundante bastimento... Olvidaba deci-

ros que a bordo del galeón Santa Catalina, — pero esto debéis saberlo ya, — había llegado el contador don Felipe de Cáceres, quien se presentó inmediatamente a don Alvar, contándole de cómo iba a España a quejarse de los procederes del capitán Juan de Ortega, y, en representación de los habitantes, a protestar de la despoblación de Buenos Aires, pero que, en vista de la llegada de un Adelantado que pondría en orden las cosas, renunciaba a su viaje y estaba pronto a volver con nosotros al Río de la Plata. Quejóse mucho — duéleme decirlo — de vuestra merced, capitán Irala, en su nombre y en el de Ruiz Galán, por esa medida, a su juicio desacertada, del abandono...

— El Adelantado examinará — replicó Irala con gesto adusto, — y podrá repoblar el puerto si le place y le sobra gente...

— Por Cáceres y por Aguiar supo don Alvar la muerte de Ayolas, que Dios haya, muerte que le confirmaba en el cargo de Adelantado.

— ¿Pero no venía ya con el título de tal?

— Bajo ciertas condiciones y en el supuesto de que el capitán Ayolas hubiera fallecido, como era de temerse.

— Explicaos, don Francisco, porque ello es muy importante.

— Sabed, pues, que don Alvar había, tiempo atrás, entrado en negociaciones en la Corte con un comisionado de don Martín de Orduña, apoderado a su vez de don Pedro de Mendoza y de don Juan Ayolas, que en paz descansen, y que se ha-

llaba a la sazón en Sevilla. Don Alvar contaba con riquísimos armadores que le prometían todo lo necesario y mucho más para venir al Río de la Plata con una poderosa expedición, y los señores del Supremo Consejo de Indias estaban tan deseosos como él mismo de que viniese a estas tierras y asumiera su gobierno. No sé decir si el comisionado de don Martín de Orduña tenía o no tenía autorización suficiente para hacer un convenio definitivo, pero lo que sí sé es que se puso de acuerdo con Cabeza de Vaca, quien emprendió activamente los preparativos de la expedición. Descontento, y desconociendo lo hecho por su apoderado en la Corte, Orduña entabló pleito a don Alvar, pero el emperador y rey, nuestro señor, que Dios guarde, intervino en el asunto, dando la razón a Alvar Núñez y nombrándole Adelantado para el caso de que fuese muerto Juan de Ayolas, y sólo teniente de éste, si aun vivía. Ahí tiene vuestra merced la historia de la expedición, en pocas palabras, y puntualizadas las condiciones a que antes me referí.

Aunque todos escuchasen con deferencia a Ortiz de Vergara y le interrogasen con mucha cortesía y amabilidad, era visible el desconcierto y el disgusto general, más señalado naturalmente en Irala. Otros, unos intrusos, venían, con sus manitas lavadas y a última hora, a gozar de lo que ellos habían conquistado y sometido; y esto, aunque lo acatasen, les parecería injusticia y expoliación.

Ortiz contó en seguida que a poco de estar en Santa Catalina llegaron allí en una pequeña embarcación, acabados por las fatigas y las privacio-

nes, nueve o diez fugitivos de Buenos Aires diciendo que la vida se les había hecho intolerable en aquel puerto a causa de los malos tratos y sobre todo de la inseguridad en que se les tenía acerca del fruto de sus trabajos, amenazado con el proyecto de despoblación. Estos no quisieron reunirse con la gente de Alvar Núñez para volver al Río de la Plata, contando pasarlo mucho mejor y más segura y libremente en Santa Catalina. En cambio habíanse agregado a la expedición dos franciscanos que estaban de tiempo atrás en las costas del Brasil, fray Bernardo de Armenta y fray Alonso Lebrón.

— Salvo los debidos respetos, — agregó Ortiz de Vergara — les tengo por los más redomados bellacos que vistan el hábito pardo de San Francisco, se ciñan el cordel de la humildad y calcen las sandalias de la pobreza. Y deben de serlo a juzgar por la guerra que nos han dado en todo el viaje, y que más de una vez obligó a Alvar Núñez a amonestarles severamente y aun a amenazarles con graves castigos. Es gente bulliciosa, enredadora, inquieta, capaz de armar un cisco en la misma gloria.

— Bueno es saberlo — se dijo Cabrera.

— Fray Bernardo y fray Alonso pueden serme utilísimos, — pensó el capitán Vergara, quien dijo en seguida en alta voz: — ¿Qué otras personas de significación vienen con vosotros, señor capitán?

— Pues, fuera de los ya nombrados y de este criado vuestro, vienen muchos caballeros y capitanes lucidos y famosos. En primer lugar, un

primo carnal de don Alvar, llamado don Pedro Estopiñán Cabeza de Vaca, que a estas horas debe de estar con las naos en el puerto de Buenos Aires, donde el Adelantado le mandó, en la certeza de que no sería completo el abandono y de que allí encontraría recursos.

— En lo que se equivocaba, pues allí no ha quedado un habitante, ni una casa, ni un saco de habichuelas, — interrumpió Cabrera.

— Pero en San Gabriel encontrarán maíz y fréjoles; mi instrucción les da acabada noticia de ello, — observó el capitán Vergara.

— Sea como sea, era imposible abandonar las naos, y traernos por tierra a las mujeres y los enfermos — prosiguió Ortiz. — Entre éstos, las hembras y la gente de mar, lleva Estopiñán ciento cincuenta personas que ya hallarán modo de salir de apuros hasta que se vaya en su busca. Y sino allá ellos... Pues, como iba diciendo, acompañan a don Alvar, don Pedro de Estopiñán y otro pariente, más joven, don Alonso Riquelme de Guzmán. Vienen, también, el factor Pedro Dorantes, diestro y valeroso capitán, los capitanes Juan Camargo, de Almodóvar del Campo, Ñuflo de Chaves, de Trujillo, mi señor hermano Ruy Díaz Melgarejo, y, para ser breve, don Alonso Fuentes, hijo de un caballero veinticuatro de Jerez, don Francisco de Espínola, hijo del alcaide del castillo de Sanlúcar, don García Rodríguez de Vergara, hermano de fray Domingo de Sotomayor, confesor de la Serenísima Emperatriz, Diego de Mendoza, maestresala de don Alvar, quien piensa poner casa

digna de su alcurnia, el escribano Martín de Orúe de Ochoa y Agüero, y otros que por el momento se me escapan.

Como el tiempo era la mercancía más abundante y barata en la Asunción, pidiéronle luego que contara los detalles de su largo viaje por tierra.

DON FRANCISCO ORTIZ CONTINUA

Y don Francisco Ortiz de Vergara les contó gustoso lo que abreviadamente se leerá en seguida.

Antes de salir de la isla de Santa Catalina, tratando de asegurar lo mejor posible el buen éxito de tamaña empresa, Alvar Núñez Cabeza de Vaca mandó al factor Pedro Dorantes, — deudo de su antiguo compañero de penurias, calamidades, proezas y milagros en la Florida, — para que descubriese y allanase el camino por tierra firme.

Mientras aguardaba su regreso, el señor Adelantado acopió vituallas, tomó a su servicio muchos indios auxiliares para que cargaran con ellas y distribuyó a cada uno de los soldados cuatro libras de hierro que les serviría, trabajado en una fragua portátil, para hacer trueques y rescates y obtener comida en el largo trayecto: llevarían diez y seis quintales de hierro, de manera que los soldados iban todos cargados, pero en cambio los indios, que hubieran robado el hierro, a confiárselo, transportaban a hombro el resto de la impedimenta y la fragua misma.

Dorantes regresó a los tres meses y medio, dando las noticias más satisfactorias de su expedición de descubierta: había salido hasta los rasos y los pinares, encontrado muchos indios y trabado amistad con ellos, de manera que se podría marchar en paz y seguridad, y obtener bastimento donde lo hubiese.

Alvar Núñez salió de la isla de Santa Catalina el 18 de octubre del año anterior de 1541, mandó a don Pedro de Estopiñán, su primo, que con las ciento cincuenta personas menos aguerridas siguiese por mar a Buenos Aires, y el 2 de noviembre — primer aniversario de su salida de Cádiz — se puso en marcha por tierra, dirigiéndose al río Itapuay, actualmente llamado Tamandary o Tubaras, que remontó parte de la gente en canoas, el resto, con veinte caballos y algunos indios, por tierra, hasta que unos y otros se reunieron en un puerto, para seguir por entre aspérrimos bosques, en los que era preciso abrirse paso a fuerza de hacha y machete...

Más de cincuenta días tardaron en alcanzar la región alta, donde encontraron vastos campos férciles, indios mansos que, generosamente recompensados por Alvar Núñez, quien, gracias a sus largas y dramáticas expediciones en el norte sabía tratar con los naturales y hacérseles propicios, les proveyeron de caza y de algún grano, legumbres y frutas silvestres, con lo que pudieron todos descansar de sus fatigas y reponerse un tanto. En marcha otra vez, los esforzados españoles que así atravesaban un país desconocido, casi desierto y sin

recursos, realizando hazañas que hoy parecen fabulosas, llegaron tras largas jornadas al río grande o Iguazú, así llamado por los indios a causa de su longitud y su caudal. Los innumerables meandros de este río les opusieron tres veces el obstáculo de su profundidad y su tumultuosa corriente, pero los conquistadores traspusieron también tres veces la movediza y temible barrera.

El hambre les acechada a cada paso, la sufrieron a menudo, y en ocasiones tan cruelmente que el mismo Adelantado tuvo que aplacarla con gusanos blancos encontrados en el interior de unas cañas llamadas tacuaras por los indios. Muchos enfermaron de fatiga y privaciones, pero afortunadamente se llegó a las riberas del río Satibajiba, donde vivía el cacique guaraní Abapayé, con su pueblo bien abastado de comestibles. Armóse allí la fragua, y los herreros no se dieron punto de reposo en la fabricación de hachuelas, cuñas para rajar troncos de árboles, escoplos, cuchillos y agujas, herramientas desconocidas de los indios, que sólo las tenían de piedra o de espinas de plantas y pescados, como los anzuelos que, aunque toscos, por ser de hierro, tenían para ellos más valor que una alhaja.

Con estos rescates y los abalorios que llevaban a prevención, obtuvieron cuanto bastimento necesitaban, y despidiéndose con afecto de Abapayé y sus indios, siguieron viaje hacia occidente, en demanda del río Uruguay. En el camino volvieron a encontrar tribus de guaraníes que les acogieron bien y rescataron con ellos, hasta que, tras muchas

jornadas por tierra áspera y montuosa, indecibles trabajos, largos y forzosos ayunos, alcanzaron el río Pepirí Guazú, o río de los juncos, donde les pareció conveniente descansar y armar de nuevo la fragua de los rescates, pues en las inmediaciones había indios bien provistos de granos y otras viatuallas.

Alvar Núñez despidió entonces a los indios que le habían acompañado desde la costa del Brasil, contando con que los guaraníes del Pepirí le ayudarían en el resto del viaje.

En veinte nuevas jornadas pusiéronse en la orilla del río Paraná, treinta leguas más abajo del Iguazú, y alzaron los brazos al cielo en acción de gracias considerando que habían llegado, casi, al fin de sus fatigas. Los indios ribereños les informaron, en efecto, de dónde estaban los otros españoles. Alvar Núñez pudo hacer que los enfermos e impedidos se embarcasen en canoas y en balsas, y los mandó con Ñuflo de Chaves y Felipe de Cáceres para que entraran por agua en el río Paraguay y lo remontaran hasta la Asunción.

Después de rescatar bastimento con los productos de la fragua, siguieron hacia occidente hasta el río Monday, cortaron hacia la sierra de Ibitiruzú, cuyos habitantes les recibieron con amistad, y llegados al pueblo de Acay, Alvar Núñez destacó a Ortiz de Vergara y su escolta para que llevase cartas al teniente gobernador Domingo Martínez de Irala, anunciándole su próximo arribo a la Asunción.

Supieron así que el nuevo Adelantado de las Pro-

vincias del Río de la Plata, no pisaba por primera vez las tierras americanas, y que sus anteriores empresas le habían dado experiencia suficiente para conducir la expedición por los desiertos, las montañas, las tribus de salvajes desconocidos y a menudo enemigos, los ríos torrentosos y casi infranqueables, los mortíferos esteros, las selvas sombrías y amenazadoras, bajo la perenne amenaza de la flecha del indio, del hambre y de la sed, en un trayecto de ciento cincuenta leguas a vuelo de pájaro, convertidas por los rodeos en mucho más de trescientas.

Era Alvar Núñez Cabeza de Vaca nieto de don Pedro de Vera, famoso en la Gran Canaria por su inclemencia y su denuedo, e hijo de don Francisco de Vera y doña Teresa Cabeza de Vaca, cuyo apellido tomó. Don Pánfilo de Narváez, malaventurado antagonista de Hernán Cortés, que de su lucha con el conquistador de Nueva España salió derrotado, tuerto y preso, habíale llevado, muy joven aun, como tesorero de Su Majestad, en su no más dichosa expedición a la Florida, cuando buscaba el Dorado. La entrada fué un desastre. Don Pánfilo quedó casi sin un hombre, diezmada su gente por los indios y por toda especie de calamidades.

Del grupo de Alvar Núñez Cabeza de Vaca sólo escaparon él, sus compañeros Alonso Castillo y Andrés Dorantes y el negro esclavo Estebanico. Pero ellos también habían estado a dos dedos de la muerte. En manos de los « caribes » y cuando ya se preparaban al suplicio, Alonso Castillo tuvo la fe-

liz inspiración de improvisarse médico y brujo, y la suerte inaudita de curar a un indio enfermo con pases y palabras, a la manera de los encantadores del país. Perdonósele la vida y dilatóse con esto el suplicio de sus compañeros. Pero la fortuna quiso que Alvar Núñez realizase, en el ínterin, una hazaña todavía más grande, resucitando a un muerto con sólo tocarle y hacer sobre el cadáver la señal de la cruz. «*Y estando Cautiuo de aquella gente barbara fué Dios seruido de obrar por él Tales milagros, que sanaua los Enfermos y daua bista a los siegos; tanuien rresuscitó Vn muerto con la fee de sus palabras Con solo ttocarle y diciendo: En el nombre del Padre, y del hijo y del espíritu Santo. Con que vino a tanto Crédito y estimación que los naturales le tenían por Santo, a quien elijieron por su Capitan, y de Cautiuo fué dado por libre, y de esclauo hecho señor. El qual Visto su poderío determinó atrauessar muchas leguas de tierra desde aquella Provincia hasta la nueua españa donde auía ya españoles. Y salido con su Empresa llegó a la Ciudad de México al Cauo de Diez años de Peregrinación y Captiuerio, sin que en todo este tiempo Vbiesse perdido la letra Dominical, ni la quenta de los días del Calendario, que fué obseruancia de gran memoria y christianidad. De donde se embarcó para Castilla...*» Así reza Ruy Díaz de Guzmán. Los indios pagaron a Castillo y a Núñez sus curas milagrosas con seras de tuna, y les otorgaron la vida de Andrés Dorantes y el negro Estebanico, sus últimos compañeros supervivientes. Alvar Núñez fué o no fué nombrado capi-

tán por los salvajes, — que en esto no andan de acuerdo las historias ni se afirma en sus Comentarios, — pero la verdad es que los cuatro pudieron regresar a España, y que Núñez obtuvo el Adelantazgo del Río de la Plata, como Ortiz de Vergara lo contó aquella tarde.

Un Adelantado santo y con el don de hacer milagros es todo cuanto puede apetecerse para el gobierno de una Provincia, y aun de un reino entero, y era de esperar que el de Alvar Núñez Cabeza de Vaca sería dechado de justicia, de paz, de bienandanza. Pero los conquistadores ríoplatenses no conocían su virtud, y por lo tanto para venerarle y acatarle sumisos y obedientes, faltábales la fe...

COMENTARIOS APASIONADOS

La llegada de un hidalgo español con su pequeña escolta de cristianos y su séquito de indios, había alborotado a los habitantes de la Asunción, soldados, clérigos y paisanos, harto escasos de novedades, aparte las interminantes alarmas provocadas por los salvajes, y los pequeños y vulgares incidentes de la vida ordinaria. Aquél era un acontecimiento de bulto, por sí mismo, y a todos parecía anunciador de otros mayores, como que ya se había propalado la noticia, dada en Buenos Aires por los indios, anunciando la presencia de gran número de españoles en la costa del Brasil.

No hubo que batir tambores ni echar campanas a vuelo para que todo el mundo acudiera presuroso al gran espacio libre que se arrogaba los honores de plaza pública, y mientras el capitán Vergara, el clero, los oficiales reales y los principales de la ciudad rodeaban y agasajaban a don Francisco Ortiz de Vergara, soldados y paisanos se disputaban los miembros de la escolta, porque todos querían ser los primeros en saber las nuevas. Cada

uno de los cuatro acompañantes de don Francisco se vió, en un decir Jesús, apretado por un grupo ardiente de curiosidad, y atosigado a preguntas sin orden ni concierto, hechas por varios a la vez, pese a sus ruegos de que le dejaran respirar y contestar despacio.

El andaluz Diego Delgado y su grupo habían acaparado a Pedro de Peralta, castellano viejo, quien les informaba gravemente, con voz sonora y profunda que parecía salirle de lo más hondo de las entrañas. Los otros tres, — Antonio Navarrete, Cristóbal Bravo y Pedro de Esquivel — eran presa del grupo de los vizcaínos y los cordobeses y de los que formaban los demás españoles, mientras que los extranjeros, Rolando Blasius, Hans Schneider, Ulrico Schmidel, Jacques de Ramua, Simón Richarte y Juan de Rute, salidos del Norte de Europa, de Flandes, Alemania o Inglaterra, Pozzobinello, Vivaldi, Centurione, Ischia, Gambarruta y otros italianos, así como los numerosos portugueses, trataban de mezclarse en uno u otro corrillo, y pasaban del uno al otro para satisfacer también, en lo posible, su natural curiosidad. Ni faltaban tampoco las mujeres, pues en el primer momento, y abandonando las domésticas faenas habían acudido todas, desde doña Isabel de Guevara hasta la Maldonada. La misma doña María de Angulo, esposa o compañera de don Francisco de Mendoza, tan recatada y retraída siempre que sólo se la veía en misa y en las grandes solemnidades religiosas, había roto por esa vez con sus costumbres, tanta importancia se daba a la venida

de los nuevos conquistadores. Numerosas indias y no pocos indios, callados y misteriosos, insinuándose curiosamente entre los españoles, que a cada momento tenían que apartarlos y ahuyentarlos de mala manera, — con la voz, los puños y el pie — contribuían a engrosar aquella, para la Asunción de entonces, verdadera muchedumbre.

Pero los de la escolta tenían hambre, como buenos viajeros al terminar la jornada, sed como buenos soldados en toda ocasión, y deseos de tenderse y descansar después de tanta andanza, como cualquier hijo de vecino. Y aquí hubo nueva disputa sobre que cada cual quería llevárselos a su choza, tuviera o no comodidad y provisiones, haciendo alarde de su natural hospitalaria largueza. Habían relatado, con revuelta y confusa abundancia, correspondiente a la multiplicidad e incoherencia de las interrogaciones, cuanto con mayor claridad y orden sabemos ya por boca de don Francisco Ortiz, de manera que los curiosos podían permitirles descansar, guardando para mejor ocasión los muchos sobrantes insaciados de su curiosidad.

Retirados los de la escolta volvieron a agruparse los conquistadores, siguiendo sus inclinaciones y sus costumbres de compañerismo, para comentar los sucesos del presente, y tratar de inducir los del futuro, que tanto interesaba a todos.

— ¡Vaya una manera de venir en nuestro socorro! — exclamó Diego Delgado, en medio de sus camaradas.

— ¡Por qué lo dices? — preguntó Jácome Cobo.

— ¡Pero no ves, mentecato, que se llegan con

las manos vacías, y hambrientos, que hasta gusanos han comido? ¡Eramos pocos y parió la abuela!

— No olvides ¡voto va! que por Buenos Aires viene otra gente en una nao, y que ésta ha de traer bastimento y cuanto necesitamos de ropas y herramientas, — dijo roncamente Antón Martínez, acariciando el matorral de sus barbas. — ¡Una higa para ellos, si así no fuera, vive Dios!

— Ese don Alvar, el nuevo Adelantado — observó Jácome — es, ya lo habéis oído, un santo varón, cristiano viejo, buen soldado, que ha corrido muchas tierras, visto mucho mundo y que parece muy capaz de realizar nuevas hazañas como las que acaban de contarnos de la Florida.

— ¡Bonita hazaña la de salir por puertas, desnudo y sin gente! — exclamó el moruno Rodrigo de los Ríos. — ¡Los milagros que ese haga que me los claven aquí!

— Lo que yo siento — tronó Martínez — es que se haga tan gran tuerto a nuestro capitán Vergara, quitándole el gobierno, porque se lo quitarán ¡voto al chápiro! ¡qué duda cabe?...

— ¡Y adiós entrada a los metales! — agregó Jácome.

— Eso no, — replicó Diego, — pues en la Florida don Alvar anduvo en busca del Dorado ¡como si estuviera allí! y no dejará de correr a descubrirlo cuando sepa que le tenemos tan próximo. No quita que me duela el cambio, porque el capitán Vergara es mi hombre.

— Pero ¡qué quieres! «Probe» es, ¡Dios de Dios! y no tenía ni tiene el primero de los ocho mil

ducados que el Cabeza de Vaca se gasta en la jornada, según la capitulación con S. M.! — dijo Antón. — El « probe » ¡voto a sanes! es como el alma de Garibay, que ni el diablo la quiso!

— Pues pobre y todo, yo con él me iría, — dijo Delgado — y para mi santiguada que no tardará mucho el capitán Vergara en volver a mandarnos, si es que hay justicia y no se quiere que todos salgamos al gallarín.

— ¡Que Dios te oiga y el pecado sea sordo! — murmuró Jácome.

— ¡Nora en tal los intrusos, voto a sanes!

— ¡Tú lo has dicho, Antón! — aprobó Delgado. — ¡Intrusos y usurpadores nada más! ¡No, si no tienen sino que venirse a cosechar de bóbilis-bóbilis lo que nosotros hemos sembrado! Vengan en buen hora, si quieren, a ayudarnos, pero no a gobernarnos, que si pueden servir para que con ellos metamos en vereda a los salvajes, por San Isidoro mi patrón, que están de más para mandarnos y ponernos el pie encima.

— Nuestra es la tierra ¡voto a bríos! ¡y la hogaza no es harta!

— ¡Chitón, que se acerca la vulpeja! — dijo el moro.

— ¡Quién, dices?

— Garduña.

En efecto, el escribano Pero Hernández se dirigía hacia ellos después de haber atisbado lo que pasaba entre los jefes y lo que se hacía y decía en los otros córtillos.

— ¡Oxte! — murmuró Jácome. — ¿A qué vendrá esta estantigua, roedora de zancajos?

— Pues a tratar de hacerse plato con los nuestros — contestó Delgado, riendo.

— ¡Mala landre lo coma, pecador soy yo a Dios! — exclamó Cobo.

— ¿Por quién decís eso, hermano? — preguntó Pero, que llegaba.

— Por un tocho que yo me sé y anda a la husma.

— Si es por mí, rijoso estáis, compadre, en demasía.

— No es por vos.

— Será por el que viene a hacer que acabe el bureo y que estas tierras no sigan siendo tesoro de duendes, ¿eh? Espero en Dios que a ciertos malandrines harto hechos a garbear se les acortará la jáquima, de modo que ya no les valga maña.

— Ya se apresta el pendolista a hacer el buz al señor nuevo, como, a dejarlo él, lo hubiera hecho a nuestro teniente gobernador — zumbó Delgado.

— Poca manderecha tendría — replicó Pero — si mi don Alvar Núñez, que Dios guarde muchos años, me dejara tan embarazado y asendereado como ese pelón de capitán Vergara, tan encambornado hasta hoy, como estará de humilde y astroso mañana.

Los cuatro amigos se limitaron a reír, encogiéndose de hombros.

— Ahí le duele — dijo por fin Rodrigo de los Ríos.

— Y podéis decirlo bien alto, pues el tal Vergara o Irala, que Dios confunda, me ha hecho la mayor

sinjusticia, dejándome de lado y a diente, mientras ensalzaba a otros escribanos que no merecían descalzarme, como el zoquete de Valdez de Palenzuela.

— ¡Papadlo vivo a ese, si queréis, que al fin él también es escribano! — exclamó Delgado. — Pero dejadlo tranquilo a nuestro capitán Vergara, que harto condescendiente ha sido al no hacer que se os acaricie a redropelo, brumándoos las costillas!

— ¡Haya paz, por los clavos de Cristo! — dijo Jácome. — No está bien andar a la greña antes de saber lo que nos espera mañana, que quizá sea argado sobre argado, porque hasta hoy nadie ha echado un clavo a la rueda de la fortuna, ni nosotros con nuestras espadas, ni el seor escribano con su letra menuda.

— ¡Voto al chápíro verde! Pero tú mismo... — comenzó Antón Martínez encarándose con Jácome.

— «Mea culpa»... Erré y lo confieso. No sé qué mosca me había picado, porque yo, de mí, soy humilde y poco amigo de cuentos, tan cierto como la muerte que debo a Dios.

— Bien está, hermano — dijo Pero — que más es hoy día de fiesta y regocijo que de pendencia... Veréis, veréis como con el nuevo general se acaban nuestros males y empieza el siglo de oro para los conquistadores.

— Y yo digo ¡toño! que los viejos, como nos des-cuidemos y no pongamos ojo en la molienda, vamos a quedar como el gallo de Morón, cantando y sin plumas, por mejorar a los novatos! — concluyó Rodrigo, con más calma que antes, haciendo

un guiño a los camaradas para que tuviesen la lengua. — Don Alvar será un santo, no lo pongo en duda; pero atenderá primero a los suyos que no a los ajenos, a los que trae consigo que no a los encontrados aquí. Es ley de Dios que unos sean hijos y otros entenados en este pícaro mundo, y hay que conformarse, por bien de paz.

— Amén! — exclamó Cobo.

— Aquí tenemos a Chimidez — dijo Delgado, viendo que el bávaro se acercaba con intención de agregarse al corrillo.

— ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué decís los de Ali-maña y los de Flandes, gotferdón? — exclamó Antón Martínez, que también sabía jurar a la flamenca, por haber ido en un tercio a los Países Bajos.

— Ticen, — contestó Schmidel — ticen que no esdán mucho condendos que nuestro capitán Martín Doménigo no siga en la gubernación del Paraboe, porque no conocen a ese Albernuso Capesa de Faja, que fiene ahora del Presél...

Y los comentarios siguieron por este estilo, demostrando, en todos los grupos, la sorda hostilidad de los primeros ocupantes contra los recién venidos, los intrusos, los usurpadores quizá. Sólo algunos que, como Pero Hernández, no habían estado en predicamento con el capitán Vergara, demostraban — pasado el primer entusiasmo general que suscitara una novedad tan considerable — el júbilo de quienes, tras larga noche, ven los albores de un día que esperan y se imaginan luminoso y feliz. Estaban de plácemes, entre otros, no muy numerosos, a decir verdad, en primera línea

Juan de Sotelo y García de Jaén, los dos únicos amigos — si hombres de ese jaez pueden tenerlos — de Pero Hernández el escribano, con quien eran uña y carne — más uñas que carne, decían las malas lenguas, — y en seguida Rodrigo Gómez, maltratado por Juan de Ortega cuando el desamparo de Buenos Aires; Francisco Pérez, a quien el mismo capitán Vergara había sacudido el polvo; Francisco Jiménez, que tuvo con éste una cuestión de faldas... o de pampanilla; Francisco Sepúlveda, que andaba siempre a la greña con todo el mundo y que acabó por matar a una de sus propias hijas; el herrero Miguel Manzanero y el armero portugués Diego Correa, que no se habían sentido suficientemente sostenidos en sus derechos por el teniente gobernador; el jerezano Francisco Peralta y Antón Martín Castillo, por causas desconocidas, y — por celos de los frailes amigos de Irala — los clérigos Escalera, Luis de Miranda, Martín González de Fonseca el canario, y algún otro. Había también quienes, sin abrir juicio, estaban prontos a obedecer a la autoridad, cualquiera que ella fuese, como el viejo, aguerrido y disciplinado capitán Juan de Salazar de Espinosa, que nació para obedecer y ser obedecido.

Así, desde el simple anuncio de la llegada de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, dos bandos comenzaban a diseñarse entre los conquistadores del Río de la Plata; dijérase que nacía una autonomía, una nacionalidad...

LA RESIGNACION DEL MANDO

Entretanto el capitán Vergara no perdía su tiempo. Después de alojar tan decorosamente cuanto era posible al capitán Francisco Ortiz, y de atender al agasajo de la escolta, apresuróse a convocar a los notables para deliberar sobre la nueva situación. Como varios estaban con él y los demás muy cerca, no tardaron en reunirse las autoridades eclesiásticas con el padre Francisco de Andrada y fray Juan de Salazar a la cabeza, los oficiales reales Alonso de Cabrera y García Venegas, nuevo regidor, su viejo compañero el capitán Juan de Salazar de Espinosa, el alcalde Pero Díaz del Valle, el alguacil mayor Juan de Ortega, el caballero don Francisco de Mendoza y demás prohombres de la ciudad y provincia.

El capitán Vergara tenía ya hecha su composición de lugar y adoptada su regla de conducta, pero como cuadraba a su carácter, tan reservado como resuelto, se guardó de comunicarlo a nadie. Nunca tuvo confidentes. Pero deseaba conocer la opinión de los demás para obrar en consecuencia y

estaba obligado a reunir consejo antes de tomar resolución alguna.

Una vez reunidos díjoles, pues, lo que ya sabían y les invitó a exponer sus pareceres que — agregó — no podían discrepar mucho del suyo propio.

Los sacerdotes opinaron que era necesario someterse sin discusión a cuanto ordenara S. M., pues esto redundaría en bien de Dios nuestro Señor, de la Provincia y de sus habitantes, cristianos e infieles; nada podía venir del rey que no fuese justo y equitativo.

El inquieto Cabrera, pareciendo abundar en la misma opinión, objetó sin embargo que nadie conocía los títulos de Alvar Núñez Cabeza de Vaca; que según el mismo Ortiz de Vergara el Adelantazgo se le había concedido condicionalmente y que faltaba examinar a fondo esas condiciones, antes de rendirle pleito homenaje; triste cosa era, en verdad, que los viejos conquistadores debieran someterse a un gobernante que no había adquirido méritos en la Provincia, y que no había prestado los servicios del más insignificante de entre ellos...

Salazar de Espinosa dijo sencillamente que, una vez examinados los poderes de Alvar Núñez, y si éstos venían en forma, no restaba otro camino que el de reconocerle y acatarle por gobernador de la Provincia, como lo exigía la lealtad al soberano y como lo habían dicho muy bien el padre Francisco de Andrada y fray Juan de Salazar; él también veía con pena que se dejara de lado a los viejos servidores, pero así había sido siempre, porque

los grandes han nacido para mandar y los chicos para obedecer.

Juan de Ortega refunfuñó su descontento, dando a entender que no le desagradaría la resistencia, pero el capitán Vergara puso fin al cambio de pareceres diciendo cuanto del suyo le convenía.

—Lo más derecho es, por lo pronto, que vaya una embajada nuestra a saludar al nuevo Adelantado en nombre de los que aquí estamos y de los demás conquistadores. Esta embajada demostrará nuestra lealtad y nuestro deseo de servir fielmente al rey nuestro señor y a quienes nos envía para que le representen, cosa muy puesta en razón y que no hará sino mejorar nuestras futuras relaciones. Iría yo mismo, si no fuera más acertado aguardar en mi puesto al que ha de sucederme, como hace todo buen soldado, que espera el relevo y no va a buscarle. Si, como no lo dudo, Alvar Núñez es Adelantado legítimo y no antojadizo, él mismo se apresurará a mostrarnos las cédulas reales que lo consagran. Si no las mostrase, sería de nuestro deber exigirle que lo hiciera... Señor vecedor Cabrera, suplico que os encarguéis de esa misión vos y los capitanes Salazar de Espinosa y Juan de Ortega.

Luego, a solas con Cabrera, dióle sus instrucciones confidenciales: era preciso conocer en lo posible los propósitos del Adelantado, saber las ideas que le animaban, los proyectos que traía y, sobre todo, conseguir que los antiguos conquistadores encargados del gobierno de la República no vieran menoscabada su influencia ni suprimido su poder.

Alvar Núñez venía con mucha gente nueva, bien nacida, mejor protegida y, a no dudarlo, ambiciosa, cuyo mayor conato sería substituirse a sus predecesores, que eso está en el humano corazón. Surgió, mas que dijo, que si no se retardaba el encumbramiento de los nuevos, si los antiguos conquistadores desaparecían de la escena desde el primer instante, no les quedaría a éstos más recurso que el de mostrar su descontento y conspirar, sin grandes probabilidades de éxito... mientras que, permaneciendo en el poder, directa o indirectamente, durante algún tiempo, luego resultarían inmovibles.

Ocupáronse los embajadores de los preparativos de la partida y en ello estaban cuando, noticioso de la misión, Ortiz de Vergara pidió venia para acompañarles. Objetáronle su natural cansancio después de viaje tan penoso, a lo que él replicó:

— Tal ha sido mi gusto de encontrarme entre vosotros, llegado al término de la jornada, que mi fatiga ha desaparecido por ensalmo. Ahora, ir hasta el real me parecerá paseo y recreación.

Irala halló natural el pedido de Ortiz, y provechosa su presencia en la embajada:

— Así podréis decir al Adelantado, con ánimo imparcial, el júbilo con que en la Asunción se ha recibido la nueva de su feliz llegada, — dijo Irala, con oculta ironía.

Partieron los embajadores muy de madrugada, vestidos con sus más galanas ropas, que hubieran parecido andrajos en la Corte, montando los caballos mejor plantados y briosos que restaban en la

Asunción, acompañados por una pequeña escolta de hombres de armas y otra más numerosa de indios, agregada ésta para mayor pompa y lucimiento de la comitiva y para presentar al Adelantado una prueba de la sumisión de los salvajes.

La Asunción quedó revuelta con la novedad de la embajada, del próximo arribo del Adelantado y de los nuevos acontecimientos que no podían dejar de producirse. Todo eran conjeturas y proyectos, temores y protestas de los bien colocados, esperanzas y regocijos de los olvidados o desdeñados. Muchos seguían hablando de Alvar Núñez como de un intruso que iba a despojarles o por lo menos a turbar su tranquilidad; los menos veían en él un salvador que restablecería el reinado de la justicia, es decir, su personal encumbramiento. Francisco de Villalta y otros, como Pero Hernández, daban gracias al cielo de que el gobierno del capitán Vergara hubiera terminado, y se preparaban a malquistarle con Alvar Núñez, rumiando informes perjudiciales a su buena fama, para que no conservase un átomo de su antiguo poder. Irala, entretanto, se veía asediado por sus numerosos amigos, deseosos de saber lo que pensaba y los proyectos que tenía; pero se mostró impenetrable, limitándose a aconsejarles con gravedad, pero sin calor, que recibieran al Adelantado lo mejor posible y le hicieran todas las demostraciones que por su alto cargo le eran debidas.

A poco volvieron los embajadores, anunciando que Alvar Núñez se aprestaba a seguirles y que en breve estaría en la Asunción.

Irala se encerró con el veedor Cabrera.

— ¿En qué disposición habéis hallado a Cabeza de Vaca? — le preguntó.

— Se muestra muy descontento con el abandono de Buenos Aires, a cuyo puerto atribuye ilusoria importancia. Dice que la despoblación fué un error, y que piensa dedicarse a corregirlo. Por otra parte viene lleno de planes cuya realización tendría la virtud de descontentar a todo el mundo, empezando por nosotros. Quiere hacer del Río de la Plata una especie de Arcadia, en que nadie sea desgraciado ni pobre y nadie demasiado feliz ni demasiado rico, y esto sin menoscabo de la jerarquía. Se ha forjado de los indios una opinión insensata: dice que no hay que tratarles como acémilas, ni siquiera como esclavos, sino con humanidad y como aliados y amigos, instruyéndolos sobre todo en nuestra santa religión, recompensando generosamente su trabajo y dándoles el ejemplo de la honradez y la virtud. Es hombre, en fin, que, si se le deja, lo trastornará todo en la Provincia y hará la vida imposible a los conquistadores.

— ¿Pero tiene energía suficiente para poner en planta proyectos de tal magnitud? — preguntó el capitán Vergara.

— Para mí, — dijo Cabrera, — es uno de esos que, según el humor, tan pronto son duros y rígidos como el hierro, tan pronto blandos y dúctiles como la cera, capaces un día de mostrar entereza, hasta heroísmo, y el otro flaqueza y marasmo. Bien he podido verlo en su conducta con los franciscos fray Bernardo de Armenta y fray Alonso Lebrón,

que ahora están en predicamento con él, quien ayer les reprendía y amenazaba y mañana volverá a hacerlo, si el viento de sus voluntades se torna para ese lado. Y, sabed, pues os conviene saberlo, que esos dignos frailes no perdonan a Alvar Núñez lo que ellos llaman sus malos tratos — que consisten en no dejarles cometer desafueros — y que están muy dispuestos a ir contra él si la ocasión se presenta, pues no son hombres de olvidar un desguisado aunque después vengan caricias y zalemas.

— Habrá que ponerles de nuestra parte, por lo que pueda acontecer — pensó Irala, que agregó en voz alta: — Pero nada me habéis dicho, don Alonso, de las intenciones del Adelantado acerca de nosotros.

— Parécenme buenas — contestó el veedor — y mejores desde que yo le he hablado en ello. Piensa el mayor bien de vuestros méritos y os diputa por hombre utilísimo, de quien habrá de servirse en término primero y principal, y dice que su propósito es mantenerse en un todo de acuerdo con nosotros, los oficiales reales, pues en ello va el buen orden y la felicidad de la Provincia. Sin embargo, como me parece, ya lo he dicho, hombre mudable y tornadizo, no será malo estar en guardia.

— Ello dirá — exclamó Irala. — Entretanto, recibamos como se debe al señor Adelantado y... tiempo al tiempo.

... Y Alvar Núñez Cabeza de Vaca entró en la Asunción el 11 de marzo de 1542 a las 9 de la mañana y fué recibido con gran pompa a la puerta de la Casa Fuerte por el capitán Vergara, los ofi-

ciales reales, los sacerdotes, los capitanes y el pueblo entero, que le vitoreaba y fraternizaba con los recién llegados, en cuyos rostros veíase aún la mal borrada huella de sus fatigas y padecimientos. Pero más que el nombre del Adelantado, oíase en los vítores otro muy distinto y muchas veces repetido:

— ¡Viva el capitán Vergara! ¡Viva el capitán Vergara!

— ¿Quién es ese capitán Vergara tan aclamado? — preguntó Alvar Núñez en quien aquellos gritos habían acabado por despertar curiosidad.

— Es el mismo capitán Irala, señor, — contestó Salazar de Espinosa.

— ¡Ah! — exclamó Alvar Núñez, mientras una nube pasaba por su frente.

Hubo solemne acción de gracias en la iglesia y luego besamanos, plácemes, parabienes, mientras llegaba la hora de la comida, dispuesta en la Casa Fuerte, donde se habían preparado también los aposentos provisionales que ocuparía el Adelantado, mientras se le edificaba una casa más conveniente y a su gusto. Como el capitán Vergara lo había previsto, Alvar Núñez se apresuró a darle a conocer, lo mismo que a los oficiales reales y a los sacerdotes, los documentos que le acreditaban como Adelantado y que eran de indisputable autenticidad. En seguida confirmó en sus puestos a cuantos tenían algún cargo en la ciudad, así como a los capitanes, de lo que todos los confirmados recibieron gran satisfacción y los ambiciosos que pensaban substituirles no poco descontento.

— ¿Quién de vosotros — dijo luego Alvar Núñez — es el hidalgo don Francisco de Mendoza?

— Yo — contestó don Francisco, llevando la diestra al pecho; — yo, que me complazco en ponerme a las órdenes de Vuestra Señoría, como el último de sus criados.

— Vuestro continente basta para comprender cuánta razón asistía a Su Majestad el rey, nuestro señor, cuando os recomendaba a mí como un soberano puede recomendar, es decir, mandando. Una recomendación, un deseo de su sacra cesarea majestad es siempre una orden, pero en este caso es un favor que me hace. Soy vuestro amigo, don Francisco.

— Y yo vuestro amigo y criado, excelentísimo señor.

— ¿Qué deseáis? Mandadme.

— Estoy contento con mi suerte.

— Yo pensaré por vos. Entretanto, vedme a menudo, pues desde hoy os considero deudo mío.

— Dios os lo premie.

— En cuanto a Vuestra Merced — agregó Alvar Núñez dirigiéndose al capitán Vergara — espero recibirá gustoso de mis manos el cargo de maestre de campo, que si no es tal como los merecimientos de Vuestra Merced podrían justamente pretenderlo es, por lo menos, el de más confianza y autoridad después del que yo mismo debo a la gracia de S. M., ya que no a mis títulos.

— Vuestra Señoría encontrará en mí un leal servidor y un criado agradecido y obediente.

— No un criado, sino un amigo y un hermano

es lo que deseo hallar en vos, don Domingo. Dadme los brazos — dijo Alvar Núñez, abriendo los suyos.

Abrazáronse los dos caudillos con gran aplauso de los que a la escena asistían, y todos juzgaron por selladas para siempre la paz y la fraternidad entre ellos.

Sólo Cabrera, formando grupo con los padres Armenta y Lebrón decía por lo bajo:

— Cosas veredes, el Cid...

VI

INTERMEDIO BIOGRAFICO

Trágica era la historia del hombre a quien Alvar Núñez tratara desde el primer día con tan grandes consideraciones por expresa recomendación del monarca. Puede leerse en un códice que, al parecer, data del siglo xvii, pero que algunos eruditos consideran simple reconstrucción hecha, no sin cierta habilidad, en nuestros días.

La primera parte de ese curioso relato va en seguida. La segunda y última, obedeciendo al orden cronológico, figurará en el sitio correspondiente. El códice reza así:

HISTORIA DE DON FRANCISCO DE MENDOZA

(Sacada de un códice del siglo xvii)

PRIMERA PARTE

Don Francisco de Mendoza, caballero y gentil-hombre del rey Carlos Primero de España y Quinto de Alemania, y mayordomo que fué de Su Majestad Maximiliano I, rey de Romanos, abuelo de aquel invicto soberano, habíase casado años antes del comienzo de esta verídica historia con una da-

ma principalísima, muy joven y de singular hermosura, llamada doña Inés de Mena. Vivían ambos en Madrid, con toda la grandeza y el fausto que pueden procurar la hacienda crecida, la buena fama, los muchos y encumbrados parientes y amigos y el favor del rey, cuando, para hacer más completa la felicidad de los esposos, doña Inés dió a luz un hijo, a quien pusieron por nombre Carlos, en honor del monarca.

Lleváronle a la pila bautismal el padre Luis de Carranza, capellán de don Francisco y confesor de su esposa y doña Mencía de Aguilar, dama de la Serenísima Emperatriz. Algo dió que hablar el padrino del padre Carranza, pero tal elección se achacó generalmente a la gran piedad de la señora y al amor de don Francisco que no tenía más voluntad que la suya, y las malas lenguas acabaron por guardar silencio.

No tardó la puérpera en abandonar el lecho, más hermosa, si cabe, que antes del alumbramiento, y marido y mujer reanudaron el hilo de su dichosa existencia, frecuentando de nuevo la corte, cosa que ambos hacían como quien cumple un honroso aunque pesado deber, pues el mismo Mendoza gustaba del retiro y la dulce paz doméstica, aunque fuera naturalmente ambicioso, y un si es no es soberbio.

Así vivían, de todos envidiados, cuando cierto caballero, que demostraba ser grande amigo de don Francisco, hombre maduro ya pero a quien la fama de aventuras y triunfos amorosos conservaba cierto falso brillo juvenil, requirió a doña Inés de

amores, valiéndose de la franca entrada que en su mansión tenía. La dama no le prestó oídos y varias veces le rechazó indignada, amenazándole con desenmascararle ante su confiado y traicionado amigo. Don Jaime de Villarroel, que así se llamaba el despechado amante, pidió perdón por su audacia, prometió acallar su amor, ya que nunca podría sofocarle, y siguió como hasta entonces frecuentando la casa de don Francisco de Mendoza, que nunca sospechó de él.

Pero los desdenes de la dama trocaron para don Jaime el amor en celos y la buena voluntad en propósitos de venganza. Solapadamente púsose a observar todos los pasos de doña Inés, convencido de que, tarde o temprano había de encontrarla en falta, por ciertos indicios en que hasta entonces no había reparado. En el abandono de la intimidad, don Francisco de Mendoza le había dejado adivinar, sin quererlo, que estaba quejoso de la frialdad de su esposa, quien nunca correspondiera a sus apasionados transportes, cumpliendo con cierta displicencia los deberes conyugales. La misma o mayor frialdad habíale demostrado a él también, y hubiese podido creerla natural en ella, a no existir otras manifestaciones que la mostraban como arrebatada y ardiente, y que no podían escapar a la penetración del experimentado don Jaime. Su rostro pálido, por ejemplo, se coloraba de repente y sin causa visible, como si olas de sangre le subieran del corazón a las mejillas; su mirada lánguida y distraída, se animaba de pronto con interno fuego y sus rojos labios se humedecían y en-

treabrían voluptuosamente, mientras se veía palpar su abultado seno, pese al rígido corpiño recamado de oro y aljófara... Dióse, pues, a cavilar sobre quién sería el mortal dichoso cuya simple imagen la agitaba así, pero en mucho tiempo no acertó a descifrar el enigma, y ya comenzaba a convencerse de que sus sospechas eran infundadas cuando éstas recayeron en quien, por su carácter, debía estar y había estado hasta entonces más libre de ellas...

Era el abate don Luis de Carranza un joven y apuesto sacerdote que llevaba la sotana como un romano su toga, y el manteo con el garbo que un caballero su capa de grana. Contábase de él cuando muy mozo, devaneos y duelos y aventuras, har- to comunes en gente de estudiantina para que nadie se parase en ello, tanto más cuanto que, recibidas las órdenes mayores y nombrado su capellán por don Francisco, la conducta del sacerdote pareció a todos irrepreensible y santa, pues sólo se le veía en casa o en la iglesia.

Don Jaime creyó notar, sin embargo, en el austero abate, una ternura que no le pareció ni paternal ni evangélica, cuando hablaba con doña Inés o cuando fijaba en ella los ojos; como le pareció que las manifestaciones de la dama no se inspiraban tampoco en religiosa veneración o en afecto filial. Y como en aquella época no era raro el caso de ver sacerdotes, presa del demonio de la concupiscencia, entregarse a sacrílegos amores, porque Satanás se complace y deleita en tentar y perder a los mejores siervos del Señor, considerándolo su

más gloriosa victoria, el amante desdeñado púsose a espiar con la mayor cautela al donoso capellán y a su hermosísima penitente. A poco andar no le cupo ya duda del criminal y amoroso comercio que entre ambos existía, probablemente desde largo tiempo, favorecido por la fatal circunstancia de que el abate viviese bajo el mismo techo que la esposa de don Francisco, y por la traidora y complaciente complicidad de dueñas, criados y doncellas, sobornados por las larguezas de la dos veces, por adúltera y por sacrílega, culpable doña Inés.

Loco de celos y de rabia, pero disimulando su pasión bajo un exterior helado, Villarroel vaciló entre dos extremos: valerse de su secreto para obtener los forzados favores de la dama, o vengarse de ella y de su amante, desbaratando su oculta felicidad. No dudó mucho, empero, pues comprendió que el placer comprado con tan vil moneda había de saberle a rejalgar y optó por la venganza que los paganos decían el manjar de los dioses. Para gozar de ésta, ya que no podía de la dama, resolvió hacer al agraviado esposo sabedor de su desdicha y su vergüenza, pero no con la cruda y ruda lealtad que cuadra a un caballero, sino con astutas insinuaciones para despertar sus sospechas, y pérfidas punzadas propias para hacerle abrir los ojos.

No quería Mendoza, cobijar en su pecho la más ligera duda que pudiese empañar ni aun leve y pasajera la honestidad de doña Inés ni la austera virtud del sacerdote a quien siempre tuvo por varón santo y castísimo y por amigo modelo. Pero

la celosía es un ácido que corroe los metales más puros, y don Francisco, víctima de ella al fin, acabó por espiar también a los amantes, con tal sigilo que nunca pudieron advertir las celadas a su amor tendidas por el marido suspicaz.

Día nefasto fué aquel de la catástrofe. En apartado retrete, donde lejos de miradas indiscretas, dama y galán se esparcían a su guisa, ajenos del nublado que se cernía sobre sus cabezas, Mendoza sorprendió al enamorado abate en los brazos de doña Inés, y empuñando el acero con insano pero hartamente justificado furor, lo sepultó repetidas veces en las desnudas carnes de los cómplices, sin oír las súplicas de su mujer que, lejos de ablandarle, arrebatábanle al paroxismo de la locura. No paró hasta verles nadando en su propia sangre, convulsos los rostros más que por el dolor por el espanto, yertos ya, tendidos en el suelo como viles despojos, entre los muebles trastornados y hecho añicos; y cuando algunos criados, atraídos por los ayes y las imprecaciones tentaron de aplacar a don Francisco, éste, completamente enajenado, volvió contra sus pechos la espada chorreando sangre y continuó la feroz carnicería. Luego, sembrando la muerte a su paso, nuevo ángel de exterminio, recorrió la casa entera, sala por sala, cuadra por cuadra, retrete por retrete, hasta los aposentos de la servidumbre, para matar también al hijo que consideraba fruto de su deshonra...

Como no lo encontrara, porque la nodriza le había llevado afortunadamente de paseo, volvió a la estancia donde yacían los amantes junto a los cuer-

pos de los infelices criados, tendió la diestra sobre el de doña Inés, y gritó como quien lanza la más terrible de las maldiciones:

— Para execrarte siempre, vil perjura, hago voto solemne de no confiar jamás en otra mujer, de ver en todas ellas tu despreciable retrato. ¡Y sobre tu odiado cadáver juro por la salvación de mi alma mantener este voto hasta la hora de mi muerte!...

Con las manos tintas aun en sangre corrió a palacio y postrándose a los pies del gran Carlos I confesóle el formidable castigo que acababa de imponer a los culpables y a sus cómplices, pidiéndole ser castigado él también, si merecía pena por haber sido médico de su honra.

Carlos I de España y Quinto de Alemania, que le tenía en gran consideración y muy alta estima, no pudo escucharle, a pesar de ello, sin enojo, y vituperó su saña cruel y su hircana ferocidad; pero como la honra era entonces, y gracias a Dios es aún ahora, considerada el más precioso de los bienes, y como los celos han sido de todos tiempos una locura que absuelve de cualquier extremo a quienes la padecen, S. M. hizo alzar del suelo a don Francisco, tendióle a besar la regia mano y, perdonándole el arrebató y sus trágicas consecuencias, le ordenó que se alejara al punto de la corte para evitar las represalias que, a no dudarlo, tratarían de tomar sobre él los nobles deudos de doña Inés de Mena.

— ¡No temo venganzas, ni me arrepiento de haber sido mi propio justiciero! — dijo Mendoza con tanto acatamiento cuanta entereza. — Pero bien dice V. M., y aunque absuelto y sin penitencia, debo

evitar el escándalo y ahorrarme el clamor de la deshonra, que aun lavada en sangre siempre deja un sonrojo en la frente del agraviado. Hoy mismo saldré de la corte, y correré a ocultar mi vergüenza en Andalucía, donde tengo amigos que me acogerán con los brazos abiertos... Pero no pararé allí, pues no hay lugar bastante remoto y oculto donde pueda evitar el torcedor de mis males. Sé que un caballero de mi mismo apellido, aunque no de mi misma casa, don Pedro de Mendoza, ilustre por sus hechos en Italia, apresta una expedición a las Indias: iréme con él, si V. M. se digna otorgarme la gracia de aprobar mis deseos y recomendar a su beneplácito mi humilde persona.

Es de observar que ni entonces ni ahora mismo iban sólo a las Indias los ambiciosos de riqueza y los buscadores de aventuras, sino también, y en gran número, los hidalgos arruinados y menesterosos, los hijos de familia que incurrían en el enojo de sus padres, los que querían ocultar o hacer olvidar graves faltas, los que por causas más o menos confesables tenían que huir de la justicia, y otros que, por los más diversos motivos, preferían apartarse de la sociedad en que antes vivieran. En suma, el nuevo mundo era conquistado y poblado en gran parte por gente que necesitaba rehabilitación moral o material, lo que no impide que en el conjunto hubiera más de una persona sin tacha. Don Francisco, en su infortunio, seguía pues, la general corriente, y S. M. no pudo menos de aprobarlo.

— Tendrás una cédula especial de mi mano, pues nunca habrá quien mejor me sirva, — dijo el rey,

con aquel acento gutural y aquel arrastrar de las erres que revelaba su origen. — Ahora vete en paz y parte sin tardanza, que en Sevilla recibirás mis nuevas, cuando sea el momento.

Quiso Mendoza arrojarse a las plantas del monarca, pero no lo permitió éste, que entre adusto y benévolo dióle nuevamente a besar la diestra, con lo que don Francisco se marchó, si no consolado, más tranquilo.

Y horas después, jinete en soberbio potro de Córdoba, cruzaba los arrabales de la coronada villa del oso y del madroño como quien se dirige a Toledo por el nuevo camino de Carlos V, cuando la aciaga suerte quiso que de manos a boca topara con don Jaime de Villarroel, muy ajeno todavía a cuanto acababa de ocurrir. Al ver a su cruel amigo dió un solo vuelco la sangre de Mendoza como si tuviese ante los ojos al verdadero culpable de su infortunio y echando súbitamente pie a tierra, le invitó con fiero ademán y descompasadas voces a cruzar los aceros, imitando con esto a Segismundo cuando dice a Rosaura travestida:

— « Muerte aquí te daré, porque no sepas que sé que sabes flaquezas mías ».

Vano fué que Villarroel tratara de aplacar a Mendoza, a quien tuvo por loco, y que lejos de escucharle embistióle con tremendas estocadas. El otro que no era, ni mucho menos, cobarde, se defendió con denuedo contra aquel furioso que, sin respirar, le acometía multiplicando los tajos, los reveses, los fendientes y las estocadas, con tanta fuerza y rapidez que a don Jaime le era casi imposible parar

los golpes. El combate acabó apenas empezado. Una espantable cuchillada a la altura de los ojos, dió en tierra con Villarroel sin darle tiempo de decir « Jesús, váleme ». Don Francisco, satisfecho, limpió su espada en la hierba, montó a caballo y prosiguió su camino pensando:

— No sé por qué lo he hecho, pero el corazón me lo pedía! Hay servicios que, cuan grandes sean, no pueden agradecerse, pues el traidor no es menester siendo la traición pasada.

Pernoctó en una venta y se puso nuevamente en viaje, muy de madrugada, atormentado por crueles recuerdos y dolorosas ideas. Aunque considerara que había hecho su deber inmolando a los culpables para lavar su honor, no tenía la conciencia tan tranquila en cuanto a la muerte de los inocentes criados, la intención de matar al niño, que bien podía ser hijo suyo, y el homicidio de don Jaime, por muy leal que el combate hubiera sido. Y como estas dudas amenazaban atormentarle sin tregua si no les hallaba remedio, en llegando a Toledo decidió ir a postrarse ante el Santo Tribunal de la penitencia, seguro de que la absolución y los consuelos de un sacerdote le devolverían la paz del alma. El confesor, que era un anciano venerable e ilustrado, se horrorizó al oír las revelaciones de don Francisco y al saberle bañado en tales torrentes de sangre; pero su espanto no tuvo límites al saber que una de las víctimas era un ungido del Señor, un varón que, hubiera o no sucumbido a la humana flaqueza, vestía en suma la sagrada librea de San Pedro.

— Hijo mío, — exclamó, — y te digo hijo, que

no debiera, porque te veo en el camino del arrepentimiento de tu nefando crimen... No puedo darte la absolución. Podría perdonarte la muerte de tu esposa, de los indefensos criados, de tu amigo, y el desalmado proyecto de quitar la vida a tu propio hijo. Estos son delitos comunes, que caen bajo mi humilde competencia y jurisdicción, pecados que casi podrían considerarse veniales frente al homicidio voluntario y aleve, al verdadero parricidio agravado por el sacrilegio, de haber dado muerte a un sacerdote, revestido de las sagradas órdenes mayores... No puedo absolverte, no, porque estás excomulgado «*latae sententiae*», como lo mandan los cánones del Santo Concilio lateranense, en la parte que dice: «*Si quis suadente diabolo hujus sacrilegii viciium incurrerit*»... Y como lo establece el sabio Graciano en su «*Decretum*»... Para verte limpio de tan horrendo pecado, volver al gremio de la Santa Madre Iglesia, del que te has arrancado tan diabólicamente, y no arder en los fuegos del infierno por los siglos de los siglos, debes ir a prosternarte como penitente afligido a las plantas de Su Santidad el Papa Pablo III, el único que tiene autoridad suficiente para perdonarte, pues los mismos obispos no te podrían dar la absolución, salvo en inminente peligro de muerte. Considérate, pues, en más desgraciada situación que los infieles paganos y los pestíferos judíos, que aun éstos pueden hacerse abrir de par en par las puertas de la Iglesia, y por ende las del cielo, con sólo recibir las aguas del bautismo, mientras que tú tienes que ser juzgado y perdonado por el mismo vicario de Cristo

en la tierra, después de peregrinar a Roma con los pies descalzos de toda vanidad y llevando al cuello la cuerda de la contrición y del arrepentimiento. Ahora, ve y haz penitencia para que Dios nuestro Señor, la Santísima Virgen y los santos te inspiren la contrición necesaria, y te conduzcan de su mano hasta la sede de San Pedro, único sitio de donde parte tu verdadero camino de salvación...

— Cruel sentencia, — murmuró Mendoza — pero inclinaré la cerviz si Vuestra Paternidad me desvanece una duda... El sacerdote a quien he dado muerte, era sacrílego antes de serlo yo, y debía de estar excomulgado... ¿cómo, pues...

El sacerdote interrumpió la blasfemia diciendo:

— No te toca a tí, miserable pecador, juzgar de los actos de un ministro del Todopoderoso!... Tus ojos carnales pudieron engañarte, lo que te parece palpable prueba puede no haber sido, y no habrá sido sin duda, sino apariencia fingida por arte diabólica o por el demonio mismo... Sea como sea, has cometido el más horrible de los sacrilegios, estás excomulgado y arderás sin remisión y eternamente en el fuego del infierno si la infinita misericordia y bondad del Santo Padre no te lava de tu infamia.

Don Francisco era piadoso, pero no acató con cristiana mansedumbre lo que le parecía monstruosa injusticia, ignorando que un sacerdote, por más abominables crímenes que cometa no pierde nunca su carácter de ungido; y viéndose fulminado por la excomunión a causa de haber dado muerte a un sacrílego, que a juicio suyo debía considerarse fuera de la ley, sintió cólera y despecho en vez de dolor

y contrición. Pero, acostumbrado a acatar los misterios inexcrutables del dogma, acabó por conformarse y pensar en los medios de obtener el perdón del Papa, diciéndose que, mediante algunas influencias, el Santo Padre no se mostraría más inflexible que S. M. el emperador y rey. Desechó la idea de encaminarse a Roma, pues que viaje tan largo le impediría incorporarse a tiempo a la expedición de don Pedro de Mendoza, y resolvió limitarse a pedir por escrito el levantamiento de la excomunión, valiéndose para obtenerlo del crédito de algunos amigos principales. Urgíale partir adonde su lamentable historia fuese de todos ignorada, y adonde le fuera posible alcanzar un poco de tranquilidad, ya que ni el más apartado rincón de España le brindaría el anhelado sosiego, aunque ningún hombre de honor pudiera vituperarle por haber lavado el propio.

Reanudó, pues, su camino, y ya en Sevilla, supo que la Armada de don Pedro de Mendoza tardaría aun meses en darse a la vela, y que el caudillo aceptaba gustoso sus servicios; y como nada le restaba que hacer allí, volvió a su primera idea de refugiarse en casa de su amigo don Tristán de Angulo, donde le aguardaba una nueva y no sospechada fase de su destino.

Recibióle don Tristán con ambos brazos abiertos, muy sorprendido de verle, porque todavía no había llegado a sus oídos el rumor de los luctuosos acontecimientos que obligaron a su amigo a abandonar la Corte. Franqueósele Mendoza, y le contó puntualmente, sin perdonar detalle, la amarga historia

de sus desdichas y la bárbara tragedia que la remataba. El de Angulo le compadeció cordialmente, trató de consolarle con sensatas palabras y puso a su disposición cuanto poseía, diciéndole que desde ese momento era dueño y señor de su casa, sus bienes y su persona.

Compartía la soledad de don Tristán en las vastas posesiones donde vivía entregado al rudo ejercicio de la caza una gentilísima doncella, sobrina suya, de quien era único deudo. Esta hermosa joven, huérfana desde la más tierna infancia, habíase criado bajo su tutela en aquellos amenos y solitarios valles del Genil con una libertad desconocida para las personas de su sexo y calidad, vituperable en todo tiempo como que puede engendrar la desenvoltura y degenerar en licencia, aflojando o quebrantando los lazos de la religión y de las buenas costumbres: la libertad es para la mujer, a la vez que vértigo, despeñadero. Doña María de Angulo, que así se llamaba la doncella, era, sin embargo, honestísima y virtuosa, aunque discurriera a su placer por montes y quebradas, ora a pie, ora a caballo, acompañando a don Tristán en sus cacerías, o vagando solitaria en la campiña y en las risueñas riberas del Genil. No tenía más sociedad que la de su tío y tutor, la de viejos soldados retirados y de zafios lugareños que, chicos y grandes, la adoraban y estaban sujetos a todos sus caprichos, cautivados por su sin par belleza y por su carácter, en que se mezclaban por igual la dulzura con la energía. Parecía una imagen de la misma Virgen que hubiera abandonado el altar, con sus cabellos negros

como la endrina, el óvalo perfecto de su rostro, los ojos rasgados y velados por larguísimas pestañas que los rodeaban de suave y azulada sombra, mientras ellos mismos brillaban al par de los carbunclos; los labios rojos como cerezas maduras por el sol andaluz, cubierto el superior por ligerísimo vello que le daba una gracia soberana; la nariz recta y palpitante, las mejillas trigueñas, sonrosadas, con la adorable pelusilla de los albaricoques en sazón; y con esto, un andar de diosa, un talle de mimbre, brazos hechos a torno, seno turgente, manos marfilinas y pies de almendra. ¿Qué mortal no hubiera caído de rodillas ante aquel dechado de perfecciones y cómo extrañar que el viejo don Tristán, sus criados y los toscos pastores y destripaterrones de aquellos valles, fuesen los humildes y obedientes esclavos de tan acabada doncella?

Doña María no tardó en conocer, ella también, la trágica historia de don Francisco, por la indiscreción de don Tristán, quien, más soldado que rodrigón, no tenía secretos para la gentil sobrina y que era de natural poco callado, sobre todo cuando se trataba de algún hecho que pudiera suspender a sus oyentes. Y el vengador de su honra, lejos de convertirse en objeto de horror para la exaltada joven, provocó en ella una inclinación irresistible, mezcla de admiración, de piedad, de miedo y de pasión, en cierto modo semejante a la fascinadora de que es dominada la avecilla cuando salta hacia las abiertas fauces de la serpiente, salvo que don Francisco estaba lejos de parecerse a la ponzoñosa alimaña y que la avecilla no se enamora del rep-

til como doña María se enamoró del infortunado mozo.

Y yendo días y viniendo días, como el incendio del amor se propaga siempre doquier encuentra elementos inflamables, y es como peste de cuyo contagio no escapa quien no pone tierra de por medio, la doncella acabó por ser apasionadamente correspondida, no sin que Mendoza sostuviese antes de caer en el tierno lazo, largas y dolorosas luchas consigo mismo.

Vencido ya, pese a sus esfuerzos, y más bien provocado por la joven que obediente a la propia voluntad, confesóle un día su amor, pero añadió con voz temblorosa y ojos empañados por un velo, que ese triste amor era sin esperanza, en razón del inconsiderado y terrible voto que hiciera sobre los cuerpos, tibios aun, de la infiel y de su amante; y suplicó de hinojos a doña María que si por acaso tenía la dicha de ser correspondido, no se lo confesase para no hacer más grande su infortunio agravándolo con la desesperación de ver la felicidad a su alcance y tener que renunciar a ella.

Obedeció doña María, callando sus sentimientos, pues la honestidad pudo más en ella que el amor y sus extremos, y esforzóse por sofocar la pasión que la devoraba, pero que, precisamente, encontró mayor incentivo en los insuperables obstáculos que las leyes divinas y humanas le oponían.

Don Francisco volvía con alguna frecuencia a Sevilla, para averiguar el estado de los preparativos de la expedición y saber a punto fijo la fecha de la partida, y en uno de sus viajes encontró las

cédulas de recomendación prometidas por el soberano. Presentólas a don Pedro de Mendoza, a quien Carlos I ordenaba tratase a su protegido con particularísima distinción y especialísimo favor, y el Adelantado le dijo que no hubiera necesitado de tales recomendaciones caballero tan cumplido y soldado tan valiente que se recomendaba por sí sólo, pidiéndole que estuviera listo para el corriente mes de agosto, pues contaba partir sin más tardanza, pese a la flaqueza de su salud.

Cuando regresó al solar de don Tristán de Angulo, don Francisco, presa de los más encontrados sentimientos, hallóse con un tristísimo espectáculo. Su viejo amigo yacía en su cámara tendido sin vida en el enlutado lecho, iluminado por la luz amarillenta de cuatro blandones, y velado por la afligida doña María, un venerable sacerdote, las dueñas que musitaban padrenuestros y los llorosos criados. Un accidente de caza, la caída de su caballo al saltar una cerca, había ocasionado la muerte del noble y generoso don Tristán de Angulo.

Don Francisco pudo presentarse en la iglesia y presidir los funerales, porque en la comarca era ignorada su excomuni6n, y como la Armada estaba a punto de partir no tomó más que el tiempo necesario para despedirse de doña María. Hizo cuanto pudo para sepultar sus sentimientos allá en lo más rec6ndito de su alma, pero sus ojos no pudieron disimular el interno fuego, aunque sus labios no diesen sino glaciales palabras. Doña María le di6 a besar la mano con igual frialdad en apariencia, pero mientras el caballero salía del aposento le

acompañó con tan ardiente mirada como si su alma entera fuese tras él y como si su cuerpo mismo no hubiera de tardar en seguirla.

No bien se hubo alojado Mendoza, para esperar el embarco, en uno de los mejor frecuentados mesones de Sevilla, a la sazón lleno de gente, y apenas había tomado un poco de reposo en su cuadra, cuando subió el mesonero a decirle que un lindo y esbelto paje, con más trazas de doncella travestida que de imberbe doncel, pedía su venia para presentársele, pues le había de comunicar nuevas urgentes y de la mayor importancia. No acertó don Francisco a sospechar quién podría enviarle tal mensajero, ni de qué suerte de noticias sería portador, pero su perplejidad no duró mucho, porque el garrido paje, devorado de impaciencia, había subido tras del mesonero sin aguardar la venia solicitada. ¡Y cuál no sería su espanto y regocijo al reconocer en el supuesto mancebo a la hermosa y enamorada doña María, en quien había podido más la inclinación que el recato!

Despidió bruscamente al huésped que, curioso y oliendo misterio se quedaba en la cuadra clavado como un poste, cerró la puerta con llave y cerrojo, y por fin pudo exclamar, en el colmo de la suspensión:

— Vos aquí, señora! Vos aquí y de tal guisa, doña María!...

Imposible describir los primeros transportes de ambos amantes que, rotas las vallas de su irresistible pasión, cayeron uno en brazos del otro con delirante arrebató. Cuando le fué posible hablar,

entre besos ardientes y caricias embriagadoras, doña María confesó que había abandonado su casa resuelta a sacrificarlo todo en aras de su amor, y a seguir a don Francisco hasta el cabo del mundo, hasta el mismo infierno, a despecho de todos los obstáculos y aun contra la propia voluntad de quien ya era su dueño y señor.

— Si no me acogéis estoy perdida — dijo, — pues antes de venir a buscaros yo misma he puesto el sello a mi deshonor y hecho pública mi falta, si puedo llamar falta lo que es mi orgullo y mi gloria, dejando un papel escrito con estas palabras: « Nadie me busque. Parto a lueñas tierras con el elegido de mi corazón y, como a nadie sino a Dios debo cuentas, nadie puede pensar en impedírmelo ». Si me hubierais rechazado don Francisco, no por eso me hubiéseis ahorrado la vergüenza y el deshonor...

— Sabéis sin embargo, — dijo Mendoza, un tanto recobrada la sangre fría, — que no puedo casarme con vos en razón del voto que me ata. Pero no sabéis ¡oh infortunada amiga mía! que, aun olvidando mi juramento, no podría daros la mano de esposo, porque soy persona vitanda, pesa sobre mi frente el estigma de los réprobos, estoy excomulgado y no encontraría sacerdote para bendecir nuestra unión...

— Dios mismo será el sacerdote que nos bendiga y el padrino que atestigüe nuestros mutuos juramentos. No necesito más — replicó doña María. — Hora llegará en que podamos santificar nuestra unión; mientras llegue, nuestro amor nos bastará

para justificarnos... Y junto a vos — añadió más quedo, — el mismo infierno no me espanta!...

Tan ardiente y exclusiva pasión llenó de contento y de orgullo a don Francisco de Mendoza quien, estrechándola de nuevo entre sus brazos y cubriéndole el rostro de lágrimas y de besos, juró no separarse nunca de su lado y honrarla siempre como a la más abnegada y noble de las esposas.

Pocos días después embarcábanse ambos en la Armada de las Indias, pronta a zarpar. Pasaban por desposados y el mismo don Pedro de Mendoza ignoraba o fingía ignorar la verdad. Sólo había a bordo unos cuantos que la sospechaban en parte, por haberse hallado en Madrid a tiempo que ocurrieron los luctuosos acontecimientos, y entre ellos un escribano tan entrometido y enredista como una dueña, llamado Pero Hernández, chisgarabís que contó a cuantos quisieron oírle lo que sabía de la historia de don Francisco; pero era tal el respeto que infundía este caballero, y tanta la compasión que sus desgracias inspiraban, que nadie dejó de tratar a doña María de Angulo como a su legítima esposa, y nadie se permitió nunca en su presencia la más leve alusión al pasado. Bien es verdad que el carácter del de Mendoza había dado un vuelco que ponía valla infranqueable a toda familiaridad, tornándole de amable y bondadoso en huraño y áspero, de llano y servicial en altanero, reconcentrado e irascible, pronto a montar en cólera con cuantos se le acercaban, excepto doña María, para quien era manso cordero.

La joven había encontrado a bordo algunas per-

sonas de su sexo que iban también a las Indias con sus padres o maridos y, entre ellas, una doña Isabel de Guevara, doncella de veinte años escasos, hija del factor de S. M. don Carlos de Guevara, que poco después había de dejarla huérfana y sola en el nuevo mundo, víctima que fué de la traición de los indios junto con el denodado capitán don Juan de Ayolas. Hiciéronse amigas y sus largos coloquios las ayudaban a sobrellevar las fatigas y la monotonía del interminable viaje.

Recalaron en Canarias, donde la Armada de don Pedro de Mendoza se reforzó con tres navíos, y su gente con tres nuevas compañías mandadas por lucidos hijosdalgo, voluntariamente enganchados; en seguida, en Río de Janeiro, donde fué tan mala e injustamente ejecutado el joven maestre de campo don Juan de Osorio, sin que en ello tuviera parte don Francisco, y luego en otros puertos de la costa brasileña, para llegar por fin al Río de la Plata, siete meses después de su partida.

Conocidas son las grandes adversidades que sufrió aquel grupo de arrojados españoles, los trabajos sin cuento, las privaciones, la miseria, el hambre que llegó a segar las vidas con tanta saña cual si fuera la misma peste, y que empujó a los cristianos al horrible extremo de comer carne humana; las luchas continuas y sangrientas con indios salvajes y antropófagos, en medio de una naturaleza tan hostil como los habitantes; el frío, la fiebre, los incendios, todas las plagas que hubieran arredrado al héroe más famoso y que, después de diezmarlos, amenazando no dejar uno con vida, acabaron con

la poca salud que restaba a don Pedro de Mendoza, quien, señalado ya por la Parca, emprendió viaje de retorno para ir a morir en medio del Océano.

No fué don Francisco de los que trataron de escapar con él a tantas calamidades, ni doña María trató de inducirlo a ello, aunque fuese una débil mujer. Todo lo aceptaba el caballero, menos la idea de volver al teatro de su afrenta y su venganza, y en aquel funestísimo período tuvo más de una ocasión de mostrar la entereza de su carácter, desempeñando en todas ellas brillante papel, por mucho que se esforzara en pasar inadvertido, más bien a causa de su tormento roedor que de su modestia. Doña María, por su parte, sobrellevó con admirable paciencia tantos reveses — que don Francisco creía en su fuero interno prueba de la cólera de Dios nuestro Señor, — y al par que aconsejaba y consolaba al hidalgo, sirvióla a su vez de gran consuelo, infundiéndole las mayores esperanzas, aunque viniese en tan aciagas horas, el nacimiento del primero de cuatro hijos que tuvo, a quien puso nombre de Diego y que, mozo todavía, llegó a ser gobernador de Santa Cruz. Asistióla en el alumbramiento la Maldonada, una de las mujeres que en la Armada había venido y que era experta en achaque de partos, como que sirvió de comadrona a una fiera, y doña Isabel de Guevara la rodeó en seguida de cuidados solícitos, que fueron su salvación en medio de la general miseria de Buenos Aires; y apenas repuesta y viendo que el niño se criaba robusto y sano, a pesar de las estrecheces del momento, dióse doña María a pensar que el de Men-

doza acabaría por ofrecerle la mano de esposo, y a trabajar pacientemente su ánimo para obtenerlo, ya que la única función honesta de la mujer es el matrimonio.

Tenido en mucho por el Adelantado, gracias a sus propios méritos y a la expresa recomendación de S. M., don Francisco fué también, después de la partida de don Pedro, muy honrado durante el corto y accidentado Gobierno del capitán Francisco Ruiz Galán, a quien acompañó a Corpus Christi como capitán de la caballería, y a quien, junto con todos sus compañeros, prestó juramento condicional de obediencia, bienquisto del avieso veedor don Alonso de Cabrera, que no tenía, sin embargo, paz con nadie, respetado y distinguido por el capitán Domingo Martínez de Irala, y más tarde por el nuevo Adelantado, don Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Gozaba, pues, de días serenos y felices porque el tiempo fué bálsamo de sus heridas, y su estrella parecía brillar de nuevo con apacibles fulgores, cuando una espantable tragedia en que se vió de manifiesto la justicia y la venganza de Dios nuestro Señor, vino a rematar con la vida los infortunios del caballero, como verá el que leyere.



LIBRO QUINTO

ASTUCIA CONTRA CANDOR

ASTORIA, OREGON, U.S.A.

PRIMERAS MANIOBRAS

Ya en posesión del Gobierno, Alvar Núñez Cabeza de Vaca pasó revista a los españoles residentes en la Asunción, que eran, en aquel momento — salvo los pocos refugiados en San Gabriel, — cuantos quedaban en la Provincia del Río de la Plata. Muchas vidas habían sido segadas, muchos audaces conquistadores dormían para siempre en tierra de Indias. El censo arrojó el total de ochocientas personas solamente.

De la gran expedición de don Pedro de Mendoza, de las traídas luego por Cabrera, por López de Aguilar, por el mismo Cabeza de Vaca, de las reliquias de las expediciones de Solís, de Caboto, de García, de los enrolados por Gonzalo de Mendoza en las costas del Brasil, de la gente de Pancaldo, de los aventureros independientes que solían llegar por tierra, algunos habían vuelto a España, muy pocos emigrado a otras regiones; los demás, cuyo número superaba con mucho al de los vivos, fertilizaban con sus despojos estas codiciadas tierras, vencidos por el hambre, los trabajos, las en-

fermedades, la flecha o la maza de los indios... Pero este recuerdo no turbaba el sueño de los sobrevivientes ni hacía palidecer sus esperanzas.

Habíase comprendido en aquel total de ochocientas almas, no sólo a los enfermos e impedidos que navegaban río arriba, en dos balsas, bajo las órdenes del contador Felipe de Cáceres y del capitán Ñuflo de Chaves, sino también a los soldados, mujeres y tripulantes que con don Pedro de Estopiñán Cabeza de Vaca, primo del Adelantado, debían, a la sazón, de hallarse en Buenos Aires. Alvar Núñez se apresuró a mandar en busca de los unos y de los otros. El hábil Gonzalo de Mendoza fué enviado con bergantines y gente en socorro de los que estaban en las naos, y el Adelantado le recomendó que pusiese la mayor diligencia para conducirles a la Asunción. Al mismo tiempo salía por tierra, con gente de a pie y de a caballo, en auxilio de las balsas, un joven sevillano llamado Diego de Abreu y conocido por el capitán Abrego, nombre que le venía de perlas, pues por lo arrebatado y ardiente merecía comparársele al rudo viento africano. Llegado con don Pedro de Mendoza, ya se había distinguido en algunas acciones militares, como la liberación del fuerte de Corpus Christi, pero el destino le reservaba, tras de un momento de esplendor, una vida semisalvaje de miseria y aislamiento, y la muerte trágica que suele aguardar a los grandes ambiciosos.

Abreu alcanzó las balsas muy lejos de la Asunción. Los enfermos y valetudinarios, en vez de encontrar, como Alvar Núñez lo creía, alivio a sus

padecimientos en aquella navegación aparentemente más fácil y cómoda que el viaje por tierra, viéronlos acrecentarse en proporciones amenazadoras. Luchando contra la corriente del río no podían vencerla sino a fuerza de remos o de sirga, y a este trabajo abrumador se agregaba para agravarlo la falta de víveres, tan completa, que los desgraciados se alimentaban solamente de caracoles del río y hierbas y raíces de la costa, perdiendo los restos de su quebrantada salud. Las vituallas que les llevaba Abreu y el auxilio que les prestaron sus hombres permitiéronles, sin embargo, llegar algo rehechos a la Asunción.

En este intervalo Alvar Núñez se había ocupado de estudiar el terreno para establecer su plan político. Interesábale, sobre todo, conocer las causas de la popularidad de Irala, de ese capitán Vergara vitoreado en lugar suyo cuando su asunción al poder, e interrogó para saberlas a sus consejeros preferidos, los frailes.

— Irala — le dijeron y sugirieron éstos en resumen, — es un hombre capaz, tan apto para las funciones pacíficas cuanto para las guerreras. De temperamento sanguíneo y en consecuencia vivo y ardoroso, y de carácter brusco y autoritario, su inteligencia templa lo que en uno y otro pudiera haber de demasía, hasta tal punto que quien no le conozca puede tomarle por un hombre frío y calculador, incapaz del menor arrebató. Nadie, como él, sabe callar, callar siempre y en toda ocasión, de modo que no se ve si piensa o se deja llevar por los sucesos... Pero piensa. Según hemos po-

dido ver antes y durante su gobierno, conoce las flaquezas humanas y sabe valerse de ellas en favor de sus propósitos generales o particulares. Muy sensual, la afición a la mujer no logra, sin embargo, distraerle de sus planes y pensamientos, porque si tiene en mucho el placer, no tiene en tanto a quien se lo brinda, quizá porque en estas tierras ello carece de importancia, y la facilidad de los amores no deja lugar a la pasión. En cambio es frugal, perspicaz, astuto, diestro en el manejo de los hombres, constante, firme hasta la tenacidad y al propio tiempo prudente en la ejecución de sus planes, valeroso como el que más y capitán avisado y habilísimo en la guerra. Estas son las cualidades que hacen de él un hombre fuerte y cuya dirección infunde confianza, pero no las causas de su popularidad propiamente dicha. Para conquistarla, y por tendencia natural o por estudiado cálculo, el capitán Vergara, cuya ambición debe de ser, sin embargo, inmensa, hace gala de equidad y de benevolencia. Le veréis, como lo he visto mil veces, tratar de igual a igual, con toda franqueza, al soldado y aun al simple artesano, con quienes no desdén departir y cuyas voluntades se gana con ello; repartir entre todos en la proporción establecida, el botín cobrado o los bastimentos rescatados, abandonando en ocasiones la parte que le toca o porción de ella — lo que no le ha impedido acumular una hacienda ya cuantiosa. Con ésta suele favorecer a los más necesitados y su generosidad le asegura el amor de muchos. Agréguese que es grande amigo de sus

amigos, que nunca olvida a los que le sirven, que tolera las flaquezas y los extravíos ajenos, que había prometido a los soldados — e iba a cumplirlo cuando llegó Usía — conducirles a conquistar el país del oro, permitir que le tomaran a manos llenas, y con esto basta, sin duda, para que Usía se explique las causas de su popularidad.

— Sería un temible enemigo — pensó Alvar Núñez. — Bien he hecho en tenderle los brazos.

En su fuero interno condenaba, entretanto, la política de Irala por considerarla deprimente para la autoridad y el prestigio del Gobierno: esa especie de familiaridad igualitaria con la plebe no podía menos de menoscabarlos, con grave perjuicio de los fueros de la nobleza y del mismo poder real. No seguiría él, Alvar Núñez, hidalgo de vieja cepa, un camino que habría de conducirle infaliblemente a la ruina de sus privilegios. Por meritorios que fueran, los soldados venidos a la conquista, harto pagados se hallaban con el botín que cogían o habían de coger, y fuera grave falta la de permitir que olvidaran su plebeya condición tratándoles como si fueran infanzones, porque al villano dale el pie y se tomará la mano. Con el sistema del capitán Vergara, y como ya había podido verlo claramente, la Provincia no hubiera tardado en convertirse en una behetría o en algo aun más anárquico y licencioso. Era, pues, preciso reaccionar contra él, enquistar de nuevo la autoridad gubernativa, poner a cada cual en su sitio, ocupar su puesto con toda la dignidad y pompa a él inherentes, mantenerse lejos del vulgo, rodeado

del aparato que tanto brillo da a la grandeza, cuyo prestigio aumenta con el misterio y la lejanía, crearse, en una palabra, una corte a estilo de la española aunque, naturalmente y por fuerza, con más modestas proporciones. Sólo algunos hidalgos privilegiados y algunos sacerdotes tendrían licencia para acercársele libremente, sin ceremonial alguno; los demás deberían pedirle audiencia por intermedio de un secretario que nombraría, o de su maestresala. En cuanto a Irala, cuyo prestigio podía hacerle sombra y cuya influencia se pondría naturalmente en juego para mantener las viciosas costumbres por él inauguradas, lo mejor era alejarle con un pretexto honroso, obligándole a dejar el campo libre.

Y no un pretexto sino una real necesidad se le venía a la mano, pues Alvar Núñez estaba resuelto a realizar el propósito de aquél, de lanzarse a descubrir y conquistar la tierra de los metales, con lo que daría la mayor satisfacción posible a su gente y nuevos dominios y riquezas al soberano, al par que satisfaría su propia y legítima ambición, Bastábale, pues, con enviarlo a preparar la entrada buscando puerto mejor que el elegido por el desventurado Ayolas, para que sirviera de base a las operaciones y dejara guardadas las espaldas de los expedicionarios en previsión del regreso o de una posible retirada. Con el capitán Vergara lejos de la Asunción no tendría obstáculo alguno para afianzarse en el poder.

Antes de darle aquella comisión, pensó Alvar Núñez en iniciar otras partes de su plan. Comen-

zó por nombrar alcalde mayor a su primo don Pedro de Estopiñán Cabeza de Vaca, adelantándose a su llegada con la gente de las naos, regidor al alférez Pedro de Molina, alguaciles a Sebastián de Fuente el Rey y Francisco de Peralta, amén de otros, nombrados para distintos puestos; atrajo a su intimidación y favor, entre la gente hidalga, a Alonso Riquelme de Guzmán, a los capitanes Ruy Díaz Melgarejo, Diego de Abreu — apenas regresó — Francisco Ortiz de Vergara; trató con la más alta consideración a don Juan de Salazar de Espinosa, a don Francisco de Mendoza, protegido de la Sacra Cesárea Majestad; tomó por consejeros privados al capellán de S. M. Martín González y a los clérigos Escalera, Luis de Miranda, González Paniagua y al bachiller Martínez que eran, o iban a ser, enemigos jurados del capitán Vergara; y completó su casa, poniendo a las órdenes de Pedro de Oñate, maestresala que había traído consigo, a Antonio Navarrete y otros criados que, con los indios e indias y los soldados de la escolta, formaban una muy lucida y aparatosa servidumbre.

El escribano Pero Hernández se salió con la suya y levantó copete, como lo esperaba. Sabiendo que no era de los adictos al capitán Vergara, y conociendo su habilidad para la intriga, los clérigos Miranda y Escalera, deseosos de tener un instrumento junto al Adelantado, le recomendaron calurosamente para el puesto de secretario de su señoría. Tanto hicieron que D. Alvar le nombró, con gran disgusto del escribano Martín de Orúe de Ochoa y Agüero que esperaba el cargo y que con

esa esperanza había acompañado a Cabeza de Vaca en su peligrosa expedición. Con sólo trocar los papeles, los clérigos lograron el nombramiento de Pero, demostrando a don Alvar que, pues Orúe era vizcaíno como el capitán Vergara y la cabra tira siempre al monte, el ex-gobernador tendría por su intermedio un oído en el despacho del nuevo, que no podría disimular a su secretario ni sus más recónditas intenciones: era tener el enemigo en la plaza.

— ¡Llegó la hora de la justicia y de los hombres de bien! — decía poco después Garduña a los del grupo de Delgado. — No, sino torceos un poco, y sabréis cuántas son cinco.

— ¡Cómo subo, subo, de pregonero a verdugo! — replicó Delgado con sorna. — Dios os guarde, usaría.

— Pero eso sí, quien ande como Dios manda tendrá su recompensa.

— ¡Cómo manda Dios o vos, maese? ¡No hablaría mejor la gata de Juan Ramos, zalamera y falsa...!

Cuando Alvar Núñez le llamó para hablarle de ello, el capitán Vergara se mostró dispuesto a remontar el río en busca del puerto deseado y pidió tres bergantines con treinta hombres cada uno, pues no era prudente emprender la expedición con menos, ni menester más para realizarla con fruto. El Adelantado le contestó que, como su lugarteniente, podía tomar los navíos que quisiera y elegir los hombres que necesitara, pocos o muchos, pues tenía la más absoluta confianza en su pericia

y su prudencia; él, entretanto, prepararía la entrada mandando construir diez navíos de remos, más manejables que los de vela en los ríos angostos y cuando sobrevienen las prolongadas calmas, así como una carabela que llevase a España noticia de su toma de posesión del Adelantazgo, de sus primeros actos de gobierno y — si tardaba en construirse y Dios mediante — del resultado de la entrada, que bien podía ser muy rápida y muy feliz.

Partió el capitán Vergara con los navíos y la gente que había dicho, llevándose, entre los noventa hombres, al alemán Schmidel cuya puntualidad y cuya obediencia ciega observara desde tiempo atrás. Aquel gigante rubio, bonachón y risueño, motejado de tonto por sus camaradas que respetaban sin embargo su fuerza y se aprovechaban de su índole mansa, era un soldado modelo para los capitanes que no buscan en su gente la iniciativa sino la disciplina y el cumplimiento exacto del deber. Así es que solían confiarle, y el mismo capitán Vergara lo había hecho, delicadas comisiones que desempeñaba con la precisión de una máquina, dando con ello nuevo pábulo a las chanzas de sus compañeros, provocadas más que todo por la torpeza de su lengua que jamás pronunciaría a derechas una sola palabra castellana.

No estaba aún muy lejos Irala cuando Gonzalo de Mendoza, que había puesto tanto celo como diligencia en el desempeño de su misión, llegó de aguas abajo, con Pedro de Estopiñán, la tripulación de las naos y las mujeres que estas habían conducido a Buenos Aires.

— Traigo a vuestra señoría, — dijo Gonzalo al Adelantado — un hombre más desdichado que pecador, por él mismo condenado al destierro y a la soledad en la isla de San Gabriel, — adonde mandé a buscarle, — y a quien vuestra señoría acogerá sin duda con bondad, si no con favor.

— ¿Quién es él? — preguntó Alvar Núñez.

— Pues don Francisco Ruiz Galán, antiguo gobernador interino de Buenos Aires, que los malos consejeros y los torpes aduladores trastornaron, fomentando su ambición. Vuestra señoría conoce su historia y demás me estaría repetirla. Sólo diré que, al saber la llegada de un Adelantado, renunció a su aislamiento y viene a ponerse a su servicio, jurándole fidelidad, por ser el representante legítimo de nuestro soberano. Ha puesto coto a su sed de honores y grandezas, y sólo quiere ser el humilde criado de vuestra señoría.

— Pues bienvenido sea, si tan leales son sus intenciones, que servidores así son los que necesitamos, y no otros — contestó Alvar Núñez.

II

ID, Y NO PEQUEIS MAS

Cuando Ruiz Galán, mandado buscar a la isla de San Gabriel, donde se refugiara, por el capitán Gonzalo de Mendoza, llegó a la desamparada y arrasada Buenos Aires, con aspecto de entre mendigo y salvaje, largo el cabello, hirsutas las barbas, curtido el rostro, encallecidas las negras manos, sin más vestimenta que unos guñapos descoloridos por el sol y podridos por la lluvia, todavía tuvo el orgullo y el valor de decir que lo había pasado muy bien y que comenzaba a hacerse a la vida de anacoreta, porque « es verdad de a puño la de que más vale andar solo que mal acompañado ».

Resistíase a ir a la Asunción con don Gonzalo y con la gente que traía Pedro Vacas — así comenzaba a llamarse a don Pedro Estopiñán Cabeza de Vaca — diciendo que prefería esperar la vuelta de Felipe de Cáceres, su comisionado en España; pero su resistencia cedió al saber que Cáceres, encontrándose en Santa Catalina con Alvar Núñez, había interrumpido su viaje, abandonado su misión y regresado a la Provincia con el Ade-

lantado. Más le animó la noticia de que el capitán Vergara no estaría ya probablemente en la Asunción, porque Alvar Núñez tenía intenciones de alejarlo en bien de la paz y buen gobierno; pero lo que acabó de determinarle fué cierta conversación entre Mendoza y don Pedro Vacas, una tarde que, desde a bordo, miraban el sitio donde existiera la ciudad fundada por el infortunado don Pedro.

— ¡Lástima — decía don Gonzalo — que se haya desamparado este sitio, cuando comenzaban a vencerse las dificultades del primer establecimiento! Fuerza es confesar que, atendiendo a las necesidades de la navegación, no estuvo mal elegido, y que es de sentir su abandono.

— No será por mucho tiempo — replicó don Pedro Vacas.

— ¿Qué queréis decir?

— Que mi ilustre primo tiene la idea de restablecer la ciudad y mantener, sobre todo, su puerto.

— ¿Es verdad? — preguntó Ruiz Galán muy interesado.

— Oíle decir en Santa Catalina — confirmó Estopiñán — que es cosa muy conveniente y necesaria hacerse la población y puerto, sin el cual aquí toda la gente española que reside en la Provincia y conquista, y la que en adelante venga, estará en gran peligro y se perderá, porque las naos que a la Provincia lleguen de rota batida, han de tomar puerto en este río y hacer aquí bergantines para subir río arriba hasta la Ascensión, o Asunción, o como se llame.

Ruiz Galán vió cierto su desquite y así como

antes se mostraba reacio, fué desde ese punto el más entusiasmado y que más prisa tenía en subir al Paraguay.

Cuando llegaron a la Asunción en los bergantines de Gonzalo de Mendoza y éste hablaba de él con Alvar Núñez para pedirle que le socorriera y empleara, Ruiz Galán corrió en busca de Felipe de Cáceres para saber de sus labios lo que había ocurrido y lo que podrían hacer en adelante. Pero el contador le recibió de extraña y no muy grata manera, diciéndole, sin preámbulos:

— ¡Ah ja! ¿Venís a besar los pies del nuevo señor? ¡Cuidá que en la boca no recibáis una coz al inclinaros!

— ¿Por qué me decís eso, don Felipe?

— Pues porque debo decíroslo para que os andéis con tiento. Hízome en el Brasil tal acogida que ya podéis ir poniendo las barbas en remojo.

— A fe que no os entiendo ni os entenderé si no habláis más claro. ¿Qué tengo yo que ver con la acogida que os hizo en el Brasil?

— A vos, más bien que a mí, iba enderezada, pues sabiéndome vuestro emisario condenó cuanto habíais hecho, tachándolo poco menos que de insurrección, y diciendo que las rencillas y las ambiciones causarían la ruina de estas Provincias a no ponerles remedio... En cuanto a mí, me dijo que mi carácter de oficial real debía haberme alejado de vuestras pretensiones y que no haciéndolo cometía gravísima falta. Ahí tenéis al hombre y cómo nos juzga. No hay que abrigar en él la menor confianza. Por mi parte, y a quedarme otro camino

cualquiera, no hubiese vuelto con él. Pero, ¿qué hacerle, cuando mi viaje a España era ya inútil y realizándolo corría el riesgo de quedarme a la luna de Valencia, sin el cargo ni otro alguno en compensación?... Pero tiempo vendrá que el desvalido valido valdrá... Ya me llegará la hora de desquitarme de tales injusticias.

— Parece realmente una injusticia — respondió cabizbajo Ruiz Galán. — Pero el Adelantado no estaba probablemente en autos de la despoblación de Buenos Aires.

— Sí que lo estaba, pues yo se la hice saber; pero se limitó a decirme: «Ni a Ruiz Galán ni a vos incumbía juzgar de esa determinación, errada o acertada, poco importa, pues donde manda capitán no manda marinero, tenedlo bien entendido. Ruiz Galán no tenía título y los oficiales reales pretenden atribuirse poderes que nadie les ha dado, cosa que, así Dios me ayude, no estoy dispuesto a tolerar». Viene, pues, resuelto a reducir la autoridad de los oficiales reales para aumentar la propia y, a mi juicio, no lo conseguirá sin lucha. ¡Habrán toros, don Francisco!...

Ruiz Galán, meditabundo, no dijo palabra durante largo rato. Por fin, alzando y meneando la cabeza con aire de descontento, observó:

— Si el Adelantado y los otros se ponen en competencia no habrá minuto de paz... Las cosas marcharán mucho peor que en mi tiempo y nadie tendrá nada que ganar... si no es los pescadores en río revuelto... Yo, por mi parte, voy a llamarme a silencio, y ni visto ni oído... Después de

tantas andanzas tengo bien ganado un poco de tranquilidad.

— ¿Cómo lo entendéis? — preguntó Felipe de Cáceres.

— Pues simplemente, que viviré en mi rinconcillo, sin meterme a redentor y sin tomar parte en la danza por tirios ni por troyanos.

— Allá vos — dijo Cáceres.

— ¿No pensáis lo mismo?

— ¡No, voto a tal! Yo no puedo soportar a los soberbios, sobre todo cuando tratan de humillarme... Afortunadamente no jugaré yo solo la partida.

Los otros oficiales reales, en efecto, el veedor Cabrera, el tesorero García Venegas, Andrés Fernández el Romo y demás, sin contar al ausente capitán Vergara, estaban ya sobre aviso y con la sangre en el ojo, desde los primeros actos de Alvar Núñez y sobre todo desde que el factor Pedro Dorantes, llegado con él, les habló de las intenciones de reforma moralizadora, de disciplina rígida y de autoridad exclusiva que animaban al nuevo Adelantado.

Cambiaban, tanteando el terreno, palabras encubiertas, como el sordo y aun casi imperceptible tronar de una tormenta que se aproxima. Las dos fuerzas tendrían fatalmente que chocar tarde o temprano. Los principios aristocráticos y absolutos del nuevo jefe no podrían armonizar nunca con la democracia campechana implantada por su antecesor.

El pueblo, entretanto, comenzaba a sentir la ma-

no de Alvar Núñez, el cambio que iba operándose en el orden de las cosas, la molestia vaga de ciertas cortapisas desconocidas antes; pero no se preocupaba aún, entregado a empresas más positivas, haciendo trabajar a las indias esclavas y a los indios sometidos en la construcción de nuevas casas y en la preparación de otros cultivos, o dirigiendo las rozas que devoraban el bosque en las inmediaciones de la naciente ciudad, mientras que en el puerto se oía el martilleo incesante de los carpinteros de ribera que bajo las órdenes de maese Hernán Báez construían los navíos de remos para la próxima entrada y la carabela que había de llevar a España la nueva de los futuros descubrimientos y conquistas.

Los ranchos y casuchas, sin tener todavía nada de monumental, comenzaban a ofrecer mejor aspecto, pese a sus rústicas paredes y a sus techos de paja, de junco o de anchas hojas, pues se les hacía más amplios y cómodos que antes, con solanas y corredores sostenidos por recias y cilíndricas columnas que los bosques de palmeras suministraban naturalmente por millares. Algunas paredes de adobe crudo o de tierra mezclada con ramillas y paja, en ciertas casas ya con humos de palacio, eran gruesas y poco elevadas, escaseaban las puertas y ventanas y el interior de los edificios resultaba obscuro y bajo; pero la falta de luz parecía propicia, pues atenuaba los grandes calores de aquella región. Las casas de los oficiales reales, la que el capitán Vergara había mandado construir en su ausencia, la de don Francisco de Mendoza, las

de otros señores principales, se destacaban entre las demás por su tamaño, ya que no por su arquitectura, y semejaban grandes y rústicas alquerías a las que sólo faltaban los establos para el ausente ganado de cuernos. Las indias no habían tardado en adiestrarse en el oficio rudimentario de albañil que bastaba para ejecutar aquellas construcciones, y algunas competían ya, en cuanto a rapidez por lo menos, con maese Juan Rodríguez traído de España como especialista en esos trabajos.

Mucho menos inteligentes y activos que las mujeres, mucho menos sumisos también, los indios hacían renegar a sus amos, que, cruzados de brazos, se limitaban a mirar cómo se afanaban sus siervos, y sólo los descruzaban de vez en cuando para reanimar ese afán con denuestos y maldiciones, amén del puño, el pie, el corbacho o el garrote. Pese a estas dulzuras y a las del desusado trabajo, los buenos indios preferían correr los bosques arco en mano o internarse en sus canoas en el manso río a caza o pesca de animalia, y muchos eran los que se ofrecían a acompañar en sus excursiones a Bartolomé García, aquel diestro montero que con su ballesta había provisto la mesa y la despensa de don Pedro de Mendoza con venados, patos, perdices y otra salvajina, mientras los demás pobladores de Buenos Aires se morían de necesidad.

Alvar Núñez inspeccionaba casi todas las tardes aquellos trabajos, rodeado de una pequeña corte, en la que no faltaba nunca su nuevo secretario, el ensoberbecido escribano Pero Hernández. Lle-

U. de Oviedo. Biblioteca Universitaria.

nábale de satisfacción el progreso de la ciudad, el que atribuía a su benéfica influencia y acertadas medidas, pues si el pueblo español lo esperaba todo del Gobierno, como de una providencia tangible, el Gobierno español y cada uno de sus miembros participaban de su creencia y se atribuían el mérito de cuanto la naturaleza y el esfuerzo individual realizaban, dejando lo malo y desfavorable para la otra providencia, que tiene las espaldas más anchas. Y en aquellos paseos, en que el Adelantado sabía mantenerse a distancia de sus «vasallos», no permitiéndoles familiaridad alguna, Pero Hernández — más feliz — le informaba por lo menudo de cuanto ocurría en el pueblo, y le ponía al corriente de las cosas anteriores a su advenimiento.

— Mal que le pese a Usía — le dijo una tarde, — mucho hay que corregir en la Asunción. Estos mismos indios que parecen aquí tan mansos y trabajadores, son naturalmente desaforados paganos sumidos en la idolatría y capaces de los mayores crímenes. Como no se les ha adoctrinado, cual se debiera, en nuestra santa religión; como malos frailes, nada dispuestos a sacrificarse en servicio de nuestro Señor, les dejan en la ignorancia y el gentilismo más atroces, su perversa condición se manifiesta sin trabas. No hablemos de cómo faltan al sexto mandamiento, entre ellos mismos y con los cristianos, porque de costumbre las indias no son escasas de su persona y tienen por grande afrenta negarse a nadie, diciendo que para eso están...

— ¡Jesús! — exclamó Alvar Núñez, que sin em-

bargo las había visto ya muy gordas en sus anteriores expediciones.

— No es esto nada — prosiguió Pero, — comparado con otros vicios nefandos que practican, al modo turquesco y como lo más natural, y menos aun comparado con la atrocidad de que, hasta algunos que ya son cristianos, se deleiten devorando carne humana!...

— ¡No puede ser! — exclamó el Adelantado, olvidando su vieja experiencia, o sorprendido de que se hiciera en el Sur lo que era práctica en el Norte.

— Por esta luz que nos alumbra, señor, devoran el cuerpo de sus enemigos vencidos en la guerra, diciendo que así heredarán sus fuerzas y denuedo, pero también, y esto es lo peor, comerían el de los mismos cristianos, como que somos en su concepto más fuertes y valientes, y a fe que en ello no se equivocan. El funesto capitán Vergara y los no menos dañinos oficiales reales, movidos de su ambición, les han dejado hacer. En los agaces, los caríos comieron muchos en presencia de Vergara y los oficiales, como Usía puede hacérselo atestiguar, y en los payaguá el mismo Vergara, Cabrera y Venegas les repartieron a sabiendas los prisioneros, que los indios se llevaron luego para comerse los en sus casas, sin que los oficiales cristianos se lo estorbasen!...

— Eso tiene trazas de un falso testimonio levantado para perderlos — dijo Alvar Núñez, que era varón naturalmente inclinado a la prudencia y la

equidad. — Que los indios sean caníbales, cabe en lo posible, pero que jefes cristianos...

— Hay que agregar, para explicarlo, — interrumpió Pero, — que las circunstancias eran graves, que se corría mucho peligro, y que los nuestros querían ganarse las voluntades de los indios...

— ¡Ah!

— Con todo, me parece acción abominable, — insistió el escribano — aunque se recuerde que los cristianos comedores de carne humana, cuando el hambre de Buenos Aires, fueron luego absueltos...

— En caso de fuerza mayor... — murmuró Alvar Núñez — las necesidades de la guerra... y entre dos males... Pero en tiempo de paz — continuó en voz alta — ¿no han tratado los sacerdotes de poner coto a tamaña abominación?

— Usía les conoce ya. ¿Qué se puede esperar de un fray Gabriel de Lescano, o de un depravado como el jerónimo fray Luis de Herrezuelo? Estos, el clérigo canario Martín González Fonseca, el portugués Francisco de Andrada, no valen mucho más que los dos traídos en mal hora por Usía, ese fray Bernardo de Armenta y ese fray Alonso Lebrón que comenzaron a enredar desde el primer día. La conducta de unos y otros es realmente escandalosa. Ninguno de ellos se ocupa de su sagrado ministerio si no es en la parte que conviene a sus comodidades, y en lo demás obran como los seglares más licenciosos. No hay sino asomarse a la puerta de sus casas para ver que viven en el más sacrílego concubinato... Entregados a los placeres de la carne no les queda tiempo ni ganas de

adoctrinar a los indios, a quienes contaminan con el ejemplo...

— Algo me había hablado en ello el padre Miranda — dijo Alvar Núñez, — pero no me era posible creerlo... Preciso es que esto cese y tomaré medidas con la urgencia y la energía que el caso requiere. Convocad a esos malos sacerdotes, Pero Hernández, pues he de hacerles entrar en razón.

— Haría bien Vuestra Señoría — agregó el escribano — en no olvidar tampoco al capitán Vergara, a los oficiales, y a otros hidalgos, señores y capitanes que contribuyen en alto grado a corromper las costumbres y hacer de la Asunción una mancebía. Muchos son los que viven en concubinato con sus indias esclavas, y tienen tantas mujeres como el gran turco en su harén. El escándalo llega a tal punto que no se paran ya en barras y el incesto es cosa corriente, pues tienen al propio tiempo a madres e hijas, hermanas y tías, sin que nadie lo tome a mal...

— Ya lo remediaré! — exclamó Alvar Núñez.

Súpoles pésimamente a los sacerdotes la homilía que a raíz de esto les dirigió el Adelantado en la reunión a que los convocara, y aunque hubiese cuidado de llamar a todos sin excepción y de no señalar a ninguno en particular como culpable de tan pecaminosos procederes. En círculo tan estrecho como el de la Asunción, donde nadie podía disimular sus actos, con sólo aludir al delito se declaraba al delincuente, y a sus primeras palabras todos los ojos se volvieron hacia los pecadores. Hicieron todas protestas de inocencia que Alvar Nú-

ñez fingió tomar por de buena ley, diciéndoles que hablaba en general y sólo por si el caso llegaba a presentarse. Pero en lo que demostró mayor rigor y exigencia fué en lo referente al adoctrinamiento de los indios, que quería ver llevado con ardiente e incesante celo, pues de él dependía, no sólo la salvación de sus almas, sino también el buen gobierno del país, el interés bien entendido de S. M. y la misma gloria de Dios.

— Y quiero — les dijo — no simplemente que les enseñéis las verdades y las grandezas de nuestra santa religión, sino también que los conduzáis al gremio bendito de la Iglesia, convirtiéndoos en sus naturales defensores contra la crueldad, la lascivia, la codicia y el mismo abandono de sus amos. El indio cristiano debe ser tratado, no como hasta aquí, en clase de esclavo entregado al capricho de su dueño, sino en la de niño cuyo padre tiene el derecho de utilizarle, pero a quien por su lado debe protección y buen tratamiento. Yo he de ordenarlo así, y a vosotros os tocará velar por que mis órdenes se cumplan. Espero que así lo haréis. Y al daros las gracias por haber venido añadiré, para aquellos de entre vosotros que acaso no estén limpios de falta, y sólo para ellos, las mismas palabras de nuestro Divino Redentor: « Id y no pequéis más ».

— Después de pretender que ha hecho milagros, ahora quiere canonizarse en vida y hacer que lo agreguemos al santoral, — decía poco después fray Bernardo de Armenta. — ¡Ya te daremos beatificación, san Cabeza de Vaca!

III

PRELUDIOS DE BORRASCA

Aquellas buenas disposiciones de Alvar Núñez no rezaban sino con los indios sometidos y pacíficos, según lo demostró la cólera del Adelantado al saber por unos españoles salidos a garbear aguas arriba, que el cacique carío Aracaré se preparaba a sublevarse y sacudir el yugo. Lo que en realidad había querido y conseguido Aracaré era impedirles a ellos que lo despojaran del todo, como pretendían. Pero Alvar Núñez tomó sus palabras por el mismo evangelio, no se detuvo en averiguaciones, juró hacer un ejemplo con los rebeldes y mandó al puerto de Guacaní, arriba del Ipané una carta dirigida al capitán Vergara ordenándole que, al pasar de vuelta por las tierras de Aracaré, colgase a éste de un árbol sin más forma de proceso, para escarmiento de caciques desobedientes.

— Usía es buen político — díjole Pero, con lisonja no exenta de disimuladísima ironía — pues no se aferra ciegamente a la doctrina y sabe dejarla de lado cuando las circunstancias lo exigen.

— No hay medio de gobernar — asintió Su Excelencia, — sino con el pan en una mano y el palo en la otra. Una vida que se quite a tiempo puede salvar muchas más tarde. Castigaré sin piedad a los indios rebeldes, pero a los mansos y dóciles los trataré como a hijos.

Alvar Núñez hizo venir en seguida al lenguaraz Juan Pérez para darle sus instrucciones. Iba a convocar a los indios principales de la región para exhortarlos, por intermedio del lengua, a que abandonaran de una vez para siempre la abominable y criminal costumbre de comer carne humana. Juan Pérez se permitió observar al Adelantado que esa exhortación podía no ser del todo oportuna.

— Ya no comen carne de cristianos, Excelentísimo Señor — le dijo. — No la comen porque la encuentran mucho más desaborida que la de indio, y también, y sobre todo, mejor dicho, porque en ocasión de haberla comido tiempo ha, les sobrevino una mortífera peste que atribuyeron a la mala calidad de la vianda. Ahora dicen que la carne de cristiano tiene «añá», que es el diablo; no la prueban, y para mí, que la prédica es inútil.

— No os pregunto vuestra opinión, seor belloco! — replicó amoscado Alvar Núñez. — Repetidles lo que os digo, y no volváis a meteros donde nadie os llama. Agregad que comer indio es tan malo como comer cristiano.

Reunidos los naturales, el lenguaraz les repitió, sin mucha convicción ni elocuencia, el sermón de Alvar Núñez, a quien algunos, por zumba, comen-

zaban a llamar san o más bien santa Cabeza de Vaca, y cuando se supo en el pueblo sobre qué había versado, sobran los comentarios, chistosos unos, severos otros, aprobatorios los menos, y no porque los conquistadores defendieran el canibalismo, sino porque en la sangre llevaban la oposición.

— ¿Qué le importará al buen señor que estos salvajes se devoren entre sí cuando con ello nos despejan el campo? — preguntaba Diego Delgado.

— Sobre todo no está bien amonestar a los caríos, que al fin y al cabo no se comen sino a sus enemigos, que son los nuestros — apoyaba Rodrigo de los Ríos.

— Ahora tendrán menos ánimo para combatirlos, — decían otros.

— Lo que es torpeza imperdonable ¡voto al Diantre! — agregaba el caviloso Antón Martínez — es eso de ir a decirles que la carne de indio es igual a la de cristiano. ¡Mal rayo!... Como la una no les hace daño van a perder el miedo de comer de la otra, de la nuestra, rediós!

— Irles con sermones es muy santo y muy bueno — murmuraba Jácome Cobo. — Pero si la Virgen no lo remedia será como poner sinapismos a una pierna de palo. ¡Sermones a indios que sólo entienden a fuerza de látigo y de hierro!

Pero estas críticas pudieran pasar por demostraciones de cariño comparadas con las que provocaron otras medidas de Alvar Núñez, sobre todo una que produjo verdadera estupefacción en la mayoría de los españoles. ¡Pues no se le ocurrió man-

dar que licenciaran y devolvieran a sus respectivos padres todas las indias parientas entre sí que tuviesen a su servicio, porque ello era ocasionado a incestos y otros pecados capitales!... Y, para colmo, ¿no mandaba también que además de tratar a los indios servidores con dulzura, se les hiciesen dádivas para tenerles contentos y hasta que se les pagase su trabajo, como a hombres libres?...

— Alvar Núñez, ha perdido la cabeza... de Vaca! — decían los que aun estaban para chistes.

— ¡Pero este santo varón no sabe ni sabrá nunca lo que son indios! — exclamaban los demás. — Con sus santurroneerías va a acabar por trastornarlo todo en esta desgraciada tierra. Se conduce con nosotros como un tirano, y en cambio se convierte en padre y protector de salvajes. Si le dejamos hacer, pronto pasaremos de amos a siervos y los indios de esclavos a señores. ¡Vive Dios que pagarles su trabajo, reduciendo en otro tanto lo poco que tenemos!...

La devolución de las indias parientes se hizo regañando y cuan mal se pudo; muchas enviadas ayer a los padres, eran traídas hoy, de nuevo, a casa de su amo; las dádivas a los indios y sus salarios no pasaron nunca de un ensueño. En cambio, la oposición se fortaleció con estas medidas, y empezaron a formarse camarillas hostiles al Adelantado: desde luego la de los oficiales reales, que en vano trataban de meter baza en el gobierno de la cosa pública; en seguida la de los hidalgos y capitanes desdeñados, a los que no tardó en unirse el mismo don Francisco de Mendoza, pues el

favor de Alvar Núñez no pasaba para con él de buenas palabras y jarabe cortesano; luego la de los paisanos del capitán Vergara que se sentían sospechados; el mismo Francisco de Vergara, y con él García Rodríguez, Lope Dagarte, Juan Vizcaíno, se agruparon en torno del descontento escribano Martín de Orúe, y conquistaron a su causa a uno de los mismos criados de Alvar Núñez, Pedro de Oñate, que era vizcaíno también; Cabrera, Andrés Fernández el Romo, y García Venegas, cordobeses, rodeáronse de los de su Provincia, Alonso de Angulo, Antonio Cabrera, sobrino del veedor, y otros de menos importancia. Estas camarillas eran ayudadas por los frailes amonestados, que fomentaban el descontento entre la plebe, de suyo aficionada a la resistencia.

Poco diestros en política los oficiales reales comprometieron, sin embargo, situación tan favorable para ellos y para el ausente capitán Vergara, dando a Alvar Núñez la ocasión de hacerse popular, momentáneamente al menos. La malhadada orden del Adelantado de pagar a los indios había sido eludida, pero los oficiales quisieron en mala hora exigir el pago del quinto del rey y pretendieron ejecutar a los omisos y remisos, comisándoles una parte de sus haciendas, naturalmente mayor que lo adeudado. Aquello no fué oposición sino furor desencadenado. No hubo en la Asunción un hombre que no pusiese el grito en el cielo para defender sus bienes en la tierra. En un instante se olvidaron los enconos y el resentimiento con-

tra Alvar Núñez, y se acudió a él como a un padre en busca de protección y de defensa.

Los oficiales reales estaban en su derecho al exigir el pago de impuestos establecidos de orden del rey y por el Consejo Supremo de Indias, y el Adelantado no podía oponerse a su cobro, perfectamente legal. Sin embargo, — aconsejado por los clérigos de su pequeña corte y por el mismo Pero Hernández, deseosos de conjurar el nublado que veían precipitarse sobre la cabeza de Alvar Núñez, — tomó esta vez el partido del pueblo. No se opuso abiertamente a la legítima pretensión de los oficiales reales, pero comunicó a éstos que iba a dirigirse en consulta a S. M. sobre la oportunidad de un cobro iniciado precisamente en una época en que la población estaba casi sin recursos, y en vísperas de realizar la entrada que, a no dudarlo, había de valerle inmensas riquezas. En vista de tal consulta, que elevaría al rey en cuanto estuviera alistada la carabela entonces en construcción, era de parecer que los oficiales reales debían suspender el cobro, y eso hasta que S. M. resolviera.

Los oficiales continuaron reclamando el pago, y Alvar Núñez se lo prohibió, entonces, con todo el peso de su autoridad, que para esto era mucha, pues los interesados le apoyaban. Los oficiales insistieron y le acusaron de disponer contra todo derecho de bienes pertenecientes nada menos que al rey, pero Alvar Núñez replicóles que S. M. no perdería un solo maravedí, porque si el rey mantenía los impuestos él pagaría con sus pro-

pios salarios cuanto los vecinos adeudaran a las arcas reales. Como, a pesar de todo, los oficiales no se dieron por vencidos, el Adelantado hizo echar un bando prohibiendo al pueblo que pagara el aborrecido quinto del rey, asumiendo el juicio por deudas, y declarando nula toda ejecución de un deudor, siempre que a ésta no hubiese precedido su propia autorización.

— ¡Viva Alvar Núñez! — gritó la plebe alborozada. — ¡Abajo los exactores! ¡Loor al generoso Adelantado que pagará nuestras deudas!

Muy ajeno a todos estos acontecimientos regresaba el capitán Vergara a la Asunción, después de haber hecho ahorcar de un árbol al cacique Aracaré, en cumplimiento de la orden de Alvar Núñez, y no poco disgusto le causó la falsa maniobra de los oficiales reales.

— Os habéis conducido como unos memos, — les dijo, — y quién sabe si vuelve a presentarse tan favorable ocasión de minorar los humos del Adelantado. En fin, a lo hecho pecho. Ahora sólo nos resta aguardar.

Alvar Núñez, triunfante en la cuestión de los impuestos y animado por los informes que Irala le traía, reunió el 24 de mayo a los religiosos, los oficiales reales y los capitanes, para que ellos también oyesen al capitán Vergara y pudieran así dictaminar si era o no conveniente llevar a efecto la entrada. Irala explicó en breves palabras que después de llegar a los chané, y de obtener de ellos bastimento en abundancia, había seguido remontando el río hasta descubrir, más arriba del de

San Fernando, un puerto, — luego se llamó de los Reyes, — que consideró conveniente para sus fines y que se hallaba a doscientas cincuenta leguas más o menos de la Asunción. Los naturales diéronle — agregó — noticia de que tierra adentro había ricas poblaciones donde no faltaban víveres, ni el oro ni la plata. Dejando, entonces, los bergantines bajo segura custodia, habíase internado, y a los cuatro días de camino, encontrado un pueblo de caríos que vivían allí en número de trescientos. Las noticias de estos caríos estaban completamente conformes con las de los indios del puerto: la entrada era practicable, y por allí se llegaría a las tierras del metal. Cumplida su misión, el capitán Vergara había resuelto volverse inmediatamente para dar cuenta de ello al Adelantado.

Unánime fué la opinión de que era preciso hacer la entrada sin pérdida de momento. Pero cuando ya Alvar Núñez había obtenido de los caríos dos mil indios que le acompañasen, y cuando hacía activar los preparativos, especialmente la construcción de los navíos de remos, llególe la noticia de que la ejecución de Aracaré había provocado la sublevación del poderoso cacique Tabaré, amigo y aliado de la víctima, a quien llamaba su hermano. Tuvo entonces que aplazar la expedición, pues lo primero y principal era someter a los rebeldes, y no convenía dividir su escasa gente, toda ella necesaria al buen éxito de la entrada. Dió, pues, doscientos hombres a Gonzalo de Mendoza para que, con Ruy Díaz Melgarejo, Camargo y otros

capitanes, fuesen a castigar a Tabaré, y hecho esto volviesen para incorporarse a los demás.

Algún tiempo pasó sin que se tuvieran noticias de Gonzalo de Mendoza y no lo desaprovecharon, por cierto, ni los oficiales reales, ni los frailes Armenta, Lebrón y sus cofrades, ni los vizcaínos y cordobeses enemigos de Alvar Núñez. No contando por entonces, como posible, con un motín popular, parecióles que podrían substituirlo, y quizás ventajosamente, con la intervención del rey. La medida tomada a propósito de los impuestos no podía por menos que irritar al soberano, quien quebraría naturalmente la autoridad de un delegado que tan mal defendía los intereses de la corona. Era preciso pues, enviar, secretamente a la Corte un informe detallado y documentado sobre ese y otros actos de gobierno de Alvar Núñez, acusando al Adelantado de tiranía, de incapacidad y de una falta de plan y de conocimiento de los hombres que provocaban el desorden y la anarquía.

Consultado por Cabrera, el capitán Vergara opinó que sería mucho más eficaz enviar a España un emisario caracterizado y respetable que supiera abogar por la causa de los conquistadores del Paraguay, contra aquel jefe intruso que más bien parecía enemigo que protector. Los papeles no tienen nunca la elocuencia de la palabra si el que la lleva sabe lo que va a decir, conoce a fondo el asunto de que se trata y es capaz de replicar a las objeciones que con buena o aviesa intención se le puedan oponer. El emisario debía ser un fraile, pues los frailes están generalmente tan avezados a

la discusión como los mismos hombres de toga; el padre Armenta era el más indicado en aquella oportunidad, no sólo por su hábil dialéctica, sino también porque ya conocía el camino de la costa del Brasil.

— ¿Creéis que deba hacerse tan largo viaje? — preguntó Cabrera. — ¡Las dificultades serían tantas!

— No hay otro remedio. Aunque os contentéis con una información, cosa que no os aconsejo, será preciso que algún hombre de confianza vaya a llevarla hasta el Brasil, pues aquí no tendríamos buque. El golpe, para ser eficaz, ha de darse antes de que Núñez pueda mandar su carabela... Si el padre Armenta no quisiera exponerse a tantas fatigas y peligros no faltará algún otro que los arrostre.

— Lo pensaremos — dijo Cabrera. — Pero desde ahora me parece que hemos de seguir vuestro consejo como el más sensato. ¿Vendréis a nuestra reunión de esta noche?

— Créolo imprudente. Como maestro de campo soy el único de nosotros a quien Alvar Núñez haya dejado algún poder efectivo, y os seré más útil conservándolo que exponiéndome a perderlo.

— Tenéis razón. Permaneced ajeno en apariencia a nuestros trabajos. Es tanto más lógico cuanto que estáis llamado a ser nuestro jefe.

Tramábase, pues, una conspiración que aparecía ya en pleno desarrollo. Los que acababan de pasar de descontentos a sediciosos en gestación, se llamaban a sí mismos comuneros, significando que

preferían el gobierno de todos al absolutismo de Alvar Núñez. En esta situación, que aun ignoraba, llególe a éste un mensaje de Gonzalo de Mendoza dándole cuenta de lo que ocurría en la guerra contra Tabaré.

La suerte de los españoles estaba muy comprometida y era preciso mandarles refuerzos si se quería someter a los rebeldes. Llegado a las tierras del cacique, Mendoza encontró a éste, con millares de indios guerreros, atrincherado en un fuerte de madera. Le invitó a someterse, pero Tabaré, de improviso, cayó sobre los españoles y trabó con ellos sangrienta lucha. La fortuna le fué adversa y tuvo que encerrarse de nuevo en el fuerte, dejando el campo sembrado de cadáveres. Pero no se desalentó. El capitán Camargo y cuantos salieron a requisar víveres en las chacras, eran continuamente perseguidos por partidas sueltas que les hacían mucho daño. Estrechóse el cerco del fuerte para que nadie pudiera salir de él, y se preparó el asalto. Los españoles protegidos por sus adargas y por grandes rodelas de higuieron, se acercaron a la empalizada para abrir a hachazos una brecha, pero una irresistible salida de los sitiados los corrió hasta el mismo real. Los indios perdieron mucha gente en este combate, pero los españoles tuvieron, también, muchas bajas. Luego pasaron largos días sin que los unos ni los otros se movieran, y los de Tabaré aprovechaban la obscuridad de la noche para introducir en la plaza no sólo víveres sino también gente que acudía en su socorro. Mendoza volvió a ofrecer la paz y el perdón, pero los

indios no contestaron. Mandó entonces construir dos castilletes de varas y cañas entretrejidas, más altos que la empalizada y dotados de troneras que permitían arcabucear el interior del fuerte, y una vez hechos se lanzó nuevamente al asalto. Atacóse al amanecer por tres partes, dejando libre la del río por considerarla poco menos que inaccesible a causa de las ásperas barrancas; Gonzalo de Mendoza mandaba por el lado del Este, Ruy Díaz Melgarejo por el Norte, el capitán Camargo por el Sur. Los castilletes avanzaron bajo una nube de flechas, y los soldados, defendidos por adargas y rodela, comenzaron a atacar a hachazos la empalizada, mientras los de arriba alejaban a los indios con su fuego de arcabucería. Pensaban ya que la plaza era suya, cuando como un alud cayeron sobre ellos dos mangas de flecheros que sembraron el desorden en las filas españolas. El capitán Camargo cayó herido, muchos soldados mordieron el polvo, Ruy Díaz Melgarejo estuvo a punto de quedar en manos del enemigo, y los asaltantes tuvieron que emprender la fuga. Afortunadamente los indios, no sabiendo aprovechar tan gran ventaja, cesaron de perseguirles a corta distancia, con lo que muchos escaparon a una muerte segura. Sin embargo, muchos, también, habían caído, y Gonzalo de Mendoza hacía saber a Alvar Núñez que si no le enviaba un importante refuerzo, se vería obligado a renunciar a la empresa, dejando la victoria al rebelde y orgulloso Tabaré.

LA EMBAJADA DE LOS FRAILES

Era aquel un contratiempo, si no algo peor, que venía a retardar indefinidamente la entrada. El Adelantado estaba a la vez colérico y perplejo. Imponíase el severo e inmediato castigo de Tabaré, pues de otro modo la rebelión podía cundir y propagarse, convirtiéndose en insurrección general. Ya se sentían síntomas alarmantes en las tribus cercanas, el prestigio español sufría un rudo revés y la misma seguridad de la Asunción comenzaba a estar comprometida. ¡En mal hora había mandado colgar a Aracaré! Pero no era el momento de lamentar lo pasado sino de remediar lo presente. El capitán Vergara conseguiría, sin duda, lo que no había logrado Gonzalo de Mendoza. Llamólo Alvar Núñez y le preguntó si estaba dispuesto a marchar contra el cacique, contándole el fracaso de la expedición: a él le correspondía — agregó — llevar a cabo la campaña, como autor que era de la muerte del que Tabaré llamaba hermano.

— Usía se equivoca — le replicó Irala con des-

abrimiento. — Yo no he dado muerte al cacique Aracaré.

— Pues ¿quién le hizo colgar de un árbol?

— Usía mismo. Yo soy soldado, sólo sé obedecer, y estaba harto lejos para oponer a Usía las observaciones del caso. Bien vi la montaña que nos echábamos encima, pero no estaba en mi mano impedirlo...

Tragóse Alvar Núñez la censura y el capitán Vergara partió con ciento cincuenta españoles y algunos indios en socorro de Gonzalo de Mendoza.

Entretanto, la conjuración estaba ya madura. Fray Bernardo de Armenta había aceptado la peligrosa embajada con la condición de que le acompañaran fray Alonso Lebron, el valenciano Jaime Resquin, alias el Tossut, hombre de avería, el andaluz Delgado, Rodrigo de los Ríos, Antón Martínez, Francisco Romero, algunos indios concedores del camino para utilizarlos como guías e intérpretes, y varias indiecillas de buen porte, encargadas de llevar los víveres y equipajes, guisar en las paradas, tender y abrigar los lechos y otros menudos menesteres. El mismo, el padre Lebrón, o los dos juntos, según juzgaran más conveniente una vez en la costa del Brasil, se embarcarían en el primer navío que se les proporcionase, e irían a la Corte, donde removerían cielo y tierra hasta acabar con Alvar Núñez. Partieron una madrugada, mucho antes de que saliera el sol, confiando en que, gracias a su sigilo, nadie vería la caravana, compuesta, sin embargo, de más de veinte personas. Pero eran harto numerosos para que, en el

mejor de los casos, su ausencia pasara inadvertida o se hubiera evitado toda indiscreción. Y hubo indiscreción. Sin que se supiese por quién, aquella mañana misma, no estando aun los embajadores lejos de la Asunción, el clérigo Miranda tenía ya conocimiento del secreto y corría a comunicarlo a Alvar Núñez cuando, en el camino, encontró a Hernández, que se dirigía también a casa del Adelantado, y en pocas palabras le puso al corriente.

— Adivino lo demás — dijo el escribano. — Se trata evidentemente de una conspiración urdida por los oficiales reales. Los frailes solos no se atreverían a tanto. Aquí anda la mano de Cabrera y de Garcí Venegas, sobre todo. Tras ellos vislumbro a Andrés Fernández el Romo, al avieso Felipe de Cáceres, al factor Dorantes, aunque acabe de llegar y, aunque esté lejos, a ese maldito capitán Vergara, que no dormirá hasta que esté otra vez en el poder para perdición nuestra. ¡Ese es el primero que yo mandaré a España con grillos y esposas!

Cuando avisaron al Adelantado, que aun dormía, Alvar Núñez saltó vivamente de la cama, vistióse de prisa sin cesar de pedirles detalles, y mandó llamar al alcalde mayor, su primo Pedro Estopiñán Cabeza de Vaca. Estaba resuelto a cualquier extremo. Comprendía que, no castigando con toda energía y rapidez a los conspiradores, estaba perdido como gobernante.

Pedro Vacas acudió bastante inquieto, pero cuando supo que, por simples sospechas, basado sólo en la secreta partida de los frailes, su primo pre-

tendía poner mano en los oficiales reales, no pudo ocultar sus temores ni aprobar el atrevido proyecto.

— Si tuvierais pruebas de que conspiran, primo, podríais y deberíais detenerlos y aherrojarlos — dijo Pedro Vacas. — Pero no las tenéis, por mucho que en efecto hayan conspirado; y al aprehenderlos os colocaréis en desgraciadísima situación respecto del Supremo Consejo y del rey, que han de pedir os cuentas. En apariencia trocaríais los papeles, siendo vos el conspirador y ellos los mantenedores de la ley. ¡No hagáis tal, primo, no hagáis tal!

— ¿Qué me aconseja entonces el señor alcalde mayor? — preguntó Alvar Núñez, con marcada ironía.

— Comenzad por hacer tomar a los frailes y traerlos a la Asunción. Hábilmente interrogados, quizá den pie para obrar contra los oficiales.

— ¿No es eso tan ilegal como lo otro? ¿No son los frailes libres de ir y venir como les acomode?

— La ilegalidad, en todo caso, sería de menor importancia. Los frailes no comparten con vos la representación real, como los oficiales, y el hilo se corta siempre por lo más delgado.

— Además — dijo Miranda — hartas pruebas de que conspiran se encontrarán sobre ellos para justificar su detención.

— ¡Y yo sabré sonsacarles la verdad! — exclamó Pero Hernández, restregándose las manos.

Alvar Núñez, indeciso, había caído en profunda meditación.

— ¡No perdamos un tiempo precioso! — dijo Pedro Vacas. — Mandad a uno de vuestros capitanes de confianza para que los tome antes de que estén más lejos. Si llegan a internarse en los bosques será difícil darles caza.

— ¡Tenéis razón! — contestó Alvar Núñez saliendo de su ensimismamiento. — Haced llamar al punto a Ruy Díaz Melgarejo; es el más adecuado para desempeñar esa comisión.

Mientras un criado iba en busca del joven capitán, Pero Hernández insistió sobre una que era en él idea fija:

— Ese condenado de capitán Vergara es el fautor de todos estos enredos, y mientras no se le castigue quedará impune el verdadero culpable.

— Pienso lo mismo — apoyó Miranda.

— Pero está ausente, cumpliendo órdenes mías, castigando a los indios de Tabaré — objetó Alvar Núñez. — Hasta hoy no me ha dado motivo de queja, ha ejercido con lealtad su cargo de maestro de campo, me ha servido en todo... ¿Cómo queréis que obre contra él, ni qué justificación tendría para ello?

— Conspira.

— Lo sospecho. Pero si la sospecha no basta para aprehender a los oficiales reales, tampoco puede bastar para perseguir al capitán Vergara.

— Tanto más — agregó sentenciosamente Pedro Vacas — cuanto que cuenta con los soldados, con el populacho y quizá, quizá, con los mismos capitanes... La partida sería muy arriesgada... En rigor, a los oficiales se les puede tocar sin peligro

de que la Provincia se mueva, porque la cuestión del quinto del rey las ha hecho impopulares, pero no ocurre lo mismo con el capitán Vergara. Lo mejor es dejarle en paz por el momento...

— ¡Sería tan fácil cogerle al volver de su expedición! — murmuró Pero Hernández.

La llegada de Ruy Díaz Melgarejo interrumpió el debate. Alvar Núñez le dió la orden de que, con diez hombres a caballo, persiguiese y prendiese a fray Bernardo de Armenta, fray Alonso Lebrón y demás acompañantes, recomendándole diligencia y sigilo.

Aquella misma noche entraba de forzoso regreso en la ciudad la abortada diputación de los frailes. Sometidos éstos a un minucioso registro y a un estrecho interrogatorio por Pedro de Estopiñan y Pero Hernández, como asesor y secretario, su culpabilidad quedó pronto establecida. Halláronseles notas que comprometían gravemente a los oficiales reales, sobre todo a Cabrera y a García Venegas, como principales promotores de la conspiración que debió dar en tierra con Alvar Núñez. En realidad, no se trataba sino de una serie de cargos contra el Adelantado, encaminada a hacerle residenciar por el Consejo de Indias. La parte más importante de estos cargos era la que se refería a la usurpación de las funciones de los oficiales reales y al desconocimiento de su autoridad, cometidos efectivamente por Alvar Núñez, aunque con la mejor intención; basándose en estos actos se le acusaba de tiranía y despotismo y se pronosticaba que arruinaría la tierra, despoblándola y sumién-

dola en un estado anárquico bajo las apariencias de un absolutismo sin bases sólidas, pues todo el pueblo estaba descontento y decidido à sacudir su yugo. Las declaraciones de los frailes no hicieron sino corroborar y ampliar estas noticias, pues lejos de desimular el objeto de su embajada -sostuvieron con energía que los oficiales reales estaban en su perfecto derecho apelando ante el Consejo de Indias contra los actos de Alvar Núñez.

Cuando éste conoció el resultado del interrogatorio, ya no vaciló un instante y llamando al alcalde mayor le ordenó que prendiera aquella misma noche y aherrojara en los calabozos de la Casa Fuerte, a Alonso de Cabrera, a García Venegas, a Felipe de Cáceres, a Pedro Dorantes y a Andrés Fernández el Romo.

Estos sabían ya — ¿y cómo ocultarlo en la Asunción? — que la embajada había sido detenida y traída de nuevo a la ciudad, pero no podían creer que Alvar Núñez se atreviera a perseguirlos y encarcelarlos; así es que cuando Pedro Vacas, acompañado por Francisco de Peralta, Sebastián de Fuente el Rey, una compañía mandada por Díaz Melgarejo, y algunos vecinos partidarios del Adelantado, se presentó en casa de Cabrera, éste platicaba tranquilamente con Andrés Fernández el Romo y García Venegas, comentando los acontecimientos del día... Como la partida del alcalde mayor hizo irrupción en la casa sin que antes la hubieran sentido, no pudieron oponer resistencia ni apelar a la fuga. Entregáronse, pues, pero no sin que Cabrera protestase:

— ¡El Adelantado — exclamó — agrava sus culpas con este acto de tiranía que no puede quedar impune! ¡Día llegará en que pague ojo por ojo y diente por diente!

— Mientras llega, vamos andando a la cárcel — replicó irónicamente Pedro Vacas.

Una vez en la Casa Fuerte se les cargó de cadenas y se les maltrató de palabra y de hecho, pues no podía faltar quien aprovechara la ocasión para vengarse de los impuestos pagados antes de la intervención de Alvar Núñez. El cobro de las gabelas no entusiasma a los pueblos.

Pedro Dorantes y Felipe de Cáceres siguieron bien pronto a sus colegas, y los cinco pasaron el resto de la noche cargados de cadenas, sólo sostenidos por la esperanza de que al día siguiente se amotinase la población y reclamase su libertad. Pero salvo algunos conspiradores, los demás no pensaban en semejante cosa, y más bien aplaudían el golpe de Estado que les libraba de exactores tan exigentes. Amaneció y volvió a anochecer varias veces sin que mejorara su situación, ni tuvieran otro alivio en sus oscuros calabozos que el de la pobre pitanza distribuída dos veces al día, y el menos envidiable aun de los largos interrogatorios a que les sometían Pedro de Estopiñan y Pero Hernández.

POLITICA Y GUERRA

El capitán Vergara llegando con su gente a las tierras de Tabaré, uni6se al punto con Gonzalo de Mendoza y asumi6 la direcci6n de la campaña. Mantuvo la llegada del refuerzo cuan secreta fu6 posible y mand6 que nadie se moviera del real, para adormecer la vigilancia de los indios, mientras organizaba el ataque decisivo. En la madrugada del cuarto d6a di6 el asalto, sin descuidar esta vez las barrancas del r6o, hizo incendiar la empalizada en diversos puntos y pegar fuego, por medio de estopas lanzadas desde los castilletes, a los techos de paja de las redondas chozas m6s pr6ximas al cerco. Por las abiertas brechas entraron los arcabuceros y los ballesteros, arrollando a los indios que acud6an en tropel a la defensa, y seguidos por los car6os de la Asunci6n que degollaban a cuantos ca6an en sus manos. La matanza fu6 espantosa. Solo se daba cuartel a las mujeres y los ni6os, y pronto se produjo la desbandada de los sitiados que se pusieron en fuga. Tabar6 se refugi6 en los bosques, llev6ndose algunas mujeres con

sus niños. El fuerte quedó sembrado de cadáveres y se tomó numerosos prisioneros. Los españoles habían perdido dieciocho hombres y muchos indios auxiliares.

El capitán Vergara mandó arrasar la empalizada y las casas que habían quedado en pie, retirándose luego al real para asegurar a los prisioneros y preparar la persecución del cacique, pues estaba resuelto a cogerle muerto o vivo. No tuvo necesidad de hacer grandes esfuerzos para completar su victoria. Varios hijos de Tabaré habían caído en poder de los vencedores y el cacique, el padre más bien, mandó parlamentarios a pedir la paz, el perdón y la devolución de los niños, las mujeres y los ancianos, prometiendo, en cambio, someterse y servir fielmente a los españoles. Irala accedió; la dura lección recibida haría que Tabaré y los suyos no volviesen a mover guerra a los cristianos.

Al regresar triunfante y apenas desembarcado supo con sorpresa y enojo la prisión de los oficiales reales y resolvió libertarlos de grado o por fuerza. Avistóse con Alvar Núñez para darle cuenta de su campaña victoriosa, y aprovechando la coyuntura le habló del golpe de Estado, que condenó como un error preñado de funestas consecuencias, dejando entrever que estaba resuelto a no consentirlo. El Adelantado, que había tenido tiempo de aplacar su cólera y de examinar fríamente la cuestión, no estaba ya muy seguro de haber obrado con acierto y habilidad, y comenzaba a temer los efectos de su arrebató. Aunque España

estuviese muy lejos, ¡era tan grave eso de alzarse con la suma de los Poderes, desconociendo la autoridad y las inmunidades de los representantes del rey, colaboradores de su gobierno!... Así, pues, las insinuaciones de Irala acabaron por quitarle la energía, y buscó una manera de ceder que no fuese desairada en demasía. Sólo encontró un pretexto infantil, pero que le fué útil para salir del paso.

— Ya que vos me lo pedís — dijo a Irala — y para demostraros cuánta es mi benevolencia, voy a ordenar que se les ponga en libertad, más que otra cosa en honor de la lucida campaña que acabáis de hacer.

— Vuestra Señoría no debe considerarlo como premio, sino como justicia, — contestó secamente Irala.

— Premio o justicia, así se hará, — concluyó Alvar Núñez muy mortificado.

— ¡Colgarte de un árbol y del más empinado, es lo que haría yo, facineroso! — murmuró para su capote Pero Hernández que, como secretario, había asistido a la entrevista.

Libertados los oficiales sin explicación alguna, no vieron ni trataron de ver al Adelantado, quien, por su parte, no deseaba escuchar sus recriminaciones. Los frailes y sus acompañantes de la embajada hubieran seguido presos si el capitán Vergara no fuera al otro día a pedir también su libertad.

— Si habéis sacado de la cárcel a quienes los mandaron, mal podéis mantenerlos presos por ha-

ber obedecido. Si los oficiales tenían el derecho de acudir en queja a los superiores, ellos tenían también el de llevar esa queja por mandato de los oficiales.

Llenos de rencor por los padecimientos de aquellos días de cárcel, los oficiales reales y a mayor abundamiento, los dos frailes, no iban desde entonces a descansar hasta vengarse de Alvar Núñez; pero unos y otros supieron disimular sus sentimientos y callar, aguardando la ocasión con tan engañosa mansedumbre que el Adelantado los creyó sumisos de una vez para siempre. Su ceguera llegó al extremo de que, pese a las advertencias de Miranda, a las enconadas diatribas de Pero Hernández y a las insinuaciones de muchos de sus habituales consejeros, Alvar Núñez dió por olvidadas aquellas rencillas y comenzó a tratar de atraerse a los oficiales reales, demostrándoles la mayor confianza.

Como ya nada parecía oponerse a la entrada que todos habían aprobado y que el pueblo deseaba con ardor, Alvar Núñez apresuró los preparativos, confirmó al capitán Vergara en su cargo de maestro de campo, nombró su lugarteniente en la Asunción a don Juan de Salazar de Espinosa, invitó a acompañarlo a los oficiales reales, que aceptaron para no quedarse en la ciudad donde nada podrían hacer por falta de gente y por la disciplinada energía de Espinosa, y la expedición se puso en marcha a principios de septiembre de 1542.

Era un pequeño ejército. A bordo de los diez bergantines de remo recién construídos iban los

jefes y capitanes y cuatrocientos arcabuceros y ballesteros con mucho bastimento. Seguíanlos, en cien canoas, más de mil quinientos caríos, muchos de ellos enviados por el mismo cacique Tabaré, pronto a dar pruebas de su fidelidad. Por tierra, y siguiendo el curso del río, marchaba un pequeño pelotón de caballería con indios auxiliares a pie, quienes se embarcarían en el puerto de San Fernando para seguir por agua hasta el nuevo puerto que el capitán Vergara acababa de descubrir. La gente lanzaba vítores entusiastas y grandes clamores de regocijo, teniendo ya por suya la codiciada tierra de los metales.

El viaje comenzó bajo excelentes auspicios. Cuando se acercaban a los payaguá, éstos huyeron tierra adentro con sus mujeres e hijos, después de incendiar chozas y toldos. La gran Nación de los guajarapos les proveyó de pescado y carne en abundancia, pero no vieron una sola mujer, pues todas habían escapado a ocultarse en lo más espeso de los bosques. En la tierra de los chané, Alvar Núñez se informó por intermedio del lenguaraz Juan Pérez sobre los indios caracará, que vivían muy lejos de allí, los caríos establecidos entre los jarayes que habitan en comarcas pantanosas y cálidas, los corocotoquis habitantes de sierras donde se encuentra plata, los payzuñoses, los estarapecois y los candires, gente mansa, cazadora y labradora, que criaba también algún ganado.

Llegaron, por fin, al cabo de dos meses, al puerto descubierto por Irala y al que Alvar Núñez,

tomando posesión de aquellas tierras en nombre de S. M. el rey de España, con la acostumbrada ceremonia de plantar el rollo y enarbolar el estandarte real, dió el nombre de Puerto de los Reyes.

Vivían allí unos indios pacíficos que dijeron llamarse sacociés, y que parecían algo más civilizados que sus vecinos. Cada familia habitaba en una choza separada; las mujeres mostraban su hermoso cuerpo desnudo, pero les afeaba el rostro, deformándoles el labio inferior, un tembetá de piedra azul cristalina de un dedo de largo y otro tanto de grueso, y los hombres, esbeltos y ágiles, llevaban en el lóbulo de las orejas un adorno análogo que las alargaba desmesuradamente. Estos indios sabían labrar la tierra. Les recibieron con grande amistad y les proveyeron generosamente de mandioca, batatas, carne y pescado.

Después de permanecer allí cerca de un mes, haciendo los últimos preparativos de la entrada e informándose acerca del mejor camino que podría elegir, el Adelantado dió la orden de marcha el 26 de noviembre. Dejaba en el puerto noventa españoles al mando de un capitán para custodiar los bergantines y las canoas, y llevaba consigo trescientos soldados, ochocientos indios y diez caballos, con algunos víveres y pertrechos. Guiábalo un indio de la comarca, según cuyos datos en solo cinco jornadas llegarían a las primeras poblaciones del interior...

Pero nueve y largas habían andado por tierra desierta, cuando encontraron por fin no un pueblo,

ni una aldea como lo esperaban, sino una simple choza habitada por catorce indios caríos y sus mujeres, que vivían miserablemente de un poco de agricultura y de lo que cobraban en la caza y en la pesca. Lo que dijeron estos indios aguló las ilusiones de Alvar Núñez: Tapúa, la población más próxima, donde acababa realmente aquel desierto, hallábase a catorce jornadas de allí... El Adelantado celebró consejo, en vista de esta dificultad, con los oficiales reales y los capitanes, y como casi todos opinaron que era mejor no seguir adelante mientras no se tuvieran informes más seguros, se emprendió el regreso al Puerto de los Reyes, donde Alvar Núñez pensaba abastecerse con toda la abundancia necesaria para emprender nueva y definitiva expedición.

Antes de abandonar el paradero de los indios, y con el objeto de preparar el terreno, mandó al capitán Francisco de Ribera para que con seis hombres y guiado por uno de los caríos de la choza, explorase el camino hasta la lejana Tapúa. Francisco de Ribera se separó, pues, del grueso de la fuerza, y ya no se supo de él en largos días.

Entretanto la gente de Alvar Núñez murmuraba, descontenta con este fracaso que atribuía a la inexperiencia de su jefe, avezado, sin embargo, a las dificultades y los peligros de la conquista, o a su carácter poco firme, a sus vacilaciones, a su falta de una línea invariable de conducta. Y este descontento subió a mayores cuando, llegados al Puerto de los Reyes, hallaron a la pequeña guarnición atemorizada porque los indios daban

continuas y crecientes muestras de hostilidad, reuniéndose en conciliábulo amenazadores, llamando a otras tribus vecinas y preparando, en una palabra, un ataque o una sorpresa, que a todos podía costarles caro, pues los enemigos, ya numerosísimos, aumentaban de día en día.

Estaban a la cabeza de la presunta insurrección los orejones que vivían en la isla y los guajarapos y jarayes que habitaban la tierra firme. Jarayes y orejones parecían ser de la misma casta que los indómitos guaycurús o «mozos sarnosos», guerreros y ladrones, cuyas flechas habían probado más de una vez los cristianos. Estos les llamaban orejones porque se ponían desde niños en el lóbulo perforado de las orejas unos tarugos de madera en forma de discos, que iban agrandando poco a poco, hasta que aquellos dilatados y horrorosos cartílagos les llegaban a los hombros, dándoles espantable figura, empeorada aun por el enorme barbote de resina o de cáscara de coco que se embutían en otro orificio del bezo inferior. Aquellos hombres así desfigurados, y completamente desnudos, parecían encarnaciones del demonio a los supersticiosos españoles, por muy habituados que comenzaran a estar a encontrarse con indios de tales cataduras. Sin embargo, éstos no eran tan bravos como pudiera creerse por su aspecto, labraban la tierra, y sus hermosas mujeres, pintadas de azul con caprichosos dibujos desde los redondos pechos hasta la parte superior de los muslos, eran amables y fáciles, especialmente con los españoles, llevadas por cierta ventaja físi-

ca que éstos tenían sobre los mal armados indios. Los guajarapos, grandes canoeros, vivían exclusivamente de la caza y de la pesca, que practicaban a flechazos, y de una especie de arroz silvestre de los terrenos anegadizos, y eran muy aficionados a la guerra. Habitaban en las comarcas inundables de las cercanías del río Paraguay, abrigándose en toldos inaccesibles por tierra y disimulados por agua tras de los juncales y cañaverales de la orilla. No hablaban la misma lengua de sus vecinos, aunque algunos supieran el guaraní; eran altos, bien formados, robustos, claros de color como los caríos, lampiños y sin vello en el cuerpo. Completamente desnudos, con el cabello rapado, las cejas y pestañas arrancadas, el labio inferior adornado con el monstruoso tembetá, producían la más temerosa impresión cuando, en sus canoas semejantes a las embarcaciones payaguá, aparecían en el río o desembarcaban en la ribera, acompañados de sus mujeres, tan desnudas como ellos.

Alvar Núñez hizo cuanto pudo por pacificar a los indios y evitar la rebelión. Mandó emisarios a conferenciar con los jefes, y especialmente al hábil Gonzalo de Mendoza, cuya diplomacia había evitado tantos conflictos. La situación mejoró en apariencia y hubo un momento en que se creyó conjurado el peligro y asegurada la paz. Pero los españoles, desobedeciendo como siempre en este punto las órdenes superiores, no se habían contentado con disfrutar de los favores de las indias, detalle sin importancia para padres, hermanos y

aun maridos, sino que, crimen más grave, se apropiaban de cuanto pudiera convenirles, sin cuidarse de los arcos, las flechas y las mazas o macanas de los indios. Cinco de estos merodeadores fueron muertos y sepultados en los estómagos de sus enemigos...

Cuando Alvar Núñez lo supo, llamó a consejo a algunos capitanes, a los frailes y clérigos que le acompañaban. Con su anuencia, y confiado en el número y el armamento de la gente, resolvió pasar a cuchillo a orejones, jarayes y guajarapos, destruir sus toldos por el fuego y reducir a esclavitud a niños y mujeres. La matanza fué horrible, especialmente en la isla de los orejones, pues éstos no tuvieron tiempo de escapar, mientras huían los canoeros aguas abajo en gran número y los de tierra firme se internaban en las selvas impenetrables. La calma se restableció con la muerte y el cautiverio del enemigo.

VIOLENCIA Y FLAQUEZA

Dispuesto a renovar su tentativa de entrada, la primera vez tan infructuosa, Alvar Núñez mandó el 20 de diciembre a Hernando — no ya a Francisco — de Ribera, quien, como antiguo conocedor de las costas del Brasil y de sus habitantes, parecía hombre capaz de realizar lucidamente la empresa, para que con el bergantín Golondrino y cincuenta y dos hombres de armas, entre los que iban Schmidel y Delgado, reconociera un río cercano al Puerto de los Reyes, llamado por los indígenas Igatú — que no era sino el mismo Paraguay — y en cuyas riberas existían, según ellos, grandes poblaciones poseedoras de bastimento y metales en abundancia. Dos o tres semanas después de la salida de esta expedición exploradora llegó la que al mando de Francisco de Ribera había salido de la aislada choza de los caríos a descubrir el camino de Tapúa. Este Ribera y sus seis hombres volvían heridos y maltrechos. Habían andado por tierras de buenas arboledas y aguas, ricas en frutas, en miel silvestre y en sal-

vajina de todas clases: el guazú-ti, ciervo rojo amarillento, de cuernos cortos y más pequeño que el de Europa; el guazú-pucú, especie de venado; el guazú-pitá, del tamaño de una cabra, y el lindo guazú-birá más diminuto aun; el tanicatí y el tay-tetú, cerdos salvajes o jabalíes, de carne sabrosa; el capibara o carpincho, otro cerdo que vive en el agua y en tierra, que nada como un pez y cuyo grito «¡ap!» se oye a largas distancias en el silencio de la noche; muchos monos, tatús, tapití o aperea; aves numerosas, loros, tucanos, grullas y no menos numerosas víboras y serpientes. Al cabo de veinte días de marcha, no muy penosa, gracias a los recursos naturales que encontraban para sustentarse, los cristianos llegaron a las poblaciones de Tapúa Huaca, donde vivían los indios tarapecoas. Podrían haber hecho el viaje más corto, a conocer el terreno y no tener que abrirse paso en los bosques derribando ramas y bejuco que los hacían casi intransitables.

Al entrar en el pueblo de los tarapecoas, en una choza aislada encontraron a un orejón, que les dió de beber, les dijo que su tierra estaba a dos jornadas de allí, y les nombró varias tribus que poseían metales casi en tanta cantidad, por lo menos, como los habitantes de Tapúa-Huaca. En esta población abundaban efectivamente el oro y la plata y había grandes bastimentos, así de carne como de granos y raíces. Fueron en un principio bien recibidos y agasajados, pero los tarapecoas fingían amistad o su carácter tornadizo les cambió muy pronto el sentimiento, pues apenas

repuestos de sus fatigas y cobradas nuevas fuerzas, Francisco de Ribera tuvo noticia por un indio adicto, de que los otros salvajes se preparaban a asesinarlos mientras durmieran confiados en las chozas. Aquel mismo día, al cerrar la noche, Ribera y sus seis hombres huyeron a la selva, aunque no tan pronto ni con tanto secreto que los indios no los sintieran. Atacáronlos en número de doscientos, y todos hubieran muerto asaetados, a no internarse, heridos y desangrándose, en lo más espeso del bosque.

Con gran prudencia y a pesar de sus heridas, ayudándose unos a otros, se alejaron aquella misma noche cuanto les fué posible de la población, con la esperanza de volver vivos al Puerto de los Reyes. Descansaron durante el día, ocultos en la espesura, buscaron al caer la tarde el camino por donde vinieran, y emprendieron el regreso. Aunque con daño, habían cumplido su misión. En quince jornadas se habían puesto de Tapúa-Huaca en el puerto, por lo que calculaban que la población no debía de estar a más de sesenta leguas de allí.

Alvar Núñez quiso partir en seguida para realizar la entrada por el nuevo camino que acababa de abrir Francisco de Ribera, pero éste le disuadió.

— Vuestra merced debe esperar aún — le dijo — porque una gran laguna que hemos encontrado a diez leguas de aquí estaba muy crecida, y como la creciente ha de haber aumentado, a estas horas se hallará desbordada e inundados todos los campos vecinos, por los que nos sería forzoso pasar.

— ¿Hasta cuándo os parece que deberemos aguardar? — preguntó Cabeza de Vaca, impaciente.

— Al decir de los indios de la región, las aguas no bajarán en todo este mes ni en el siguiente, porque hasta fines de febrero se prolonga la estación de las lluvias.

Mucho enfado causó este inconveniente a Alvar Núñez, a quien comenzaba a parecer que hasta los mismos elementos le eran hostiles, aunque aquello no fuera más que el principio de malandanzas que a poco alcanzarían extraordinaria gravedad.

Su mal humor subió de punto al recibir un correo del otro Ribera, de Hernando, enviado a descubrir el río aguas arriba. Dábale éste cuenta de que las noticias de los jarayes ribereños le habían inducido a dejar el bergantín, guardado por doce hombres, en un ñaí o puerto de aquel río, para seguir tierra adentro con los otros cuarenta, seguro de realizar importantes descubrimientos, como efectivamente había sucedido. Agregaba Ribera que iba ya en viaje de regreso y que llegaría con su gente a los Reyes poco después de su mensajero. Montó en cólera Alvar Núñez y se dispuso a castigar severamente tamaña desobediencia, para bien de la disciplina. Sus habituales consejeros trataron de mantenerle en este estado de ánimo, y aun de exacerbarlo si cabía, así es que cuando llegó el insubordinado capitán tomó contra él y sus hombres las más rigurosas medidas.

Mandó por pronta providencia que nadie desembarcara del Golondrino hasta nueva orden, ro-

deó de guardias el bergantín y fué personalmente a tomar preso a Hernando de Ribera. En seguida hizo practicar un registro minucioso del barco y sus tripulantes, decomisando cantidad de prendas de oro y plata, de mantas de algodón, de tejidos y objetos que traían como botín, y que, según Schmidel decía después, representaban a lo menos la suma de doscientos ducados por cabeza, sin contar lo que el capitán llevaba por su parte y que valía ocho o diez tantos más. No soportaron esto con calma los arrojados expedicionarios, pero parecían someterse, aunque a regañadientes, cuando oyeron que Alvar Núñez se disponía a hacer ahorcar a su jefe, en castigo de su desobediencia y para ejemplo de indisciplinados. La guardia fué arrollada o se unió a los de a bordo, que saltaron a tierra en son de revuelta, llamando a sus amigos que acudieron numerosos y exigiendo no sólo la libertad de Hernando de Ribera, sino también la devolución inmediata del botín. El real entero se agitó, los hombres corrían a las armas y rodeaban en son de pronunciamiento la choza de Alvar Núñez, los capitanes dejaban hacer, más contentos que alarmados por el motín, y los sacerdotes adictos al gobernador trataban inútilmente de sofocar la hoguera...

El adelantado cedió una vez más. Viósele de pronto salir muy pálido de una choza, acompañado por su secretario Pero Hernández, por el capellán Martín González y los clérigos Miranda y Escalera. Adelantóse, solo, unos cuantos pasos, y, dirigiéndose a los hombres de Ribera, promotores

del disturbio, les dijo blandamente que su propósito no había sido castigarlos sino darles una lección para que vieran a lo que la desobediencia les exponía. Nunca había pensado en que se ajusticiara al valeroso Ribera, ni tampoco en despojar a los soldados del rico botín que traían y que les sería devuelto, lo mismo que su jefe. Su clemencia estaba justificada: aunque desobedientes, habían realizado grandes proezas y hecho descubrimientos que redundarían en beneficio de la santa religión, de S. M. el rey y del bien general de la Provincia.

Riendo so capa, los amotinados depusieron las armas, aclamaron a Hernando de Ribera devuelto a la libertad y recobraron su botín, con no poco regocijo.

El bávaro Schmidel, que por mala pronunciación involuntaria o por gracejo parecía divertirse en variar a lo infinito el nombre, ya algo cómico, del señor adelantado, decía aquella tarde en el corro que formaba con Delgado, Ríos, Martínez y Cobo, a quienes, para agasajar a su compatriota, se habían agregado los alemanes Llance y Rolando.

— Este Albernusso Capessa di Wacha había perdido la capeza, pero no la ha fuelto a encontrar.

— ¡Cómo Abrenuncio! — rectificó Delgado. — Alvar Núñez, querrás decir, Chimidez: Alvar Núñez Cabeza... de chorlito.

— De Vaca le viene de perlas — observó a su vez Martínez.

— ¡Pueno, pueno! Aluiso o Alberniso Capesa de

Bacha, todo es lo mismo. No por eso nos ha de mantar mejor — concluyó el alemán, haciendo que sus compatriotas prorrumpieran en grandes carcajadas.

En seguida le pidieron éstos que contara sus aventuras, a lo que accedió gustoso.

— No deja de tener razón el tal Aluiso Capesa de Baja, — empezó diciendo en su media lengua, imposible de transcribir sin hacer que el más fleumático pierda la paciencia, — pues cuando nos embarcamos en el Golondrino dió orden a nuestro capitán de que sólo se internara tres o cuatro jornadas, cuando mucho, en tierra firme, y hemos andado semanas enteras en busca del país de los metales. Pero esto no importa, porque llegamos bien cerca, y es lo principal. Salimos de aquí el 20 de diciembre y al día siguiente nos encontramos con los orejones, que viven en una gran isla de treinta leguas de largo, completamente rodeada por el río Paraboe — Paraguay — y que tienen maní, maíz, mandioca, patatas y otras raíces comestibles, amén de carne y pescado, pero ni oro ni plata. Allí nos quedamos un día, y al siguiente continuamos aguas arriba, llevando con nosotros ciento cincuenta o doscientos indios en diez canoas, para que nos guiaran, y cazaran y pescaran para nosotros, como lo hacían diariamente, mañana y tarde, proveyéndonos con «apuntancia y te muy puen grato». Nueve días después llegábamos a un sitio muy poblado, con muchas aldeas de indios, inmediatas las unas a las otras, y que está a treinta y seis leguas de la isla de los orejo-

nes. Sus habitantes son jayanes más altos y más robustos que cuantos hasta ahora he visto en el Río de la Plata, andan hombres y mujeres en cueros vivos y sólo comen carne y pescado, pues no saben o no quieren labrar la tierra. Se llaman yacarés, como el caimán que todos conocemos y que en Alemania tiene el nombre de basilisco. Sólo que el de Alemania, según dicen, es más temible que el de aquí, pues si mira a una persona y puede hacerle llegar su aliento envenenado, de seguro que la persona morirá... como que todos hemos de morir algún día.

— En cambio, — agregó Llance — si el basilisco se cría en un pozo, el que llega a verlo no tiene más que acercarle un espejo y obligarlo a mirarse: cuando se ve tan horrible, el monstruo muere del susto que se causa a sí mismo, o de vergüenza por su fealdad... que esto no está bien averiguado.

— ¡Se conoce que tú no te has mirado en un espejo, Llance! — exclamó Delgado.

— Pues nuestro capitán Reffiére — dijo Schmidel reanudando su relato — preguntó a los yacarés el camino para llegar a los jarayes, que íbamos a descubrir, y ellos nos dieron ocho canoas con gente para que nos guiaran y sirvieran como los orejones. Tras nueve días de navegación llegamos hasta uno de los pueblos, que no era el principal de los jarayes y que está a treinta y ocho leguas de los yacarés. Los jarayes forman una gran Nación, y son hombres bien formados y robustos, con una especie de bigote que no sé si es natural o

hechizo; usan plumas vistosas en la cabeza, se pintan el cuerpo de azul hasta arriba de la rodilla, de tal manera que se les diría vestidos, y llevan por tembetá una piedra también azul, del tamaño de un escudo de plata. Las mujeres, cuyas lindas pinturas son mucho más primorosas y les cubren desde el pecho hasta las ingles, hubieran conseguido que nos quedáramos con ellas más de un día, tan hermosas eran, si el capitán no nos arrastrara adelante en busca de los metales. Tres días después llegamos a la pequeña tierra de otro cacique, distante catorce leguas. Allí nos trataron muy bien, pudimos tomar lo necesario para la entrada, descansamos dos días y, vista la buena disposición de los indios, nuestro capitán Riffiére decidió dejarles el navío con sólo catorce cristianos para guardarlo, recomendando a los jarayes que los trataran como buenos hermanos.

— Todo ha ido, pardiez, a pedir de boca, — dijo Martínez — porque a juzgar por las piezas de oro y plata y por los tejidos que hoy he visto, que me parta un rayo si no habéis descubierto la tierra prometida...

— No todas fueron rosas, sino muy al revés, — replicó Delgado — aunque aun gozamos de algunos días dichosos, como verás si dejas que Chimi-dez prosiga su relato, y a fe que lo hace con la sal de María Santísima.

VII

LA EXPLORACION DE RIBERA

El candoroso Schmidel aceptó la burla por moneda de buena ley, y mientras los españoles reían continuó impertérrito su narración.

Habían cruzado el río, y a una legua escasa de la ribera, noticioso ya de su llegada, salió a recibirles en un descampado y con una muchedumbre de indios que no bajaría de doce mil hombres y mujeres, el cacique principal de los jarayes, haciéndoles las demostraciones más pacíficas y amistosas y la más solemne y alborozada recepción. Desde allí hasta el pueblo, que se hallaba a corta distancia, todo el camino, de ocho varas de ancho, estaba tan cubierto de flores y de hierbas olorosas que la perfumada alfombra no dejaba ver un solo palmo de tierra, ni una piedra, ni un guijarro. Una música de instrumentos rústicos semejantes al caramillo acompañaba la marcha del inmenso cortejo. A ambos lados del camino los cazadores indígenas corrían con grande algazara venados y ñandús para obsequiar con ellos a sus huéspedes que, llegados al pueblo, recibieron para

el festín de aquel solo día treinta venados y gamas y veinte avestruces jóvenes, caídos bajo las flechas de los indios. El principal hizo que dos españoles se alojaran en cada casa, mandando que se les tratara como a grandes señores, y hospedó en la suya el capitán Hernando de Ribera y su servidumbre, ofreciéndoles un banquete en que no faltaron ni la música ni las bailarinas, hijas de los principales, que estaban obligadas a distraer y divertir al cacique siempre y cuando quisiese.

— Yo me olvidaba hasta de que tengo boca para comer, viendo a las tales pailarinas — explicó Schmidel. — Son muy hermosas y, según vi después, muy ardientes y nada esquivas. Tienen también mucha habilidad para tejer grandes mantas de algodón, sutiles y flexibles, en las que se ven primorosas figuras de venados, avestruces y otros animales; con ellas se abrigan cuando hace frío, y les sirven de cama y de asiento.

Ribera resolvió quedarse algunos días en aquel lugar, que, — según dice gente erudita, — se hallaba poco más o menos a la altura de la actual ciudad brasileña de Cuyabá, y cuando habló de seguir su viaje, el cacique le preguntó amistosamente:

— ¿Cuál es tu intención y a dónde piensas encaminarte?

— Busco oro y plata — contestó Ribera — y quiero ir adonde pueda encontrarlos.

— Yo te daré oro y plata, pero no sé si te bastarán..

Y el cacique sacó de donde las tenía ocultas una

corona de oro del peso de doce onzas y una plancha también de oro, de las que suelen llevar algunos indios en la frente, de jeme y medio de largo por medio de ancho, así como algunos brazaletes y otras prendas de plata.

— No tengo más, y es lo que me restaba de lo que quité a los amazones cuando la última guerra. — Pero éstos tienen en su pueblo gran cantidad de objetos del mismo metal.

— ¿Puede llegarse por agua hasta ese pueblo?

— No. Tendrás que marchar por tierra dos meses enteros si quieres alcanzarlo.

— ¿Qué clase de hombres son los amazones?

— Es gente muy rara, que vive en tierra firme formando una poderosa Nación, gobernada por un jefe que se llama el gran Paitití o Padre Blanco. Pero esta Nación no es como las otras, pues los hombres viven completamente aparte de las mujeres y sólo se reúnen con ellas tres o cuatro veces al año. Ellas, que constituyen el Ejército, acampan en una isla, a la que naturalmente sólo se puede llegar en canoa y donde no tienen ni oro, ni plata, ni casas cómodas como sus maridos. Son grandes combatientes y muy diestras arqueras, pues desde niñas se las ejercita y se les quema la teta derecha para que no abulte y puedan así tender el arco más fácilmente y con mayor fuerza. Sólo las hembras viven con sus madres, pues cuando éstas paren un varón, le envían al pueblo de sus maridos, que lo crían y educan hasta que tiene edad de visitar la isla en busca de una mujer, que sólo le recibirá luego pocas veces al año. Así, como

no hacen sino prepararse para la guerra y no tienen otra ocupación, las amazonas son terribles enemigos, capaces de derrotar a los mejores soldados.

— Lo serán, — dijo Ribera, — pero como amigos o como enemigos, es preciso que lleguemos a ese pueblo. Dame tú hombres que me guíen y que carguen luego con lo que obtengamos, que yo me encargo de lo demás.

El cacique le hizo saber entonces que toda la tierra estaba inundada y que le sería imposible pasar.

— Ni nuestro capitán Riffiére, ni nosotros — continuó Schmidel, — lo quisimos creer, pensando que era un pretexto del cacique para no darnos gente e impedir así que pasásemos a la tierra del metal, de modo que le exigimos los guías y cargadores. Mejor hubiera sido que renunciáramos, pues desde aquel punto comenzaron las calamidades. El cacique dió a nuestro capitán veinte indios para su particular servicio, y cinco a cada uno de nosotros, con lo que se formó una compañía bastante numerosa. Los cargamos con un poco de bastimento y con las prendas de oro y plata y las mantas de algodón que habíamos rescatado o tomado hasta entonces a espaldas de nuestro capitán, pues éste lo había prohibido severamente, y abandonamos el pueblo en que se nos trataba tan bien, despidiéndonos con sentimiento del cacique, y, sobre todo, de aquellas hermosas mujeres...

A poco andar empezó nuestro vía crucis, pues tropezamos con la inundación. No pudo detenernos, tal era nuestro deseo de alcanzar la tierra de

los metales, y seguimos adelante con el agua hasta la rodilla, muchas veces hasta la cintura, marchando día y noche, sin descanso, para salir pronto de aquellas andanzas. Pero no encontrábamos la menor señal de población o de camino, y por todas partes se extendía aquel lago inmenso, sin que se le viera el fin. Cuando el hambre apretaba, para hacer fuego teníamos que derribar gruesos troncos y amontonarlos unos sobre otros hasta que sobresaliesen del agua, y entonces, allá arriba, juntábamos leña menuda y la encendíamos, poniendo encima la olla para cocer el maíz, la carne o la mandioca. Pero muchas veces, por efecto del agua o del fuego mismo, la pila de troncos se derrumbaba, rodaban ollas y calderos, y nos quedábamos sin comer. Tampoco dormíamos, por no encontrar sitio enjuto en que echarnos, o porque las nubes de mosquitos, densas como una humareda de leña verde, nos atormentaban hasta dejarnos enteramente cubiertos de sangre y de tumefacciones. Esta plaga de los mosquitos de todos tamaños, terribles y venenosos, fué entonces, como lo ha sido y lo será en todas nuestras expediciones, uno de los más crueles trabajos que el cristiano tenga que soportar.

Siete días anduvimos así, sufriendo como unos condenados, hasta que al octavo descubrimos sobre unas colinas el pueblo de los siéberis, según nos dijeron nuestros guías, y que son unos indios muy semejantes a los jarayes en cuanto a figura, lengua y costumbres. Allí nos detuvimos como en un paraíso, tal era nuestra necesidad de descansar

y de reponernos. Esperábamos que más adelante no habría agua, pero los siéberis nos dijeron que, para llegar a los urtueses, deberíamos seguir otros cuatro días de marcha por la inundación y cinco más por tierra seca, agregando que éramos harto pocos para que los urtueses nos respetaran, y que mejor haríamos en volver atrás. Ni el capitán Riffière ni nosotros mismos quisimos atender este consejo, aunque ya muchos estuviéramos enfermos, envarados por andar tanto tiempo en el agua y sufriendo grandes dolores. Lejos de eso les pedimos guías y quisimos despachar a los jarayes que nos habían acompañado hasta allí; pero no quisieron marcharse, diciendo que debían obedecer a su cacique y no abandonar a los cristianos hasta que estuviesen de vuelta.

Con los diez guías que los siéberis nos dieron y los fieles jarayes seguimos, pues, andando. Nuestros padecimientos en aquella parte del viaje no son para contados, aunque los anteriores hubieran sido tan duros y terribles. Básteme decir que seguimos andando siete días más con el agua a la cintura, y tan caliente como si la acabaran de sacar del fuego. Era la única que teníamos para beber. La enfermedad, el cansancio, la comida escásima, el agua cenagosa que casi no aplacaba la sed, los ardores del sol, que nos calcinaban de cintura arriba, los mosquitos y otros insectos que nos chupaban la sangre, todo nos hubiera hecho desesperar y rendirnos hasta que llegara la muerte, si no fuera por la esperanza de encontrar, al fin,

el país de los amazonas con sus extraordinarias riquezas.

Sólo el 10 de febrero, entre diez y once de la mañana, llegamos al pueblo de los urtueses, tan extendido, que anduvimos entre sus casas hasta mediodía antes de alcanzar la del principal, que está en medio de una gran plaza. Pero allí nos aguardaba un penoso desengaño, por mas que, contra el pronóstico de los siéberis, los urtueses nos recibirían de paz. Y es que los desgraciados no estaban para guerras. El hambre asolaba su territorio, y hombres, mujeres y niños morían por centenares, como en la más mortífera epidemia. Los tucus o langostas, esa otra plaga de Egipto, acababan de completar los estragos de la inundación. Inmensas mangas que obscurecían el sol habían invadido la comarca entera, cubriendo los árboles frutales con innumerables legiones de insectos devoradores, y tendiéndose sobre los sembrados como una alfombra viviente. Cuando levantaron otra vez el vuelo y se alejaron con fragoroso ruido de alas, semejante al de una tempestad, en los campos cultivados, raras como la palma de la mano, sólo se veía la ceniza verde de sus deyecciones, y las ramas y los troncos mismos de los árboles quedaban sin hojas, sin retoños, sin frutos, sin corteza... La mano de Dios había pasado por allí dejando una prueba palpable de su poder infinito y de su cólera vengadora... Los urtueses se morían de hambre y nosotros estábamos amenazados de correr su desgraciada suerte. Para colmo de desdicha, el cacique dijo a nuestro capitán que tendríamos que andar un

mes entero, por el país todavía inundado, antes de llegar a los amazones.

— Pero — terminó el bávaro, — de que estos sean riquísimos no cabe duda, pues el capitán recibió de manos del cacique urtués cuatro grandes planchas de oro y cuatro brazaletes de plata, por lo que él, a su vez, le regaló un hacha, un cuchillo, unas tijeras y un rosario. Creo que el indio hubiera preferido un poco de maíz o de mandioca...

— ¿Y vosotros rescatasteis algo? — preguntó Martínez.

— ¡Ganas no faltaban! — exclamó Delgado.

— La verdad es — dijo Schmidel contestando a la pregunta — la verdad es que no teníamos ya con qué hacer rescates y que, flacos y enfermos como estábamos, no nos atrevimos a quitarles nada, porque éramos muy pocos, y aunque ellos no estuvieran en mejor estado eran en cambio tan numerosos que nunca he visto pueblo tan grande.

— Sin la peste no vuelve con vida uno solo de nosotros — agregó Delgado. — Y a milagro tengo el encontrarme aquí con todos los compañeros, no sólo por lo que pudieran habernos hecho los urtueses, sino también por las hambres que luego hubimos de sufrir.

— ¿Os volvisteis desde aquel pueblo?

— Hacer otra cosa hubiera sido tentar a Dios, y el mismo capitán Ribera, que ni al diablo teme, consideró que no podíamos seguir otro mes metidos en el agua para tener en seguida, y muy seguramente, que hacer la guerra a los amazones.

— ¡Qué andanzas, vive el Diantre! — exclamó

Antón Martínez. — Pero, por la hostia consagrada que me hubiera gustado ir con vosotros!

— De quejarte habrías, como nos quejamos nosotros, aunque duros — replicó Delgado.

— ¿Y la vuelta? — preguntó Jácome Cobo, interesado.

— En el regreso a los jarayes tardamos todo un mes, durante el cual no tuvimos para comer sino palmitos, — esos cogollos de palma, con gusto de alcachofa — en poca cantidad, y cardos y raíces silvestres que arrancábamos de debajo del agua... Descansamos en el pueblo de los jarayes quienes, como la primera vez, nos trataron muy bien, y por último nos embarcamos y aquí nos tenéis de vuelta, aunque maltrechos y llenos de alifafes, pues los dolores no nos dejan y las fiebres nos debilitan...

— Lo peor... esa nos fa a turar toda la fida, — dijo estoicamente Schmidel.

— ¡No! — exclamó Delgado. — Lo peor, lo único que nos faltaba para fin y remate es el recibimiento que pretendió hacernos ese gobernador que Dios confunda, colgando a nuestro capitán y despojándonos de lo que con tantos trabajos hemos adquirido.

— Ya le llegará su San Martín, ¡voto a bríos! — dijo Martínez.

VIII

NUEVOS FRACASOS

La revuelta de los soldados de Ribera y sus amigos y el buen éxito que alcanzó, fueron ejemplos que no iban a echarse en saco roto. La autoridad del jefe quedaba quebrada para siempre. El descontento cundía hasta en las capas más profundas de aquella tropa naturalmente indisciplinada. Ya no eran los oficiales reales y los capitanes los únicos que murmuraban. Los soldados temían por su posible botín, tan amenazado como el de Ribera. Además hastiábanse mortalmente, inactivos y confinados en aquella comarca húmeda y cálida, donde les parecía vivir en un baño de vapor. Sólo se solazaban yendo a merodear en las casas de los indios, cogiéndoles por fuerza sus miserables provisiones y maltratándoles de mil otras maneras. Vendían o contrataban indias libres, trocábanlas por las esclavas traídas de la Asunción o tomadas después de la última carnicería, inducían a los padres con dádivas, o los forzaban con amenazas y con golpes, a que les dieran sus hijas...

Tan general se hizo esta costumbre que, creyén-

dola aprobada o establecida por el gobernador, algunos indios le llevaron también a él, como regalo, las más hermosas doncellas de la tribu. Alvar Núñez — santamente indignado — devolvió intacto el obsequio y resolvió poner coto a tanto desmán, lo que equivalía a enfrenar el viento o a impedir que el río saliese de madre.

Lanzó pregones prohibiendo el merodeo, pero los españoles los escucharon menos que quien oye llover y siguieron en sus trece, arramblando bonitamente con toda hacienda de indios que pudiera convenirles. Mandó entonces poner guardas en los caminos de las chozas, pero los centinelas dejaban pasar a los merodeadores, a la ida con sus manos limpias y a la vuelta con el botín que se repartían cristianamente. En cuanto a las indias, Alvar Núñez echó un bando con la orden de que se devolviesen todas a sus padres y que no se volvieran a sacar bajo ningún pretexto de sus chozas, orden que fué tan respetada como la anterior, y que tuvo la virtud de llevar a su colmo la malevolencia de los oficiales reales, los capitanes y los soldados.

Para acabar de perder la expedición, el clima y las malas condiciones del terreno cubierto de pantanos que los rayos de un sol de fuego descomponían haciendo pudrirse en ellos las hierbas y los residuos animales, provocaron una epidemia de fiebres palúdicas. El mal se propagó con fulminante rapidez y hasta el extremo de que no quedaron durante algunos días ni diez hombres válidos para guardar el real. La gente tiritaba de calentura, transida de frío hasta cuando el sol res-

quebrajaba la tierra y hacía evaporar el lodazal, y no podía dar un paso, con los huesos molidos, los nervios irritados, flojos los músculos, dolorida la cabeza, secas las fauces que ninguna cantidad de agua alcanzaba a refrescar... Maese Alonso de Miguel, el físico, no sabía como atender a tanto paciente, ni qué medicinas darles, y bien pocos tenían confianza en él. De los enfermos algunos morían, otros escapaban con reliquias indelebles, y sólo algún privilegiado recobraba enteramente la salud.

Poco antes de estallar la epidemia que con tal rigor los trataba, y como ya venían anunciándolo diversos síntomas, muchos conquistadores, y entre ellos los principales, habían resuelto la pérdida de Alvar Núñez. Los oficiales reales querían tomar cumplida venganza de su prisión y de los padecimientos sufridos en la cárcel, el capitán Vergara veía acercarse el instante tan deseado en lo más recóndito de su alma, de reconquistar el Poder, y los demás aspiraban a satisfacer su ambición y sus pasiones bajo jefe menos santo pero también menos mudable, adusto y descontentadizo.

Irala, Cabrera, Garcí Venegas, Cáceres, fray Cayetano, fray Alonso, don Gonzalo y el mismo don Francisco de Mendoza, don Alonso de Angulo, Juan de Ortega, don Hernán Arias de Mansilla y muchos otros, pues en la conspiración entraban casi todos los descontentos capitanes, tenían ocultas reuniones y secretos conciliábulos sobre el mejor medio de acabar con el Gobierno de Alvar Núñez.

— Hay que impedir — decía Cabrera — que llegue a realizar la entrada, pues la tierra donde piensa ir es buena, tiene oro y plata en abundancia, los soldados satisfechos lo apoyarán sin condiciones, y sostenido por ellos nada podremos contra él.

Juan de Ortega opinaba que el sistema mejor era la supresión sin ruido del molesto gobernante, y hasta llegó a decir que sería fácil suministrarle rejalgar en la comida, con lo que acabarían todas las dificultades. Irala rechazó esta proposición como indigna, lo que no le impidió ser más tarde acusado del proyecto, como si fuera su autor, y aun como si hubiera intentado ejecutarlo. Mejor era — decía — fomentar el descontento de la gente para que exigiese volver a la Asunción, donde, abandonada momentáneamente la empresa de conquistar el metal, Cabeza de Vaca no tendría quien lo sostuviese, y podría, con facilidad, ser depuesto, encarcelado y luego mandado a España con un sumario que no le diera escape. A pesar de esto varios se inclinaban a medios más radicales, y proponían que se prendiese fuego a la choza de Alvar Núñez y se le matara a favor de la confusión, con lo que nadie sería culpado... Por último se adoptó el temperamento de fomentar un motín reclamando la vuelta inmediata a la Asunción.

Uno de los agentes designados para la propaganda fué el valenciano Jaime Resquín, llamado el Tossut porque era el hombre más terco de cuantos vinieron de España, y a él se agregaron Diego Delgado, Antón Martínez y Rodrigo Ríos, que veían en

el capitán Vergara el único jefe capaz de conducirles a la ciudad o las ciudades del oro, y el hombre que mejor encarnaba los sentimientos populares, bien diferente por cierto de Alvar Núñez, cuyos humos de grandeza le hacían no ocuparse — y eso con harta soberbia — sino de los hidalgos y del clero. Lo que Alvar Núñez había hecho hasta entonces, las medidas violentas que tomaba y abandonaba a cada paso, hacían muy fácil la tarea de los conspiradores. Un hombre que quitaba las indias a los encomenderos, que pretendía obligarles a pagar a los indios su trabajo, que les prohibía maltratarlos como si hubiera otro medio de hacerles obedecer, que se había atrevido a poner la mano sobre los mismos oficiales reales y los sacerdotes, era un tirano capaz de todo y en quien nadie podía tener confianza. Había favorecido al pueblo suspendiendo el cobro del quinto del rey, pero también había pretendido quitar su botín a los de Ribera, se había entrometido en el manejo de las haciendas privadas y nada, por lo tanto, estaba seguro bajo su gobierno. ¡Qué diferencia con los tiempos del buen capitán Vergara, cuando eran dueños y señores de la tierra, amigos y camaradas del campechano jefe que se habían dado y que no pesaba sobre ellos, sino que los protegía y ayudaba con su experiencia, sus conocimientos militares, su valor y su energía! Aunque cristiano viejo el capitán Vergara no se comía los santos como Cabeza de Vaca, ni andaba colgado del hábito o la sotana de frailes y clérigos, ni había pretendido nunca hacer obligatoria la virtud y reglamentaria la casti-

dad. Con Vergara todos tenían voz en el capítulo, con Alvar Núñez estaban rebajados casi a la categoría de los mismos indios. Esto era lo que se decía en todos los rincones del real, repetido por el Tossut, por Delgado, por Martínez, por Ríos, por veinte más que se agregaban calurosamente a ellos, y la conspiración iba extendiéndose como la mancha de aceite. Sólo Jácome Cobo, tan devoto, no chistaba, por santidad...

Entre los hidalgos y capitanes la agitación se propagaba de una manera semejante. Cabrera, Venegas, el mismo Cáceres, pintaban la situación de todos y de cada uno con los más siniestros colores. Los bandos y las instrucciones de Cabeza de Vaca servíanles a maravilla para sostener que éste quería alzarse con el poder absoluto. ¿No sostuvo, acaso, a los oficiales reales, que allí no había otro rey que él mismo?... Y su intención era averiguar a fondo el origen de las riquezas de cada uno, para echar a la cárcel a los que por fraude las hubiesen obtenido, y confiscar bienes y haciendas en provecho propio..., eso si no prefería hacer ahorcar bonitamente a los culpables o que lo parecieran, pues ese hombre débil pero impulsivo no se paraba en barras y los remedios radicales solían para él ser los mejores...

La semilla de la rebelión prometía germinar vigorosamente, cuando Jácome Cobo tuvo conocimiento de lo que se tramaba, pues sus compañeros de todos los días le invitaron a tomar parte en el complot y le hicieron catequizar por Jaime Resquín. Resistióse en un principio, consideran-

do que aquello iba contra la religión, que nos manda obedecer. Al fin pareció convencerse y estar dispuesto a seguir a sus camaradas, pero los escrúpulos de conciencia le asaltaron muy luego con mayores bríos, haciéndole pensar en que le era urgente confesarse para limpiar su alma de pecado y seguir los consejos de un santo sacerdote. El padre Luis de Miranda, que le escuchó en el tribunal de la penitencia, sobresaltóse mucho al saber el peligro de derrocamiento y aun de muerte en que se veía Alvar Núñez, y dijo a Jácome que para recibir la absolución era preciso que antes descubriera y desbaratara el complot.

— ¿Pero cómo puedo hacerlo, padre, sin vender a los que han confiado en mí y ponerme a la merced de su venganza? — preguntó Jácome Cobo muy angustiado.

— No es preciso que lo grites a voz en cuello — contestó el padre. — Basta con que lo digas secretamente a un hombre leal y de respeto allegado a Su Señoría. No tendrás que nombrar a tus amigos sino en último extremo, ya que están en el ajo tantos de mayor cuantía.

— ¿Pero a quién se lo digo, padre, a quién?

— Paréceme, hijo mío, que el más indicado es el propio secretario del gobernador.

— ¿El escribano Pero Hernández?

— El mismo. Es persona respetable, prudente y de consejo, que no ha de comprometerte y por quien don Alvar, inmediatamente informado, podrá tomar las necesarias providencias.

Estupefacto se quedó Pero Hernández al saber

de la conspiración, aunque ya de tiempo atrás pareciera que aquello olía a chamusquina; más, recobrado un poco de ánimo corrió a la choza del gobernador, que a la sazón tiritaba también de calentura. Postrado y sin aliento Alvar Núñez parecía haber perdido hasta el último resto de su escasa energía; pero la noción del peligro le reanimó un instante.

— ¿Qué pensáis que puedo hacer? — preguntó con apagada voz al escribano.

— Vuestra Señoría debe castigar sin tardanza y con toda severidad a los revoltosos.

— Son hartos, como me lo acabáis de decir, y entre ellos están los principales capitanes...

— Pues dé usía el golpe a la cabeza, y sin vacilar, que cuando la cabeza está herida los otros miembros quedan paralizados. Es urgente procesar al capitán Vergara como promotor de disturbios y enviarlo a España con una buena barra de grillos. Los demás callarán como en misa.

— Peligrosa es la aventura de cogerle, y habría que tentarla con mucha cautela, para que no se precipite la rebelión y se truequen los papeles.

— Pues ¿hay más que instruir secretamente el proceso? Con las pruebas de su traición en la mano, una noche se coge durmiendo al capitán Vergara, se le aherroja, y al día siguiente todo amanece en paz.

— El motín puede estallar mientras se hace la instrucción.

— Vuestra Señoría cree mayor el peligro de

lo que es en realidad, y a ello debe contribuir por mucho el mal estado de su salud. La fiebre hace ver visiones... El motín puede ser impedido prohibiendo bajo las más severas penas que se celebren reuniones y conciliábulos y que se hable una sola palabra contra la entrada. Tenéis, señor, capitanes fieles, como don Pedro de Estopiñán, don Alonso Riquelme, y otros que bastarán para meter en cintura a la gente de alguna significación, y en cuanto a la canalla, ahí están los alguaciles Sebastián de Fuente el Rey y Francisco de Peralta, que secundarán a maravilla a los capitanes, y los clérigos Martínez, Escalera, Miranda, Martín González, que la adoc-trinarán y reducirán a la obediencia y al temor de Dios.

Alyar Núñez dictó el bando y quiso instruir personalmente el sumario, secundado por Hernández, pero se agravó tanto mientras interrogaba a Jácome Cobo, el primer testigo llamado a declarar, que debió meterse en cama temblando de fiebre e incapaz de mover pie ni mano. Pero Hernández enfermó también, y como los atacados eran centenares, el campamento entero parecía un hospital.

Las aguas habían bajado mucho, el camino estaba expedito para hacer la entrada, pero ya nadie tenía alientos para pensar en ello. La muerte, que había ensayado su guadaña durante las semanas anteriores, segaba el campamento y apenas si los numerosos cadáveres recibían cristiana sepultura, tan decaídas estaban las fuerzas de la

gente y tan quebrantada la salud de los sacerdotes.

Alvar Núñez resolvió regresar sin tardanza a la Asunción, considerándose poco menos que moribundo. Dió las órdenes del caso, hízose llevar en unas angarillas a su bergantín, y la expedición partió aguas abajo, tan mustia y descorazonada cuanto animosa y entusiasta había subido hasta el Puerto de los Reyes. Ese desaliento general acrecentaba la sorda pero profunda irritación contra el Adelantado, a quien se atribuían todos los desastres. Y las circunstancias conspiraban al par de los Comuneros...



INDICE

| | Pág. |
|---|------|
| <i>Dedicatoria</i> | V |
| <i>Proemio</i> , por don Alberto Gerchunoff | VII |

LIBRO PRIMERO

EL MANDO AL MAS RESUELTO

| | |
|--|----|
| I. — Gente de arriba y gente de abajo | 3 |
| II. — Lo que se dijo en la Casa Fuerte | 17 |
| III. — Conversación de soldados. | 33 |

LIBRO SEGUNDO

TIERRA ADENTRO

| | |
|--|----|
| I. — Dos cumplidos conquistadores | 53 |
| II. — En acción | 63 |
| III. — El escribano Garduña | 73 |
| IV. — Un ahijado del capitán Ayolas. | 85 |
| V. — La soldadesca se divierte | 97 |

LIBRO TERCERO

LAS CIUDADES RIVALES

| | Pág. |
|---|------|
| I. — Política y Religión | 105 |
| II. — Al son de la corriente | 117 |
| III. — Buenos Aires, vencida. | 127 |
| IV. — Refuerzos de aguas arriba | 145 |
| V. — La puntilla | 153 |
| VI. — De fuera vendrá.... | 163 |

LIBRO CUARTO

EL HOMBRE PIENSA Y DIOS DISPENSA

| | |
|---|-----|
| I. — Tierras encantadas | 173 |
| II. — Y los sueños, sueños son... | 187 |
| III. — Don Francisco Ortiz continúa | 199 |
| IV. — Comentarios apasionados. | 207 |
| V. — La resignación del mando | 217 |
| VI. — Intermedio biográfico. | 227 |

LIBRO QUINTO

ASTUCIA CONTRA CANDOR

| | |
|---|-----|
| I. — Primeras maniobras | 253 |
| II. — Id, y no pequéis más | 263 |
| III. — Preludios de borrasca. | 275 |
| IV. — La embajada de los frailes. | 287 |
| V. — Política y guerra | 295 |
| VI. — Violencia y flaqueza. | 305 |
| VII. — La exploración de Ribera | 315 |
| VIII. — Nuevos fracasos | 325 |

